MARIO BRICEÑO IRAGORRY

Vol. 9

OBRAS COMPLETAS

IDEARIO POLITICO SOCIAL III

(Pensamiento nacionalista y
Proyecto Pedagógico)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1990

© CONGRESO DE LA REPUBLICA
Caracas/Venezuela/1990
ISBN 980-231-101-4

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

Vol. 9

OBRAS COMPLETAS

IDEARIO POLITICO SOCIAL III

(Pensamiento nacionalista y Proyecto Pedagógico)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1990

COMISION EDITORA

David Morales Bello
Presidente del Congreso

Luis Enrique Oberto
Vicepresidente del Congreso

José Rodríguez Iturbe
Presidente de la Comisión de
Política Exterior de la
Cámara de Diputados

José Agustín Catalá
Director General

Fundación "Mario Briceño-Iragorry"
Beatriz Briceño Picón
Omar Briceño Picón
Miguel Angel Burelli Rivas
María Briceño de Burelli

COMITE EDITOR

Domingo Miliani G.
Rafael Angel Rivas D.
Gladys García Riera
Anabel López de Del Pozo

SUMARIO

Pág.

Criterios de selección y ordenamiento del volumen 9 XI

OBRAS COMPLETAS – VOLUMEN 9
IDEARIO POLITICO-SOCIAL III
(Pensamiento nacionalista y Proyecto pedagógico)

"PALABRAS LIMINARES" A CENTENARIO DEL COLEGIO FEDERAL DE TRUJILLO (1834-1934) 3

EL HIJO DE AGAR

El hijo de Agar 11
La nueva revolución francesa 15
Las tres cruces 19
Despilfarro y anarquismo 23
El Cristo prohibido 27
Semana Santa en España 31
El mundo de los niños 37
Función social del olvido 41
Carmania 45
Meditación sobre el recuerdo de Itaca 51
Inmortalidad de Don Quijote 55
La fiesta del libro 59
Salamanca y América 63
Las limaduras románticas 67

Notas sobre una nueva concepción del peatonismo 73
El vino del alcalde 77
Las cosas en su punto 81
Campo y letras 85
Los taxis de Madrid 89
Doña Beatriz Galindo, Madrina de América 93
Juana La Loca 97
El "Marte" de Velázquez 101
Abstraccionismo y carillones 105
Segunda nota sobre abstraccionismo 109
Pintura triste 113
El vértigo contra la libertad 117
Churchill Premio Nobel 121
El anti-fuego 125
Pasión y sentido de Mossadeq 127
La paz partida 133
Morales en lucha 137
El colonialismo americano 141
Un alerta a Washington 145
El comunismo en América 149
Los caminos de la justicia 153
La guerra de la "Coca-Cola" 157
El triunfo de Frankestein 161
A propósito del Abate Viscardo 165
La integridad de Bello 169
Pandora 177
Cocteles al gusto 181
Apocalipsis del odio 185

LA HORA UNDECIMA (Hacia una teoría de lo venezolano) 189

PROPOSITO 193

Historial bibliográfico del volumen 9 273
Indices del volumen 9
Indice onomástico y toponímico 279
Indice de materias 289

CRITERIOS DE SELECCION Y ORDENAMIENTO DE VOLUMEN 9

Agrupa este volumen 9 de las **Obras Completas,** un texto suelto sobre el Centenario del Colegio Federal de Trujillo, donde Briceño-Iragorry realizó estudios en su juventud. Por razones cronológicas abre el conjunto. Lo siguen dos libros escritos y publicados durante el exilio en España: **El hijo de Agar** y **La hora undécima.** Ninguno de los dos tuvo gran difusión en Venezuela.

El hijo de Agar, en su título alude a Isaac, uno de los descendientes bíblicos de Agar, habido en una esclava. Señala su autor que fue compilado durante los mismos días en que revisaba sus **Obras Selectas,** editadas en Madrid por EDIME (Editorial Mediterráneo). Y con pudor no disimulado advierte al lector que se trata de una obra miscelánea, articulada por textos dispersos que publicó en la prensa periódica española y latinoamericana, acicateado por los apremios del escritor en exilio, sin que por ello desmerezcan en ningún sentido o pierdan valor correlativo con su admirable congruencia de ideas. El mismo Briceño explica: "Estas páginas que hoy recojo en libro fueron escritas en pos de una remuneración. Las escribí con el mismo sentido con que el labriego aporca la tierra y recoge de ella frutos generosos. Algunas, posiblemente, no lograron la luz pública en la columna de los diarios a que estaban destinadas. Al revisarlas, sobre la aparente disimilitud, veo el mismo hilo de pensamiento. Un afán de justicia, de paz y de belleza ha guiado en ellas mi ánimo de soñador: afán de justicia para el hombre, afán de paz para los pueblos, afán de belleza para el espíritu que desea ver rotos los valladares que le impiden el vuelo majestuoso. En torno a los problemas del hombre del mundo y del hombre de América ha girado todo el pensamiento concretado en estas páginas".

El párrafo citado auto-define su concepción humanística de la escritura. Con respecto a **El hijo de Agar** es certera. Es libro conector de muchos temas. Comprueba para los editores de sus **Obras Completas** que no es fácil agrupar temáticamente la obra heterogénea de un autor cuya inquietud espiritual abordó tantos campos. Los primeros ensayos introducen ya en la concepción -por demás modernísima- de su pensamiento católico recogido en volúmenes subsiguientes, pero trasvasado a su epistolario. De repente alude otra vez a temas tratados ampliamente en obras incluidas dentro de volúmenes anteriores, como el del *casaleonismo,* o habla de Cervantes y *El Quijote,* materia recurrente en su racional amor a la hispanidad. Critica con valentía admirable el boato y el despilfarro amparados en el sentido *caritativo* o *filantrópico* de cierta nobleza compradora de títulos y favores, inserta en lo que hoy conocemos como *jet-set* europeo y que en plena era franquista se cobijaba dentro de un cristianismo hipócrita. No por el hecho de residir en Madrid durante la dictadura de Franco silenció su voz desenfadada y fustigante contra las injusticias sociales.

Finaliza el volumen con una obra que circuló exiguamente en Venezuela. Al menos en su primera edición española de pequeño formato: **La hora undécima.** Es un ensayo que ha pasado inadvertido. Se trata de una profunda reflexión referida a la Universidad venezolana y a la crisis de valores morales que ha venido corroyendo sus bases de humanismo universal implícito en el propio nombre de universidad. Hoy es lectura insoslayable para comprender de dónde arranca la gigantesca y aterradora desviación de los centros en los cuales deberían formarse los hombres nuevos de un país con salidas más airosas o siquiera más dignas e irradiantes hacia la sociedad contemporánea. Compendia el pequeño volumen buena parte de su doctrina pedagógica en lo que apunta a la educación superior. El resto de su ideario anda diseminado a lo largo de casi toda su producción.

EL COMITE EDITOR

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN 9

"PALABRAS LIMINARES" A CENTENARIO DEL COLEGIO FEDERAL DE TRUJILLO (1834–1934) (1935)*

(*) Tomado de la 1ª y única edición. Caracas: Edit. Sur-América, 1935 (51 p.), pp. 5-7.

Ha querido mi apreciado amigo, el Doctor Pedro Emilio Carrillo, Director del Colegio Federal de Trujillo, que algunas palabras mías sirvan de introducción al folleto donde se recogen los ecos del festival con que fue solemnemente conmemorado –por medio de actos cívicos-religiosos que repitieron los de su instalación– el centenario de aquel egregio Instituto. No he rehusado el encargo, por cuanto su desempeño es oportuna ocasión de expresar mi acendrado afecto por el Plantel educativo donde inicié y concluí más tarde, vencidos los inconvenientes de fortuitas mudanzas, mi educación secundaria, y porque es ésta propicia coyuntura para dar una vez más prueba cierta de mi inquebrantable cariño a la ciudad procera donde feliz se meció mi cuna y discurrieron plácidos mis años primiciales.

Creo también que ha sido justiciera la designación que me hace el distinguido amigo, pues pocos aman como yo al viejo Instituto nacido a la sombra de los desolados claustros seráficos, donde tuvo abrigo, durante el fecundo período de nuestra existencia colonial, al par de la santidad y de la pobreza de los hijos de San Francisco, aquel recio empuje de cultura que hizo de los Conventos centros de que irradió la luz de las ciencias y las artes. Así, en el extinguido claustro de San Antonio de Padua de Padres de la Recolección Franciscana, estuvieron abiertas, durante aquella mal juzgada época de estructuración patria, Cátedras de Teología y Cánones, amén de Retórica, Latinidad y Artes, en las cuales se nutrió, entre otros, el insigne Padre Alvarez, escuqueño, Profesor de Teología en Puerto Rico y alma de la Junta Patriótica que, en 1810, declaró la autonomía de la Provincia y sancionó la primera Constitución política de ella.

Enumerar los servicios que el ya centenario Instituto ha prestado a la cultura patria, sería tanto como intentar la historia de la propia cultura trujillana, demasiado dilatada para encerrarla en el estrecho ámbito de unas líneas liminares, y sobrado rica en nombres que ilustran el patriciado venezolano: necesario sería evocar el recuerdo de Don Rafael María Urrecheaga, Don Mateo Troconis, Dr. Benito Andueza, Dr. Juan N. Urdaneta, Dr. Ramón Briceño, Francisco de P. Martínez, Francisco de P. Vásquez, Dr. Enrique Urdaneta Maya, Dr. Antonio José Carrillo, por no nombrar sino algunos de los ilustres varones formados en sus aulas, que ya pagaron a la tierra su tributo de mortales. Historiar las vicisitudes que durante años turbulentos llegaron a quebrantar las actividades del Colegio, sería escribir los tristes anales de nuestras sangrientas luchas intestinas, cuando los mal llamados partidos políticos, sin otros ideales que el medro personal, desviaban las actividades sociales hacia los campos estériles de las matanzas fratricidas y los vencedores entraban a saco en las arcas del Instituto, para balancear el desequilibrio de las cuentas de los pequeños y los grandes capitanes.

Mudada la República de aquellos inciertos rumbos, el Colegio sigue paralela orientación, lucrando, con la firme paz reinante, maneras para convalecer de la postración a que fue reducido, cuando se le despojó de propiedades y de rentas que montaron sobre medio millón de bolívares. Como en sus buenos tiempos, el Instituto ve al presente colmadas sus aulas por jóvenes que ansían disciplinar su intelecto, a fin de sumarse a la gran obra de ser útiles a la Patria que, generosa, les ofrece, con la paz, los medios de servirla.

Exponentes de cultura, los Colegios son como manos pródigas que avientan la semilla de futuras cosechas de bienestar social. Mantenerlos y fomentarlos es labor a la cual el presente régimen nacional ha prestado vigoroso impulso.

Y por eso el Colegio Federal de Trujillo, al igual que todos los Planteles de enseñanza del País, es deudor al Benemérito General Gómez de su actual bienestar y de su rítmica vida interior. Sin alardes, en silencioso estudio, allí se preparan, bajo la sabia dirección de idóneos Profesores, los jóvenes que mantendrán mañana el prestigio de su tradición cultural.

De su parte, la ciudad de Trujillo ha sabido ver, en los cien años del Colegio Federal, la continuidad de su vida de pueblo culto. Instituto de suyo vinculado a su existencia social, la ciudad lo venera como algo indestructiblemente unido a su propia vida cívica. Para ella el Colegio ha sido como aquellos aislados en el árido corazón de los desiertos bíblicos, a cuya vera llegaban ansiosas las sedientas caravanas y de cuyas aguas se creía que fueran agitadas en la noche serena por las manos bienhechoras de los ángeles.

Si estas líneas no son en verdad suficientes a corresponder al grato encargo con que he sido honrado por el meritorio joven que hoy dirige las actividades del benemérito Instituto, quien al prestigio de su talento une el muy señalado de contar entre sus mayores al apóstol sin par de la cultura regional, Don Juan B. Carrillo Guerra, si en verdad, repito, no corresponden ellas al encargo con que he sido distinguido, sirvan en cambio a testimoniar el singular afecto que profeso a la casa donde inicié mi vida de estudiante y a la ciudad heroica que si en verdad fue cuna de la Guerra a Muerte, vio en cambio enlazadas, por primera vez, después de la contienda, las manos de independientes y realistas, y unidos, bajo el palio litúrgico, en simbólica alianza que presagiaba la benéfica concordia de ambas potestades, al único Obispo entonces de Venezuela, Don Rafael Lazo de la Vega, y al más grande de los conductores de pueblos: el Libertador Simón Bolívar...

Caracas, octubre de 1935.

EL HIJO DE AGAR
(1954) *

(*) Tomado de la 1ª ed. Caracas: Edit. Edime, 1954. 182 p.

EL HIJO DE AGAR

Cuando reúno para acomodar a la vida de libro estas páginas inconexas, escritas con iniciales fines periodísticos, me llega de la Editorial Mediterráneo reclamo del prólogo que antecederá el grueso y lujoso volumen donde será recogida parte de mi larga y modesta labor de escritor. Pensé de inmediato en lo que serán ambos tomos. Gordo y de brillante apariencia el uno; magro y simple el otro. Junto con el paralelo vino también a la memoria el recuerdo bíblico de Isaac y de Ismael. Uno, hijo de la esclava; el otro, nutrido con la sangre de la esposa libre.

Como el hijo de Agar, las páginas que integran el presente volumen son producto de la necesidad de escribir bajo el signo de la urgencia económica. Trabajo esclavo, como el del peón de hacienda, es el trabajo de quien pergeña ideas para ganarse el material sustento. El signo forzado del esfuerzo, que no sólo se endereza a expresar ideas y sentimientos, sino además a rendir una tarea en el orden de la moderna industria de la publicidad, distingue muchos aspectos del trabajo del escritor.

La columna periodística representa una función dúplice. La oportunidad de que sea tribuna para las ideas del trabajador intelectual y el oficio material de cubrir la plana del diario

ofrecido al comercio público. Quizá en el orden del trabajo, pocos esfuerzos como el del escritor carecen en nuestro medio de remuneración condigna. El escritor, como obrero del pensamiento, está despojado de estatuto que regule sus derechos. En el orden de las grandes empresas periodísticas, la condición del escritor es inferior muchas veces a la condición del obrero manual, a quien se reconocen participación en las utilidades, seguro social e indemnización por despido.

Tres fuerzas se conjugan para la elaboración de un gran diario: capital, trabajo manual y colaboración literaria. En el factor capital entran el vasto campo de la propaganda comercial y las reservas y concesiones encaminadas a garantizar el éxito material de la empresa. La parte literaria ocupa el último plano: se la paga mal y se la subordina a intereses que, mejor que los directores, calibran los administradores.

Más de una vez he escrito acerca de los problemas que representan la libre expresión del pensamiento y la libre industria y el monopolio, a la vez, de la noticia que forma la sustancia del periodismo moderno. El viejo papel periódico, que sirvió de vehículo para la difusión de ideas y de pensamientos, ha pasado a ser instrumento al servicio de grandes fuerzas capitalistas. Ayer se luchó por ganar libertad de expresión frente a las fuerzas poderosas que mantenían en censura rígida los temas referentes al espíritu humano y al propio régimen de la nación. Ganó el individuo una gran victoria al poder político. Más tarde, el orden industrial hizo presa de los sistemas de difusión del pensamiento y los periódicos se convirtieron en organizaciones capitalistas que enrumban la opinión pública de acuerdo con los intereses de las empresas.

El escritor puro quedó incluso en la red del sistema económico de las empresas. Su trabajo, pese a las decantadas teorías de libertad de pensamiento, muchas veces sufre la interferencia de intereses fuertemente vinculados con la propia existencia del orden económico donde se mueven los negocios de la publicidad. El escritor, que antes fue figura de primer plano en la categoría periodística, se tornó en obrero de trabajo esclavo, al igual del componedor de tipos y del lavador de chibaletes, mas sin las garantías que a éstos ofrecen los ordenamientos del trabajo.

Estas páginas que hoy recojo en libro fueron escritas en pos de una remuneración. Las escribí con el mismo sentido con que el labriego aporca la tierra y recoge de ella frutos generosos. Algunas, posiblemente, no lograron la luz pública en la columna de los diarios a que estaban destinadas. Al revisarlas, sobre la aparente disimilitud, veo el mismo hilo de pensamiento. Un afán de justicia, de paz y de belleza ha guiado en ellas mi ánimo de soñador: afán de justicia para el hombre, afán de paz para los pueblos, afán de belleza para el espíritu que desea ver rotos los valladares que le impiden el vuelo majestuoso. En torno a los problemas del hombre del mundo y del hombre de América ha girado todo el pensamiento concretado en estas frágiles páginas.

Al salto del día que busca su pan fueron escritas, pero en ninguna de ellas descuidé la idea central que informa mi conducta de escritor al servicio de una causa elevada sobre los intereses momentáneos. El símbolo de Ismael creo que va bien a estas páginas cargadas de angustia y de anhelos de libertad.

Madrid, 19 de abril de 1954.

LA NUEVA REVOLUCION FRANCESA

En Francia ha comenzado una nueva "revolución francesa". Ahora sus signos no son el despótico gobierno de la diosa Razón, sino la búsqueda de realidad para el Mensaje de Cristo. En Lyon no habrá nuevo Fouché que sacrifique masas humanas. De Lyon, por el contrario, salen voces que admonitan para la debida contrición de los culpables.

La prensa llegada del país vecino comenta con profundo interés el manifiesto de la Acción Católica Obrera con motivo de la reciente huelga que ha atormentado a la nación francesa. Sus razonamientos desvisten de toda lógica los manidos argumentos de que hace uso el capitalismo para presentar el gran movimiento del pueblo trabajador de Francia como una simple actitud enlazada con la "carrera al Elyseo", en que se ocupa actualmente la marrullería de los políticos franceses.

La huelga ha sido la gran marcha del pueblo sufrido que pide un cambio en los niveles económicos. Junto con los sindicatos intervenidos por los distintos partidos de izquierda, se han movido conscientemente los obreros católicos. Nadie negará que el buen pueblo francés profesa un cristianismo sincero y móvil dentro de su firmeza, que ha sabido resistir pruebas de toda especie.

Los obreros franceses no han insurgido contra determinada política, sino contra un mundo negado a realizar "la armónica plenitud de los

bienes humanos". Frente a la sordidez, a la indiferencia, a la voracidad del mundo capitalista, los obreros cristianos, tocados del mismo espíritu de la cristiandad primitiva, alzan la voz en demanda de justicia.

Han planteado los obreros, en nombre de genuinas y nobles consignas cristianas, la disyuntiva actual del mundo llamado de Occidente. O el capitalismo reduce sus pretensiones, o se perpetuará lo que Pío XI llamó el gran escándalo del siglo: los obreros amparando sus reclamos de justicia bajo banderas anticristianas. No porque sea lo material lo que da normas, sino en razón de que el hambre llega a desviar las meditaciones del espíritu.

El problema material del mundo es problema de hambre, de insuficiencia y de esclavitud, frente a la abundancia, al lujo y a la licencia. Jesús no aconsejó la perpetuidad del ayuno como camino para ganar el cielo. Se preocupó de dar comida a sus oyentes; a Marta dijo que María había escogido como contemplativa la mayor parte, mas no declaró baldío su afán por el horno y por la mesa; aún después de la Resurrección, se dió a reconocer de los discípulos de Emaús por la manera de fraccionar el pan. Para su nombre no pidió homenaje volátil de incienso y mirra. Ordenó que la comunidad cristiana que nacía a la vida lo recordase cuando se juntara a manteles para la comida reparadora.

Mientras los dirigentes y los países que se dicen defensores del "orden" pactan con los hambreadores y con los verdugos del pueblo, a los hombres sufridos no les queda sino el camino de la revolución. Ningún asceta puede pretender que la masa común de hambrientos se reduzca a pedir a Dios por los verdugos que le regalan singulares pruebas. La revolución, en cambio, tiene dos signos opuestos. O se hace racionalmente bajo los auspicios cristianos que hoy amparan las aspiraciones de los obreros de Francia, o se hace al empuje iconoclasta de la táctica marxista.

La falacia del capitalismo y de su forma más elevada —el imperialismo— radica en presentarse en fraudulento asocio con los

ideales cristianos. El mundo capitalista es tan enemigo de las soluciones cristianas como el mundo marxista. Y lo es porque el capitalismo es anticristiano y porque el imperialismo es la supervivencia de la Roma pagana que degolló a los Apóstoles.

Del fondo del pueblo francés han salido nuevas y claras voces que expresan el más vivo mensaje fraternal. "En razón de ello, como organismo de la Iglesia —termina el documento de los obreros— y como tal defensor, según el ejemplo de Cristo, de la causa de los desafortunados y de los humildes, dirigimos nuestro saludo fraternal a nuestros hermanos (cristianos o no) que con nosotros han combatido por la justicia".

En nombre de Jesucristo han hablado los obreros de Francia. Han hablado contra la avaricia de los poderosos, contra el ansia de los armadores de guerras. A ese grito clamoroso de justicia se ha sumado la palabra reposada del cardenal arzobispo de Lyon para pedir que sean debidamente ayudadas las familias de los huelguistas privados de salarios. No habrá distingo de ideología en la distribución de la colecta iniciada por el eminentísimo jerarca de la Iglesia de Francia. El hambre obrera no tiene color. Es hambre humana que pide por igual justicia. Después de bien harto el trabajador puede venir la prédica que le explique la verdad evangélica. Así aconsejaba Santo Tomás.

Mientras esto ocurre en la dulce Francia, las conferencias de los gobernantes se encaminan a buscar zonas de influencia para el capitalismo, que engendra la guerra y promueve el desamparo. "No hay —dicen los financistas— dinero suficiente para pensiones y mejores salarios"; pero, en cambio, hay bastante dinero para mantener en Asia y en Africa una guerra y un estado de inquietud que garantizan grandes utilidades a los capitalistas.

Y lo que ocurre en Francia acontece también en otras partes del mundo. Se trata de la pugna permanente entre los hombres que buscan para su provecho la esclavitud de otros hombres y el anhelo de estos últimos por ganar su espacio de sol en el ancho mundo. El

debate está planteado entre las propias direcciones de la cultura. Mientras para unos la horizontalidad del provecho material se agranda cada vez más y se hace más sutil y fina la línea ascensional de los valores del espíritu, para otros la línea que sube y la línea que se extiende se hacen cada vez de menor longitud: ni huelgan como criaturas espirituales ni satisfacen sus elementales aspiraciones materiales. Parias, esclavos, siervos sólo de la clase beneficiada.

Cristo vino a buscar a los hambrientos de justicia. Si su medio hubiera sido el medio de los poderosos, habría buscado a Herodes, a Caifás, a Pilatos. Buscó, en cambio, a la adúltera, al publicano, a la pecadora pública, a los leprosos, a los ciegos, a los excomulgados por el fariseísmo sacerdotal, a los obreros de la clase común. El vino a traer la caridad y la paz. Por predicar esa caridad y esa paz fue crucificado. La soldadesca de los poderosos jugó a los dados las cándidas vestiduras del Santo de los Santos. La ganó seguramente el más habilidoso en trampas. Eternas como el dolor de Cristo y como el dolor del pobre, las vestiduras obtenidas con el deicidio del Calvario han parado en servir para que los fariseos y los soldados del crimen se exhiban vestidos de Cristos. Tan lejos está Jesús de la civilización que se dice representante de sus ideales como distante estuvo del torpe criminal que en la noche del Viernes Santo regresó a su casa vestido de la túnica y el manto del Hijo del Hombre...

Para arrancar esa túnica y ese manto de los hombros sacrílegos que hoy los lucen, los obreros católicos de Francia han comenzado la nueva y cristiana "revolución francesa". Nueva revolución con signo de espiritualidad y de amor. Revolución donde el odio destructor ha de ser sustituido por la caridad reparadora, en medio de un orden que no confunda el bien común con los intereses de quienes administran la sociedad y se han constituído en sus guías y procuradores.

Madrid, 1953.

LAS TRES CRUCES

El elocuentísimo Padre Lombardi no ha dicho nada nuevo. Tampoco, en el orden cristiano, dijo nada nuevo San Francisco de Asís cuando predicaba a las multitudes italianas del siglo XIII. Ocurre con estos grandes predicadores de la palabra evangélica que saben decir en forma nueva cosas viejas, y los oídos de los antiguos sordos juzgan que se han abierto a la verdad por las nuevas voces que escuchan hoy con entusiasmo, cuando ayer se mantuvieron indiferentes a la misma enseñanza.

Justamente lo nuevo de la palabra del padre Lombardi es lo viejo de su contenido. Habla como si hubiera consultado el eco que, a la espera de vigencia, aún duerme en las viejas catacumbas romanas. Antes de echarse al mundo para renovar el contenido del Mensaje cristiano, este hombre de acento admirable debió de haber descendido a los complicados meandros de los subterráneos donde los padres de la cristiandad primitiva se ocultaban a la persecución de los representantes del poder y del dinero.

Crecidos por la fe en la Promesa, aquellos hombres sabían que tenían consigo la Verdad del Amor. No necesitaban sino amor para sentirse vigorosos frente al poder de los violentos. Esas eran las consignas que les habían transmitido los Apóstoles. En silencio, tomando como piedra sillar la oración, ellos se sabían constructores de un mundo nuevo. Mientras más pequeños, más grandes; mientras más débiles, más fuertes. Sobre esa pequeñez y sobre esa

debilidad comprendían que estaban edificando un nuevo mundo de paz, de justicia y de amor. A eso vino Jesús. Cuando resucitado saludó a los discípulos, les dijo: "La paz sea con vosotros. Mi paz os doy". La paz de Cristo, que se basa sólo en el amor que hace solidarios a los hombres.

Ocultos en las catacumbas, los primeros cristianos se unieron con el pueblo romano. Con los sufridos, con los humillados, con los desheredados de la fortuna. Algunas matronas y algunos patricios oyeron el Mensaje, y bajaron hasta el nivel de quienes cantaban preces de amor y de alegría en medio de las privaciones y de los dolores de la vida cotidiana. El diálogo que patricios llenos de la infusión del Espíritu Santo sostuvieron con los humildes catequistas que les iluminaban la conciencia, dura, como eco de siglos, en el fondo de las catacumbas.

Allá estuvo velando sus armas de cruzado el padre Lombardi. No fue a consultarse con los poderosos. Bajó a los hontanares donde salta el agua mansa, clara y humilde de la doctrina cristiana. Por eso su palabra tiene la fuerza penetrante que permitió a los evangelistas del primer siglo derrotar la pedantería de los falsos sabios y la soberbia de los señores del mundo.

Nada nuevo dice el padre Lombardi. Apenas enseña con palabra maravillosa el Mensaje que produjo el milagro de tornar en sabios a los ignaros pescadores del lago de Tiberíades. El representa el cristianismo que reconoce como trípode granítica el Sermón de Cristo en la Montaña, el diálogo de Cristo con el Diablo en el monte de la Tentación y las palabras de aparente inconexidad pronunciadas por Cristo en la tribuna sublime del Gólgota. La voz de los Montes expresaba en la tradición bíblica el sentido de la Omnipotencia. El monte de la Visión, el monte Oreb, el monte Sinaí habían sido sustituídos por nuevos montes, donde se daba vida a la vieja palabra, que en labios de escribas y fariseos se había convertido en aliada de los poderes diabólicos del mundo.

Por la renovación del tono antiguo y primitivo de la palabra evangélica viene clamando un mundo asombrado de las extrañas alianzas que amañados espíritus pretenden establecer entre la espiritualidad cristiana y el orden materialista del mundo presente. Al calor de la palabra del padre Lombardi pareciera que los ángeles tomasen entre sus manos los dolorosos Crucificados que algunas sacristías prestaron a los agiotistas para adornar la puerta de sus tiendas.

Todas esas cruces postizas que acá y más allá adornan recintos donde se alienta la guerra y se pacta con los negociantes del hambre, se ven desaparecer como por obra de milagro o se ven aparecer en su nauseabunda realidad.

Un rumor de vientos evangélicos se advierte tras las certeras palabras del predicador. Escucharle es tanto como pensar en la cercanía de tiempos felices para el hombre. Es como imaginar que se acerca aquella revolución tremenda con que Chesterton, el violento apóstol del catolicismo inglés, amenazó a las autoridades imprudentes que ordenaron cortar al rape el cabello de las niñas pobres, en razón de que podían contagiar de piojos a los niños aseados y ricos, sin pensar, ¡los imbéciles!, que nada es tan eficaz para acabar con los piojos de los pobres como dar tiempo libre a las madres para que laven con abundante agua y buen jabón las cabezas de sus lindas chicas.

Esa Iglesia que cuida las melenas de las niñas pobres es la Iglesia, que habla por los labios del padre Lombardi. El viene como mensajero de una doctrina que no pacta con los tenedores del dinero ni con los dueños de las bombas infernales. Viene a hablar con el pueblo de Dios. Viene a anunciar que Cristo no quebranta su promesa de dar la paz a los hombres que confiesan su nombre y que hacen del amor práctica de vida. Viene a decir que, para defender la paz, no son precisos pactos que expongan la humanidad a una nueva muerte, sino una alianza fecunda de corazones que sirva de valla al ímpetu de quienes no tienen otro móvil sino acrecentar su alegría con el hambre y la desnudez de los demás. Por eso, el padre

Lombardi prefiere a cualquier otro camino el campo abierto, donde el pueblo de Dios escucha la plenitud de su Mensaje contra el odio. El quiere que el pueblo se cuide de las falsas cruces. Tres hubo en el Calvario. La grande y maravillosa, donde la humanidad de Cristo tuvo la definitiva transfiguración. "Arbol el más noble y señalado, entre cuantos la selva ha producido, en hoja, flor y fruto sazonado", como canta la liturgia del Viernes Santo. La otra es la modesta y santa cruz donde se abrieron a Dimas los ojos de la fe. A ella nos asimos quienes confiamos en la fuerza del perdón. La tercera cruz no quedó limpia cuando de ella separaron el cuerpo del renegado. Tras esa cruz está el Diablo. Con ella se pretende dar signo cristiano a la civilización materialista del momento.

Caracas, 1951.

DESPILFARRO Y ANARQUISMO

El diario falangista *Arriba* publicó una crónica de su corresponsal en París acerca del lujo insolente frente a la miseria obrera. Después de una serie de consideraciones de tipo sociológico y político, el columnista se detiene a comentar la fiesta recientemente ofrecida en Biarritz por el marqués de Cuevas. Si mi ilustre amigo el marqués de Ciadoncha, decano de los reyes de armas de su majestad, no estuviese tomando el fresco fuera de Madrid, yo le telefonearía para conocer algo serio acerca de este fastuoso noble que se da el lujo de gastar cien mil dólares, es decir, cuatro millones de pesetas españolas, en la preparación de una gran fiesta para dos mil personas, y con la cual el Country Club de Chiberta se convirtió en una especie de Trianón, donde Pedro de Servia, Humberto de Saboya, el príncipe Jorge de Dinamarca, el Aga Khan, Robert Schuman, Pierre Balmain, Gene Tierney, y Sacha Guitry mezclaron sus disfraces de gente despreocupada y feliz, mientras sorbían el champaña pagado con el dinero que la dinastía Rockefeller (a la que la condesa pertenece), ha logrado amasar con el petróleo de nuestros sufridos pueblos. Tan escandalosa ha resultado esta ridícula exhibición de dinero y de mal gusto, que el Vaticano, por medio del *Observatore Romano*, la calificó de "desafío a la miseria".

Ha habido, pues, según lo comenta toda la prensa europea, una "mascarada de personalidades" que se divirtieron de lo lindo mientras el pueblo francés, el pobre y buen pueblo francés, sufre hambre y persecución. En la fiesta resaltaron el lujo de los trajes, la

abundancia de los alimentos y el correr de las bebidas, mientras los hijos de los obreros padecen frío y no tienen el pan exiguo que les corresponde en el orden de la vida. Si a la puerta del festín miliunanochesco hubiera llegado alguien y hubiera lanzado un atronador petardo, habrían salido de dentro los grandes señores disfrazados para gritar de voz en cuello: *Anarchistes, criminels, cochons*. Toda la maquinaria policiaca se hubiera movido en persecución del facineroso que en tal forma interrumpiera la legítima, pacífica y bien ganada alegría de los señores. El sueño, en cambio, de los obreros de los barrios bajos habría sido interrumpido por las pesquisas de los agentes, empeñados en dar con los tremendos y audaces criminales que alteraron la quietud del Casino señorial.

—*Mon Dieu, c'est trop terrible!*— exclamaría a la puerta del *club* una figurilla alcohólica de *vedette*, mientras un grueso señor de bigotes postizos prorrumpiera en exclamaciones de *anarchistes, criminels, cochons rouges*.

Anarquistas, sí señor. Así llaman estos despreocupados e insolentes "bonvivants" a quienes castigan la conducta criminal por ellos observada frente al pueblo. Anarquista se denomina hoy a todo el que pide justicia en tono airado contra el orden culpable que autoriza y aplaude locuras como las del ya tristemente célebre marqués de Cuevas. Sí, señor; anarquistas. Hombres peligrosos, hombres que debieran estar al margen de las leyes divinas y humanas. Hombres a quienes hay derecho de matar en las calles como se mata a los perros rabiosos.

Sin embargo, "cuánto anarquismo enguantado, y que no lo parece, corre por el mundo". Este encomillado pareciera provenir de algún libro escrito para defender o para justificar el anarquismo. En verdad, parece que con dicho aserto tratase de exculpar a los criminales uno de su propia ralea. ¿Quién, empero, escribió esta frase? Yo propiamente no lo sé; mas, en cambio, conozco a quienes son ante el público responsables de sus tremendos alcances. No se trata, en realidad, de ningún amigo motejable de izquierdismo o de

veleidades liberales. Se trata, nada menos ni nada más, que de los laboriosos y venerables frailes carmelitas de la madrileña residencia del Carmen de Ayala.

Para resolver una consulta de carácter moral, el redactor de la hojita que nos distribuyen dominicalmente a los fieles, cualquiera, pues, de estos buenos frailes mojó su mejor pluma en la tinta vieja y siempre fresca que colma aún el inexhausto tintero usado por San Pablo. Como buena doctrina, reclama que se propague a todos los vientos y en todos los tonos la palabra que enseña cómo "quien fomenta el odio de clases y azuza a los pobres contra los ricos, no es el que escribe contra el lujo, sino el que lo practica. Es muy humano sentir el pobre la comezón de la envidia, cuando el rico tiene el mal gusto de alardear su riqueza ante las propias narices de aquél, y hace falta pulso muy firme para sobreponerse a esa comezón. Por eso, más luchas sociales ha provocado el lujo que las propagandas anarquistas. ¡Cuánto anarquismo enguantado, y que no lo parece, corre por el mundo!"

Frailes, y frailes españoles de indiscutida ortodoxia, son quienes ponen los puntos sobre las íes para que lean bien todos los pacatos que pretenden quitar autoridad cristiana a quienes defendemos el derecho del pueblo frente a las clases que lo explotan. Estos buenos carmelitas no dicen tampoco nada nuevo. Se limitan a repetir en nuevo estilo lo que Cristo dijo en su primera venida. Son, en verdad, palabras viejas, pero que encierran una frescura que supera en fuerza a todas las consignas de los más atrevidos revolucionarios. Por algo los sacerdotes, los fariseos, los legionarios se pusieron de acuerdo para crucificar a Jesús. Por algo sus palabras escuecen de modo tremendo a quienes pretenden invocar el título de defensores de la cultura cristiana, mientras pactan con la mentira y con la explotación que destruyen las fuentes de la justicia.

EL CRISTO PROHIBIDO

Después de haber visto un noticiero cinematográfico con el reciente ensayo norteamericano de la bomba atómica o de haber leído la noticia de que Estados Unidos montará, con un costo de mil millones de dólares, la quinta planta productora de explosivos atómicos, aparecen más pronunciadas las dimensiones humanas y pacíficas del film *El Cristo Prohibido*, de Curzio Malaparte.

La cinta italiana es a veces un poco oscura; otras, un tanto lenta. Pero la técnica cinematográfica ha logrado captar y reproducir todo el doloroso dramatismo que a su libro transfirió el apasionante y rudo escritor italiano, convertido hoy en espantosa voz de protesta contra las mil iniquidades que ha padecido el noble y gran pueblo de Italia. *El Cristo* de Malaparte es una estupenda lección contra la guerra en todas sus formas. No uno, sino por centenares se cuentan los problemas puestos de resalto en esta obra magnífica. De ellos adquiere sentido de inenarrable tragedia la absurda necesidad de que se derrame la sangre de los inocentes para que prospere la seguridad económica de las naciones y se mantenga en vigencia una vieja forma de explotación del hombre. El otro, el de mayor alcance y de tragicidad ilímite, lo constituyen los obstáculos para que pueda "vivir" el verdadero Cristo en medio de una sociedad que clama por la paz.

Si Cristo reapareciera se le prohibiría predicar el amor y la paz. Cristo está "prohibido" en el seno de una sociedad corrompida,

traidora y criminal, cuyos pilares se quebrarían a sólo el enunciado de la palabra evangélica, pero que, vana y paradójicamente, se empeña en ser llamada "sociedad cristiana".

Cristo es pacifista. Cristo es el padre de la paz. "La Paz os dejo, mi paz os doy", fueron palabras suyas en una de sus apariciones a los Apóstoles después de la resurrección. Cuando Francisco de Asís revivió en la Edad Media el Mensaje de Cristo, tomó como consigna las palabras "Paz y Bien". Hoy Cristo y Francisco carecerían de tribuna pública para recomendar la paz. El mundo, este mundo falso que se dice defensor de la cultura cristiana, quiere la guerra. Olvidó el Nuevo Testamento y ha puesto sus ojos en las figuras guerreras de la vieja ley. Hablar hoy de paz es posición peligrosa para un cristiano. Cuando la pasada guerra los pueblos se esforzaron en detener el ímpetu de Hitler. El apaciguamiento se extremó hasta la hora en que ya la guerra era guerra. Hoy, en cambio, hasta la paz es guerra. Un esfuerzo más, y se podría evitar la hecatombe que amenaza al mundo. Un esfuerzo que en verdad representaría renuncia de posiciones privilegiadas, abandono de ricos mercados, dejación de bárbaros sistemas de explotación. Antes que matar hombres inocentes, debieran los Gobiernos saciar el hambre de paz, el hambre de justicia, el hambre de decoro que padecen los pueblos.

Todo esto podría hacerlo Cristo si no estuviese "prohibida" su palabra conjugante de voluntades. Si su Mensaje no se viese interferido por la intención de quienes en su nombre fabrican las armas mortíferas. La humanidad está fatigada de cruces de guerra. La humanidad quiere otra clase de cruces. Desde la más alta de ellas, Jesús dictó su último sermón. Agonizó Jesús con la palabra perdón en los labios. Desnudo, sin cosa alguna que lo atara a la tierra, fuera del hierro de los clavos, Cristo cerró sus labios al discurso directo y material. Dejó su Mensaje como puerta y camino capaces de conducir a la verdad de un mundo mejor. Pero la misma tarde que Cristo cerraba sus labios humanos, en casa aledaña de Jerusalén había fiesta contraria, derivada de la gloriosa muerte del Crucificado. Barrabás celebraba su libertad y su existencia, reganadas por el perdón que el pueblo le otorgó a cambio de la

sangre del Santo. Mientras en el Calvario la muerte del Justo servía para la salvación del arrepentido Dimas, en el orden de la vida ordinaria se convertía en provecho de los Barrabases. Hoy Barrabás tiene el monopolio de la verdad y de los beneficios materiales. A Cristo está "prohibido" tomar parte en la salvación del mundo. En su nombre, en cambio, se desarrolla una cultura egoísta, avara, sin entrañas, que provoca las tremendas reacciones del odio de los infelices y que, terminando en la negación de los contenidos cristianos, irrumpe contra los propios valores del cristianismo. Cuando el revolucionario sin luz para la justicia arremete contra los altares consagrados a Cristo, realiza una acción de que es culpable el mismo orden combatido. Quienes ponen el hacha destructora en manos de los iconoclastas son los mismos que se han servido de la materialidad venerable de los iconos para fingir ideas cristianas en sus lonjas y en sus tiendas de extorsión. Ese Cristo formal de los altares, mudo en su largo dolor, inactivo en su actitud permanente de crucificado, pareciera que se empeñasen en exaltarlo los representantes del orden de la moderna sociedad llamada cristiana, mientras, por otra parte, sellan y condenan la palabra generosa y creadora que dejó Jesús como fermento de la verdadera y fecunda acción cristiana.

Esa palabra la denuncia como "prohibida" el crudo Malaparte. Y la denuncia la hace con razón. Todos sus libros son ásperos mensajes de la realidad que sufre un pueblo, víctimas de encontradas guerras, de revoluciones absurdas y de extranjera ocupación. Un pueblo que sólo mira como meta de acción salvar "el pellejo" a cualquier precio, ha de sentir en lo más profundo de su realidad humana la necesidad de que Cristo hable con libertad, aunque sea con la relativa libertad que le concedieron los sacerdotes antiguos cuando llegó a arrojar del templo las mesas de los mercaderes.

Ese Cristo, única luz para un verdadero mundo de justicia y de paz, lo invocan desde sus corazones estrujados aquellos que en vano preguntan por qué se han de matar cruel e inútilmente los hombres. ¿Por qué?

Para que deje de estar "prohibido" urge que se le busque con sentido de realidad por cada quien que quiera la paz. Para que salga a la calle, es necesario buscarle previamente a través del solitario camino de las conciencias. Entonces se le verá sonreír aún en el rostro del enemigo que nos persigue.

SEMANA SANTA EN ESPAÑA

Quienes visitan a España con alegre espíritu de turistas suelen irse a la jacarandosa y tibia Sevilla durante estos días de la Semana Mayor. Allá son las saetas y el cante jondo con que la gitanería andaluza celebra los graves misterios de la Redención cristiana. La Semana Santa tiene en la Hispalis de la vieja Bética toda la alegría y todo el regocijo del Mediodía. Por donde, de toda la gente que camina hacia la sultana del Guadalquivir en pos de la Macarena, podría decirse que con "una vara de mimbre va a Sevilla a ver los toros", como el mismo "Antonio Torres Heredia, hijo y nieto de Camborios".

Otros, en cambio, buscan la austeridad antigua en los oficios y ceremonias de Valladolid. Contra lo festivo que mezcla el incienso con la manzanilla y las Avemarías con los verdes piropos, Valladolid mantiene todo el austero esplendor y toda la severidad del clásico espíritu castellano.

La Semana Santa es fiesta española, así en Roma la presida el propio Padre Santo. La religiosidad de la península parece alcanzar su máxima expresión plástica en los festejos de la Pasión del Señor. El espíritu agónico del español busca su dramatismo culminante en los pasos de la Semana Santa.

En todas las ciudades y villas de España las ceremonias de la Semana Mayor alcanzan características singulares. Sin embargo, su clímax lógralo en Valladolid. Esto es ya una tradición indiscutida.

España fue el centro cabal de la Contrarreforma, y la Semana Santa española es expresión permanente del espíritu anti-luterano que se impuso en la península. Carlos I y Felipe II fueron el brazo secular del extraordinario movimiento puesto a la licencia de los reformados. Más aún que su padre, Felipe encarnó los viejos valores que resistían la renovación promovida por los protestantes. Y en la ciudad del rey sombrío adquirió, para el orden del arte católico, su más alta expresión la imaginería abolida por las iglesias protestantes. La escuela vallisoletana de escultura no debe mirarse como mero testimonio de vocación artística, sino como documento al bulto de una tesis teológica. Mientras los graves doctores fulminaban en la cátedra y el púlpito sus elaboradas sentencias contra las tesis luteranas, imagineros y santeros daban forma sobre la dura madera o sobre la piedra áspera a discursos de entusiasta color, que saben convencer con fuerza igual a la de los silogismos aristotélicos de los frailes.

Tuvo asiento la Corte de Valladolid, y tuvo también en la urbe hermosa del Pisuerga sede la escultura española. En la ciudad nació el rey Felipe. En el esquinero de la Diputación Provincial dura el balcón de cristales desde el cual el monarca contemplaba, arrodillado y rezando, los solemnes autos de fe. Toda esta severidad arcaica la revive Valladolid en su Semana Santa. La cuna de Felipe II prosigue con sus pregones de arte y de color luchando contra la iconoclasta herejía de los reformados. En los días mayores, la ciudad se recoge a meditar sobre el sentido profundo de los misterios cristianos. De ellos son principales los que se refieren a la muerte de Cristo. De distintos sitios de España acuden viajeros para contemplar las grandes jornadas religiosas. También vienen forasteros lejanos a quienes ha llegado noticia de estas espléndidas fiestas.

Se ven turistas ingleses y franceses
ante los Cristos —tan ensangrentados—
de Gregorio Fernández, Juan de Juni
y de tantos artistas castellanos.

Tan grande ha sido este año la afluencia de visitantes, que a mí me ha sido forzado venirme a pernoctar en Tordesillas, y junto conmigo, a mis compatriotas Edmundo Fernández, Antonio Martín Araujo y Alirio Ugarte Pelayo, compañeros gratísimos en este delicioso viaje a través de los viejos reinos de León y de Castilla.

De Tordesillas queda poca cosa, pero el poblado tiene una tremenda fascinación de Historia. Desde la mansión de don Pedro el *Cruel* hasta la torre donde vivió presa Juana la *Loca*, aquí cuaja una tradición que habla en castillos, estelas, lápidas y altares. Se firmó aquí el famoso tratado que definió los linderos de América con la misma facilidad con que un *maître* parte un queso de bola.

Frente a la ventana del aposento donde escribo corre el anchuroso Duero. Quizá desde este mismo viejo mesón lo divisó una clara mañana Antonio Machado, cuando escribió que

> El Duero cruza el corazón de roble
> de Iberia y de Castilla.

Escuchó también Tordesillas el tumulto de los Comuneros de Castilla, que buscaban en la reina enajenada apoyo legal para resistir los reitres germanos con que Carlos I ofendía las franquicias antiguas. ¿Cuántos de los abuelos castellanos trasladados después a las Indias figuraron entre los rebeldes que acompañaron a Bravo, a Maldonado y a Padilla? Sancho Briceño, por respeto a su deudo el alcalde Ronquillo, no debió ser comunero, pero en llegando a Venezuela se sintió unido a la causa de las nuevas ciudades, y su nombre lo lleva la Cédula que dió a nuestros Cabildos el privilegio de gobernar por sus alcaldes a la muerte de los gobernadores. El municipalismo fue raíz de independencia y federación.

Al madrugar, para ir el camino de la capital vallisoletana, un labriego friolento con quien hablo a la puerta del parador me pregunta: "Y vosotros en América, ¿sois cristianos también?". La pregunta no tiene trascendencia, pero ante la simpleza de quien la hace, me sentí cohibido para la rápida respuesta. ¿Cristianos los

hombres de América? ¿Con qué sentido lo pregunta el rudo labrador? ¿Sabe, acaso, todo lo que contiene la palabra? ¿Somos en realidad cristianos quienes así nos llamamos en el Nuevo Mundo? ¿Vive América una posibilidad cristiana?... Pues me limité a responderle que allá todos estamos bautizados, inclusive los gobernantes seculares.

La solemnidad de la Semana la resume la ciudad el Viernes Santo. Sin hablar de los graves oficios ni del pregón de las Siete Palabras, explicadas a la meridiana en la Plaza Mayor, cuajada de fieles, los Pasos de la tarde revisten un aspecto incomparable. Presididos de las respectivas cofradías, bien arreadas éstas de los vistosos y polícromos capuchones, veintidós Pasos integran este año el solemne, majestuoso y severo desfile, que pide dos largas horas en un mismo sitio para ser admirado en su conjunto extraordinario. En la austera procesión, contemplada por más de trescientas mil personas en recogida actitud, tanto se admira la belleza de las tallas como el respeto y la devoción de los presentes. La alegre saeta es reemplazada por el grave rezo de las cofradías. La manzanilla embriagadora, por el incienso davídico. Más que vías públicas, las calles parecen naves de una inmensa catedral que tuviese por techumbre el cielo.

Los Pasos de Semana Santa hacen de Valladolid una manera de museo ambulante. De las iglesias, conventos y galerías de arte son sacadas las grandes obras de Gregorio Fernández, Berruguete, Diez de Tudana, Juan de Juni, Francisco de la Maza, Juan de Avila. En las manos de estos egregios "imaginarios", como fueron llamados en su tiempo, cincel y pinceles fueron lo que la pluma en mano de Ignacio de Loyola, Lainez, Báñez, Victoria y Soto para la lucha contra la Reforma. Cuatro largos siglos han discurrido desde el cisma del siglo XVI y España prosigue en la defensa de la fe imaginera. Cada Semana Santa es una reafirmación del culto dúlico del pueblo.

Solamente falta en este problema de Reforma y Contrarreforma una nueva forma de vivir el cristiano que lo acerque a la primitiva realidad apostólica. Precisa bajar de las andas lucidas a las imágenes

de Cristo. Es urgente que la nobleza encapuchada y los airosos militares que hacen guardia a las esculturas polícromas, ayuden a Cristo en su real camino sobre la tierra. Más que hombros que sostengan sus imágenes, Cristo reclama brazos que hagan efectiva su caridad y su justicia.

Tordesillas, 1953.

EL MUNDO DE LOS NIÑOS

El padre José Holzner, con toda la gravedad que caracteriza a un profesor alemán, legó a la cultura de la época sus admirables estudios acerca de la figura extraordinaria de San Pablo. Para la rápida y amena impresión quizá resulte más a propósito la pequeña obra traducida al castellano bajo el título *El Mundo de San Pablo.* Para una mejor medición de la profundidad anímica del Apóstol, incuestionablemente presta mayor ayuda el *San Pablo, heraldo de Cristo.*

A mí la lectura de las obras de Holzner me dejó una profunda impresión de lejanía evangélica. Sin hacer cuenta de los almanaques acumulados desde el año 67 hasta la fecha, la efusión paulina que trasmiten entrambos libros me hizo sentir en medio de un mundo que, llamándose cristiano, es la negación de todas las esencias predicadas por el grande Apóstol de las Gentes.

En medio del desgarrador impacto del paralelo entre la doctrina enseñada por San Pablo y la realidad de nuestro mundo presente, amanecí pensando en el destino del hombre llamado cristiano. Como quien desarrolla hacia atrás y hacia adelante una cinta cinematográfica, recorrí la historia reciente de los hombres y de las naciones y puse ante mi vista el panorama de los pueblos y el alcance de las doctrinas en pugna. Cuando al Apóstol se le juzgaba, había en los altares del Imperio dioses contrarios al espíritu que anunciaba el iluminado. Hoy, en tribunales donde se sientan jueces

animados del mismo propósito de los viejos dioses paganos, se profieren, en nombre de una supuesta civilización cristiana, sentencias que velan su satanismo bajo el nombre santo de Cristo.

Con pensamientos confusos y contradictorios acerca de la realidad del momento me eché a la calle llena de sol primaveral, ahora, justamente, cuando declina el otoño. Cualquiera, al recibir el tibio sol mañanero, puede pensar más en la cercanía del estío que en la proximidad del invierno. Con luz de buena esperanza, la mañana sirve para alentar los espíritus pesimistas. En medio del crudo tiempo, así, sin que nadie lo espere, puede amanecer un sol redondo de calor y brillantez. El sol tibio y confortante de la calle a mi se me hizo también vibrante calor de Evangelio dentro de la propia friolenta iglesia de los Carmelitas de Ayala.

Como se acercan las Pascuas de Navidad, el fraile que ocupaba la cátedra dominical pidió a los fieles extender su generosidad hacia los niños de los suburbios. Yo he oído excelentes oradores católicos en distintas partes de América. He escuchado oraciones cargadas de densa doctrina y tejidas de elegantes cláusulas. Mas hoy, ante el fraile fogoso que predicaba de la caridad y la justicia, sentí un calofrío que jamás sentí ante ningún predicador. No me subyugó la arquitectura del estilo ni el atractivo de la voz. Me entusiasmó el filo tajante del hacha con que este predicador rompía broza social, para dejar desnuda la realidad anticristiana de un mundo que reza, comulga, viste hábitos, se cuelga escapularios, hace promesas, se golpea el pecho, oye misa, fomenta cofradías y en el fondo no es sino un gran sepulcro blanqueado. Un mundo lleno de los peores demonios paganos.

Pocas veces un sacerdote ha dicho cara a cara verdades más duras a la gente cristiana como esta mañana el discípulo del Extático a quien correspondió ablandar hacia los niños abandonados el espíritu de sus feligreses. No pidió para los niños pobres piltrafas ni sobras de los niños ricos. Huyó certeramente la prédica de esa caridad de basura con que muchos creen cumplir al fin del año, como pulperos

que cortan cuentas, sus deberes con el prójimo. Como buen buzo, bajó al fondo del problema y desnudó la farsa del orden en que se fundamenta la iniquidad. "No olvideis que vosotros, los que gozáis la abundancia, sois los menos, y que la desesperación de la mayoría de quienes sufren puede poner fin con justicia a vuestra falsa tranquilidad". Lo mismo piensa el padre Holzner cuando escribe "que para la Iglesia cristiana no hay un selecto cristianismo de salón, propio de las clases superiores, por un lado y por otro un cristianismo de la plebe. Y si alguna vez ha habido algo de esto, como ocurrió en Francia con el *ancien régimen*, la reacción no puede ser otra que la irrupción de las masas, como ocurrió con la Revolución francesa".

Este predicador sí que está defendiendo la civilización occidental. Este humilde fraile carmelita sí sabe dónde están los hilos que conducen a descubrir los agentes del comunismo ateo. Si el delirante maccarthysmo siguiera las huellas digitales de los hombres que mantienen la injusticia sobre la Tierra con la misma seguridad con que este fraile carmelita ataca a los delincuentes, vaya que para nada servirían esas funestas bombas con que hoy se amenaza el porvenir de los niños para quienes el ardiente predicador pide abrigo, juguetes y dulces.

Bien podrían pensar los maccarthystas que el comunismo no necesita lanzar espías al mundo occidental. No necesita espías en el área enemiga quien padece de antemano la complicidad de los jefes. El comunismo tiene sus mejores apoyos futuros en los miles de miles de hogares cristianos donde los niños no ven llegar con su carga de juguetes y de dulces al Niño sonreído ni a los alegres Reyes. Allí donde la miseria y la injusticia crecen en beneficio de otros niños felices que acaparan dulces y juguetes, allí está la brasa encendida de la revolución. Allí están los enemigos que debieran ser rendidos por medios de justicia. El comunismo tiene sus más eficaces aliados en quienes se niegan a realizar la verdadera justicia. Contra éstos sí sería valedera una campaña maccarthysta. Pero el maccarthysmo norteameircano no defiende a Cristo sino a Plutón.

Madrid, noviembre de 1953.

FUNCION SOCIAL DEL OLVIDO

Cuando en el Archivo General de Caracas se abrió, en 1941, el primer curso de Paleografía Diplomática, que me tocó encomendar a la experta dirección de la eminente paleógrafa doña María Teresa Bermejo, apareció entre los entusiastas alumnos el joven sacerdote Alfonso Alfonso Vaz. El flamante levita pensaba por entonces en hundirse en el mar inexplorado de los archivos del Arzobispado. En aquel momento sentíase atraído por el brillo de la Iglesia antigua y por el secreto de la participación de los obispos coloniales en los destinos del pueblo viejo.

De entonces a acá ha corrido buena agua bajo los puentes. El padre Alfonso ha servido la cura de almas de Catedral y se ha puesto frente a frente con el pueblo nuevo. Ha sentido el padre Alfonso su deber cristiano como algo distinto al fomento de cofradías y de cepillos piadosos cuyo destino el pueblo ignora, y se ha ido al verdadero problema de la caridad donde estriba la fuerza del cristianismo. No ha practicado, tampoco, la caridad como limosna y súplica, sino como vínculo de relación social. Como sociedad en torno a un ágape fraterno, se formó la Iglesia. Los que recibían la Eucaristía ya habían comido como hermanos en torno a la mesa ritual. Claro que de aquellos dulces tiempos apostólicos al cristianismo que por desconfiar de la promesa de Cristo se entrega a la protección de la bomba atómica, han variado mucho los hábitos y los usos de la comunidad religiosa. Aun cuando se acercan al

banquete angélico, los cristianos de hoy, lejos de darse la paz, se abren camino entre codazos más propios de un circo de toros que de un lugar sagrado.

El padre Alfonso ha pensado en el cristianismo de tiempos de San Pablo y ha bajado a las clases desheredadas. Ha buscado a los muchachos desamparados en cuyo espíritu tiene vela prendida el espíritu de la revancha social. El padre Alfonso está apagando la lumbre de las futuras venganzas engendradas por el desamparo en que las clases del privilegio mantienen a los indefensos. Ha ideado La Ciudad de los Muchachos, para amparar y reeducar a niños física y moralmente abandonados. Su labor tiene alcances admirables para el porvenir de Caracas. En él pensé cuando acá tropecé con institución semejante, y a él remití los planes de eficaz recolecta que llevan a cabo sus directores. En los muchachos del padre Alfonso pienso, también, cada vez que dejo caer mi modesta pesetilla en la alcancía colocada con tal fin, a la par de la caja registradora, en la tahona donde compro mi pan de cada día.

Con fruición he leído un reportaje publicado en *Elite* acerca de los progresos alcanzados por la Escuela Hogar Monte Carmelo, y por su filial Mi Casa. Ya pronto se pondrá la primera piedra de la Ciudad de los Muchachos, donde será ofrecido hogar a quienes no lo tengan.

Sin embargo, algo en el relato hubo de dejarme la impresión de cosa no colocada en su justo puesto. El periódico, junto con indebidas fotografías de los niños, publica un retrato del "famoso museo de Monte Carmelo". Se trata del conjunto de cosas que en su vida anterior de granujas robaron los muchachos. ¡Hasta una bomba lacrimógena! Con tan desagradable artefacto, figuran carteras, botellas de aguardiente, machetes, revólveres, llaves, etc.

¿Qué fin persigue este museo?, me he preguntado. No puede ser otro sino exhibir el submundo delincuente de donde vienen los muchachos que se trata de amparar y de reformar. Es una manera de ficha al bulto de la anterior vida culpable de los desgraciados niños. Es la memoria permanente del viejo muchacho que se trata de transformar en muchacho nuevo.

Considero que el principal problema de estas casas no radica en los treinta pollos que ofrezca Conagra para la alimentación de los chicos, ni en los panes a tutiplén que obsequie la Panificadora Nacional. El problema radical reside en arrancar de la memoria de los niños toda vivencia anímica que pueda convertirse en tara o complejo que impida la reestructuración de la personalidad nueva. Carteras, revólveres, llaves y machetes tendrán en ellos el recuerdo agresivo de su antigua vida delincuente. Ellos, en cambio, piden con urgencia una especie de amnistía general para su pasado culposo. De ser posible, les vendría bien hasta nombre nuevo y un nuevo marco urbano. La labor reeducadora ha de buscar ante todo que los muchachos se olviden de sí mismos por medio del goce de una nueva vida de confianza y de alegría. Necesitan ser puestos en condición de otorgarse una amnistía a sí mismos. Olvido de lo que fueron ayer, para ganar seguridad en los pasos que ahora han de dar sobre la conciencia que de nuevo les umbrala el educador.

En cambio, un museo de artilugios y de objetos que mantengan la memoria de lo que ayer fueron los muchachos, es como grueso expediente que vocea permanentemente un pasado de dolor. La obra de readaptación tropezaría diariamente con los espantos que regresan en forma de realidad del propio mundo que se intenta echar al olvido.

En el campo de la justicia de los Estados se suele conceder amnistía a quienes hayan caído en delito contra el orden político. En el área de lo social, también se concede la gracia del olvido a quienes hayan incurrido en faltas públicas. En el terreno de lo personal, también los hombres buscan, por medio de procesos morales y psíquicos, echar un poco de olvido sobre hechos que mantienen a ras de epidermis la flor pugnaz de algún recuerdo. Sobre esa ceniza de paz se ha de levantar el edificio nuevo. El muchacho que se siente favorecido por el olvido de la sociedad que le rodea, termina por olvidar su pasado tormentoso. Ocurre una manera de simbiosis entre la sociedad ofendida y el agente ofensor. La paz no se produce sino sobre el olvido de ambas partes. En el presente caso, los muchachos jamás llegarán a un olvido fecundo mientras tengan a la

vista los instrumentos del antiguo pecado. El esclavo no olvidará tampoco el insulto del amo mientras de la pared cuelgue el viejo rebenque. La sociedad no acogerá al transgresor de sus normas mientras permanezca en vigor su culpada conducta. En todos casos, para la eficiencia del olvido se necesita una visible modificación de conducta, apoyada en el desahucio del instrumental delincuente. El famoso Museo de los Muchachos debe ser destruído a martillo y fuego. Para que la sociedad logre que los muchachos se olviden de sí mismos, debe quitarles el recuerdo de sus viejas faltas. Ninguna víctima de frustrado ahorcamiento podrá sentirse segura en la casa donde su enemigo tuerce sogas. Cuando el tejedor quiera componer las paces con sus enemigos antiguos, ha de empezar por convidarles a tienda donde no aparezca el rostro de los expertos en el siniestro arte del torcimiento.

CARMANIA

A la cabeza de las obras de importancia con que hoy cuenta el Estado de Trujillo, debe colocarse la colonia-hogar Carmania, edificada en torno a la vieja casa del ilustre y santo levita Francisco Antonio Rosario. Cuando surgió la idea de convertir en amparo de menores esta antigua casa de campo, no se hizo distingo entre los hechos que dan fama al placentero sitio. Aquí vivió el padre Rosario, a quien el consenso del pueblo ha consagrado como santo milagroso. El año 1947, cuando se hizo centenaria memoración de su muerte, el pueblo de Mendoza, en Cabildo abierto que presidió el arzobispo de Mérida, dispuso tomar providencias para procurar la declaración canónica de santidad del maravilloso sacerdote (Una de ellas fue encomendarme a mí la biografía del ilustre y complejo personaje). En Carmania vivió el padre Rosario y en Carmania pernoctó Bolívar en junio del año 1813, cuando traía en la mente ardorosa los relámpagos de la proclama declarativa de guerra a muerte contra españoles y canarios, siquiera fuesen inocentes.

¿De dónde arrancó la idea del refugio? ¿De la cristiana bondad que convirtió al antiguo pecador en santo penitente? ¿Del paso nocturno del flamígero Libertador de América?... Para honrar al uno y para exaltar al otro se levantó esta magnífica edificación, donde hoy reciben tuición y enseñanza numerosos niños abandonados. Estrechándose las manos aparecen Bolívar y Rosario en la evocación del momento en que el caudillo de la Libertad echaba pie en tierra para dar descanso transitorio a la aventura bélica. En el siglo XVI

tuvo encomienda de indios por estos términos don Cristóbal Hurtado de Mendoza (de los más conspicuos pobladores de la antigua ciudad de nuestra Señora de la Paz de Trujillo). Los Mendoza dieron nombre al sitio y dieron también brillante linaje a la patria venezolana. Flor de él es don Cristóbal, el primer Triunviro del primer Gobierno republicano de 1811. Ahora don Cristóbal es gobernador de la restaurada provincia de Mérida, y, con tal carácter, el 23 de mayo último, ungió a Bolívar con el título egregio y vatídico de Libertador que le reconocerá la Historia.

Bolívar y Rosario unen sus memorias de este hermoso y fresco sitio. Cuando se encontraron, el levita era hombre alegre, que frecuentemente olvidaba el altar por mundanas complacencias. Dueño de esclavos, señor de tierras fértiles, su casa era posada de grandes huéspedes. A ninguna otra podía llegar el flamante Libertador con seguridad de mayor holgura. Un poco atrás, Bolívar había dejado la casa solariega de *el diablo* Briceño, con quien, después de largas desavenencias y rivalidades, había roto definitivamente en la frontera con la Nueva Granada. En ella seguramente está *el negro* Domingo, pero Bolívar no quiere entrar en explicaciones de su conducta con los deudos del bravo coronel que agoniza en Barinas con la muerte, por haberse adelantado a practicar la guerra feroz, cuya declaración solemne se trae Bolívar en las mientes volcánicas.

Este Bolívar impetuoso de la guerra sin cuartel, hace buen par con el sacerdote caedizo, que prefiere al recatado bonete la corona de pámpanos y mirtos. Ambos son héroes en agraz, que sabrán conquistar con valeroso empeño la gloria de la Historia y la gloria del Altar. Al meditar Bolívar los términos siniestros de la famosa proclama, está estrujando su fina conciencia de hombre. El preferiría otros medios para alcanzar la victoria, pero Monteverde y sus tenientes están obligando, por su crueldad, a la guerra de exterminio. En la noche calma, tal vez el capitán de las victorias procure escuchar la voz del levita. Este sabe que los santos han condenado la guerra y que hubo tiempos en la que la Iglesia tuvo horror a la sangre derramada entre hermanos. Sabe, también, el padre Rosario que Bossuet miraba en los príncipes guerreros

especiales criaturas de Dios. Y, sobre todo, su mente está caldeada por las llamas de la Convención de Francia. Hasta su escritorio ha llegado una copia de los célebres discursos del obispo de Loiret-Cher, que se trajo bien guardados el precursor Nariño cuando viajó por estos montes. El padre ha leído a Bolívar el incendiario texto: *La hache de la liberté, aprés avoir brisé los trónes, s'abaissera sur la téte de quiconque voudrait en rassembler les débris.* Ningún esfuerzo se puede escatimar para que desaparezca todo vestigio de tiranía. Así el método sea cruel, ambos convienen en que esta guerra es santa. Aunque abrace con entusiasmo la causa del exterminio, Bolívar deja en su espíritu dormida la esperanza de que tan espantoso sistema sea apenas instrumento que aterre y traiga de paz a los enemigos. En la propia ebriedad de la guerra, él sabrá frenar el frenesí de los odios y llorará ante el cadáver de las víctimas.

Ardientes serán también las lágrimas con que el padre Rosario pondrá término a la alegría malsana de sus vicios. Tomarán libre camino los antiguos esclavos. Se arrollarán los blancos manteles donde banqueteó la gula, y sobre la simple tabla apenas pondrá una nota de frescura el jarro de tierra con el agua humilde que hace menos áspero el mendrugo penitente. Un siervo sólo deja el arrepentido. Aquel a quien obliga a vapulearlo en la misma forma en que los judíos vapulearon a Jesús el Viernes Santo. De la fama electrizante de las victorias y del placer de los halagos de palacio, apenas queda a Bolívar, por diciembre de 1830, la sombra acogedora de los tamarindos de San Pedro Alejandrino. Quizá a aquellas mismas horas en que el padre de la Patria acrisolaba su alma en el regusto de la ingratitud y de la traición de los amigos, el padre Rosario tomaba de Mendoza hacia Escuque el camino de la penitencia, cargado de madero en proporciones igual al leño del Calvario.

Donde ayer tuvieron, pues, pasajera iluminación el ansia de victoria de Bolívar y los sueños paganos del padre Rosario, la República ha construido amplio hogar, que recuerda la gloria que a aquéllos

deparó el dolor. En este hogar huelgan hoy menores desamparados, a quienes la sociedad ofrece medios de educación y de cultura. Buen destino ha logrado la histórica mansión.

Ejemplo de edificaciones de su género, Carmania delata la presente preocupación por la suerte de los menores abandonados. Se procura en estas casas remediar parcialmente una de las tantas injusticias que engendra el actual orden anti-cristiano de la sociedad. El Estado ha de acudir al socorro de estos niños por cuanto nacen y crecen a riesgo de un abandono provocado por distintos factores, a los cuales las leyes no pusieron oportuno remedio.

Cuidar niños extraños es, por humana, gratísima misión. Ennoblece y distingue a quienes hacen de ello una profesión. Ordenes religiosas, cuerpos especializados de puericultores, sabios pediatras, hábiles paidólogos, han consagrado a los niños abandonados la flor de sus esfuerzos. Suelen tomarse los niños aún con motivo de distracción y de deporte. Se juega a la "canasta" y se murmura y se baila en sociedad, con el fin de recabar fondos para las canastillas de los niños pobres. A fin de año se realizan cruzadas benéfico-patrióticas para comprar juguetes, dulces y abrigo a los niños desamparados. Todo esto es noble y hermoso. Tiene hasta aspecto cristiano.

Para los niños sin hogar se construyen estos grandes edificios como Carmania, donde el Estado ejerce sus altas funciones de tutor de menores. Magnífica labor la de quienes se consagran a estas obras reparadoras. Una nación llena de colonias-hogares demostraría ser una nación preocupada por la suerte de sus futuros hombres. Una política asistencial que construyese en todos los sitios donde hacen falta hogares para amparar menores, indicaría un generoso altruista y cristiano espíritu. Sería deseable recoger a tantos niños que pululan como perros famélicos por nuestras ciudades, pueblos y caminos, y para quienes pareciera que no existiesen los costosos y complicados organismos encargados de proteger la infancia. Dar casa, juguetes, leche, dulces, abrigo y libros a los niños pobres y abandonados, es cosa que pone muy en alto a los gobiernos. Pero

hay algo por lo cual claman estos niños en grado superlativo y que la sociedad y las autoridades debieran empeñarse afanosamente por proporcionarles. Estos niños están urgidos fundamentalmente de padres. Estos niños tienen derecho a ser asistidos por sus padres. Reclaman ellos padres y madres que los eduquen bajo techo propio y que les ofrezcan abrigo, dulces, leche, libros y juguetes.

Una política juiciosamente fundamentada en la justicia debiera pensar en dar padres a los niños y no esperar a que las necesidades de éstos reclamen los hogares artificiales. Padres con buen salario, padres con casas limpias, padres con tiempo libre para cuidar y divertir a los hijos. Y cuando los padres se escurran en la bastardía y queden solas las pobres madres, que tengan los niños acciones enérgicas y rápidas y procuradores despiertos que obliguen a aquellos a que les suministren abundoso pan, seguro techo y legítimo nombre. Más que a la patria potestad quiritaria, la nueva legislación debe mirar a la pueripotestad. A la prueba salomónica de exponer el niño al descuartizamiento para saber a qué madre debía entregarse, preferir la solución que anecdóticamente se imputa al general Gómez, cuando comentando el pronunciamiento del Rey Sabio, dijo el astuto caudillo que él habría dispuesto que las dos presuntas madres hubieran dado de mamar al debatido hijo. "¡Así salía ganando el muchacho una madre más!" Sin saberlo, el viejo Gómez, guiado de la fina intuición que fue su numen, enunciaba un avanzado principio de legislación social: no son los niños bienes de los padres, sino los padres servidores de los hijos que engendraron.

Dar padres a los niños es un procedimiento más justo, más noble y más cristiano que ofrecer por Navidad abrigo, pan y juguetes a los niños abandonados. ¿Y quién ve de estos niños durante los restantes trescientos sesenta y cuatro días del año? Las casas-cunas, las colonias-hogares, los orfanatorios, responderán quienes ven en la recolecta de muñecos hasta un buen pasatiempo de fin de año. La justicia y la lógica, en cambio, piden otra cosa. En el orden de la salubridad social se prefiere hoy una política de previsión que evite la asistencia hospitalaria. Agua potable, buenas cloacas, oportuna desinfección, mercados abastecidos donde el pueblo adquiera

fácilmente una dieta nutritiva, disminuirán las plazas obligadas de sanatorios y hospitales. Claro que siempre habrá niños abandonados a quienes obligatoriamente tendrá el Estado que ofrecer protección. Pero resulta de mayor sentido social y de mayor contenido cristiano suprimir heroicamente las causas primeras de estas lamentables situaciones. Evitar la miseria, el hambre y el abandono social que hacen necesarios en nuestros pueblos amplias y acogedoras casas como esta de Carmania, donde alegres muchachos rinden homenaje a la acción creadora y a la memoria del padre Bolívar y a la memoria y a la bondad del padre Rosario, sería una labor de mayores alcances sociales y de superior sentido de justicia. Padres, padres, padres quieren preferentemente los niños venezolanos. Padres con libertad económica que les evite llegar a estos magníficos hogares artificiales, donde un responsable sentido de solidaridad les ofrece sustituto al amoroso rescoldo del hogar destruído por la miseria y por el vicio. Y lo que más duele: ¡al hogar que jamás existió! Que queden estas admirables obras para recuperar a los niños con taras y carencias que pidan la asistencia de la sociedad. Que se atomicen las Carmanias a todo lo ancho de la patria venezolana, pero que en ellas, lejos de técnicos puericultores, sean los padres y las madres quienes individualmente levanten y eduquen el cuerpo y la conciencia de los niños...

Mérida, 1951.

MEDITACION SOBRE EL RECUERDO DE ITACA

Las furias de la Naturaleza se han cebado en estos días sobre las islas Jónicas. Como mero recuerdo histórico habrán de subsistir los nombres de aquellos lugares risueños donde Homero hizo descender a sus dioses y a sus héroes. La patria de Ulises se ha hundido en la irrealidad definitiva. Itaca, devastada por las fuerzas cósmicas, seguirá, empero, con vida en el mundo poblado de imágenes de la poesía, como símbolo del poder del espíritu sobre la pesadumbre del hecho material. Con Cefalonía y Zante, Itaca ha sido una de las regiones peor tratadas por los recientes sismos.

Sobre las aguas maravillosas que rodean el archipiélago jónico, volaron las rápidas velas del yate de lord Byron. En la proa de la nave avanzaba como luminoso mascarón que espantaba los monstruos enemigos de la libertad, el nombre de Bolívar. En aquellas aguas risueñas sólo impera hoy el dolor de la tragedia desencadenada por las fuerzas secretas de la Tierra. Ante la angustia que causa su contemplación "ni Bolívar hubiera repetido su desafío romántico de hace ciento cuarenta años", escribe un editorialista madrileño, en quien parece que perdurase la impresión blasfema con que José Domingo Díaz adulteró la admirable y cristiana consigna del Libertador.

En el orden del espíritu, lo mismo que en el orden general de la cultura, el hombre realiza permanentemente un proceso encaminado a vencer la Naturaleza. En la teología pauliana, el hombre

nuevo es producto del rendimiento a las leyes del espíritu de los ciegos impulsos naturales. El auge de las grandes civilizaciones materiales está en relación directa del sometimiento de las leyes físicas al provecho del hombre. Electrotécnica, aviación, radiodifusión, física nuclear expresan el dominio de las leyes de la naturaleza por la voluntad humana.

Lo que, en cambio, llega a lo sacrílego y antihumano es poner las conquistas de la inteligencia al servicio de la parte instintiva y brutal del hombre. Eso jamás lo pensó Bolívar, a quien bien cuadra el calificativo de romántico que, no sé si peyorativamente, le dedica el editorialista de *A B C*.

Eue Bolívar en realidad un gran romántico, que trocó la abundancia de sus trojes aragüeñas por la pobreza que lo llevó a morir con camisa prestada, después de haber fundado cinco repúblicas. Bien sabía él que a la Historia se entra más holgadamente desnudo que cargado de materiales haberes. Hoy, en cambio, el gobierno del mundo no está confiado a hombres románticos. Otras, por desgracia, son las leyes que rigen la relación de los pueblos y de los hombres.

El propio infortunio presente pone de bulto distintas y contradictorias maneras de reaccionar los hombres y los gobiernos. Se habla de "escalofríos mundiales" ante la noticia del hundimiento de las tres islas jónicas y calientan sus flotas los gobiernos para acudir rápidamente en ayuda de los espantados supervivientes. El hombre muestra terror frente al espontáneo desencadenamiento de las fuerzas destructivas de la Naturaleza y se siente movido a compasión por el dolor que ellas causan en inocentes víctimas; en cambio, mira impacientemente los esfuerzos que hace la inteligencia para desencadenarlas metódicamente con el fin de producir la propia muerte de sus semejantes.

Para hallar paralelo al desastre jónico, los comentaristas invocan, sin ninguna intención acusadora, el escenario siniestro de Hiroshima y Nagasaki. Para ayudar a las víctimas, corren raudas las grandes naves de guerra que mantienen en suspenso la atención pacífica del

hombre común. Hasta la pretensa salvaguardia del nombre de Cristo ha sido invocada como justificativo de una nueva prueba atómica sobre colectividades humanas. Sin embargo, el mismo hombre que se afana por destruir al prójimo, tiembla ante el fenómeno inconsciente que aniquila inocentes poblaciones.

Como en la tragedia antigua, sobre las islas desafortunadas se ha cernido el viejo *fatum* esquiliano. El mundo se halla atónito ante un dolor irremediable, ante la crueldad de leyes ingobernables como las propias leyes que provocaron el pesimismo moral del hombre antiguo. En el espíritu de los sobrevivientes de la catástrofe podría producirse una crisis de fatalidad, más explicable, por otra parte, que la crisis de responsabilidad de quienes conscientemente asumen la culpa de dirigir las fuerzas de la Naturaleza hacia la propia destrucción del hombre.

A mí me suena un poco a oportunismo y a moral torera el alarde de angustia de aquellos que han permanecido tranquilos, inconmovibles, felices, ante el continuo ensayo de la bomba atómica y de la bomba de hidrógeno. ¿Por qué ahora congoja tanta frente al desastre imprevisible, cuando se han anticipado hasta aplaudir la siega de hombres que irreflexivamente vienen preparando dirigentes que se dicen civilizados y que se tienen a sí mismos como seres amantes de la paz, de la justicia y de la concordia humana? ¿Para qué esa premura de apariencia humanitaria que despliega naves veloces, cuando en el mismo comando se giran órdenes encaminadas a destruir vidas humanas? ¿No sería mejor pensar seriamente en nuevos sistemas que hagan sentir la verdad de aquel anticipado concepto cristiano que Séneca expresó magistralmente cuando dijo que el hombre es cosa sagrada para el hombre? *Homo sacra res homini.*

Para servir a ese hombre sagrado, Bolívar propuso la consigna optimista, humana, creadora de luchar contra las fuerzas de la Naturaleza. Los derechos de ese hombre sagrado, uno en la unicidad del género humano, pide que la filosofía de la paz ilumine la conciencia de los actuales constructores de guerras y que la

inteligencia del hombre busque los signos capaces de hacerle sentir la vida como un proceso de solidaridad en el dolor y en la alegría de los pueblos...

Madrid, 1953.

INMORTALIDAD DE DON QUIJOTE

Se ha ocupado en estos días la Prensa de Madrid y de otras ciudades de España con un caso expresivo de la constante inquietud espiritual del pueblo español. Encabezado por la ilustre Universidad de Salamanca se ha promovido un movimiento con fines de obstruir el proyecto encaminado a utilizar para fines industriales las dulces, claras, serenas aguas del lago de Sanabria, en la provincia de Zamora.

Lugar de peregrinación estética de artistas y turistas, el "mar de Castilla" es un manadero de paz y una fuente de apacible alegría para los visitantes. Aún no le he mirado en su maravillosa realidad, pero en el Museo de la ciudad de Salamanca tuve oportunidad de contemplar el magnífico cuadro de Núñez Losada que lo representa. Su belleza da una impresión de majestuosa eternidad. Los suaves colores del paisaje hacen pensar en parajes paradisíacos por donde divagasen Dante y Beatriz. Nadie discute la belleza egregia del lago, pero dicen los hombres de la industria que sus aguas podrían ser aprovechadas con éxito para el desarrollo de potencial eléctrico.

Fácil es imaginar el diálogo de Don Quijote y Sancho a la orilla de este bello sitio. Son hidalgo y escudero símbolo ilustre del discurso dialéctico del hombre. España los ha escogido como expresión de su vida para decorar la plaza de su nombre, donde muere la Gran Vía. Don Quijote y Sancho son España. Para la riqueza, para la

comodidad, para la solución del problema común de la vida española, muchos dicen que ha faltado poner mejor oído al discurso de Sancho. Todo lo contrario. A pesar de los vientos adversos, España ha seguido escuchando con subido interés el ilusionado decir de Don Quijote. Por eso mismo ha asegurado permanentemente un sitio en el orden sin tiempo de la cultura mediterránea. España ha sabido intuir que el propio Sancho vive por Don Quijote. Sin la estupenda locura de Don Alonso Quijano, Sancho hubiera seguido cuidando animales vulgares en compañía de Teresa Cascajo. Sancho y su interminable progenie entran en la Historia a la zaga del pensamiento de los soñadores.

Cuando se intenta despojar al hombre de sus valores espirituales para reducir la problemática del momento a un practicismo aritmético, España sigue expresando su fe en los valores de la cultura. España desdobla las cosas. Porque conoce su fin, no le da fin inmediato a los problemas. Ahora, en el viejo "mar de Castilla" ve, sobre el agua útil el agua soñadora. Ella lo dijo por boca del más grande de sus maestros del teatro. *La vida es sueño.* Por eso mismo sabe vencer la tragedia de la vida común. Sabe España soñar. Con soñar se logra una manera de sentido anestésico que acalla los gritos de lo irremediable. Soñar no es lo mismo que dormir. Se sueña con ojos despabilados. Se sueña a pleno sol. Otros, también, duermen a pleno sol. Duermen para el espíritu mientras se afanan en el trabajo de cosas viles.

Aunque la parte positiva del pueblo quiera más realidades, España continúa soñando. El diálogo es largo y porfiado. Sancho busca dinero. Teresa Cascajo le aconseja que no se deje llevar por liviandades. Dinero, dinero necesitan ella y los hijos. Don Quijote alega que existen cosas que valen más que todo el oro del mundo. ¿Con qué podría pagar un yangües el mérito de ser metido en una jaula como lo ha sido Don Quijote? Preso y burlado, Don Quijote es más libre que el libérrimo ventero. Sancho, por lo contrario, sigue el ritmo de los nuevos hombres del industrialismo. Sancho, a pesar del bautismo en Cristo, negociaría con cualquier moro que le ofreciera buena pitanza.

"Ha llegado el momento, escribe Botín Polanco en su *Manifiesto del Humorismo*, en que la humanidad cambie la poesía en kilovatios-hora, que son dinero contante y sonante; en que la delicada materia prima de églogas y sonetos se torne en objeto de sociedades anónimas; en que el más exquisito sentimiento íntimo, se convierta en acciones al portador". La Universidad de Salamanca, como albacea de toda la espiritualidad española, lucha por que no llegue para el lago de Sanabria el momento de formar parte de una sociedad anónima. Como centro donde tiene su más gruesa solera la cultura hispánica, la vieja casa universitaria de Alfonso IX levanta la voz en defensa del profundo tesoro de espiritualidad que se esconde en el lago zamorano.

Necesitan los pueblos los ojos de sus lagos. Vaciarlos, para el mero provecho de la industria, es como vaciar los propios ojos de la cara. Lagos, bosques, praderas hacen parte del rostro de los pueblos. Por ellos sonríe el suelo nutricio. Por medio de su luz y de su sombra, la tierra hace sensible su voz amorosa.

Don Quijote ha salido a la defensa de la permanente espiritualidad española. En Salamanca ha sentado su cátedra. Suya es la palabra de los poetas y de los soñadores. Fray Luis ha tomado del Tormes rumoroso la mejor canción para entonarla en el recinto donde hoy aposenta Don Quijote. La familia de Sancho ríe del diálogo que sostienen el manchego y el leonés. El fraile y el caballero limpian las armas para la pelea. El poeta de *La noche serena* sopla la avena tierna. Don Alonso pule el orinado escudo. Los nietos del escudero, dicen a los soñadores:

—Vuesas mercedes no deben pensar en cosas de ayer. El agora es mejor.

Pero el fraile y el caballero, y con ellos toda la vieja cultura de la España interminable, sigue pensando que más vale un sueño frustrado que una victoria sin dignidad...

Madrid, 1953.

LA FIESTA DEL LIBRO

Ayer, 23 de abril, aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, en todo el territorio de España se celebró el Día del Libro. Ha podido escogerse otra fecha para esta hermosa festividad. Acaso la de la aparición del primer incunable tendría mayor relación con el concepto corriente de libro. Pero, junto con el valor material de la letra impresa, se quiso festejar el contenido del libro. Y en España el libro por excelencia es el *Quijote*, "hermoso, gallardo y discreto" hasta lo imaginable.

Con el libro se festeja y se memora el discurso de la cultura. El 23 de abril es día de inventario del saber popular. Un columnista matritense se queja del 50 por 100 de analfabetos que entran en la población de España. No se hace, pues, mera cuenta de la ciencia y de las artes encerradas en los gruesos tomos que enriquecen las fastuosas bibliotecas. Se piensa principalmente en la relación del libro con el pueblo.

Formadas las "élites" a quienes corresponde la noble, generosa y egregia labor de dirigir al pueblo, nuestra preocupación debe ser la absolución, hasta lo posible, de la distancia que separa a la masa de sus propios hombres dirigentes. Desde un punto de vista económico, la uniformidad de la dieta del pueblo sería un índice de perfecta democracia. Desde una posición intelectual es tanto más democrático un pueblo cuanto mayor sea el número de libros que lean al igual los distintos sectores que lo integran. Para la obra de

continuidad o uniformidad cultural no hay estribos más firmes que los libros. Son ellos los recios sillares donde afincan los mejores puentes. Ellos contienen el secreto que realiza la integridad del problema humano.

España ha escogido para la fiesta del libro el aniversario del autor del *Quijote*. Cuando murió, Cervantes, como los Santos, empezó a vivir la inmortalidad. En el presente caso, autor y personaje se confunden. Cervantes es el *Quijote*, como Bolívar es América. España celebra a su héroe sin tiempo y sin espacio en el tiempo y en el espacio donde se ubica el genio que concretó los rasgos de aquella vida inmortal. España se sabe fiel al sueño de quienes aspiran a ver reprimido el malvado y guardada la justicia. Si hoy ello es difícil, tanto como en los julios cervantinos, el espíritu de la raza sigue fiel a los antiguos ensueños y su cultura de hoy quiere mantenerse fiel al sueño idealista que llevó a Miguel de Cervantes Saavedra a pergeñar en la Cárcel Real de Sevilla, cuando acababa el año de 1597, el maravilloso libro donde, para vengarse de la injusticia que lo perseguía, creó el modelo eterno de quien se sacrificaría por traer, en vano, a ras de tierra la justicia.

En Madrid, el número más simpático con que se conmemoró la fecha fue el desfile organizado por los alumnos de la Escuela de Archiveros y Bibliotecarios. Presididos por la Policía montada, un grupo de heraldos vistiendo lucidas hopalandas, anunciaban el paso de grandes figuras de la literatura universal. Figuraban el *Lazarillo de Tormes, Calixto, Melibea, Hamlet, Ofelia, Fausto, Margarita, Don Juan, Doña Inés, Blanca Nieves*. Sobre todas, jinete en cansado *Rocinante* y acompañado del risueño Sancho, se destacaba *Nuestro Señor Don Quijote*. Desde la Biblioteca, la procesión recorrió el paseo de Recoletos para pasar por la plaza de la Cibeles, donde la muchedumbre se apiñó con el fin de admirar el atrayente conjunto.

Ya había visto el Viernes Santo, en Valladolid, la airosa Policía a caballo, puesta solemnemente a la cabeza de los Pasos sagrados. Pensé entonces en el respeto que las armas rendían de ese modo a la fe del pueblo. De nuevo he visto al mismo Cuerpo haciendo camino

a otra representación de espiritual valor. La escolta de aguerridos militares que despejaban el sitio por donde había de transitar Don Quijote, surgió ante mí como un símbolo esperanzado. Lejos de ser enjaulado, el *Caballero de la Triste Figura* recibe el homenaje de las armas. Si hoy apenas se le hace en figura, bueno es pensar en la hora en que las máquinas de guerra silencien sus ruidos funestos y sea la cultura, tipificada en la leyenda del enderezador de entuertos y desfacedor de agravios, quien gane a su servicio toda manera de fuerzas.

Mientras los pueblos mantengan alguna reserva de espiritualidad, hay razón para esperar una hora mejor en el destino del hombre. Precisa, sí, que esa espiritualidad no sea confundida con intereses materiales y que las guerras por áreas comerciales no se pregonen como guerras santas, encaminadas a defender nobles ideales. Las naciones que cuidan sus símbolos y no permiten que sobre ellos se superpongan falsos dioses, tienen derecho a confiar que su propia fuerza las llevarán a ganar un destino cada vez mejor. Con los libros que iluminan las conciencias entenebrecidas precisa fomentar el culto de aquellos valores eternos donde se encierra la potencia secreta que hace la personalidad humana.

Con el *Quijote*, España reúne múltiples y contradictorios símbolos que hacen difícil la deglución de su Historia. Pero el *Quijote*, sobre lo hispánico —común a nuestra santa americanidad latina— conjuga toda la dialéctica fecunda del espíritu humano. Más que español, el *Quijote* es universal. Tiene el idealismo ecuménico que borra los contornos nacionales de una cultura. Es la cultura. Es el espíritu.

Madrid, 1953.

SALAMANCA Y AMERICA

Se han hecho coincidir con el Día de la Raza los actos culminantes del VII Centenario de la Universidad de Salamanca. A la gran fiesta de la egregia Casa de estudios han sido invitadas —aunque no para estar dignamente representadas— las universidades que constituyen en el Nuevo Mundo la prolongación de la vieja cultura hispánica. Las carabelas colombinas llevaban, sobre el propósito de ampliar el comercio de las especias, el secreto designio de espaciar los símbolos de esa cultura.

En el orden de la vida universitaria, Salamanca es la capital histórica de España. El arco de nuestra cultura occidental arranca de Grecia y de Alejandría, para sumarse a la idea cristiana y al concepto imperial de la romanidad que formaron el pensamiento universalista donde asentó el pensamiento del Medioevo. Cuando el Nuevo Mundo fue descubierto, el Renacimiento, con su nueva medición del hombre, había tomado plaza en Salamanca. Teólogos de San Esteban sintieron más que entendieron la nueva concepción de la justicia. Más allá de la idea de imperio universal que se atribuían el rey y el pontífice, se impuso una concepción más clara, más vivaz, más certera de los valores del hombre y de la cultura. De Salamanca salió hacia las Indias Occidentales la chispa de inteligencia que iba a prender la fogata civilizadora. En Salamanca se había discutido, también, el problema de la nueva ruta oceánica intuída por Colón. En Salamanca, el padre Vitoria habría de presentar alegatos teológicos en defensa de los indios.

La espada del conquistador terminó por convertirse en la espada de los libertadores. El mismo metal batido para forjar las armas que sojuzgaron al Nuevo Mundo, se hicieron más tarde los sables que rompieron la dependencia colonial. Con el trigo para el nuevo pan, el español había sembrado en América la semilla de otra planta más fecunda y poderosa. Con el conquistador fueron ideas que germinaron para un futuro mejor y de mayores dimensiones en el tiempo.

Pudo errar la política como expresión de poder. Las hijas de la grande España crecieron y vivieron sus accidentados tiempos de república sin preocuparse por dar forma al contenido espiritual que les ofrecía la fuerza de una vigorosa unidad. Hoy, las Universidades donde toman cuerpo las voces de la cultura americana vienen a la fiesta de la Universidad Madre, y sienten, al juntarse, el ímpetu que las unifica en el destino de América.

Cuando se festeja un nuevo aniversario del descubrimiento del Nuevo Mundo, la cultura que creció como fruto del hecho extraordinario se redescubre a sí misma y entiende, en función solidaria, el peso y la potencia de la recia tradición que arranca del árbol salmantino. Rotos los lazos que habían mantenido a nuestros pueblos unidos al dosel real, quedaron intactos y soterrados los cordones que atábanlos a la placenta espiritual de España. El eje no era ya Madrid con su corte y sus palacios reales. El poder, como testimonio de fuerza compulsiva, había sido rendido por la pujanza de las hijas. En su lugar, se erigían valores de mayor penetración, cuya residencia está en la modesta cátedra de los sabios.

En la sencilla y tosca cátedra donde fray Luis de León, con su "como decíamos ayer" dejó una armadura de esperanza para quienes aspiramos a empatar algún día labores truncas por la fuerza, en la tosca y sencilla cátedra, repito, de la vieja casa de Alfonso IX, fácil es evocar las voces cargadas de tiempo que discutieron, junto con las sutiles y misteriosas esencias de los valores teológicos, los vecinos derechos de los hombres. Jamás Salamanca dejó de ser aposento de buena libertad y de sanas prácticas de república. Cuando más

aprestaba en España el absolutismo de Felipe II, en los claustros salmantinos se proveían las cátedras con el voto de los respectivos estudiantes y se elegían los conciliarios conforme a la voluntad de los mismos alumnos. La independencia de la vieja Universidad llegaba al punto de que cada nuevo Papa dirigiese carta participatoria de la elección, mientras a cada nuevo rey de España la Universidad ofrecíale vasallaje directamente, como los reinos diversos que constituían la unidad imperial. Era la Universidad que expresaba la conjunción amorosa de maestros y de alumnos que buscaban solidariamente los caminos de la verdad.

Esta fue la vieja Universidad donde enseñaron desde el maestro Vitoria, Melchor Cano, Domingo Soto, Antonio de Nebrija, fray Luis de León y el Brocense, hasta el gran viejo don Miguel de Unamuno, testigo con su saber extraordinario y su inquietud oceánica de la angustia que es sello del pensamiento poderoso de la España eterna.

Lo que no pudo hacer el amañamiento de las Cancillerías, puédelo hacer hoy la voz de la cultura. Mientras fuerzas hostiles deshilvanan la unidad concencial de la América mulata, bueno es revivir los grandes vínculos que pueden servir para la reconstrucción espiritual de nuestros pueblos. Sabedores de la fuerza de estos valores, voces avisadas proclaman una vez más la existencia de la gran comunidad de pueblos que tienen por centro gravitatorio de su cultura los eternos e insobornables valores que informan el sustrato creador e igualitario del pueblo español.

"Metrópoli del mundo" llamó el viejo poeta Bartolomé de Villalba a la antigua Salamanca. Fue siempre metrópoli y más lo es hoy, para quienes buscamos el rescoldo salvador de lo genuinamente hispánico como elemento que guarde la ruina moral a nuestra América. De ella fueron a nuestro mundo indiano los maestros de los grandes saberes. A ella, los colonos con fortuna enviaban sus hijos para que ganasen letras. De Trujillo, mi ciudad nativa, envió Juan Pacheco Maldonado, cuando comenzaba el siglo XVII, a su hijo Lucas Pacheco y Mexía para que hiciera la facultad en la ilustre casa alfonsina. Vino por sus propios pies, sobre ásperos y riesgosos

caminos, este remoto trujillano a buscar lauros en la Universidad egregia. Otros han venido después con pie forzado y en raudas naves a ganar borlas en la ilustre casa. También empujados por la amenaza que representa para nuestra América la abolición de nuestra cultura tradicional, los hombres del continente indohispánico buscan fortalecer las amarras que hacen la unidad de nuestro mundo moral.

Salamanca, 1953.

LAS LIMADURAS ROMANTICAS

Mi distinguido amigo don José María Ramón de San Pedro, director general del Banco Atlántico, acaba de publicar un magnífico esbozo biográfico del marqués de Remisa, con el sugestivo y contradictorio subtítulo de *Un banquero de la época romántica.*

Don José María Ramón sí es en verdad un romántico doblado en banquero. Pese al profundo respeto que merecen sus excepcionales cualidades de hombre de finanzas, en él resalta una personalidad más propensa a soñar que a examinar fríos balances. Con una ingenuidad que sólo se explica por el cabal conocimiento de los firmes principios cristianos que hacen de él un caballero sin tacha, el biógrafo-banquero regala al lector con delicias de la trastienda de las viejas casas de cambio como la referente a las "cuentas de limadura".

No podría yo dejar de copiar esta flor exquisita de lo que fue costumbre entre los viejos hombres de Banca. "No estaban distantes —dice el fino biógrafo— los tiempos en que los cambistas, trabajando con márgenes tasados oficialmente, que ellos considerarían escasos, procuraban aumentar su beneficio cercenando o limando la moneda que por su mesa pasaba. Aquel polvillo que la lima desprendía del canto de las monedas iba aumentando, poco a poco, hasta llegar a suponer, al cabo de unas semanas, para un cambista de mucho movimiento, una apreciable cantidad de plata y oro. Esas limaduras, que, andando el tiempo, resultaron muy

dificultadas por la aplicación del estriado o cordón en el canto de las monedas, y por la rigurosidad de las leyes, habíanlas sustituído los banqueros del tiempo de Remisa por la suave pluma dedicada a limar, ligerísimamente, las cuentas de los clientes, con leves alteraciones de valoración en la liquidación de intereses, pequeños pellizcos en la aplicación de los cambios de conversión y otras ventajillas de reducido alcance, bien justificadas —decía Carnevalli— en un negocio que a tantos quebrantos hallábase expuesto".

Esta preciosa descripción de lo que era la "cuenta de limadura", es todo un fino y profundo compendio de filosofía económica. Hasta cuándo haya durado la práctica de "limar" las cuentas de los clientes, que lo averigüe Vargas. Mas, en el secreto de esas finas, sutiles, discretas "limaduras" radica la fuerza de las grandes fortunas.

Don José María tiene empeño, y lo logra, por levantar y hacer quedar bien a su personaje. Don Gaspar de Remisa y Miarrús, desde el modesto predio rústico enclavado en San Hipólito de Voltegrá, donde tuvo vida humilde, se empinó hasta confidente de la reina gobernadora y aún hasta socio secreto de negocios con los reyes. Cuando nació, en 1784, su familia carecía de trascendencia. Más tarde sus abuelos hasta la octava generación resultaron "hijosdalgo sin mezcla de villanos ni roce y parentesco con moros, herejes y conversos". El hábil rey de armas le descubrió blasón de antigua nobleza y la reina lo agració con el marquesado. La nobleza palatina se gana a punta de dinero, al modo como la antigua se hizo a fuerza de guerrear. Lo mismo sigue ocurriendo hoy. En Venezuela se ha hecho sentir más la enriquecida descendencia de Guzmán Blanco que el empobrecido linaje de Fermín Toro. La nobleza del tipo de la nobleza de Toro no se conquista ni con lanzas ni con dinero: tiene que revalidarla integralmente cada generación; en cambio, cualquier máncer con un poco de dinero mal habido, se codea fácilmente con la llamada sociedad alta.

Hombre de empresas, Remisa comenzó en Barcelona por asentista. Hubo hambre en el pueblo y Remisa acudió al abastecimiento del mercado de la ciudad. Con el hambre del pueblo se han hecho ricos

muchos proveedores de alimentos. En la época de la ocupación francesa, había grueso ejército que abastecer y Remisa sabía hacerlo con más diligencia que otros. Remisa comenzó a hacerse rico y comenzó, también, a proteger a los artistas. En 1823, cuando los "cien mil hijos de San Luis" vinieron a "salvar" a España de la legalidad doceañista impuesta por Riego y Quiroga, Remisa aparece como proveedor de las fuerzas destinadas a la restauración del absolutismo de Fernando VII. Trasladado a Madrid, planta en la Corte su casa de cambio e interviene en empréstitos y famosas obras públicas. Entra, además, de Director General del Real Tesoro. En el Ministerio de Hacienda, Remisa dura algunos años en función de alto consejero. Su palabra llegó a tener grande autoridad. Intervino en famosos negocios del Estado y ganó buenos intereses en combinación con las propias personas reales.

El biógrafo le hace tan buen trasfondo a su personaje, que luego el lector se familiariza con todos los enredos de los desgraciados gobiernos que padeció España durante la época romántica corrida hasta la apoplejía que, poniendo fin en 1849 a la vida de Remisa, dio cabo, también, a una existencia ejemplar en el orden de la actividad útil y de la cooperación intelectual.

La figura de Remisa corresponde justamente al esplendor de la vieja burguesía. Thomas Mann, en *Los Buddenbrooks*, pinta la formación de una familia cuya riqueza comenzó con el asentismo. En Venezuela yo intenté perfilar la formación económica del marqués de Casa de León. En todos, la aventura del talento comercial que sabe aprovechar el momento feliz o desgraciado de los gobiernos. En los archivos de los bancos y casas de comercio hay mejores documentos para nuestra Historia que en las propias oficinas públicas. Ya harían un gran servicio al país quienes se pusieran a escarbar esos papeles llenos de números y de reveladores compromisos.

Se tenía Remisa bien guardadas sus ideas respecto a política, mas procuró siempre no inmiscuirse públicamente en partidos. El hombre de negocios hace de la oportunidad su mejor causa. Ahí

radica el secreto del éxito. Con palabras exactas escribe el acertado biógrafo de Remisa: "Su actuación es la del hombre de negocios, que, necesitando más o menos moverse en contacto con todos los gobiernos, procura en lo posible mantenerse en correcta relación con todos". Entre nosotros la habilidad de los hombres de capital ha estado en comprometerse con todos y en no responder después a ningún compromiso. En Venezuela, la plataforma de los diversos partidos ha contado con el apoyo económico de hombres expertos en jugar a la bolsa política. Los banqueros, los grandes comerciantes, los abogados de las compañías poderosas se autotitulan "partido de las fuerzas vivas de la nación" y han estado siempre a la orden humillada de quien mande. Con la misma naturalidad firmaron las aclamaciones de Castro y de Gómez, para respaldar más tarde a Medina y a Gallegos. Después, fueron anticastristas, antigomecistas, antimedinistas y antigalleguistas. A un conspicuo representante de estas "fuerzas", que censuraba por plebeya mi amistad y mi estima hacia Luis Beltrán Prieto, vi después empeñado en arrancar una sonrisa complaciente al duro rostro del ministro Prieto. Vienen todos de la estirpe de Casa León, y Casa León sirvió a la República, a Monteverde, de nuevo a la República, después a Boves. Hubo aún quienes dijeran a Morillo que el empingorotado marqués mantenía relaciones ocultas con Bolívar. Ambos, Remisa y Casa León, eran marqueses de título comprado. El de acá podría llamarse marqués de limaduras; el nuestro, marqués del cacao. La estirpe económica de Remisa desapareció. En Venezuela queda firme la estirpe moral de Casa León. Con Gerardo Patrullo y con Isidoro Quintero tuvo Casa León negocios de giro. Natural era que practicasen la "limadura" de monedas y de cuentas. Hoy esa "limadura" no se hace en la propia moneda ni en Venezuela se practica solamente sobre la cuenta de los particulares a quienes los bancos acumulan amañados intereses. La "limadura" se la aplican todos al Estado, de una manera descarada, y se la aplican los comerciantes al pueblo, de un modo escandaloso.

Aquel polvillo sutil, imperceptible, brillante, que los viejos cambistas separaban de las piezas de oro y plata, encierra el secreto de la injusticia económica de la sociedad capitalista. Sobre ese

polvillo se asientan las grandes fortunas. En montañas de ese polvillo pretenden tener respaldo reputaciones sombrías, que invocan para la permanencia de su autoridad aun los mismos fueros de la divinidad. Sobre el torcido derecho de ese polvillo se ha erigido un orden social que presume de confusión con el mismo orden cristiano. Ese imperceptible polvillo que separaban los viejos cambistas es la mínima expresión metálica del rudo aforismo que hizo célebre las palabras de que Bourdalone se valió para decir que "en el origen de todas las grandes fortunas hay cosas que hacen temblar". Temblaba, sí, en el sigilo de su oscuro rincón, la mano de los cambistas que hacían correr la fina lima sobre la bordura del metal amonedado. Ponen en temblor nuestra alma los relatos de cómo se transfieren a bolsillos, las vísperas vacíos, fortunas fastuosas de terceros.

¿Tenía derecho el viejo cambista para cercenar la integridad de las piezas de oro que pasaban por su mesa avarienta? Pues bien, sobre la injusticia del orden afincado en ese inicial despojo, se ha erigido una arquitectura legal que intenta legitimar las peores medidas enderezadas a silenciar las voces que denuncian el permanente despojo. Hoy, la "limadura", en sus desviaciones monstruosas, ha ganado fuerza hasta para regir a su antojo las más estiradas conciencias. Sobre el anti-derecho de los "limadores" se ha creado un nuevo derecho y así los juristas estén conformes en proclamar que no hay derecho contra el derecho, a muchos se hace fácil descolgar el diploma de legistas y en su lugar poner el despacho de procuradores de los cambistas.

Claro que todo esto nada tiene de romántico, así el romanticismo reclame un tratado para su cabal definición. Por lo que dice al romanticismo del marqués de Remisa, bien valdría recordar que León Daudet, en su libelo contra el delicioso siglo XIX, lo definía como una extravagancia mental y moral en busca de la sorpresa o de la antítesis. En el caso de Remisa resulta en realidad contradictorio pensar que los empleados de su casa de cambio aplicaban los puntos de la pluma para alterar suavemente las cuentas de los clientes, mientras el respetable marqués, en la casa

de Balmaceda, de la calle de Atocha, presidía las elegantes reuniones del célebre Liceo Artístico y Literario Español. En buen régimen psicoterapéutico, estas reuniones con Zorrilla, Bretón de los Herreros y Espronceda le servían de compensación a las angustias del cambio. El recuerdo de "las limaduras" se confundiría durante la plática con el mitólogo Escosura con rica lluvia de bendición bajada del Olimpo. Además, es verdaderamente impío pensar que un banquero no sea capaz de interesarse por algo que carezca de posibilidades de jugoso redescuento. Y quien desee una prueba elocuente, acérquese al gran caballero don José María Ramón de San Pedro. Y no se me diga por un buen observador que don José María es la imagen cabal del antibanquero en ejercicios de banca.

El podría revivir al santo marqués de Comillas.

Madrid, 1953.

NOTAS SOBRE UNA NUEVA CONCEPCION DEL PEATONISMO

A fines de año suele la gente inventar cosas varias para diversión del espíritu, y aún para dejar una manera de constancia realística del tiempo que se va. Los españoles son gente extremadamente seria, así muchos turistas la den por confundir a España con frívolos juegos de castañuelas y con alegre son de panderetas. El español siempre está en trance de buscarse a sí mismo, por donde su máxima filosofía radica en hechos positivos más que en abstrusos sistemas filosóficos a la moda alemana. En el orden de fijar caminos y razones a la vida, más hizo San Juan de la Cruz que el jorobado Kierkegaard. La heroicidad del Quijote, según la fina interpretación del viejo Unamuno, consiste en haberse encarado con la burla. Cuando Bernard Shaw quiso dar verdaderas lecciones al hombre ordinario de Inglaterra, no tuvo mejor salida que exponerse al ridículo.

Desafiar el ridículo es algo verdaderamente serio. En ningún país del mundo podía nacer, fuera de España, el héroe que para eternizar su nombre, cubriese su cabeza calenturienta con una celada de cartón. Ese hombre sólo podía nacer de la conciencia de un pueblo completamente compenetrado de sus profundos ligámenes con la espiritualidad. El español sigue y seguirá siendo fiel a su compromiso con la antilógica que guía el rumbo de los hombres capaces de perder al mundo para ganar su destino.

Con las alegrías navideñas, en la capital de España surgió una nueva asociación que tiene bastantes conexiones con el héroe cervantino. En Madrid se ha fundado una Sociedad de Peatones. Valga decir, una Sociedad de gente que camina a pie. En el siglo de la máquina y, justamente, en el propio momento en que se piensa en aviones movidos por potencia atómica, los españoles de Madrid organizan una asociación encargada de defender los derechos del hombre que camina modestamente apoyado sobre sus humildes talones. Pareciera algo contradictorio esto de pensar en que los hombres de a pie se asocien para defenderse de las máquinas, ya que ningún otro fin puede tener en último análisis la flamante asociación madrileña. Un consorcio de peatones es en realidad una protesta contra el abuso de los maquinistas.

Buscando las proyecciones múltiples de esta nueva sociedad, habría tema para escribir todo un tratado de ética político-social. El peatón ocupa en el presente caso el sitio del pueblo humilde. El sitio de la mayoría que se ve atropellada por los privilegiados que, ora en bicicleta, ora a caballo, ora en el volante de un lujoso automóvil, se creen con derecho a arremeter contra el sencillo viandante. Si se llegara a generalizar en los pueblos este sistema societario de gente de a pie, bien podría darse el caso de que los presuntuosos dueños de las veloces máquinas se vieran obligados a detener la marcha impetuosa frente al más débil anciano que portase los símbolos de la agrupación de peatones.

La modesta humanidad que actualmente cursa las vías sobre los humildes mulos franciscanos, mira con asombro y con natural terror a los conductores de vehículos y a los soberbios dueños que desde su interior imparten órdenes terroríficas. En cambio, el cuadro variaría de contenido si cada peatón se sintiese respaldado por la fuerza multitudinaria de la asociación. Se darán cuenta los felices y confiados dueños de máquinas que ellos han venido disfrutando de garantías que se han abierto camino sólo en razón de la indefensión de los más. Podría ocurrir el fenómeno que temieron las autoridades romanas cuando prohibieron que los esclavos

llevasen un vestido uniforme que les permitiese reconocerse. Así habrían sabido los pobres que eran ellos quienes formaban el grueso de la población romana.

El alistamiento del peatón frente al hombre del volante es como figura de una nueva alianza del hombre de la calle contra la oligarquía que lo explota. Si los peatones son los más, ¿por qué han de andar con el alma en vilo, aguardando la gracia de que el engreído conductor les permita cruzar la calle? Si los hombres de a pie somos los más ¿por qué entonces no reunirnos para dictar leyes severas a la minoría privilegiada que abusa de las avenidas y de los caminos públicos? ¿Por qué el nuevo ordenamiento de tránsito no se fundamenta en el derecho que tienen los hombres de a pie para imponer su voluntad sobre los hombres de las máquinas?...

Sin embargo, el peatonismo (perdóneseme el neologismo), está condenado a sufrir la misma suerte de todas las instituciones hoy rendidas ante el poder destructor de la máquina. El peatonismo no es en sí sino una leve expresión de ese anhelo de paz, de equidad y de justicia que anida en el espíritu de hombres que se sienten estrangulados cada vez más por la potencia incontenible de la técnica. Este peatón madrileño que busca asociarse con sus vecinos es buen descendiente de aquellos viejos portadores de lanzas que salían a luchar cuerpo a cuerpo contra el enemigo que les negaba honra o justicia. Había en aquella vieja sociedad pedestre, cuyos dirigentes para crecer de estatura se encaramaban virilmente sobre caballos bravíos, un mayor sentido de espiritualidad y una mayor vocación para el ejercicio de lo popular. Un duque y un marqués se diferenciaban entonces menos de un labriego que lo que hoy se diferencia un ricacho o un policía de un modesto hombre de letras. Cuando el ras de la tierra daba mayor igualdad física a los hombres, éstos sentían el peso del espíritu sobre sí mismos de una manera más fecunda y eficaz. Hoy, la técnica en todos sus órdenes, desde el raudo aeroplano hasta la manuable ametralladora, han establecido ficticias y tremendas jerarquías en el orden de la sociedad. Los peatones, a pesar de esto, sueñan aún en la posibilidad de un proceso de igualdad que permita la defensa de su derecho a la vía

pública. Tal vez no han llegado a pensar que su asociación sea algo llamado a cobrar fuerza de nueva contratación social. En realidad, una asociación que rejuntase a todos los hombres de la calle, ya podría cambiar, en realidad, el destino de los pueblos.

Madrid, 1953.

EL VINO DEL ALCALDE

En la sección dedicada a reseñar el estado del tiempo, *A B C* ha recogido el nombre de dos barrenderos que llevaron al Ayuntamiento el paquete con setenta mil pesetas encontrado por ellos en la vía de su modesto oficio.

De inmediato pensé en Enrique Bernardo Núñez y sus célebres "Signos en el tiempo". Este acto magnífico de honradez y de cumplimiento del deber ¿por qué se registra junto con los seis grados de mínima que marcó el termómetro el 31 de diciembre último? Al bulto pareciera que poner lo hallado en camino de su legítimo dueño, fuera cosa tan natural como el sube y baja de la columna de mercurio. Quizá la gente simple y sencilla que hace el barrido de las calles de Madrid se rija por una tabla de valores según la cual entregar lo ajeno es cosa debida y natural. Esta gente humilde y bondadosa tiene, en realidad, una moral más clara y más noble que la moral de las otras clases. Al bulto lo están poniendo con su conducta. Buen signo en el tiempo.

Florencio Belinchón y Miguel Fanegas dan en la calle un escobazo al paquete contentivo de las setenta mil pesetas. Para un par de angustiados barrenderos, la suma es algo mitológico. ¿Cuánto gana cada uno de estos hombres infelices que hacen el aseo de la ciudad? Pues no ganan en realidad nada que signifique posibilidad de ahorro, ni remota esperanza de romper el duro estamento donde está empotrada desde largos años la familia. Sin embargo, la

fastuosa suma no hubo de despertar en ellos codicia alguna. Ni siquiera al pensar que tal millarada de pesetas pudieran convertirse en unos Reyes espléndidos para los hijos desabrigados.

Camino del Ayuntamiento ganaron los barrenderos con su opulento paquete. El teniente de alcalde los llevó a la respetable presencia del alcalde de Madrid. El conde de Mayalde los recibió con su más noble sonrisa, y después de felicitarles por el rasgo de honradez que los hacía objeto de la admiración pública, les convidó a una copa de "bon vino" de las mejores cosechas españolas.

Han podido ser gratificados con metálico estos buenos obreros del Municipio, pero sobre el valor de las monedas resalta el tono deleitoso de este vino famoso, acaso de las cubas de Montilla, "denso, oleoso, grave, filosófico, jugo de unas cepas que enredan sus raíces en mutiladas estatuas romanas". Tal vez los pámpanos de los ricos parrales de donde proviene este austero, regocijante vino del alcalde, pudieron cubrir los restos de una estatua de Séneca. Todo es fácil imaginar cuando se trata de hacer marco al singular agasajo ofrecido por la Alcaldía a los humildes hijos del pueblo, que han mostrado poca inclinación hacia las cosas ajenas.

Una sencilla copa de vino fue el último regalo —¡y qué regalo!— hecho por Jesús a los apóstoles. En torno a esa milagrosa copa de vino se ha mantenido durante veinte siglos el tesoro de gracias de la Iglesia. Una copa de vino sin liturgia alguna, ofrece el conde de Mayalde como obsequio espléndido a la conducta honrada de dos hijos del pueblo. Siempre habrán de recordar estos obreros el momento de sorber su vino en la Alcaldía, con la misma fruición con que un general recuerda el momento de recibir los quemantes soles que lo enciman en la jerarquía en las armas.

Como distingo público, cuán pocos serían los grandes funcionarios de aquende y de allende los océanos que podrían regustar tan grave y simbólico vino. Esta copa solitaria a raros hombres públicos pudiera ser ofrecida. En Santa Marta la sorbió Bolívar. En París la bebió, hasta el fondo, Rafael Urdaneta. Por defender la obligación

que tienen de beberla todos los que manejan dineros públicos, fue asesinado en las calles de Caracas Enrique Chaumer. Cuando en la Quinta de San Pedro Alejandrino, el Libertador se preparaba para el viaje definitivo a la inmortalidad de la Historia, se vistió con ropa prestada. Desnudo de todo compromiso con la riqueza pecaminosa, el grande hombre tomó su pasaje en la barca de la gloria. El viejo Urdaneta, a la hora del tránsito definitivo, dijo que dejaba por herencia una viuda y once hijos en la mayor pobreza. La actitud de estos hombres desprendidos debiera proponerse como ejemplo a las nuevas generaciones intoxicadas por el vértigo de la riqueza. Por contraste, dicha conducta sirve para enseñar cuán escasa es la grandeza humana que se echa para la muerte en lechos de oro.

Esta es la pobreza fecunda que sabe acumular virtudes. También tiene ribetes de heroicidad el desprendimiento de quienes desoyeron el consejo de Teresa Panza y prefirieron seguir las normas sublimes de Alonso Quijano. Los sencillos barrenderos de las calles de Madrid probaron que más estiman el deleite de la copa de vino del alcalde que mejorar de fortuna con la apropiación indebida de un dinero, que si bien puede pertenecer a un ladrón digno del justo despojo, puede también representar el porvenir de algún desafortunado cobrador, expuesto a que se le tome por ladrón.

Buen signo en el tiempo invernal. La lección tónica para quienes olvidan que las virtudes desamparadas en los altos círculos sociales, tienen seguro asiento en el espíritu sencillo, noble y sin mayores ambiciones de la gente del bajo pueblo.

Señal, también, esperanzada por mí es el hecho grato de que mi primera nota del año que comienza, esté destinada a loar una generosa acción del pueblo humilde y calumniado, en el cual, en cambio, radica la mejor esperanza de mejoramiento de la sociedad humana.

Madrid, 1954.

LAS COSAS EN SU PUNTO

En realidad, no he hecho diligencia alguna por saber quién sea don José Mosquera. Supongo que su nombre goce de bien ganado prestigio en la población de Villanueva de Alcardete. En la *Guía de España*, de Afrodisio Aguado, tampoco he hallado esta Villanueva entre veintiuna poblaciones de semejante nombre que figuran en el índice de tan útil epítome. Sin embargo, el señor Mosquera y la indeterminada Villanueva han traído un poco de alivio espiritual a mi reflexión de patriota.

Los vecinos de Villanueva parecen muy pagados de los méritos del señor Mosquera y resolvieron dar su nombre a una calle de la población. La idea es justa en sí. El acuerdo fue aprobado. Mas el gobernador civil de Toledo, en cuya jurisdicción cae la mentada localidad, hubo de desautorizar lo hecho por los vecinos, en razón de que la calle mosquerizada se llamaba desde antiguo nada menos que calle de Miguel de Cervantes Saavedra.

He dicho que me he sentido un poco aliviado en el orden de las cosas nacionales. Sustituir en España el nombre de Cervantes, como distintivo de una plaza o de una calle, por cualquier otro nombre, así abunde en méritos ilustres, es, en realidad, un delito patriótico sin dimensiones. Tanto como borrar el nombre de Isabel la Católica para sustituirlo por cualquier nombre prestigioso en el campo de la cultura o de la guerra. Desde el punto de vista de lo hispánico, lo mismo que representa la gran reina en el orden de la política,

represéntalo Cervantes en el orden del pensamiento. Sin Cervantes, España carecería de la mejor tipificación de su poderoso espíritu . Más que biografía de un hombre alucinado, el Quijote es el esquema moral del pueblo español. Es la biografía compendiada del pueblo que en permanente agonía consigo mismo se ha acercado más a los valores eternos del hombre.

Al creador del Quijote, es decir, al escritor que hizo el mejor resumen del alma española, se ha intentado sustituir en Villanueva de Alcardete por don José Mosquera. Esto sucede en España, cerca de la imperial Toledo. Esto lo publicó la prensa como noticia sin trascendencia. Esto es, pues, un hecho cumplido en un país de conciencia cuajada.

A mí me ha hecho pensar tal trasmutación de nombres en cosas semejantes ocurridas en Venezuela. A un político responsable escuché decir en Caracas, el año 1950, que pocas cosas le molestaban tanto como la palabra tradición. El sólo miraba con simpatía las cosas nuevas. El *dernier cri* de la moda. Las pinturas nuevas. Los vinos de la última cosecha.

Con pesada insistencia he escrito acerca del permanente disparate que constituye entre nosotros el cambio de lo viejo por lo novedoso. En el orden de la riqueza, en el orden del arte, en el orden de la administración, todo lo mudamos. A muchos, como a la incauta mujer de Aladino, ha parecido fácil trocar con una de vistoso oropel la vieja lámpara del milagro. Cuánto cura, aun con letras, no ha cambiado una talla del siglo XVI por una iluminada imagen de reciente hechura a base de yeso. ¿No han sido sustituídas viejas campanas que vibraron en torres coloniales, por carillones que repiten las mismas canciones entonadas en iglesias protestantes de Holanda o de Alemania? En 1943 Enrique Bernardo Núñez y yo logramos detener el propósito de quien pensaba sustituir por el de D'Eluyar el egregio nombre del fortín que en Puerto Cabello recuerda la recia memoria del progresista gobernador José Solano, una de las más acabadas figuras del mundo colonial.

Al desprecio de lo antiguo, a la subestimación de verdaderos valores en el orden de la nacionalidad y la cultura, se ha agregado la efímera empresa de honrar nombres sin consistencia alguna. Aunque no soy partidario de que se tomen como exergo los nombres de los vivos, creo que los integrantes de las promociones universitarias "José Izquierdo" y "Lorenzo Herrera Mendoza" siempre habrán de descubrirse con respeto ante los viejos profesores; en cambio, otros, ¡ay dolor!, qué empeño no harán por olvidar los nombres favorecidos por un alegre compromiso que a tiempo no fue debidamente sopesado.

La manía de los nombres nuevos en el orden de la valorización social, es algo igual a la manía de adjetivar con que los escritores noveles creen adornar sus pobres escrituras. Llegan los homenajes a carecer de valor y trascendencia. Tan fácil es dar hoy un nombre sin solera a una plaza o a una calle, como fácil es hacer que un gacetillero llame honorable a la señora que tiene en aprietos los lóbulos frontales del esposo. Los calificativos han sufrido una desvalorización semejante a la de las monedas chimbas. Por el demasiado uso han perdido su función expresiva. Ante tanto escritor y poeta alzado con adjetivos sin medida, mejor es llamar a Andrés Eloy Blanco simplemente el poeta Blanco, y a Mariano Picón-Salas, el escritor Picón-Salas. Los adjetivos, como las medallas y los títulos, es preferible dejarlos a la disposición de quienes necesiten adornos de fantasía.

Las personas, como los árboles, donde mejor crecen es en su propio puesto. Unos y otros necesitan soterrar bien las raíces para ganar generosas frondas. Para los hombres, en su empeño de coronar alturas, nada es tan eficaz como el humus de un metódico proceso de crecimiento. Hombres y pueblos para alcanzar eminencia, necesitan la sencilla reflexión de su propia vida. Cuando los pueblos comienzan a jugar con sus valores históricos, y hoy borran un nombre para poner otro, se entusiasman por una figura con menosprecio de otra que no ha sido condenada por la crítica, inventan una avenida o una plaza para llenar un número de programa o justificar un discurso de oportunidad, necesitan la voz

de alguien que ponga las cosas en su sitio, como ha ocurrido al Ayuntamiento de Villanueva de Alcardete con el gobernador civil de Toledo. Como buen juez oyó el *Caesarem appello* interpuesto contra el lamentable desahucio del autor del *Quijote*. Como buen juez, el Gobernador de Toledo oyó la apelación interpuesta por la sombra solemne de Cervantes. Y cuando no haya ante quien apelar, porque el mismo César esté comprometido en la mala causa, afinquemos sobre la certeza de que día llegará en que desaparezca la argamasa donde se pinta el nuevo nombre y aparezca claro y reluciente el verdadero, como apareció el de Sóstrato, hijo de Daxifanes, sobre las firmes piedras del Faro de Alejandría.

Madrid, 1953.

CAMPO Y LETRAS

Pareciera que se contradijesen, pero ambas se complementan. Ninguna separación existe entre la Feria del Campo y la Feria del Libro que entusiásticamente se celebran en estos días semiprimaverales de Madrid. A la par representan el esfuerzo del hombre para crecer de cuerpo y para aumentar de espíritu. A la suficiencia de boca que asegura la agricultura es preciso sumar la suficiencia de mente que aseguran los libros.

En la Feria del Campo se adquiere una conciencia de creación de riqueza. Es, en realidad, la fiesta de la tierra nutricia, la apoteosis del poder productor del suelo. De uno a otro pabellón, donde las diversas provincias de la península española exponen el fruto de su trabajo agropecuario y de la pequeña industria rural, el visitante va adquiriendo la certidumbre plena de que España es país con sentido nacional, que sabe y entiende que el campo es la realidad inmutable sobre la cual descansa la nación. Este gran pueblo, que ayer labró la piedra para levantar el milagro de sus grandes catedrales y armó sus naves para realizar la mayor obra colonizadora de la Historia, no se desdeña de seguir fiel a la humildad creadora de sentirse labrador. Comprende que sobre todo menester público está la necesidad de garantizar la libertad del abastecimiento. Sabe que no hay independencia nacional mientras el pueblo no produce por sí mismo el pan que come y la manta que detiene el frío. Entiende este buen labriego español que todos los días del año son 2 de mayos para ganar la independencia de la patria.

Llena de esa santa y sencilla convicción, España se empeña hoy por mejorar todos los ramos de su agricultura y de su cría. España es nación que trabaja su suelo, que racionaliza sus riegos, que mejora sus crías, que selecciona sus semillas, que perfecciona sus instrumentos de labranza, que mejora sus sistemas de crédito rural y que fortifica los consorcios de gente campesina. Toda una gran política encaminada al acrecentamiento de la verdadera riqueza nacional.

En la magnífica Feria, que hace hoy el deleite de nativos y extranjeros, se admira también lo que ha ganado la incipiente industria nacional de maquinaria agrícola, ennoblecida por una tradición artesanal de fina y ejemplar solera. Los pequeños talleres rurales han venido siendo superados en los últimos años por buena maquinaria, como la producida en Ajuria de Vitoria, que asegura un eficiente instrumental con que se pueden mejorar muchos aspectos del laboreo de la tierra y del aprovechamiento de sus frutos.

El sentido agrícola del pueblo español tuvo en nuestra América una demostración elocuente. Sobre nuestra vieja geografía botánica, el colonizador volcó el semillero de España, y luego el pueblo colonial pudo comer, no a dos carrillos, sino a dos panes. El propio Felipe II impuso a los adelantados el deber de conducir animales para la cría y semillas para el suelo. Nuestra independencia continental fue obra de la suficiencia agrícola de los señores coloniales. La libertad antigua no la hizo la minería, sino la agricultura.

España ama su independencia nacional y fomenta los medios de asegurarla. Una larga experiencia le dice que los valores de la libertad se hunden en el suelo, junto con las raíces que dan verdor y alegría al campo. Esa libertad y esa independencia son los sustentáculos de la cultura, que busca su máxima expresión en las formas superiores de las letras.

De las amenas afueras de Madrid, con el espíritu saturado de saludable realidad campesina, se viene al clásico paseo de Recoletos, donde empieza la Feria del Libro, acomodada a una y otra vera del

paseo de la Castellana. Cosa admirable es el entusiasmo del público en los puestos de libros. Pareciera que la gente no hubiese visto nunca un libro. Los abre con alegría y curiosidad, con amorosa delectación, con sorpresa de hallazgo afortunado. Libros de todo tipo se ofrecen al interés de los visitantes. He visto pareados *La joroba de Kierkegaard* y *Los 101 modos de condimentar el arroz*, por Gedelp. Libros de ascética y de danza. Libros de Derecho y de toreo. También de la vecina Francia y de la fraterna Italia se exhiben y venden libros en este extraordinario mercado de la inteligencia.

Niños y viejos, mozos y ancianas, labriegos y escritores, damas gentiles y modestas doncellas, clérigos y militares, todos a una hojean y compran sus volúmenes y siguen camino con el regocijo de quien ha adquirido un pequeño tesoro.

También he comprado yo mis libros. De ellos abro, en primer término, las *Etimologías*, del gran Isidoro de Sevilla. Entre aquel cosmos de saber, mis ojos se detienen en el capítulo XIV del libro VI, que trata "de los que hacían los libros y sus instrumentos". Allí leo: "*Verso*, llamado así por el vulgo, porque se escribía a semejanza de cómo se ara la tierra; empezaban llevando el estilo de izquierda a derecha, después lo llevaban más abajo, y empezaban de nuevo el movimiento otra vez a la derecha; y a la vuelta que dan los bueyes cuando aran para empezar otro surco lo llaman los rústicos *verso*".

Hasta en el orden secreto de los vocablos tienen, pues, sus nudos los valores de la tierra y los valores de las letras. Cuando el viejo cálamo corría la tinta sobre las limpias hojas, se pensó en una siembra de pensamientos y se miró la pluma como rústico arado. Surcos de luz sobre el papel son las apretadas letras. La imaginación sencilla vió en la mano que escribía la misma paciencia del buey que hacía fecunda la tierra generosa. Campo y letras unidos en el simbolismo de la creación. Cultura de la tierra y cultura del espíritu, que hacen fuerte el cuerpo y gordos los espíritus.

Madrid, 1953.

LOS TAXIS DE MADRID

Mi amigo español y yo tomamos en la Puerta del Sol un coche de alquiler para encaminarnos a la Ciudad Universitaria. A poco, el viejo vehículo se movía como si fuese una perfecta coctelera eléctrica. "Esta es una de las cosas que más deben molestar a los extranjeros —me dice el amigo—. Nada tan espantoso como estos horripilantes coches". Mi contrario juicio no se hizo, en cambio, esperar para consuelo, gusto y regusto de mi fino acompañante.

Es necesario advertir que por estas alegres, castizas y variadas calles madrileñas ruedan carros de alquiler cuya primera matrícula fue sacada antes del año 1925 (Veinticinco, repito en letras, para que el linotipista no vaya a incurrir en algún error). Algunos de estos venerables vehículos son más que centenarios. Claro que no son contemporáneos de berlinas y simones, mas en el orden cronológico las anualidades del motor se cuentan con relación a la durabilidad que les concede la mecánica. Un carro que haya corrido veinticinco años, y ellos en servicio público, es más que centenario. Carreras de siglos es la impresión que dan estos viejos carros de Madrid que tanto disgustan a los criollos, y que a mí, por lo contrario, me han servido de tema para meditar en nuestra disparatada vida de despilfarro venezolano.

Los taxis madrileños son testimonio fiel de la envergadura del hombre español. La producción de vehículos es escasa en España, así el *Pegaso* sea el mejor carro del mundo. La producción española

sigue buscando la perfección y no la serie numerosa. Por ahora se detiene preferentemente en carros colectivos y en tractores agrícolas. Para gozar hoy de buenos carros de paseo, conforme a sus actuales necesidades, España hubiera tenido que sacrificar sus pocas divisas. Por donde mejor resulta cuidar, reparar, remendar, reajustar, rehacer los coches viejos. En el mundo no hay mecánicos mejores que estos pacientes geriatras del motor, a cuyo esfuerzo y habilidad España debe la defensa de buena cantidad de pesetas.

Quienes miran el aspecto superficial de las cosas sólo hallan motivo para críticas en la permanencia rodante de estos ejemplares del pleistoceno automovilístico. Son feos, lentos e incómodos. Pero testifican, en cambio, el metódico esfuerzo de defensa que realiza la economía española. Son como pedazos de murallas móviles donde se guareciesen recios soldados encargados de defender el destino autonómico de la nación. La ocupación de los países la realizan hoy las potencias de economía imperialista por medio de sistemas de apariencia pacífica. Una importación irrestricta de automóviles, armados o desarmados, es como el desembarco periódico de soldados extranjeros que viniesen a señorear en nueva tierra. Cierto que han de introducir automóviles los países que aún no los fabrican, o fabrican pocos en sus propios talleres; pero la introducción debe ser hecha en forma que no perjudique los intereses fundamentales de la economía del país introductor. La introducción irrestricta de automóviles de paseo es una verdadera sangría de divisas para la nación que lo permita. El sistema de cupos sirve, en cambio, para valorizar los automóviles usados —que ya son valores de la economía doméstica— y para estimular la industria criolla de la refacción.

Así lo ha entendido España, y en razón de ello circulan estos taxis anticuados, que a mí me han servido para calibrar la acción extraordinaria que el pueblo español realiza en defensa de su autarquía económica. En su lucha tremenda por ganar los medios de abastecerse, España ha hecho gigantescos esfuerzos con que estimula el avance de sus múltiples industrias. En el orden de la producción, España vive un permanente 2 de mayo. Con lógico

sentido, toda España es hoy un esfuerzo mancomunado de producir para defender su independencia económica. España cuida la libertad de su agro y de sus fábricas, y por ella lucha con un sentido único de sacrificio y de creación. Las restricciones en que mantiene su comercio importador y al propio comercio interno, indican la perseverancia del buen sentido nacionalista, con el cual va a la defensa del sitio que le corresponde en el orden del mundo.

Lo contrario es la mera alegría momentánea de quien agota para la fiesta inmediata la fecundidad de la gallina de los huevos de oro. España ya lo hizo. El siglo XVI y el siglo XVII fueron expresión clara de lo que es una economía sin sistema ni concierto. Recibió oro, plata y perlas de la rica América, y perlas, plata y oro tomaron camino para enriquecer a otros países. Cuando sonó la hora de la verdad, España estaba agotada y escuálida. Para hoy recuperarse ha de tomar la dura y fecunda lección que le da su propia historia. Mejor le hubiera sido no tener que esperar la hora crítica de la recuperación. Siempre es más práctico prever cuando las vacas gordas aún pacen en las verdes praderas. Pero ocurrido el desajuste, no queda otro camino sino procurar el engorde del ganado canijo. Cuidar con heroica virtud lo que pudo salvarse de la ruina. Cuidar lo propio con el tesón, con el amor y con la inteligencia que estos hábiles mecánicos españoles —doctores en geriatría siderúrgica— ponen en la reparación de los viejos coches, que con su prolongada actividad circulante están evitando que el dinero de España vaya a enriquecer otros mercados.

La lección de los taxis viejos de Madrid debieran aprenderla muchos turistas que vienen a la fiesta de la zambra para sólo regresar a América con el recuerdo de una España alegre y superficial, que confunden puerilmente con la España que mantiene el gesto altivo y sacrificado donde afinca su eternidad en el campo de la Historia. Los frívolos visitantes que buscan diversión en bares y parrillas no se detienen a ver tras los cristales de estos feos coches de alquiler la sombra de los claros y recios varones antiguos que labraron las pétreas bases de este pueblo maravilloso. Aun si supieran buscarle sentido a la clásica fiesta de toros, tropezarían con vivencias que

muestran dónde abreva el espíritu del torero. Un aguzado ensayo de filosofía social podría poner a flor de realidad los hilos ocultos que enlazan el alma de un torero y el alma de un asceta. No en balde en la severa Córdoba alternan como novedades turísticas el Museo de Manolete y los Ermitaños de San Pablo. El torero y el penitente juegan con la muerte en opuestos terrenos. Yo visité el eremitorio de Córdoba el mismo día del entierro de un ermitaño. En el jardín de entrada está el columbario, de catorce nichos apenas. Uno de éstos permanece siempre abierto, en espera de difunto. En la ocasión de cada enterramiento, exhuman al más antiguo sepultado y arrojan sus restos al osario común. Esta operación me la explicó, con rostro iluminado por una gran sonrisa de beneplácito, el ermitaño que hacía la puerta. Hablaba de la muerte el religioso con el mismo desenfado del guía que nos contaba las hazañas de Manolete. Ascetas, generales y toreros se asoman a la muerte con la misma extraordinaria impavidez de los obreros que bajan a los socavones de las minas de cinabrio. Todos son expresión del alma trágica de un pueblo que sólo teme la eternidad.

Madrid, agosto de 1953.

DOÑA BEATRIZ GALINDO, MADRINA DE AMERICA

En la vecindad de mi residencia madrileña está el monasterio de monjas de la Concepción Jerónima. En su única umbrosa nave he meditado muchas veces ante el sarcófago de la *Latina*. Para sepultura suya y de su esposo, don Francisco Ramírez, ordenó la egregia doña Beatriz Galindo la erección de este templo y casa de religiosas. A ambos lados del altar mayor, en sepulcros adornados con sus estatuas yacentes, duermen los esposos. Al lado del Evangelio, don Francisco; en el costado de la Epístola, la célebre *Latina*.

De tanto contemplar el mausoleo de la gran dama he llegado idealmente a mirar a su lado a doña Isabel de Castilla. El recuerdo de la ilustre preceptora real pide en justicia el asocio de la insigne discípula. No fue de mero paso la enseñanza que la futura gran reina recibió de doña Beatriz en la frívola y degenerada Corte de Juan II, en medio de cuya liviandad se abrían paso seguro el marqués de Santillana, Fernán Pérez de Guzmán, Enrique de Villena, don Alvaro de Luna, Juan de Mena, de quienes buscaba la sombra prestigiosa de su compañía aquel rey pequeño, cuyas virtudes esenciales eran la buena danza y la ágil cetrería.

Al descubrir el mundo que dormía en los apretados estantes del alcázar de Segovia, doña Isabel sintió hambre de letras e inició sus estudios de latinidad bajo la experta dirección de quien gozaba de

veteranía en las aulas salmantinas. Buenos eran los tiempos para los ejercicios de cultura. Europa sentía de un cabo a otro el fecundo estremecimiento provocado por la reaparición a plano activo de las letras clásicas. El Renacimiento conmovía el espíritu de los hombres salidos del crepúsculo de la baja Edad Media, y los problemas que suscitaba la nueva medición de la estatura humana habían hecho presa de todos los espíritus. Pese a los vicios que caracterizaban a su Corte, Juan II se preciaba de tener contacto epistolar con las figuras señeras del gran movimiento de su tiempo. Sonaba ya la cercanía de una hora para España en que los nobles no sólo buscaban distinguirse en la guerra, en los torneos o en las hazañas de montería, sino también, y aún más, por su devoción a los ejercicios cultos.

Para ser buena reina, Isabel de Castilla no se limitaba a consultar cartas bélicas que la pusieran en el camino de someter a la morisma. Consultaba también la gran señora textos graves, donde dormía el pensamiento antiguo. Amigos suyos eran Tito Livio, Plinio, Plutarco, Séneca, Virgilio, San Agustín. Empeño de su autoridad fue hacer que viniesen a España maestros griegos y latinos y facilitar, a la vez, la ida a Italia de españoles que desearan ampliar el radio de sus letras. Su amor a las disciplinas cultas rebasaba el límite de lo literario e iba hasta detener amorosamente los ojos en las obras de los pintores que esculpían y estofaban altares en monasterios y catedrales. De sus manos protectoras saldría también un mundo de color y de luz que iba a hacer de España robusto pie en la trípode del arte pictórico contemporáneo.

Cuando a nosotros se nos pinta el cuadro de Colón frente a Isabel en la Corte detenida en Córdoba, camino de Granada, apenas alcanzamos a mirar el delirio de aventura de un marino conjugado con el ansia de tierras y dominio de los monarcas españoles. Por nada se adivina la conciencia humanista de dos seres extraordinarios que coinciden en sus planes. Ya en Séneca, Isabel había tenido aviso de los mundos que moraban más allá de la nebulosa Thule. De todas sus lecturas había logrado formar una conciencia de plenitud humana, que era preciso realizar. También Colón era un iluminado.

Tras sus sueños de especias y sobre el rumbo de su periplo ardían luces de universalidad que sobrepasaban el intento de los mercaderes del Mediterráneo. La calma razonadora de Fernando V veía, en cambio, más riesgos de dinero que provecho de tierras y mercancías en los delirantes proyectos colombinos. Su reflexión regia servía para cohibir el entusiasmo que despertaban las sutiles y graves palabras de los frailes de la Rábida. Pero a la reina picaba la aventura. Ella se sentía puerta de un nuevo camino humano. Comprendía que el errante marino le ofrecía oportunidad propicia para unir su nombre a los más claros nombres de la Historia Universal. Con ella iban a tomar carácter y ámbito palabras llamadas a definir una nueva cultura.

Por intuirlo ella claramente, sentía sobre sí el peso del gran destino cósmico que se juntaba al destino restricto de forjadora de la unidad del poderío interior de España.

Frente a la estatua yacente de la *Latina* yo he querido imaginar lo que no ha recogido la Historia. En Sevilla, en Alcalá de Henares, en Córdoba había atropello de palabras en torno a los proyectos del navegante aventurero. Muchos le motejaron de locura y le llevaron la contraria. Otros sintieron entusiasmo por la idea del nuevo camino hacia las Indias. Entre el partido de favor estuvo, por razón de su cultura, doña Beatriz Galindo, quien compartía con la marquesa de Moya la mayor privanza en el ánimo de la reina. Pero sobre lo puramente cortesano, doña Beatriz ganaba a cualquiera puntos en lo que dijese a medios de influir sobre el ánimo real. Era ella quien había puesto en manos de Isabel la llave mágica del nuevo mundo humanista. Con el latín la llevó a los secretos de la sabiduría antigua, que hoy inclinaba el ánimo de la reina a la protección del visionario.

Más que política y calculadora, la empresa colombina fue expresión neta de un propósito de anchar el mundo del hombre. El humanismo renacentista buscaba realizarse en algo más que restauración de textos literarios y de módulos artistas. En Isabel

hablaba la cultura de la vieja Europa que buscaba su remozamiento americano. La reina en el trono fue aquel día de la cita en el alcázar cordobés como maestra sentada en cátedra de enseñanza universal.

En la determinación que dio posibilidades a los sueños de Colón miro yo la buena parte que cupo a la *Latina*. Su agudo ingenio es justo recordarlo como aliado fiel de las fuerzas que anularon la pesada resistencia fernandina. Quizá cuando arreciaban los ataques a Colón, doña Beatriz recordara a la reina las palabras solemnes del oráculo de la *Medea* de Séneca. Ella había formado el espíritu clásico de la reina y le había abierto el vasto mundo de cultura bullente en medio de las fogatas humanistas.

Frente a su severo sepulcro, en el templo silencioso donde con frecuencia rezo, he pensado en la egregia mujer como en generosa madrina de mi América materna. Maestra y camarera de la gran reina, también pudiera llamársela aya de sueños y profetisa de pueblos.

Madrid, 1953.

JUANA LA LOCA

Michael Prawdin ha hecho una excelente biografía de doña Juana la *Loca*. Sobre la clásica figura de la reina enloquecida por un amor que la llevara a fúnebres delirios, el autor presenta y desmenuza el drama tremendo de la infeliz mujer, de cuya existencia hicieron campo de lucha los intereses del emperador Maximiliano, los intereses de Fernando y de Isabel, los intereses de Felipe, los intereses del hijo Carlos y los propios intereses de la víctima, llamados éstos al más irremediable sacrificio.

Prawdin en su obra pone en poderoso resalto la extraordinaria personalidad de la reina, que sabía responder en fluente latín los saludos que le dirigían sus súbditos flamencos. Si en verdad ella no había sido educada para llegar al trono, pues la corona vino a sus sienes en razón de la muerte de cuatro herederos preferidos, sí se la formó para que luciese como digna hija de quien había sabido vestir el atavío esplendoroso de la cultura renacentista.

El drama, la novela, el romance han hecho de Juana la *Loca* una lánguida y doliente figura de mero colorido romántico. La reina que enloqueció de amor tuvo por mucho tiempo plaza puntera en la mejor literatura erótica. La crítica la traslada, en cambio, a planos de mayor altitud, y hace de doña Juana una mujer de dimensiones capaces de llenar el tinglado de la tragedia griega. Junto con Clitemnestra, Ifigenia, Antígona y Electra, doña Juana ha podido compartir la filiación esquiliana. Su tragedia se mueve entre el amor

y la obediencia filiales, la encendida pasión de esposa, el delicado amor maternal y el imperativo reclamo nacional, en una serie de curvas que hacen increíble la resistencia de su cuerpo y de su espíritu, en el cual las sombras de la locura apenas si asoman durante los años finales de larga y obligada existencia en lóbrega clausura. Toda su vida es lucha tremenda entre sentimientos por demás vigorosos y contradictorios.

Para la Hispanidad, lograda por el esfuerzo y la visión de los Reyes Católicos, éstos vieron una amenaza tremenda en la absorción del espíritu de la heredera por el genio impetuoso del forastero Felipe el *Hermoso*. El primer conflicto de que fue víctima la futura reina surgió cuando doña Isabel, no pudiendo evitar el viaje a Flandes del príncipe, provocó la lucha espiritual con la hija hasta concluir en la confusión funesta de verse prisionera en el castillo de la Mota. Sobre lo maternal, la Reina Católica colocaba "la razón de Estado", que servía de nervio y de ruina a los imperios. También "razón de Estado" la hizo no intervenir en el exceso erótico que acabó con la vida del príncipe don Juan. Entonces dijo que no podía dividir lo que Dios había unido. La razón de su prudencia estaba en que del fervor conyugal de los recién casados podía derivar cuerpo el nuevo sucesor. Si el motivo religioso era válido en aquella oportunidad, más tenía que serlo en el momento de escindir la relación de Juana con Felipe, de donde derivó la futura tragedia matrimonial.

Razón de Estado y razón de apetencia de poder llevaron a Fernando a internarla en Tordesillas, cuando sobre ella recayó la plenitud de la corona de Castilla. Loca a la fuerza, se la separó del mundo y apenas se la dejaba mirar desde lejos el féretro de Felipe, depositado en la vecina iglesia de Santa Clara.

Víctima del esposo, de la madre y del padre, después lo será del hijo que viene como extranjero a tomar posesión de la totalidad del reino que a ella corresponde a la muerte de Fernando. Para la infeliz reclusa no hay piedad, ni siquiera de parte del cardenal Cisneros, quien, con el mando y los honores, llegó a borrar de su espíritu toda huella de la original ternura franciscana.

Encerrada sigue la reina en su severa prisión de Tordesillas, donde se impone con dolor de la muerte del viejo rey su padre, cuando los Comuneros vienen a buscarla como expresión legítima de la autonomía española frente al espíritu germano del emperador, que sacrifica a España en beneficio del sueño imperial de los Austrias. El propio Consejo que gobierna en nombre del ausente dice a la loca presunta que en sus manos está la salvación del reino. España se impone entonces, con sorpresa y alegría, de que la reina no está loca y de que ha confiado a Padilla, el comunero, la custodia de su persona. De la oscuridad de once años de reclusa, doña Juana regresa al mundo, ignorante de las cosas y desconfiada de su Corte. No sabe distinguir amigos de enemigos, y en la tiniebla de su juicio aislado de la realidad, cree apenas, como buena cristiana, en las palabras del confesor, que sutilmente inhibe su voluntad y la entrega en manos de sus propios enemigos.

Restablecido el poder de Carlos, doña Juana vuelve para siempre a las tinieblas de su encierro. Tordesillas es la tumba viviente de una reina a quien la piedad jamás sonrió. El hijo, en el pináculo de la gloria, no pensó jamás con afecto en la madre sacrificada a su ansia de poder. El la miró para siempre como cadáver en espera de sepultura definitiva. Más que loca, estaba muerta la reina. La preocupación fúnebre de los Trastamara reaparece en el emperador invicto. La muerte reclamaba para doña Juana honores dignos de su posición en el orden sucesoral de la corona. Así lo entendió Carlos V desde 1519. En aquel año ordenó a Bartolomé Ordóñez la confección del mausoleo que habría de guardar los restos de sus padres. En 1539 llegó a Granada la fastuosa obra de arte. Pero la reina aún existía en su apretado mundo de tinieblas. Hasta 1555 el hijo poderoso sentía a lo lejos el discurso fúnebre de la vida de su madre, a quien el dolor parecía anticiparle virtudes de eternidad. Un mes después de los funerales de doña Juana, Carlos V abdicaba el trono y en su retiro de Yuste "creía oír su voz que lo llamaba". Más que tocada de negros crespones tras el fantástico féretro de Felipe el *Hermoso*, doña Juana adquiere carácter de Euménide esquiliana al convertirse en sombra que agobia la conciencia del hijo.

EL "MARTE" DE VELAZQUEZ

En el Museo del Prado, en la Sala de Velázquez, he pasado buen tiempo en la contemplación del *Marte* en bragas del excelso pintor sevillano.

Ortega y Gasset anota la alergia mitológica del gran pintor de Felipe IV, a quien infunde un empeño de barrer "a escobazos" los dioses del Olimpo. Los numerosos y autorizados críticos del genial artista aceptan a una el hecho de que Velázquez puso muy poco interés en las figuras mitológicas. El Vulcano de *La Fragua* y el Baco de *Los Borrachos* denotan un marcado propósito de apaisanar los dioses griegos. Velázquez, en cambio, dio a la pintura religiosa un sentimiento extraordinario. *El Cristo de San Plácido* ha hecho estremecer a artistas y a devotos. Hombre de emoción pura, seguía al pintar el impulso neto de sí mismo. Pudo haber hecho técnicamente grandes figuras de dioses griegos, pero le faltaba siempre el alegre atractivo de la figura. Velázquez no sintió el arte en función pagana. Su trascendencia apuntaba hacia otros sitios.

En el ambiente de la Corte, donde, a pesar de compartir el artista "horas privativas" con el rey Felipe, se le miraba como el pintor que recibía "ración de barbero", Velázquez debió de haber acondicionado su mundo interior a planos secretos que le permitiesen evadirse para el hallazgo de sí mismo.

Salvo en *Las Lanzas*, en la pintura de Corte del sevillano genial se advierte, sobre la propia suavidad del pincel, un tono de forzada

mano o de intención oculta, de que están ausentes, por ejemplo, *Las Hilanderas*. En cambio, Velázquez vuela cuando moja los pinceles en otras tintas. *Las Meninas* mismas, con todo y ser, según certera opinión, "la teología de la pintura", acusa el aire de la servidumbre palatina.

Desde la atalaya de su extraordinaria dimensión de genio, el pintor contemplaba los mundos varios que discurrían a su vera. Se miraba a sí mismo, ahondaba en el misterio sensible de su recia fe religiosa, se detenía en la Corte y en su fasto, tropezaba con el valer circunstancial del rey, de princesas y de príncipes, y acomodaba paletas y pinceles al cumplimiento de su oficio de pintor oficial de su majestad. Justamente, *Las Meninas* es el retrato del artista en su forzada función de "pintor de cámara". En esta estupenda obra de la pintura universal se advierte una leve aura de ironía, una furtiva sonrisa de desdén, una suave sombra de burla de quien se sabía mayor que los empingorotados huéspedes de palacio.

Pese a la maravilla de los famosos retratos en que rearticuló las líneas personales de grandes personajes, en ningunos otros se advierte tanta naturalidad para el deslizamiento del pincel como en los retratos picarescos de *Pablillos de Valladolid, Menipo, Esopo, El bufón don Sebastián, El niño de Vallecas, El bobo de Coria.*

Velázquez muestra en estos lienzos milagrosos un dominio psicológico extraordinario, un conocimiento profundo de la comedia humana, un sentido que une la piedad con la burla al eternizar en la tela figuras secundarias en el orden de la sociedad. Hay un anticipo de Balzac en estos cuadros extraordinarios. La flexibilidad de la pintura adquiere en ellos un punto singular. No son el reverso del aire palatino de sus otros cuadros representativos de personas. Son, en cambio, el mismo aire tomado en el ángulo contrario.

Para pintar no se requiere el mero manejo de pinceles y paleta y el simple conocimiento de la anatomía de personas, luz y cosas. Para hacer retratos se necesita saber desarticular la fisonomía de fuera y la fisonomía de dentro de los personajes. Velázquez pasó la vida

frente a las más egregias figuras de su tiempo. Al rey, a grandes y a validos los pudo ver en meras pantuflas. Al hacer, para la reconstrucción pictórica, la disección de estos subidos espíritus, hubo de mejorarles, a cambio de dejar a un lado elementos disvaliosos. Por donde en sus bufones Velázquez daba sueltas al color que retenía los residuos morales de otras figuras. Más fáciles corrían los pinceles cuando pintaba al *Menipo* y al *Bobo de Coria*, porque tenía "materia sobrancera". A la chitacallando, el gran pintor daba salida a su humorismo.

Ortega dice que Velázquez, "con su pincel, arroja los dioses como a escobazos". En verdad, Velázquez es anti-olímpico. Su misma Venus es de una encarnadura extraordinariamente humana. Los dioses de la mitología los trató como a gente común. El sabía lo difícil que era adquirir la convencional "nobleza" de Corte. Demócrata silente, quiso nivelar a los dioses con los hombres. Era una manera de colocar lo real sobre lo postizo e imaginario. Mercurio tiene mirada de ladronzuelo. Vulcano es un vulgar herrero de camino. Baco es un pobre diablo. Pero en Marte hay segundas intenciones, que van más allá de la subversión del Olimpo. Cuando Velázquez pintó al dios de la guerra, estaba lleno del fino espíritu analítico en que rebosaba cuando hacía pintura de picardía. Marte es toda una fina, elocuente y certera burla al ánimo de guerra. Para vengarse de la fingida marcialidad con que hubo de airear los retratos de Felipe IV, del conde-duque de Olivares y del propio príncipe Baltasar Carlos y para hacer contraste con las lanzas enhiestas de *La rendición de Breda*, era necesario castigar a Marte. Precisaba desvestir al dios insolente toda su olímpica altanería, y dejarlo, no en la hermosa desnudez de los héroes, sino en los paños menores de quien ha sido despojado de su atuendo exterior. Velázquez no se limitó a destruir un mito, sino buscó, además, el menosprecio de los valores antihumanos que lo tienen por símbolo. Más que un dios cansado después del triunfo, Velázquez pintó un hombre disfrazado de dios, que olvidó rasurarse, para el buen éxito de la simulación, los bigotes de buhonero. Todo quiso expresar el artista, menos una idea bélica. Bajo el casco guerrero y junto al escudo intacto, el dios parece un borracho de miércoles de ceniza. Más que Marte, el cuadro podría llamarse el anti-Marte o la burla del guerrero.

Esta gran obra velazqueña pide que se la mire como expresivo mensaje antibélico del glorioso pintor. Es, en realidad, el Marte vencido y burlado que quiere ver nuestro mundo en angustias. Borracho de sangre y de odio, el viejo dios necesita reflexionar, por cabeza de los actuales dirigentes del mundo, acerca de su obra destructora. Velázquez tuvo la idea magnífica de despojarlo de su grandeza terrífica y ponerlo a pensar en actitud de derrotado. En el rostro sin expresión del dios escribió el pintor las palabras de paz que no podía pronunciar en medio de una Corte donde se respiraba el humo tóxico de la pólvora. En el ambiente frívolo de la gente palatina la palabra paz sonaba tal vez a desplante. Los negociantes de la guerra, entonces como hoy, debieron considerar contrario a sus intereses todo lo que desarmara a los hombres...

Madrid, 1953.

ABSTRACCIONISMO Y CARILLONES

A tiempo de recibir insinuación amiga para defender las viejas campanas de nuestras torres caraqueñas, amenazadas de desalojo por los nuevos carillones, se me reclama por mi indiferencia frente al caso del tema de la pintura abstracta, traído y llevado recientemente con gran entusiasmo en la pluma de nuestros escritores. Los dos motivos nada tienen, aparentemente, que hacer entre sí, mas al defender las campanas antiguas tocaré de paso el problema de la nueva pintura.

Entre nosotros, el abstraccionismo, para hablar en cristiano, lo considero paladinamente una majadería. Podría tener explicación en una sociedad ociosa y diversificada, donde todos los vicios y caprichos del dinero hubiesen alcanzado patológica razón de existir (En París apareció un teatro de pulgas). Entre nosotros la pintura abstracta es algo que contradice las líneas funcionales de nuestra propia vida. Lo de que el abstraccionismo ha puesto en evidencia una nueva dimensión en el mundo de la plástica, no pasa de tema sofístico que pudiera ser aprovechado por los espíritus esnobistas (*Snob* es abreviatura inglesa de *sine nobilitas).* Las posiciones esnobistas las buscan quienes quieren mostrar falsos lucimientos. Entre nosotros, quien sienta vocación por la pintura, que pinte, y que pinte mucho. Tiene para ello el paisaje y el hombre venezolano. Váyase al interior, no a buscar sólo encendidos araguaneyes y dormidas praderas de apretada verdura, sino al hombre sufrido, anguloso, canijo, de ojos absortos y sonrisa resignada, que puebla

nuestros polvosos caminos de tierra adentro. Más que los verdes y luminosos paisajes, pinte los desiertos sin agua y la tierra erodada, que pareciera gritar su dolor por entre las desesperantes heridas de los derrumbes. Ponga su paleta y sus pinceles al servicio de una nación cansada de palabras ociosas (Ocioso en Venezuela es todo lo que se aparte de una función encaminada a salvar el destino cultural y la dignidad republicana del país). Una choza miserable, donde apareciera el hacinamiento familiar de niños, perros y marranos, sería tema para una profunda meditación de sociología venezolana. La casa vacía del desesperanzado peón rural explica por qué tenemos que importar maíz de los países vecinos. Ante estas realidades, toda actitud abstracta es pecado nacional. El dolor de la nación no autoriza estos extravíos.

Pintar rayas, círculos y cuadrículas de variados colores para después ofrecer al público alambicados ensayos interpretativos del sentimiento y del alcance del abstraccionismo es tanto como perder tiempo precioso. El escritor y el artista venezolanos que se dediquen a esos menesteres malabaristas caen en la responsabilidad del ingeniero a quien se ordenase estudiar el trazado de una vía y, lejos de hacerlo, dedicara el tiempo a recoger brillantes láminas de mica. La pintura tiene función. Como arte puro lleva al placer y a la cultura; como arte social sirve de documento para poner de resalto la vida del hombre. Sobre todo, tiene un fin representativo y una razón moral de ser. Se pinta para recordar, para deleitar, para ilustrar, para expresar estados de conciencia. Los grandes cuadros tienen una función perenne. *La Cena*, de Leonardo, es un tratado eucarístico que iguala a las mejores disquisiciones de los teólogos. El *Bolívar* de Michelena tiene más fuerza psicológica que el *Bolívar* de Larrazábal. El *Purgatorio* de Rojas durará tanto como las mejores oraciones de Cecilio Acosta y de Gil Borges. Los paisajes de Manuel Cabré poseen mayor elocuencia que los cuadros imaginíficos de Díaz Rodríguez. Cuando se medita ante la *Firma del Acta de la Independencia*, de Tovar y Tovar, la historia antigua del civismo venezolano se ilumina con fogosa pasión. En cambio, de una exposición abstraccionista se sale con la cabeza vacía y con el

corazón hecho añicos. Algunos salen hablando lindezas de la nueva modalidad pictórica, y creen que con ello ganan importancia en el mundo de los nuevos "filósofos".

A la persona que me reclamó por mi ausencia de palabras ante los recientes comentarios sobre la pintura abstracta, le declaré que mis gustos son todavía muy primitivos y sencillos. Aún me siento muy cerca del modesto y vigoroso mundo de la Venezuela antigua. No he botado por completo el ombligo de bejuco que me une a los rancios valores de la nacionalidad. Prefiero las cosas simples y claras. Puedo resultar salvaje e ignorante ante el refinado juicio de la gente "bien". No masco ni chicle ni chimó; pero a los gesticulantes comedores de chicle que pueblan el Country Club prefiero mis montañeses de boca ennegrecida por el mó. Estos son la Venezuela que dura, los otros son la Venezuela que se va. Ellos, allá; yo, acá. Por eso habré de complacer a las viejas amigas que me piden una palabra en defensa de las viejas campanas.

Mis amigas ya están maduras de años. Seguramente despiertan a boca del Angelus y oyen el saludo matinal de los campanarios. Ellas crecieron cerca de unas viejas campanas, a cuyos repiques y tañidos se les abrieron los oídos. Murieron la madre, la abuela y las viejas tías, y las campanas prosiguieron con el mismo cariño con que habían oído las voces de la madre y de la abuela que les enseñaron los infantiles rezos. La campana del vecino campanario era para ellas la misma palabra de la Caracas maternal y dulce de los lejanos años de juventud. Durante toda la vida habían ellas escuchado la misma voz de bronce, evocadora, cariñosa, persuasiva. Un día no la oyeron más. Las viejas campanas habían enmudecido para que se oyera en su lugar la canción del moderno carillón. Como mis amigas han viajado mucho, la nueva voz metálica las llevó a recordar antiguos carillones escuchados en Europa y Estados Unidos. A poco descubrieron que la canción repetida por los flamantes tubos de la vecina torre era una canción de Navidad escuchada en un pueblecito protestante de Alemania.

Cuando mis amigas, con voz trémula y humedecidos ojos, me refirieron este caso, les di promesa de escribir algo en apología de las viejas campanas caraqueñas. Defender las campanas antiguas de la ciudad es como defender la voz misma de la tradición popular. Los extranjeros y los extranjerizantes (especie más peligrosa, en razón del hibridismo), prefieren las cosas nuevas y atacan los valores antiguos. Un extranjerizante sustituye una vieja Madona de mano esclava por un conjunto abstraccionista. En cambio, espíritus alumbrados de verdadera luz patriótica han caído en la cuenta de que sólo el mantenimiento de nuestra modesta tradición nacional puede salvarnos de la ruina que amenaza a la República. Tradicionismo y nacionalismo son hoy por hoy valores que se confunden. Cuando alguien quiera saber hasta dónde llega la resistencia cívica de un venezolano, aplíquele la escala de los valores tradicionistas. De los valores de verdad. De los valores hondos, sutiles y alargados que no se encogen jamás ante la promesa de ningún interés forastero que contraríe los imperecederos intereses de la genuina venezolanidad. Sobre la fuerza y la permanencia de esos signos creadores quieren los verdaderos patriotas el progreso de la nación.

Caracas, 1952.

SEGUNDA NOTA SOBRE ABSTRACCIONISMO

Cuando escribí recientemente una nota sobre la pintura abstracta declaré que mi gusto es simple y un poco primitivo. Demás de eso expresé que nada sé de técnica de pintura. Apenas, de lo poco que he leído sobre artes plásticas, he llegado a saber que la pintura es un medio de expresión universal y humano. Creo que Leonardo fundamentó su teoría de la pintura sobre el supuesto de que ella sea manera de lenguaje abierto a la comprensión general del hombre. Del propio modo como el Espíritu Santo hizo que fuesen entendidos los Apóstoles por hombres de extrañas y diversas lenguas, asimismo la pintura posee la virtud pentecostiana de poder ser comprendida y sentida por hombres de diversas culturas y de variados temperamentos. Su máxima fuerza radica en la mayor amplitud de tal comprensión y de tal sentimiento. Los pintores son tanto más pintores cuanto más inteligibles sean en el modo personal de "desarticular la naturaleza para articular la forma estética". Por ello, no entiendo que tenga función universal una pintura de "secta", es decir, una pintura que no puede ser comprendida ni sentida universalmente. Una pintura que podría ser un alfabeto de Morse sin mensaje.

Carezco de lastre artístico para entrar a enjuiciar como "técnico" las supuestas dimensiones del abstraccionismo. Se me podría motejar desde un punto de vista modernista de arraigada devoción a los valores elaborados por la tradición. Sí, señor. Yo defiendo la tradición como vértebra de la nacionalidad. Si por ello se me

condena, vengan el hierro y el fuego. Pero no difiero yo por sólo tradicionista del juicio de quienes exaltan los presuntos valores del arte abstracto. Artistas modernos, de avanzadas ideas sociales y buenos conocedores de los misterios del color, han dicho que "hoy, más que nunca, el arte ha de ser mensajero de paz, de fe y de fraternidad. Y eso no lo alcanzará produciéndose en abstracciones formalistas, sino haciéndose claro y, con voz y con camino, haciéndose realista".

Ningún mensaje de paz y de fraternidad puede expresarse por medio de las líneas y las superficies abstractas. Como arte, sería éste un arte esotérico, reservado, secreto, para que lo guste un reducido número de iniciados y para que lo aplaudan todos aquellos que creen ganar méritos como personas cultas con sumarse al último "grito de la moda". Como tal, el abstraccionismo no sirve al pueblo. Con las líneas y los planos de la pintura abstracta no se puede servir jamás al pueblo. Apenas se podrá dar con ellos evasión a sentimientos y actitudes encajadas en los cuadros de una cultura deformada por las extrañas modalidades que engendra el mundo capitalista.

Yo, modestamente, creo que todo arte debe servir a la exaltación integral de los valores humanos en su dualidad de espíritu y materia. Cuando oro en nuestra Santa Capilla, huelgo ante los valores evangélicos que surgen de la *Multiplicación* de Michelena. Junto conmigo, huelga también la viejecita ignorante de módulos pictóricos, pero con ojos abiertos a la luz. Aquella es una pintura hecha para hablar al contenido de cualquier conciencia religiosa. Holgué también ante el cuadro que está pintando un artista realista, en quien han tomado cuerpo los dolores nacionales. Representa la tela a una mujer arrodillada y sin cabeza, que amamanta de un lado a un monstruo pletórico de fuerza, mientras sobre el angustiado corazón una linda criatura desnutrida nada logra extraer del atrofiado seno. Quienes mediten sobre el poder creador de los artistas hallarán temas de profunda realidad educativa. Hacen contraste uno y otro lienzos. Allá se multiplican por el amor los

panes; acá sólo chupa el monstruo adherido al seno hipertrofiado. Yo entiendo y siento estas pinturas, distanciadas en años y en sistemas, mas encaminadas a dar una nota de realidad funcional.

Y porque no he dudado jamás de la inquietud y austeridad patriótica de los venezolanos que se han dado al cultivo de la pintura abstracta me duele que no utilicen sus dotes de artistas y su preocupación nacionalista en un campo donde les sea posible servir mejor a una patria clamorosa de esfuerzos constructivos y de orientaciones que la abroquelen para su defensa de la invasión imperialista. Con sus pinceles pueden ayudar a la formación de una conciencia genuinamente venezolana. Para ello no tiene necesidad de desdeñar la rica tradición de nuestra pintura y dejar a un lado la representación de nuestro suelo, de nuestros hombres y de nuestra historia. Menos aún proseguir en su afán negativo, hasta dejar sin sitio en la historia del arte a las maravillosas pinturas "saturadas de sombra y de impresiones" que llenan los famosos museos del mundo y que forman el estupendo legado del Renacimiento y de las antigüedades griega y egipcia. Modestamente yo he creído que resida en dichas pinturas una legítima expresión del arte universal del hombre; en cambio, hasta el presente nada sé de Mondrian y de Kandinsky, cuyas "necesidades íntimas" parecen, según quienes generosamente quieren explicármelas, más cerca de Freud que del mundo ordinario del arte universal.

Con el mayor respeto he leído los artículos en que se intenta rebatir mi nota ocasional sobre la pintura abstracta. Considero a sus estimables autores con sobrado derecho a disentir de mi juicio y a defender su posición. La de ellos es una posición profesional, la mía es un mero accidente que no me interesa sostener con insistencia. Ojalá yo hallase algún día sentido al abstraccionismo y pudiera dejar de considerarlo como una tendencia antipopular que anonada el papel creador y educativo de la pintura. Jamás le negaría, en cambio, valor como elemento de mera decoración. Es grato ver un conjunto de líneas en las cuales armonicen los diversos colores. Dicen los psicoanalistas que la armonía de los colores produce un sueño placentero. Un dormitorio decorado a base de pintura

abstracta serviría para calmar la angustia. Si los edificios abstractos de la avenida Bolívar pudieran calmar la angustia de los venezolanos, yo terminaría aplaudiendo al abstraccionismo. Otros dicen que el abstraccionismo corresponde a la ausencia de gravedad que distingue al pensamiento del hombre contemporáneo. Una filosofía sin virtud y sin signos uniformes ha de buscar en líneas y colores sin forma su expresión plástica. No faltan quienes digan que el abstraccionismo corresponde a la mecanización de una cultura cuyos mayores símbolos son las torres del petróleo y las ruedas dentadas. Quienes aseguran que el mundo capitalista busca en el abstraccionismo la amnesia que el mundo antiguo buscó en el culto de Mitra. Es una manera de fugarse las formas hacia planos donde el hombre está ausente. El humanismo de la vieja pintura representativa, sustituído por el antihumanismo de líneas y tonos congruentes con la hora caótica del mundo. En realidad están de sobra en el mundo atómico Rembrandt y Velázquez. La vieja pintura representó un compromiso con la realidad, aun cuando esta realidad subiera a planos mitológicos. El momento desgravitado del mundo se encamina a destruir toda apoyatura para los sueños del hombre.

PINTURA TRISTE

Doce cuadros sobre la vida de los barrios expuso en el salón del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa el joven pintor José A. Dávila. Muchacho apenas es este novel artista. Dieciocho años contará al joven Dávila. Sus ojos, de mirada triste, parecen hechos para captar con propiedad y simpatía los paisajes sin luz y la sufrida gente. Gente y paisajes tristes es la sustancia de sus óleos y acuarelas.

En realidad es una pintura triste la pintura que Dávila nos ofrece. Quizá por ello no interese a la gente alegre y feliz, que prefiere visitar otro tipo de salones. El mundo de los "connoisseur" y de los niños "bien" es un mundo que huye estas manifestaciones desagradables. ¿A quién puede ocurrir la idea de que lucirían en una suntuosa mansión del Country Club, del Paraíso o de Bello Monte uno de estos cuadros que representan la sed, el hambre y el abandono de nuestros pobres barrios? Todo lo contrario. El mundo que vive en esas opulentas residencias necesita olvidarse de la zona social captada por este pintor. Ellos prefieren un estilo de pintura que nada diga, que nada signifique, que nada exprese. Una pintura que haga olvidar la realidad. Llevar a una casa donde brille la opulencia el cuadro en que Dávila recoge el dolor de las aguateras que esperan con sus latas sedientas el paso del camión que nunca llega con el refrescante líquido, es tanto como colgar en visible lugar un libelo de difamación por la incuria y el abandono que las altas clases tienen para este tipo de problemas.

Yo no puedo hacer la crítica de la pintura de Dávila desde el punto de vista de la técnica pictórica. Yo apenas miro estos doce cuadros como doce testimonios donde rebosa el apremio de una colectividad llena de sufrimientos. No puedo decir, como pudiera decirlo un experimentado, si hay fallas o logros en la perspectiva, en las proporciones, en el color, en la atmósfera, en el tratamiento de planos y figuras. Esto es tema de críticos. Para mí, sobre el problema plástico, hay un problema de emoción y de comprensión. Frente a estos cuadros yo he sentido el dolor de los barrios sin agua, de los niños sin pan, de los ancianos sin techo. Veo en estas pinturas el dinamismo doloroso de unas vidas humanas a quienes falta lo esencial de la existencia. Los entiendo, como pudiera entender un editorial de periódico o un libro de sociología. Como entiendo a Pastor Oropeza cuando me explica el hambre y la desnutrición de los niños como "una enfermedad de clase". Estos cuadros hablan a mi sensibilidad de hombre del mismo modo como pudiera hablarme el grito doloroso de una madre carente de pan para sus hijos.

Junto con el mensaje adolorido de los barrios pobres, los pintores podrían llevar a la mirada de quienes están en condición de remediarlos el mensaje de los caminos abandonados y de las fábricas húmedas de sudor sin paga completa; la tristeza del peón que trabaja día y noche; el dolor del minero que recoge para otros el oro y los diamantes. El dolor y la angustia de la sociedad claman por conciencias vigilantes que presenten al vivo la realidad de estos elocuentes manifiestos. "Memorial de agravios" llamaban durante la colonia a los pliegos que recogían las quejas contra las autoridades. Estos cuadros tristes, que resumen la angustia de una zona abandonada, son verdadero "memorial" de los agravios que reciben de los poderosos y de los potentados los sufridos, humildes, bondadosos y siempre preteridos hijos de la pobreza.

Cualquiera dirá que es de pésimo gusto pintar estos temas dolorosos. Desde el ángulo de la indiferencia en que se mueven las clases privilegiadas resulta una pintura verdaderamente tan desagradable como hubiera sido a nuestros abuelos tener colgados en la sala principal de sus severas casas los retratos de los pobres esclavos que

eran vendidos y comprados como bestias de carga (Esos mismos esclavos, de nuevo traicionados por descendientes subidos en distinción, que, sin medir sus compromisos con el pueblo y olvidadizos de la sangre que corre por sus venas, han pactado con los hambreadores de la sociedad). Además, tales paisajes serían en ciertas salas de gente que amaneció rica sin trabajo honesto como testimonio crudo de su mala conducta social. Por esta razón prefieren a la pintura realista cualquiera otra expresión colorista que les garantice el olvido o que los libre de la necesidad de pensar. Quedan, por tal circunstancia, sin público ni mercado los pintores que expresan el dolor cotidiano. Más que artistas, terminan por convertirse en víctimas de la misma sociedad que quieren servir con su apostolado pictórico.

¡Lástima grande que no supieran pintar esos nobles, callados y pacientes caballeros vicentinos que van con las manos cargadas de limosna a visitar en nombre de la caridad cristiana los barrios pobres de la capital!, ¡Qué de testimonios podrían reproducir de la manera cómo viven vida de muerte en el seno de una sociedad culta y que se dice piadosa tantos hermanos necesitados de ayuda y de asistencia!, ¡Qué de apuntes maravillosos pudo recoger para pintar un grande y expresivo mural, digno de la nueva Universidad o del viejo Municipio, aquel diligente, sufrido y santo sacerdote llamado Martín de Odriozola, quien hizo de la Cañada de la Iglesia y sus olvidados aledaños el teatro principal de sus bondades infinitas!...

Con remediar el dolor de los barrios y con sellar tanta boca propensa a vocear el odio que engendran el desamparo y la injusticia ya estaría medio ganado el camino de la paz, que otros en vano pretenden conquistar por medio de la permanente amenaza de los mortíferos cañones. El verdadero armisticio que discuten las potencias no debiera estar encomendado a los estados mayores de los ejércitos en pugna ni al trabajo de las habilidosas Cancillerías. El armisticio que traería la paz al mundo se gana, no por el silencio interesado y transitorio de las máquinas de guerra, sino por el sosiego permanente que alcancen estos pobres y sufridos hombres y mujeres, ancianos y niños que pueblan los barrios, los caminos, las

fábricas, los campos de todas las naciones del orbe. Antes que armar a los pueblos para "asegurar" la paz, debieran desarmar las voluntades que, al empuje de la miseria y de la injusticia, pueden convertirse en volcanes de odios. Entonces podrá hablarse, sin mover a risa, de Naciones Unidas y de marcha activa de una cristiana cultura.

Caracas, 1952.

EL VERTIGO CONTRA LA LIBERTAD

El 15 del presente mes de enero tomará posesión de la Presidencia de Francia el funcionario electo para tan alto destino. La Asamblea escogió para el cargo de primer ciudadano de la República a monsieur René Coty, nativo de L'Havre y con setenta y un años sobre las espaldas. No creen en Francia en el juicio político de los imberbes. Anteriormente Coty ha sido senador, diputado y ministro. Su temperamento es conciliador. Posiblemente será un fiel de balanza en medio de la encrespada lucha de pasiones que agrieta el suelo político de Francia.

La elección recaída en Coty representa el término de un laborioso proceso, sin antecedentes en la República, en torno a los candidatos. Las aspiraciones encontradas de los diversos partidos impidieron a los electores llegar normalmente a una rápida solución electoral. El pueblo y los políticos hubieran deseado tener presidente en la primera vuelta. Las circunstancias obligaron a once escrutinios inválidos, antes de dar con la mayoría que otorgó a Coty el derecho a ocupar el primer puesto en la jerarquía democrática de Francia.

Quiso la casualidad que en estos días entrase yo en la Biblioteca Nacional de Madrid al momento de salir de ella dos distinguidos caballeros que hablaban en voz subida sobre la elección que se practicaba en Versalles. "Eso no es sino una nueva prueba vergonzosa de la podredumbre de la democracia", decía uno al otro. El énfasis con que se expresara el caballero picó mi curiosidad, y

atiné con un portero que los conocía. Supe luego que se trataba de dos aristócratas con títulos de marqués. Pero lo que en su justa ley sienten estos fieles representantes del orden monárquico, lo escuché también en la Puerta del Sol a un "quidam" que compraba periódicos en uno cualquiera de los tantos puestos que existen en el castizo lugar. Esta coincidencia de juicios contrarios —manera de escolástica armonía de los opuestos—, me hizo volar oreja a todo lo que la gente conversaba sobre el retardo de la elección presidencial francesa. "¡Qué barbaridad!", "¡Cómo se burlan del pueblo los políticos!", "¡Qué cosa tan funesta son los partidos!", escuché decir a muchos hombres tenidos por decentes en el orden del gobierno.

Yo tengo como norma oponer el escalpelo de la crítica a las voces que se adelantan a juzgar situaciones. En el presente caso he descubierto como razón de la manera contraria de ser juzgado lo ocurrido en Francia, dos factores principales. Uno, el vértigo de rapidez que ha provocado en el hombre moderno los avances de la técnica; el otro, la propaganda sistemática de los llamados hombres "de orden" contra los principios de la democracia. La gente ha adquirido conciencia de aeropuerto y no quiere esperar. Volar sobre cualquier manera de nubes forma parte de la nueva programática humana. A una Universidad donde en siete años de duro estudio se aprende a leer en sus fuentes los *Diálogos* platónicos, es preferida como expresión de progreso una vía que reduzca al mínimo la distancia de la sierra a la costa. A un gobernante que sea el resultado de una larga controversia entre los diversos partidos políticos que reflejan la opinión del pueblo, es preferido, como testimonio de vitalidad pública, el gobernante que surja entre gallos y media noche contra la propia voluntad de los partidos. Para muchos, Francia habría dado una gran muestra de vitalidad si el general de Gaulle, espada en mano, hubiera disuelto la Asamblea y se hubiera declarado presidente de Francia.

El parlamentarismo francés ha sido objeto de miles de críticas en razón de la tardanza con que la Asamblea Nacional eligió al señor Coty. Yo, en cambio, he holgado con la presencia en el orden de las naciones de un sistema que constituye veraz testimonio del sagrado

derecho de disentir y de discutir los varios grupos políticos donde se personaliza la voluntad del pueblo. La elección del señor Coty ha probado que en Francia hay una serie de fuerzas políticas que no se aglutinan fácilmente a la voz de cualquier interés momentáneo. Justamente quienes más difaman del régimen francés arguyen con elementos que, por el contrario, favorecen el tema de la democracia. En los cónclaves para elegir Romano Pontífice se invoca al Espíritu Santo como luz que ilumine a los electores. Pues si el propio Santo Espíritu muchas veces, como en el caso de Celestino V, ha tardado largo tiempo en aposentarse sobre la cabeza de los cardenales encargados de la suerte de la Iglesia, ¿por qué entonces extrañar que los hombres comunes y corrientes que discuten sobre la suerte secular del país dilaten en acordarse sobre la persona que debe exhibir los símbolos de la primera magistratura?...

La discusión es testimonio de libertad y de respeto. Si Caín, en lugar de oír el consejo de la violencia que le quemaba las entrañas, hubiera hablado largo y tendido con Abel sobre el secreto de ganarse el favor del Altísimo, tal vez distinta sería hoy la suerte de la sociedad humana. Con la celeridad de Caín para eliminar al hermano agraciado, sentó plaza el satanismo en el orden social. Para ponerle coto, el hombre ha dado pasos hacia la reflexión que invita a discutir en mesa redonda los problemas sociales. La Asamblea francesa ha probado, contra el criterio de quienes le censuran la lentitud en elegir al presidente de la República, que en Francia tiene aún su mejor altar la libertad humana. Allá la gente sabe esperar en el triunfo de la discusión. Allí Caín no se precipita a la matanza del inocente Abel.

Madrid, 1954.

CHURCHILL, PREMIO NOBEL

Hans Heibery, presidente de la Asociación de Escritores Noruegos, comenta que la concesión del Premio Nobel de Literatura al primer ministro inglés, Winston Churchill, constituye un motivo de desaliento para los grandes escritores del mundo, pues, a su juicio, otros merecían el premio con mayor derecho.

Yo creo que el viejo Churchill es en realidad un gran escritor. Mas la recompensa en él recaída ha de tropezar fundamentalmente con la reserva que constituye el hecho innegable de ser él también hoy la cabeza política del Gobierno británico. En Inglaterra, en Francia, en Italia, en España, en Europa toda no se llega por aires de compadrazgo a las altas cimas del gobierno. Churchill tampoco ganó su extraordinario prestigio actual en Cuba o en el Transvaal. Churchill viene de la vieja Universidad inglesa, donde se forman los egregios varones que han dado, a través de los siglos, más que la Marina, sitio puntero al Imperio. Churchill es una de las más claras inteligencias que iluminan el pensamiento contemporáneo.

Sin embargo, en el esquema donde se suele enmarcar al literato, al pensador, al creador de formas o de pensamientos que dan contorno magistral al escritor, no ha sido colocado jamás el gran político. En el orden de la economía literaria del mundo, el Premio aparece como encaminado a dar coba a un personaje influyente. Pareciera al bulto que en la Academia Sueca hubiesen influído los amaños que se suele poner al servicio de intereses torcidos de la política, cuando se

disciernen estos galardones, ya negándolos a quienes en justicia corresponde, ya concediéndolos a quienes necesitan mostrarse condecorados con tales distinciones.

Tal cosa no ha ocurrido. Churchill tiene buenos hombros para soportar premios. En cambio, el mundo de las letras esperaba que dicho galardón recayese en otro sitio. Los hispanoamericanos, en especial, esperábamos que fuese concedido a figuras nuestras. Justamente en las pasadas jornadas de literatura hispanoamericana celebradas en Salamanca se trató el tema del Premio Nobel. Sólo a tres escritores de lengua española ha sido otorgado el homenaje: Echegaray, Benavente, Gabriela Mistral. Desde hace ya algunos años se nombran como candidatos nuestros a Menéndez Pidal, a Ortega y Gasset, a Alfonso Reyes, a Rómulo Gallegos. Estos y todos los demás postulantes han sido barridos por la fuerza extraordinaria de Churchill. Bien sabe todo el mundo presente que el afortunado autor de *La pintura como pasatiempo* es un escritor de recia madera. Pero a la literatura del vigoroso *tory* le hace peso su fama de político. Más rotundo y marcial que su gran estilo, resulta en este caso el paso de los ejércitos británicos. Sobre toda otra consideración, resalta el carácter monopolista de la honra. ¿Para el que goza de todo, para el que espera como justa recompensa de los servicios prestados a su patria nada menos que una corona ducal, ha de ser, también, el Premio que colmaría vidas sufridas de estudio y de paciencia?

No es, repito, que en el viejo Churchill desluzca la distinción. Ocurre, apenas, que en el orden del espíritu aparece conjugado el galardón al escritor con las honras rendidas al poderoso. Pareciera que estas recompensas debieran mirar a hombres desnudos de artificiales prestigios, en quienes hayan hecho aposento las musas solitarias.

Son pocos, en cambio, los que miran la parte positiva y ejemplar del Premio. La Academia Sueca está diciendo al mundo, en un momento difícil, cómo en el gobernalle de la nave británica está un escritor, un grande escritor. Está diciendo, también, que sin buenas letras no hay buenos estadistas.

Anverso y reverso tienen las medallas. Ciertas cartas, para su debida inteligencia, necesitan ser leídas, como las escrituras de Leonardo de Vinci, en el fondo de los espejos. Este mensaje de la Academia Sueca tiene, también, su oculto significado. Sobre los signos disvaliosos que derivan del aspecto monopolista de honras y del propósito de rendir pleitesía a uno de los "grandes" del mundo contemporáneo, los optimistas deben levantar los valores positivos que encarnan en el reconocimiento de la pluma por donde recibe lustre extraordinario quien hoy dirige la política del imperio británico. A Eisenhower no hubieran podido concederle el Premio.

Madrid, 1952.

EL ANTI-FUEGO

Para el hombre primitivo, la conquista del fuego fue el momento del tránsito a la cultura. Hasta que logró sacarlo del frotamiento del pedernal, apenas lo tuvo como un positivo don del cielo, cuando el rayo de la tempestad incendiaba la selva. Por donde el fuego fue la primera criatura que recibió la adoración de un hombre sin religión racional. Era Dios mismo el fuego para la mente absorta y cerrada del primitivo. En la liturgia cristiana, el fuego se bendice en la noche del Sábado Santo. Pero ya no es el ardoroso fuego que destruye, sino el suave fuego que derrama la claridad de su luz: *luminis sui claritatem infundens.* San Francisco lo llamó *frate fuoco:* hermano fuego, por cuyo don debe ser alabado el Señor.

El dominio del fuego por el hombre lo miró la mitología griega como un reto de la inteligencia humana al poder de los dioses. Prometeo purgó en la roca del martirio la audacia de haber dado a los hombres su secreto. Símbolo egregio del entrevisto porvenir doloroso de la criatura. Prometeo es un anticipo de lo que sufriría el hombre por el mal uso de los grandes secretos robados a los dioses.

El fuego, como la inteligencia, abrió a los mortales el camino de la cultura. Noble elemento, sin él no hubiera podido abandonar la selva el hombre antiguo. Pero el fuego, como la inteligencia, se vuelve también contra el hombre y destruye la paz de la existencia. Nuestros mayores concedieron a Dios el contraste de nuestra propia razón. "Sin la intervención de la ley divina, declararon los redactores de la primera Constitución republicana de Trujillo, la razón se subleva contra la razón misma y contribuye a destruir el edificio que intentó levantar". En el orden de la vida superior, la

inteligencia es el fuego que iluminó los senderos por donde el hombre pudo conquistar el saber y la civilización. Pero ese saber, cuando llegó a las fuentes de la energía creadora, extravasó sus fines y fue contra sí mismo. En la lucha de la razón contra la razón gana la locura. Ya demente, el hombre dejó caer sobre la inflamable materia el cerillo que provocó el incendio por donde perdió él mismo su amoroso hogar antiguo. Extraviado de juicio, construyó la bomba mortífera que ha abierto en la Historia universal un capítulo imprevisto.

Para el fuego material, que aniquila ciudades y bosques, se han creado brigadas de hombres de buena voluntad, cuyo destino es sofocar el destructor poder de las llamas. Los Cuerpos de bomberos son los niveladores de los malignos efectos del fuego. Hombres abnegados y valientes han consagrado sus vidas a la generosa labor de apaciguar las llamas. La sociedad debe honrarlos como a verdaderos benefactores. Constituyen ellos un paradójico ejército de paz. Su ideal no es que luzca el fuego, sino que la ceniza caiga sobre las llamas. Su gloria no estriba sobre la monta de los cadáveres, sino sobre el mayor número de hombres que puedan ser salvados de la muerte. No arrasan, como los ejércitos comunes, las fuentes de la riqueza colectiva; defienden, por el contrario, bosques y talleres donde tiene seguro la prosperidad social.

Dignos de aplauso son estos hombres generosos, que bien pudieran servir de ejemplo a los incendiarios y enloquecedores del pensamiento. Cuando la humanidad se angustia ante el esfuerzo criminal que realizan los constructores de la guerra, mayor nobleza adquiere la obra de quienes luchan contra los errores del fuego material. Frente a las llamas devastadoras que amenazan a la humanidad, urge una cruzada de hombres generosos que apacigüen el fuego de las ambiciones y de los odios, y que compongan la paz en la lucha de la razón contra sí misma. La paz reclama conciencias que eleven consignas contra el fuego. Contra el incendio de la guerra, el anti-fuego de la paz.

Caracas, 1952.

PASION Y SENTIDO DE MOSSADEQ[1]

Hoy se ha iniciado en Teherán el juicio político contra el depuesto y traicionado primer ministro Mahomed Mossadeq. En todas las capitales de Europa, principalmente en Londres, se ha hablado con verdadera saña durante estos últimos días acerca de la persona del anciano político. Lo menos que se ha hecho contra él ha sido llamarlo viejo llorón y esquizofrénico.

Mossadeq parece ya una página concluída de la historia iraní. A quien hubiese bajado de la luna en uno de estos viajes fantásticos con que sueñan los hombres de ciencia, y se le hubiesen dado a leer al mismo tiempo los diarios referentes al golpe contra el primer ministro, al contragolpe que lo detuvo oportunamente y a la inmediata consumación del propósito internacional de derrocarlo, le hubiera sido forzado juzgar lo acontecido como episodio preparado por una empresa de televisión para divertir al público sensacionalista del momento. Más que hechos reales, aquellos acontecimientos semejaron estar ajustados a una previa composición teatral.

El viejo Mossadeq sufre hoy carcelería en espera de que se le juzgue como traidor. Tal vez el pueblo por el cual él ayer luchó denodadamente y que le acompañó con entusiasmo en sus horas triunfales, tal vez ese mismo pueblo, confundido por la magia pecaminosa del poder y del dinero extranjero, llegue a aplaudir

(1) El nombre correcto de este personajes es: Muhammad Hidayat, llamado Musaddaq. (El Comité Editor).

mañana la sentencia que profieran los jueces implacables de conciencia de verdugos. También los mismos hombres que rindieron palmas cuando Jesús entraba en Jerusalén siguieron el viernes fatídico la voz de los sacerdotes y de los fariseos que pedían su crucifixión. Son dolorosas reacciones explicables en multitudes sugestionadas por el brillo aparente de la victoria.

Quien dedicó su vida de político y sacrificó su precaria salud a la defensa de su pueblo, recibe hoy toda manera de denuestos fabricados y dirigidos por la conciencia opresora del imperialismo. En Londres, en París, en Roma, en La Haya tienen buena voz los sentimientos antihumanos del colonialismo que sólo persigue la explotación útil de territorios foráneos. Contra esa fría conciencia de verdugo que distingue a los políticos de los grandes países colonialistas, se levantó la aguda y ardorosa voz del anciano Mossadeq. El político iraní no ha sido la expresión recoleta del problema de la explotación de la riqueza del pueblo persa. Mossadeq ha sido una voz universal, llamada a tener tornavoces en la conciencia de todos los pueblos que padecen bajo la bota insolente del imperialismo.

Leer en la Prensa de Europa, lo mismo que en la Prensa yanqui, denuestos contra el abatido político, es cosa de fácil comprensión. Europa y Norteamérica alientan ansias de dominio colonial. Hoy, como ayer, no sólo sobre territorios sometidos de modo abierto a su dirección política y económica. El nuevo coloniaje tiene el aspecto semi-jurídico que le transfieren los tratados, los contratos y los empréstitos. Contra ese tipo de explotación nueva se irguió el político iraní, hasta desafiar al propio Imperio británico.

Víctima de la tenebrosa política del petróleo —*estercus demoni* lo llamaron con aguzada intuición los guaiqueríes de las islas de las perlas—, Mossadeq ha caído en la red que le tendieron los enemigos del Irán. Hoy el anciano político resulta traidor a su pueblo. También se dijo lo mismo de Bolívar y demás padres de la patria americana cuando fueron sometidos a juicio de infidencia por las autoridades españolas. En la comunidad de esta atribución tal vez

no piensen los escritores hispanoamericanos que se atreven a hacer mofa de la escuálida y venerable figura del antiguo primer ministro. Ni piensen, acaso, que Mossadeq estaba librando en el Irán la campaña de liberación de las naciones caídas en la órbita absorbente del imperialismo. En Teherán no se trataba solamente de hacer del aceite persa un instrumento de beneficio para el pueblo que lo produce. En la inquieta capital del antiguo imperio de Ciro y de Darío se empezó una lucha antiimperialista que interesaba al petróleo y al hierro de Venezuela, al cobre de Chile, al estaño de Bolivia, a los bananos y al café de Centroamérica, a la caña de Cuba, al canal que parte en dos no sólo el territorio, sino también el corazón bien puesto del pueblo de Panamá.

Viene con esto lo que a un ministro inglés escuché en Costa Rica hace ya algunos años. Se trataba de un noble que fue citado ante el *sheriff* porque su gran *bull-dog* había destrozado un conejillo del vecino. Frente a los razonamientos del modesto hortelano, quejoso de la pérdida del animal, el noble redarguyó que su perro había sido provocado y, por tanto, había obrado en legítima defensa. El funcionario, un poco sorprendido de los argumentos del acusado, pidió explicaciones del hecho inaudito del conejo que obligó al perro a defenderse de una injusta agresión. Entonces el severo noble refirió cómo al pasar su bull-dog frente al conejo éste hizo con la trompa sonrosada un mohín, que imitaba a maravilla el caballero, y el cual el perro hubo forzosamente de tomar como una verdadera burla a su dignidad canina.

La reacción del perro frente al mohín del conejo encierra toda la filosofía inglesa de la provocación que los países imperialistas miran en los actos de elemental sorpresa o de rudimentaria defensa que intentan los pequeños países. No sólo de traidor al Sha y a la nación iraní, sino de traidor a la paz del mundo ha sido calificado por la Prensa europea el audaz político que desconoció la legitimidad de los títulos de la Anglo Iranian Oil Company y que inició el proceso de la reabsorción por las respectivas naciones de la riqueza enajenada a países extraños. La actitud del viejo Massadeq, así

pudiera calificarse de precipitada por la carencia de instrumentos idóneos para granjear con la nacionalización, corresponde a un despertar vigoroso de los pueblos sometidos al yugo colonialista, tan grato siempre a las potencias europeas, inclusive a la misma Francia de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad.

Una mejor política en la oportunidad de su grandeza extraordinaria pudo dejar en manos del pensamiento español la rectoría espiritual que busca ejercer sobre las antiguas provincias americanas. La unidad antigua del concepto hispánico —actualmente solicitado como elemento de defensa contra la poliforme conquista del Norte— hubiera dado a nuestro mundo la gravedad defensiva que Bolívar buscó para él en el Congreso de Panamá. En aquella hora España no vivió la hora del *Quijote*. La España eterna habrá de buscar, en cambio, su reencuentro con el héroe que la tipifica. En Manchas estiradas de espiritualidad España habrá algún día de vocear su gran lección. Su lección contra las uñas del águila que intervino en Puerto Rico, Cuba y Filipinas, para prolongar a su favor el coloniaje, y la lección contra las garras del león aún hundidas en Gibraltar. Dirá con hechos España que la obra conquistadora de sus hombres del siglo XVI, sobre los cipangos y la catayes, buscaba una nueva geografía donde mejor creciera la personalidad ecuménica de sus hombres. Tal vez algún día España comprenda que no es misión suya mantener colonias sojuzgadas, donde se quebranta el querer de los nativos, sino ayudar a los pueblos a crecer por sí solos. Suya fue la labor de formar naciones, que hoy desgraciadamente son víctimas de extraños imperialismos, justamente por haber dado espaldas, en razón de la carencia de centralidad, a los valores llamados a mantenerlos conjugados.

Sobre esos pueblos aislados, traicionados y sufridos que formó en América el viejo espíritu de España, la sombra de Mossadeq se cierne como expresión de una recia voluntad de dominio. Duele ver que allá se repita la conseja de los corresponsales imperialistas, empeñados en atacar al gran viejo que se puso con juvenil espíritu al servicio de la libertad de su pueblo. Rezando a Dios oraciones distintas, vistiendo indumento diferente al que usa nuestro pueblo,

Mossadeq es el mismo Quijote de los altos sueños, a quien el barbero, el cura y la sobrina se empeñaron en hacer regresar de su divina locura. Tras la figura doliente del desjuiciado Alonso Quijano, Mohamed Mossadeq tipifica la conjunción en un solo esfuerzo de espiritualidad y de justicia, de los mundos que luchaban a sangre y fuego a la hora de topar Cervantes con los manuscritos de Cide Hamete Benengeli. Para ilustrar sus sombras dolientes, las altas estrellas derraman en la noche apretada una misma luz cargada de esperanza...

Madrid, 1953.

LA PAZ PARTIDA

Gente preocupada por los problemas de América platicábamos en torno a la vida de nuestros países. Las fronteras estaban diluídas en el orden de expresar nacionalismos divergentes. De nuestros corazones de argentinos, de chilenos, de colombianos y de venezolanos salía apenas una huella iluminada de unidad continental. El saloncito de Castelló, 64, me hizo evocar el salón de la Rue Saint-Honoré, donde a fines del siglo XVIII se reunían en París los indianos evadidos de la vigilancia española, que buscaban nueva forma y nuevo sentido a la política del mundo de las Indias.

Fundamental entre todos los temas traídos a la amable conversación, apareció la noticia publicada en los diarios matutinos acerca del conferimiento del Premio Nobel de la Paz al general estadounidense George Callett Marshall. Ninguno de los presentes estuvo de acuerdo con tal conferimiento. La teoría pacifista del famoso general carece de cuerpo. El plan Marshall no ha sido mirado uniformemente como camino de paz. Podría aplicársele la teoría del baturro que inquiría cuál era la acera de enfrente, porque en el otro lado le dijeron que era la del sitio donde afincaba los huesos. Se apuntó como estadista de dimensiones pacifistas a Jawaharald Nehrú. Siempre ha sido fiel el gran político hindú a la idea expresada en sus *Vislumbres de la Historia del Mundo.* Sobre la necesidad de dar a la democracia pleno contenido de igualdad que nos permita disfrutar los avances de la técnica y de la ciencia, Nehrú, como su maestro Gandhi, ha sido fiel a la idea de paz y de concordia entre hombres y naciones.

Pero Nehrú, en verdad, es un mero idealista. La paz, en cambio, se busca como realidad. Para promesas estaría el Evangelio de Cristo. El mundo quiere realidades. Comulguen con la paz del espíritu los que posean ánimo idealista. El orden de los pueblos quiere otra cosa. La paz que se busca es la paz de afuera y no la paz de adentro. Los soñadores que sueñen la paz en la forma que mejor les apetezca. El mundo quiere otra cosa. El mundo desea tranquilidad efectiva.

El Premio se esperaba para quienes hubieran hecho más en el orden de la paz soñada por los pueblos y por los idealistas. Los miembros de la Academia sueca han resuelto dividir en dos el Premio. Los que creen en principios, en ideas, en entelequias, confórmense con la *Filosofía de la civilización* del mellizo de Marshall. Yo no conozco este libro, pero debe de ser algo extraordinario en el orden de probar que la civilización carece de filosofía. Tal vez concluya en decir que la verdadera filosofía de la civilización debiera ser la armonía entre los pueblos y entre los hombres, que él, en cambio, no ha logrado ver realizada ni entre los leprosos sometidos a sus sistemas de meloterapia.

Marshall ha resultado en cambio más práctico. El experimentado general se ha alejado del mundo de los idealistas y ha pisado el terreno de los hombres que gustan de poner los pies sobre cosas firmes. Para Marshall la paz no puede lograrse por medio de sistemas pacifistas sino poniendo en práctica sistemas bélicos. En jerga criolla, el *similia similibus curantur* se traduce diciendo que la mordedura de perro se cura con pelos del propio perro. Marshall sabe eso. Cuando de joven estudiaba en el Instituto Militar de Virginia, ya hubo de topar el futuro general con el consejo de Flavio Renato Vegecio en su *Epítoma rei militaris*, acerca de la conveniencia de prepararse para la guerra quienes buscasen los caminos de la paz, de donde surgió la expresión tan manoseada de *si vis pacen para bellum*.

Con tan añeja prosapia, Marshall ideó su famoso Plan de ayuda a los países devastados por la segunda guerra mundial. Con leche, abrigos y dinero, se les ha suministrado a los pueblos en ruina nuevo y moderno armamento para tener en buen pie los ejércitos de la paz.

Los sabios suecos han sopesado la eficacia de los planes de Marshall y han galardonado a su feliz autor. Muchos idealistas no alcanzan a comprender el buen sentido del Premio. Los idealistas son por lo regular seres trasnochados a fuerza de mirar estrellas. El mundo ha sido víctima de tontos que han creído en la posibilidad de otra paz desarmada, que no sea la invocada por el hostelero holandés donde se inspiró satíricamente al mentecato de Manuel Kant.

El que quiera paz, ármese para que el vecino le tenga miedo. Si tu enemigo tiene ya la bomba H, pues tú fabrícate la bomba Q. Este camino armamentista pro paz es el único que nos puede llevar a un efectivo equilibrio. Si el equilibrio se rompe, ya no hay nada que pensar. Bombas, paracaidistas, cañones, lo que sea. Demás de esto, el orden de los armamentos es una fuente de prosperidad económica. Y la abundancia colma el corazón. Es preferible la hartura de quienes ganan dinero a la cabeza vacía de los soñadores. Mejor pasa sus noches un país armado hasta los dientes, que las naciones sin armas, donde abundasen alimentos y abrigos. Los dueños de éstos seguramente no estarían tranquilos, y temerían que los hambrientos y los friolentos pidiesen su pan y su abrigo de cada día. Contra esta gente hay que estar preparados. Al hambriento, que se acabe de morir. Así tendrá mejor paz.

Toda esta filosofía de la paz fue tomada muy en cuenta por los graves y pacíficos sabios suecos que partieron el Premio Nobel de la Paz para honrar a un mismo tiempo a un sabio y a un general. La paz ha sido partida una vez más. Para una humanidad partida, bien está una paz que la iguale.

MORALES EN LUCHA

No he logrado leer en la Prensa de Nueva York el texto del reciente discurso pronunciado por el almirante Carney en la cubierta del portaviones *Hornet*, surto en los astilleros de Brooklyn. He tenido que conformarme con la escasa información transmitida por el servicio cablegráfico internacional.

El veterano almirante ha declarado que el pueblo norteamericano, con su continua crítica sobre los servicios militares, está inconscientemente relajando la moral de las Fuerzas Armadas, y que estas críticas son análogas al clamor levantado para que regresaran los soldados a la patria después de la segunda gran guerra mundial. Dijo el experto lobo de mar que la nación apenas conseguirá "cosas de mercado viejo" si no se dispone a prescindir del regateo con que trata a sus Fuerzas Armadas y si permite que tantos y tan buenos jóvenes combatientes den de lado la carrera militar.

Creo que este discurso enérgico y sincero del almirante Carney constituye un documento admirable para juzgar la situación del pueblo americano frente a su Ejército y la actitud de éste frente a los genuinos intereses del pueblo. En primer lugar, se ponen en resalto dos morales: la moral de las Fuerzas Armadas y la moral del pueblo. Desde el punto de vista del Ejército, es "inmoral" la conducta del pueblo que se niega a dar cuerpo a las exigencias militares. Es decir, las Fuerzas Armadas tienen una moral divorciada de los intereses populares; y al no coincidir los principios que deben guiar los

intereses del Ejército y los intereses del pueblo, necesario es concluir que el Ejército se ha desviado de sus propias líneas constitucionales, que no pueden ser otras sino la defensa de los intereses del pueblo.

El Ejército americano resulta por tanto un ejército antipopular. Sus intereses se mueven en órbita distinta de la órbita del pueblo. Se ha desviado el Ejército de la Nación de su característica misión de defender los intereses generales, y el pueblo, consiguientemente, pone de presente su repulsa a los nuevos fines que interesan a la institución militar. Oyendo esa voz del pueblo, el Congreso reduce las cantidades destinadas a presupuestos militares, a fin de poner tope a los empréstitos con que se cubre el déficit ocasionado por el exceso de las apropiaciones llamadas de defensa. No puede con razón estar tranquilo un pueblo que mira cómo su deuda pública llega a los 275.000 millones de dólares. Ese pueblo laborioso, sencillo, amante de la paz y de las virtudes domésticas, mira con angustia y desconfianza a sus hijos ocupados en una innecesaria guerra que no tiene otro fin sino mantener la seguridad de los mercados esclavistas.

El buen pueblo americano, alumbrado del sentido común que le ha permitido alcanzar su extraordinaria grandeza, principia a darse cuenta de que los intereses de su Ejército no son sus propios intereses. Con grande sorpresa ha descubierto que sobre el valor de las instituciones republicanas pulidas por Washington, Jefferson, Madisson y Lincoln, se ha erigido un organismo nuevo que amenaza la paz, la tranquilidad, la libertad y la justicia del viejo *sweet home*, pero que, en cambio, garantiza mercados al capital financiero que busca mantener su alocado ritmo de crecimiento.

La aventura internacional de las Fuerzas Armadas americanas nada tiene que hacer con la defensa de un cristiano modo de vivir la nación, menos aún con una presunta ayuda a otros pueblos para que se mantengan en el goce de las viejas instituciones cristianas. Tanto como el comunismo, está minando al mundo cristiano la hipertrofia del capitalismo. De sobra lo han predicado quienes saben de estas

cosas. Ni la bomba atómica, ni la bomba de hidrógeno, ni la bomba de cobalto son aliados eficaces para defender la paz de Cristo. La paz es asegurada por la plenitud espiritual y material de los pueblos. La paz de Indochina, por ejemplo, no se garantiza por medio de una campaña dirigida a matar comunistas, sino a través de un sistema racional que asegure a los nativos su justo y debido desarrollo económico, político y cultural. La paz de Asia sólo la garantizaría una política enderezada a que no prosiga el estado de cosas denunciado por León XIII, cuando dijo que "unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos" *(Rerum Novarum).*

Todo esto lo ha intuído el noble, laborioso y sencillo pueblo americano, a medida que ha visto despoblados sus hogares en beneficio de los cuerpos de ejército, destinados a mantener un pie de guerra que sólo está sirviendo para que Estados Unidos se granjee más enemigos en todos los continentes. Esta certera intuición es la causa de la actitud denunciada por el almirante Carney. Lo que a éste ocurre es una mera confusión de términos. Casi un daltonismo de intereses. No es el pueblo quien está relajando la moral del Ejército. Es que el Ejército ha sido colocado en una posición moral distinta y contraria a los intereses del pueblo. El pueblo es el mismo gran pueblo americano de siempre. Lo que ha cambiado son los intereses de sus dirigentes.

Madrid, septiembre de 1953.

EL COLONIALISMO AMERICANO

Con motivo de haberse anunciado el plan británico que mira a unir las posesiones coloniales del Caribe en una manera de *Commonwealth*, la Cancillería de El Salvador ha objetado que dicho propósito contradice declaraciones de las repúblicas americanas en la IX Conferencia Panamericana celebrada en Bogotá el año 1948.

Pareciera, en verdad, que la confederación de las colonias inglesas de estos mares fuese un paso encaminado a robustecer el colonialismo europeo en el hemisferio americano, pese a que el nuevo régimen sea un ascenso en el orden de la relación política de las dependencias con la Metrópoli. En cambio, por lo que dice a la soberanía de la América continental, la inclusión de Belice en el plan federativo constituye un injurioso desconocimiento de los derechos de Guatemala sobre aquel territorio.

La actitud de la Cancillería salvadoreña acusa sentido de vigilancia en el orden de la americanidad. Deseable es que en nuestro hemisferio no existan regiones sometidas a tutela colonial. Nuestra historia mejor la constituye la lucha tenaz del criollo por lograr la independencia. Hay un deber histórico que nos impulsa a mantenernos fieles a la obra de nuestros padres. La razón de ser de nuestras Repúblicas arranca del proceso que tuvo su clímax en la revolución emancipadora.

La tradición de América tiene sus piedras sillares en la lucha contra las metrópolis europeas: contra Inglaterra, Norteamérica; contra

España, la América española; contra Lisboa, el poderoso Brasil; contra Francia, la misteriosa Haití. Esa obra no ha concluido aún. Quedan regiones en el Nuevo Mundo sometidas a gobiernos extrahemisféricos. También pueblos, como el de Puerto Rico, luchan aún por la autonomía a que tienen derecho de acuerdo con su tradición histórica. ¡Cómo ha sabido resistir el criollo puertorriqueño el espúreo coloniaje yanqui! Con Puerto Rico, en especial, deben estar las repúblicas que comparten con la populosa isla el origen hispánico. Así lo hicimos constatar Enrique Bernardo Núñez y yo en el dictamen de mayoría que presentamos a la Academia Venezolana de la Historia con motivo de haber solicitado un grupo de patriotas puertorriqueños nuestro apoyo moral de cuerpo encargado de la guarda de nuestra tradición histórica. Lamentablemente la Academia se acogió al dictamen minoritario presentado por Cristóbal L. Mendoza.

Nuestra conciencia latinoamericana ha de ser, por gravedad de Historia, conciencia anticolonialista. De aquí que El Salvador se adelante a denunciar como contrario al espíritu autonomista de nuestros pueblos el actual proyecto inglés. Plausible resulta la actitud de la Cancillería de San Salvador, y por demás justificada la adhesión que le ha dado Guatemala. No faltará quizá algún alegre nacionalista venezolano que piense en la obligación de adversar dicho proyecto por cuanto se opone a una presunta reincorporación de la isla de Trinidad a nuestro territorio patrio.

Todo eso sería correcto si las naciones latinoamericanas hubieran terminado su independencia. Martí dijo que Bolívar tiene aún mucho que hacer en América. Desde un punto de vista principista, es lógico que nosotros veamos con recelo el afianzamiento en el Caribe del imperio colonial inglés, pero desde una posición realista resulta paradójico que nos preocupemos afanosamente por la suerte política de las colonias británicas en América, cuando nosotros no hacemos esfuerzos apropiados para apartar nuestros países de la nueva amenaza colonial y para que en ellos tengan fecunda realidad las ideas que sirvieron de numen a los padres de la Independencia.

Una revisión de nuestra historia contemporánea obliga a meditar con dolor en la frase desolada de Bolívar, cuando manifestó haber arado en el mar. No aró, en realidad, en la mar, pues a la muerte dejó concluída la obra fundamental de su existencia. La emancipación política de nuestros países era un hecho cierto en 1830. Después, hombres sin sentido de patria y de realidad nacional metieron el oleaje de encrespadas aguas en los risueños sembradíos. Los valores fundamentales que habían dado forma y razón a la República fueron sustituídos por maneras concupiscentes de obrar y de vivir. Se hicieron a un lado los elevados principios donde afincó el esfuerzo constructivo de los hombres antiguos y se tomó como finalidad de acción la inmediata complacencia de apetitos subalternos. Pronto se llegó por esta vía traviesa a destruir en la propia área de nuestro suelo la independencia ganada con ciclópeo esfuerzo por los héroes de la epopeya liberadora. Quedó el esqueleto formal de la República, mientras su interior era destruído por el comején entreguista y por la farándula que mintió un bienestar, para cuyo logro se sacrificaba la dignidad de los pueblos.

Por donde pareciera problema de mayor importancia rematar la obra trunca de nuestra independencia económica y política, que preocuparnos por la futura independencia de las regiones sometidas al coloniaje ultramarino. Justamente a éstas debiéramos ofrecer como estímulo para que emprendan su autonomía el ejemplo edificante de nuestra vida republicana. Desgraciadamente, en muchas colonias europeas de nuestro Caribe se respira mayor seguridad y se vive bajo mayor respeto que en muchas de las pomposas repúblicas que hacen la decantada comunidad americana.

San José de Costa Rica, 1953.

UN ALERTA A WASHINGTON

El viaje del secretario de Estado Foster Dulles a los países del Cercano y del Medio Oriente constituye un aviso elocuente que puede y debe influir extraordinariamente en la política de Washington hacia la América Latina.

El jefe de la política exterior de Estados Unidos ha comprobado por medio de hechos materiales y con sus propios ojos el rechazo unánime y vigoroso de los pueblos afroasiáticos para la política absorbente y negativa del imperialismo. "Nunca —dice un corresponsal de Washington— un secretario de Estado se sintió más fatigado y deprimido en sus recorridos políticos".

En Africa, en Asia y en América se pronuncia actualmente una corriente pareja de defensa de los respectivos valores nacionales. Estados Unidos debe comprender que la hora y la forma de la conquista es muy diversa de la que portugueses, españoles, franceses, ingleses y holandeses realizaron en los siglos últimos.

Aquellos fueron procesos de otro tipo, cumplidos sobre territorios de escasa consistencia defensiva. En el caso de Latinoamérica, españoles y portugueses realizaron una aventura de extraversión de sus pueblos. No hubo un mero sometimiento de países extraños a la coyunda de un nuevo poder. Se produjo, en cambio, un fenómeno de trasplante y de confluencia de grupos humanos destinados a producir nuevas formas sociales. A cambio del oro, de las perlas, de

la plata del Nuevo Mundo, España dio sus hombres y su cultura para la formación de nuevas nacionalidades. La colonización española en América es el ejemplo más típico del esfuerzo por dilatar sus formas culturales que ha dado pueblo alguno.

Dichos procesos se cumplieron en el siglo XVI. Había un concepto del mundo completamente distinto del concepto actual. Alejandro VI pudo dividir la tierra, como si ésta fuera un queso de bola, en nombre de una soberanía reconocida por la filosofía política del momento. Los reyes gozaban de extrañas facultades y de raros privilegios que les permitían disponer a su antojo de tronos y naciones. El pueblo, en su concepto humano de sujeto de derechos, no había aparecido en la superficie de la Historia. Ni en Inglaterra se había producido la revolución del siglo XVII ni en Francia la del siguiente siglo. Las nacionalidades del Nuevo Mundo iban a surgir, con fundamento en los derechos del pueblo, como reacción anticolonialista contra el imperio de Inglaterra, de España y de Portugal.

El siglo XIX contempló en nuestra América la lucha por un nuevo tipo de coloniaje. Sin contar la tentativa imperial en México y el destrozo del territorio de esta gran nación por su vecino del Norte, en Centroamérica afloró la lucha de Inglaterra y Estados Unidos por la intervención en el istmo. La Mosquitia y Walker son testimonio elocuente de estas encontradas aspiraciones, aún servidas a favor de Estados Unidos por las dictaduras centroamericanas. Cuba, Panamá, Santo Domingo fueron jalones tremendos en el proceso de ganar la hegemonía política y comercial del Continente. Aquellas conquistas se hicieron por medio del desembarco de marinos y por la amenaza de los buques de guerra. Más tarde la ocupación se realizó a la chitacallando. No vinieron marinos, sino abogados y comerciantes que tuvieron sus socios en los comerciantes y en los abogados criollos. La Standard Oil, la United Fruit Company, la Bond and Share, la United State Steel, la Chilean Cooper Company, la Grace Line fueron grandes brazos con que el nuevo imperialismo apretó a los pueblos libres de la América prieta. Para que las empresas pudieran realizar a sus anchas pingües negocios, era

necesario detener el impulso defensivo de los criollos. La lucha tuvo magníficos aliados en hombres sin conciencia, a quienes fue fácil cambiar la primogenitura cívica por un humillado plato de lentejas.

El lentejismo latinoamericano quizá sea una de las páginas más vergonzosas de la historia política de nuestros pueblos. Como método político ha sido alabado y seguido por los mejores abogados criollos y por los políticos más autorizados de nuestras naciones. Unos y otros torcieron las leyes y quebrantaron la voluntad de los pueblos para provecho de los extraños. Suerte de Esfialtes pacíficos, han estado a boca de todos los desfiladeros indicando al invasor los caminos seguros para la victoria y el provecho.

El mejoramiento, en cambio, de la conciencia del pueblo terminó por provocar justa y violenta reacción contra una política generalizada, que había dado en corroer las meras fibras de la dignidad nacional. Lo mismo en América que en Asia y en Africa, esa reacción defensiva da hoy forma y da fuerza a la fresca, hermosa y pujante corriente nacionalista contra la cual empieza a estrellarse la política de Estados Unidos.

Más maduros para el rechazo, los pueblos por donde ha ido pasando hasta hoy el señor Dulles han puesto en resalto su repudio a la política colonialista de Washington. El Cairo lo recibió con notoria frialdad. En Jordania su voz careció de influencia en el ánimo de los políticos. En Tel-Aviv hubo de ser protegido por cordones de policías. En el Líbano fue preciso previamente sofocar las protestas del pueblo. Para seguir a la Arabia Saudita, hubo de esquivar el paso por Irán. En la India se le ha recibido con una frialdad ejemplar. Todo lo cual ha llevado a los propios voceros del Departamento de Estado a calificar de "fracaso" el viaje del famoso secretario.

No creo yo, como creen algunos observadores de autoridad, que esto indique el principio del colapso internacional de Estados Unidos. Lo veo, en cambio, como una oportuna señal que puede ser favorable a nuestros países latinoamericanos. Para que la gran nación del Norte

de América no quede mañana sola en el juego de la política del mundo, necesita asegurar la amistad y la colaboración de las naciones del continente americano, ya que en Europa, por razones obvias, no puede contar ni con su vieja aliada la Gran Bretaña. Pero la influencia en nuestros pueblos necesita asegurarla de distinta manera de como viene intentándolo hasta ahora. Una revisión serena y correcta de la política del Departamento de Estado frente a los pueblos latinoamericanos podría mantener a Washington la colaboración sincera y firme del Continente. En cambio, la torpe política de hoy sólo conduce a hacer de nuestros pueblos un fermentario de odios contra un poder que se hace sentir en forma de incorrecta intrusión en nuestros destinos públicos y de opresión favorable a sus intereses financieros.

Madrid, mayo de 1953.

EL COMUNISMO EN AMERICA

Scelba, el nuevo premier de la República italiana, al presentarse ante la Cámara ha expuesto como fundamentales en su lucha contra el comunismo los siguientes puntos: primero, aumento de los impuestos a los italianos económicamente fuertes y fuertes sanciones a los que eludan el pago; segundo, rebaja indirecta de los impuestos en los artículos de primera necesidad; tercero, realización de un esfuerzo para tratar de aumentar los ingresos; cuarto, mejora de la distribución de la riqueza nacional, y quinto, defensa del poder adquisitivo de la lira.

El Plan Scelba, como se ve, intenta atacar al comunismo en su propio terreno. Convencido el político italiano de que el comunismo en su aspecto catastrófico deriva de la anormal situación que atraviesan económicamente los pueblos, quiere adelantarse a conjurar el mal de que se dice panacea aquel sistema. En términos prácticos, vale decir que el premier italiano intenta agarrar el toro por los cuernos, y no ponerle banderillas en la parte trasera desde un cómodo burladero.

Cuando los obreros se amparan para la defensa de sus derechos legítimos bajo consignas sin contenido cristiano, no son movidos meramente por la propaganda de un sistema que les ofrece inmediatas reivindicaciones sociales. En cambio, se sienten empujados a dar sus nombres a los cuadros del comunismo por no hallar otra salida para la desesperada vida en que se mueven. Ya lo dijo

Pío XI. El mayor escándalo del siglo XIX fue ver a los obreros ampararse, para la conquista de su justicia, bajo consignas no cristianas.

El suelo donde se afinca todo el aparato del comunismo es una realidad negativa, producido por la falta de justicia y por la falta de caridad de la sociedad capitalista. El odio no lo siembra el agitador rojo. El odio lo acumula lentamente la acción negada del hombre que ha hecho suyos los instrumentos de la riqueza. Cuando en los barrios donde viven los desafortunados se levantan consignas amenazadoras de la tranquilidad que es prenda de las altas clases sociales, éstas escuchan aquellas voces como mera explosión de perversa inconformidad de los sectores sufridos. Cierran la mente a toda comprensión que les haga ver en su profunda verdad la tragedia social que les amenaza. Dan espaldas al problema en sí mismo, para crear nuevos problemas de defensa contra una realidad que en sus manos está el transformarla.

También en nuestra América, bárbara y calumniada, se debaten hoy grandes problemas relacionados con la suerte de las masas. La gran política de nuestros países se mueve en torno a la lucha contra el comunismo. En Washington se habla de lo que puede hacerse en la Conferencia de Caracas en orden a defender el continente americano de la amenaza comunista. John Moors Cabot, subsecretario de Estado para asuntos interamericanos, señaló que tanto la carta de la O. E. A. como el tratado de Río de Janeiro "contienen cláusulas contra la intervención, que pueden ser puestas en vigor, de ser necesario, como base para una política concertada contra la penetración roja". Las palabras del alto funcionario estadounidense hacen apenas alusión al aspecto político del problema americano. Los pactos miran a una posición de defensa mutua contra un ataque bélico. Digamos, por caso, contra un ataque de la Rusia soviética. Mas, el problema del comunismo en América no es problema de Estados Mayores. Es un problema de estados menores económicos y políticos. El comunismo, tal como lo entiende el premier italiano, ha de ser atacado también entre nosotros en su propio terreno. Contra el comunismo no tienen eficacia ni la bomba atómica ni los grandes destructores marinos. Contra el comunismo sólo existe el remedio

de adelantarse a curar la desesperación en que vive la parte no beneficiada económicamente de la sociedad. Lo contrario es mantener un juego falso. La realidad de lo que hoy ocurre en la mayoría de los países de América es contraria a la solución del gran problema de la justicia social. Ni en las alcabalas ni en los puestos fronterizos pueden los guardias armados defender a la sociedad del peligro de la revolución social. Esta no entra en camiones ni ferrocarriles. La revolución está dentro. Como lacra siempre en aumento, la revolución se mueve a la chitacallando en el corazón mismo de la sociedad que pretende defenderse por medio del miedo que imponen los fusiles. El orden artificial que garantizan las armas puede en realidad ser garantía para muchos hombres y para muchas empresas que explotan la indefensión de los débiles. En cambio, la paz social no podrá producirse sino como consecuencia de un nuevo régimen de redistribución de la riqueza y por medio de un sistema que convierta el maquinismo en aliado y no en competidor del trabajo del hombre. No habrá paz social, no habrá sosiego colectivo, mientras la finalidad que persiguen los estadistas por medio de los instrumentos del derecho público no coincida con una veraz valuación de la persona humana.

El anti-comunismo, tal como hoy se plantea en América, no pasa de ser un crimen político. Por tales medios se logra, como resultado negativo, el mantenimiento de un régimen injusto de explotación del trabajo humano y la permanencia de sistemas de minoría que nulifican el sentido de la propia democracia, en cuya defensa se dicen interesados los países. Combatiríamos entonces el comunismo a lo reaccionario y no con las armas fecundas que señala una recta adhesión a las ideas cristianas.

Pareciera más justo, en orden a la defensa de América del peligro comunista, procurar que cada uno de los Estados que forman la Organización que habrá de reunirse en forma plenaria en Caracas realizase en el ámbito de sus fronteras una política social que apacigüe los odios por donde se enfervoriza la rebeldía de las masas. Parece absurdo y paradójico que pueblos que sienten vulnerada su elemental justicia, sean invitados a defender, colectivamente, un sistema que les niega libertad, seguridad y paz.

LOS CAMINOS DE LA JUSTICIA

"Imperio Verde" se ha llamado en el Caribe el dominio de las compañías explotadoras de bananos. Más de un libro circula en América destinado a desnudar la espantosa realidad de la explotación que el capital americano ha hecho del banano y de los brazos criollos que lo trabajan. Hasta un conflicto internacional promovió la Cuyamel Fruit Company para asegurarse el privilegio de explotar una rica zona a las márgenes del río Motagua. Guerrilleros y dictadores han sido sostenidos por el oro de las compañías fruteras. La historia política de Centroamérica durante el presente siglo es pura historia de explotación bananera.

Contratos ruinosos, hechos bajo el padrinazgo de hombres influyentes en la política, que recibieron por la entrega del país su buena sinecura, han venido pesando sobre la economía de los ricos países centroamericanos. Tanto como el petróleo, aunque en reducidas proporciones, el banano ha influído en la formación de muchos personajes y de muchas riquezas particulares. Aunque no se quiera declararlo con palabras precisas, frente a los gobiernos ha actuado permanente el poder absorbente y obstruccionista de las empresas.

Ha necesitado el banano para su aprovechamiento de gran capital, y al mismo tiempo las compañías han arreglado su sistema de explotación en forma monopolística, de donde resulta que el trabajador libre se vea obligado a someterse a las normas por

aquéllas fijadas al efecto de precios y entrega de la fruta. Es decir, las compañías, con sus líneas ferroviaria y de navegación, someten a los sembradores libres a un régimen de dependencia que las hace dueñas y señoras de la riqueza. De otro lado, la forma en que fueron entregadas las concesiones de parte del Estado, hace que los trabajadores de banano dependan de la manera más arbitraria de la política de las compañías.

Las repúblicas centroamericanas donde actúa la United Fruit Company —que engloba hoy a la Cuyamel y otras empresas menores— confrontan una difícil situación que, en parte, les da un carácter de dependencias semi-coloniales. La lucha política, por tanto, adquiere en dichos países un inminente tinte de lucha contra las compañías fruteras. Cuando los gobiernos, mirando hacia los intereses del pueblo, han buscado poner las cosas en su puesto, a fin de recibir el debido provecho por la explotación de su suelo, las compañías han saltado, y si antes "tumbaban" los gobiernos por medio de revoluciones locales, ahora los atacan desde el propio Departamento de Estado, motejándoles de enemistad con Estados Unidos y, consiguientemente, de agentes soviéticos en América.

Recientemente hemos visto la pugna del capital estadounidense con el pueblo guatemalteco. La reforma agraria hecha en este país con un profundo sentido de dar tierra al pueblo, la ha adversado el Departamento de Estado por conceptuar éste que encierra un "despojo" a los intereses de la compañía bananera, al frente de la cual figura hoy el famoso diplomático míster Braden, bien conocido por sus actuaciones en Bolivia y Argentina. En el orden de la justicia colonialista, no se concibe que un instrumento encaminado a poner en posesión de lo suyo al propietario original, represente una buena vía para llegar a la paz que anhelan los pueblos. Para los abogados colonialistas el derecho arranca de las arbitrarias concesiones hechas por los malos gobiernos —con negación de los intereses del pueblo— a entidades extranjeras. Todo acto encaminado a revisar errores antiguos es acto injusto, según la tesis de los entreguistas.

Y porque Guatemala, en forma clara, recia, altiva, defiende sus derechos frente a las aspiraciones de los explotadores extranjeros, es tenida hoy como negra oveja descarriada del blanco rebaño de los países sometidos a la dirección de Washington. Como no se la puede motejar por su sano nacionalismo, se la moteja de comunismo y se la dice vivero soviético en el mundo hispanoamericano.

El mismo camino de lucha contra la United Fruit Company ha emprendido en Costa Rica el flamante presidente Figueres. Quiere éste que los viejos contratos bananeros sean revisados, en orden a que tributen de manera más efectiva a favor del Erario. Su actitud es consecuencia lógica de la bandera esgrimida por el presidente durante su campaña electoral, en la cual justamente hubo de enfrentarse a las aspiraciones de uno de los personajes más adictos a la United Fruit Company. Triunfante Figueres, pudo decirse que triunfaba la tesis popular de los que querían mayores derechos para el pueblo trabajador de Costa Rica frente a la tesis de quienes se empeñaban en mantener en posición privilegiada los intereses del capital extranjero.

Sin embargo, en el mundo de América es actualmente pecado político defender los genuinos intereses del pueblo. Hoy se llaman infidentes —como fueron notados ayer nuestros padres por Fernando VII— los ciudadanos que defienden la autonomía de nuestras naciones hispanoamericanas. Hoy no se puede discutir en forma altiva con el capital americano. Hoy es preciso defender los derechos del capital americano para no caer en riesgos de que se le llame comunista. Hasta al propio Cristo se le diría infidente, si no enseñara los caminos de la sumisión a los intereses del nuevo César, empeñado en tener a su servicio lo que es suyo y lo que es de Dios.

Figueres pasará a ser, dentro de breve tiempo, un nuevo agente soviético en la América Central. Su pecado es querer que no prosiga la sorda explotación del pueblo costarriqueño. Para no ser calificado de comunista es preciso ayudar a las empresas que explotan los

pueblos y a los gobiernos que coartan su libertad. Anti-comunismo, por un fatal error, que sabe Dios a dónde conduciría, significa hoy alianza con los opresores del pueblo y con los explotadores de su riqueza. Yo no soy anti-comunista. Soy pura y simplemente cristiano.

LA GUERRA DE LA "COCA-COLA"

Con motivo de la actitud tomada recientemente por Estados Unidos, en relación al caso de la destitución por las autoridades francesas del jefe religioso de los musulmanes marroquíes, los patriotas de Marruecos han iniciado una curiosa guerra.

Los pueblos nordafricanos pensaron que Estados Unidos recordaría siempre los extraordinarios sacrificios que ellos hicieron cuando se trató de derrotar al nazi-facismo (¡Señor, qué época aquélla! ¡Cómo creímos entonces que habría en el mundo una vigorosa y durable corriente de comprensión, de inteligencia, de concordia que hiciera posible la paz y la convivencia de hombres y pueblos!).

Pero una cosa pensaron los patriotas marroquíes y otra cosa pensaron los grandes intereses plutocráticos que dirigen la política de las potencias. Francia ha resuelto apretar las clavijas al violín del Protectorado. No ha tenido en este caso la gran nación gala el espíritu de compresión y de liberalidad que inspira la política del Estado español frente a Marruecos (Sin mayor sorpresa pudiéramos amanecer con la noticia de que España se desprende de su actitud patronal en Nordáfrica, para convertirse apenas en hermana mayor, consagrada a orientar la administración de aquellos pueblos).

Pues los Estados Unidos han visto de distinto modo el problema y estuvieron con Francia, contrariamente a las esperanzas de los marroquíes. Los marroquíes del Protectorado han resuelto, por ello,

declarar guerra sin cuartel a la gran potencia del Norte. No tienen para la lucha ni bombas atómicas, ni aviones, ni barcos, ni cañones, ni soldados. La guerra no será, por tanto, ni a muerte, ni a sangre viva. La sangre que se trata de sacrificar es sangre de otro tipo.

Líquida y rojiza, como la sangre que corre por el árbol circulatorio de los hombres, pero sin hematíes, ni plasma, ni nada que la haga parecida al humor, que, según los viejos médicos, imita al aire y sirve de sustento al cuerpo humano.

La sangre que mueve esta nueva guerra es la "Coca-Cola". Todos los bares marroquíes devolvieron a los representantes de la poderosa empresa norteamericana los carteles de propaganda y las neveras obsequiadas para mantener la bebida a punto de refresco. Más que húmeda sería una guerra enjuta y fría a la vez, pues los patriotas marroquíes lo que quieren es que se les quede "fría" la "Coca-Cola" a los vendedores yanquis.

La consigna bélica no está enderezada a atacar a ningún ciudadano estadounidense, sino a evitar que los marroquíes beban "Coca-Cola". Beber este refresco constituye hoy por hoy, en el misterioso Marruecos, algo así como un acto contrario a Alá. Tomar "Coca-Cola" ha pasado a la categoría de impiedad. Los marroquíes han dado en atacar el símbolo más poderoso y más prosaico del imperialismo estadounidense.

La "Coca-Cola" ha servido no sólo para convertir en un verdadero rey a Jim Farley, sino para desalojar al Tío Sam y a la airosa águila heráldica de su viejo sitio de símbolos del poder de Norteamérica. La "Coca-Cola" ha resultado un valor más manual, más inteligible, más práctico para significar el nuevo imperialismo.

Del mismo modo como en el Caribe llamamos pitiyanquis a los criollos entregados de alma y pies al servicio de los norteamericanos, en Europa se ha dado en llamar "cocacolos" a la fauna europea correspondiente (En Madrid la "Coca-Cola" es una bebida

vergonzante. Sólo la venden a quien la pide en inglés o en musiú. Los hispanoparlantes hemos de tomar con dignidad nacionalista los excelentes refrescos que produce la industria española).

El cronista de Tánger que me ha impuesto de esta aventura comenta las razones de la enemiga de los nacionalistas de todo el mundo libre contra la famosa bebida de Atlanta. Con citar la influencia del gran capital que explota el bebistrajo, apunta la leyenda que la presenta como un camuflaje de los Servicios Secretos estadounidenses. Esto parece al bulto que es hilar demasiado fino. La enemiga contra la "Coca-Cola" deriva de su significado directo y material del espíritu yanquizado de los entreguistas. Es la expresión líquida y realista de todo lo que se infiltra en el ánimo sin ser visto. La "Coca-Cola" es el símbolo del proceso disolvente de la conciencia nacionalista frente al imperio poderoso de Norteamérica. La "Coca-Cola" resume todos los anti-valores que se oponen a la autodeterminación de los pueblos. Por donde un gran pueblo, celoso de su extraordinaria personalidad histórica como es el pueblo español, no permite sino el uso vergonzante de tal bebida, ora por los propios gringos, ora por quienes nada tienen que hacer con la fibra de hierro de la extraordinaria nación peninsular.

Madrid, 1953.

EL TRIUNFO DE FRANKESTEIN

El hecho de que un Juzgado penal ordinario hubiera autorizado el narcoanálisis como sistema de investigación, ha provocado gran revuelo entre los criminalistas y los hombres de leyes. Sin pretender incluirme entre estos últimos, quiero echar también mi cuarto de espadas en el interesante debate.

Claro que la prueba a todas luces es improcedente, y responsable de novedosa imprudencia el juez que la admitió. El Seconal sódico, el Actedrón y la Mezcalina, con la hipnosis y el detector de mentiras por el examen del pulso sanguíneo, son en el proceso de la investigación judiciaria medios que, en última instancia, se equiparan al cepo ballestero, al tortol y a las corrientes eléctricas. Unos y otros constituyen instrumentos encaminados a arrancar violentamente la verdad que no quieran declarar los deponentes.

Nuestro ordenamiento legal corresponde a una problemática que tiene sus fundamentos en un rígido concepto de la integridad de la persona humana. Del mismo modo como en el orden filosófico se respeta hasta hoy la dimensión concencial del hombre, en el campo de las leyes se admite el derecho a mantener incólume aquella dimensión. Para la ley existe la persona como sujeto activo y como sujeto pasivo de derechos. La persona en su integridad física y moral es sujeto de toda filosofía y sujeto de todo orden jurídico. La persona es una. Hasta hoy la pluralidad de las personas en el campo de la unidad, es un misterio teológico que ilumina la fe. El mundo anímico, aun para quienes consideran los procesos psíquicos como

simples consecuencias de transmisiones nerviosas y de recambios nutritivos, es socialmente un mundo sin llaves exteriores. Lo abre únicamente la persona. En el dominio de esa llave radica todo el proceso de la libertad que constituye la esencia de la historia del hombre.

El orden de la sociedad está destinado a defender la integridad personal del hombre. El hombre social se distingue del salvaje en cuanto posee instrumentos morales que le aseguran su integridad. Para defender la suya, el bárbaro tiene que hacer uso de instrumentos materiales. Las leyes no tienen otro fin sino garantizar el derecho de mantener la integridad del hombre sin el recurso individual de la fuerza. El hombre es tanto más civilizado cuanto menos uso tenga que hacer de la fuerza física para defender sus derechos.

Desde el siglo XVIII comenzó a abolirse el tormento y el juramento purgatorio como sistemas de prueba judiciaria. La nueva economía de la prueba se edificó sobre el concepto de la libertad. De salto en salto se había llegado a la raíz de la doctrina cristiana. El espíritu no es espíritu si carece de libertad. Hegel hizo bandera de este axioma, tan viejo como el hombre. En el propio jardín edénico, el Todopoderoso reconoció al hombre la libertad de elegir. La tragedia del pecado no es sino tragedia de elección. No hay orden de derecho allí donde se quebranta la libertad de la conciencia. Deponer en causa propia no es obligatorio. El silencio se respeta como método de defensa del culpado. El juez buscará otros medios para llegar a la verdad. En el duelo entre la justicia y el delito, se comienza por reconocer el derecho del acusado. Mientras se le juzga, el culpado goza de la inmunidad que trasmite la desgracia. Lejos de buscar achacosamente elementos para condenar al reo, el juez debe buscar la justicia, sin quebrantar derecho alguno de las partes o de extraños.

Se habla en el mundo de la Medicina de drogas misteriosas que desdoblan la personalidad y facilitan la desintegración del paciente. Hasta hoy dichas drogas están reservadas, desde un punto de vista

moral, al uso de los psicoterapeutas. Los jueces no pueden utilizarlas para nada. Para ahondar en las causas de una perturbación psíquica, el médico, a quien sacerdotalmente se ha confiado el enfermo, puede desdoblar su razón en pos de elementos que lo lleven a la deseada curación. Lo que la técnica del psico-análisis normal no puede lograr, tal vez puede lograrse a través de las drogas.

Para analizar los umbrales de la conciencia ningún camino más expedito que la confesión sacramental. Un sacerdote puede, sin la ayuda de la gracia absolutoria, reconstruir, por sólo el análisis anímico, una personalidad deformada. El psicoterapeuta puede, también, hacerlo, una vez que las nuevas drogas le den la clave de las conciencias en tinieblas. El médico y el sacerdote tienen el deber religioso del secreto. Lo que descubran es para salvar al paciente, no para acumular pruebas contra su libertad. Ellos no ejercen vindicta alguna. Curan y salvan a quienes se confían a sus nobles poderes.

La adopción del narcoanálisis como medio de prueba judicial, sólo sería lícita en el caso de que una nueva filosofía de la persona humana erija un sistema que haga legítima su aplicación como medio de llegar a la verdad. Se requeriría la aceptación de una teoría que pluralice e individue los diversos factores de la conciencia y los someta a diversos tratamientos legales. Es decir, llevar al orden del espíritu los planos del abstraccionismo delicuescente. Quizá una teoría que atomice la voluntad, del mismo modo como ha sido desintegrada la materia, podría autorizar mañana los juicios desintegradores de la conciencia. Se harían, al efecto, nuevas leyes para dar dignidad teórica a viejos procedimientos. Pero ese mundo espantoso en que convalecieran de licitud los antiguos procedimientos inquisitoriales, sería en relación con nuestro actual concepto de la vida una manera de anti-mundo. Sería el imperio grotesco de Frankestein. En nuestro ámbito histórico tuvo una vez categoría oficial este regreso. Cuando Fernando VII derogó la Constitución de Cádiz y Casa León pregonó en Caracas el nuevo imperio del absolutismo, los corifeos del fernandismo, con José Domingo Díaz a la cabeza, se echaron a la calle gritando: "¡Vivan las cadenas". La

Inquisición readquirió fuerza en el orden de la legalidad. Después los sistemas victoriosos en la República pusieron de lado las penas infamantes y los sistemas que buscaron la verdad a través de las torturas. Tortol y seconal sódico son dos tormentos iguales. El primero de poca ciencia, el segundo de administración técnica. Pero cuando no hay sensibilidad para el crimen que cometen los vulgares torturadores, menos puede esperarse reacción contra las medidas inquisitoriales que aparecen legitimadas por el auto precipitado de un juicio sin conciencia.

Caracas, 1952.

A PROPOSITO DEL ABATE VISCARDO

El Comité de Orígenes de la Emancipación de América, que funciona en Caracas como organismo correspondiente del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, y entre cuyo personal ejecutivo figura aún mi nombre de modesto investigador de nuestros anales, acaba de dar a la estampa un interesantísimo estudio del sacerdote jesuita Miguel Batllori acerca de la extraordinaria figura del abate Viscardo y de la intervención de los jesuitas en la independencia de Hispanoamérica.

La figura de Juan Pablo Viscardo ha sido exaltada hasta el extremo de llamársele "Primer Precursor" y "Primer Prócer" de la libertad de nuestro continente indohispánico. Más que hombre, Viscardo ha llegado a ser una manera de mito, tan exageradamente ponderado como para hacer olvidadiza en el orden de la cronología de los grandes precursores de la independencia de nuestro mundo americano, la figura maravillosa y esquiliana de José de Antequera.

En Roma ha escrito el reverendo Batllori este delicioso libro, que se viene a sumar a la valiosa bibliografía de nuestro Comité. Al final de él aparece en fotostato la "Carta dirigida a los españoles americanos" por el célebre abate, y la cual fué calificada, en razón de sus ideas tendentes a la independencia, como "producciones las más mortíferas, libertinas e incendiarias que se han visto jamás", por el grupo de religiosos a quienes se confió en México su posterior censura. Hoy, a tantos años de distancia, aparecen como de agua de

rosas los argumentos invocados por el abate para legitimar el movimiento autonómico de los países que entonces constituían el vasto imperio colonial de España.

En aquellos alegatos reside lo que podríamos llamar la filosofía de nuestra independencia. Para mejor conocerla en toda su amplitud creadora, se constituyó en 1946 el Comité caraqueño que viene dando método al mundo documental relacionado con los orígenes político-republicanos de nuestros países. Buenos propósitos informaron la creación de este organismo. Como no se trata de una mera e inútil rebusca de argumento para ganar erudición destinada a lucir en academias y ateneos, se la miró desde un ángulo lógico como fuente de vigorosos impulsos para el robustecimiento de las conquistas logradas.

La Historia, apartada de su carácter literario, romántico y erudito, tiene en el orden social un valor funcional como el de cualquiera disciplina práctica. El sociólogo no investiga las raíces del ente social para sólo complacerse en mostrar ante doctos e indoctos el acervo de sus conocimientos: investiga el desarrollo de la vida colectiva por cuanto el fruto de sus estudios puede ser útil al mejoramiento de la existencia del hombre. Del mismo modo, el historiador no realiza estudios en el campo del pasado para exhibirse como un excepcional conocedor de noticias antiguas. Al malabarismo erudito prefiere la fuerza que para la sociedad actual arranca del conocimiento de las hazañas realizadas por nuestros mayores. La Historia tiene una función creadora en el orden presente que sobrepasa el nivel de los brillantes discursos. Se puede, en verdad, ser historiador aun como medio honesto de vida. El historiador profesional tiene su razón de ser en el orden de la didáctica social. Se puede ser, también, historiador por mera vanidad, por el solo lucimiento que da hablar ante los demás acerca de cosas poco conocidas. Se puede aún ser historiador, lamentablemente, por mero disimulo... Pero la función de la Historia es ayudar al presente de los pueblos. La Historia tiene un sentido formativo que la hace ocupar rango eminente en el orden de la cultura. Desde este punto de vista, un Comité o una Comisión dedicados a investigar las causas que se conjugaron ayer para

producir la autonomía presente, debiera verse como organismo destinado a la propia defensa de la realidad ganada por el ímpetu de los hombres antiguos. Un Comité destinado a propalar las hazañas, digamos, por caso, del abate Viscardo, sin buscar que este abate tenga hoy más de un sustituto en el orden de la lucha por la independencia del país, no pasaría, en cambio, de ser una majadería.

Buena, patriótica, brillante la labor que ha sido confiada al Comité caraqueño; pero la bondad, la brillantez y el patriotismo que significa su esfuerzo nada valen si a la par del papeleo no camina una voluntad empeñada en dar cada vez mayor reciedumbre a lo que conquistaron para decoro de la república los padres antiguos. La lealtad a los Antequeras, a los Viscardos, a los Mirandas, a los Caros, a los Bolívar, a los San Martín, a los Hidalgos, no se prueba por medio de tinta de imprenta consagrada a mantener una estéril loanza de lo que aquéllos hicieron en el orden de la libertad. Para ser leales al pensamiento autonómico de los padres antiguos hay que exponer algo de nuestra propia vida presente, hay que sacrificar algo del deleite pasajero y de la complacencia barata. El amor a la nación, la devoción a la patria, se muestran con hechos riesgosos y no con palabrería inútil. A la patria se la sirve por medio de una conducta que manifieste ánimo de perder en el ámbito personal y no empeño de utilizar los valores de la nacionalidad como pingüe oportunidad de beneficio. Al patriotismo de melcocha fácil es ensartar palabras de engaño destinadas a hombres poco avisados, a quienes en un momento dado pudiera hacerse creer que carecen de razón los leales patriotas que a punta de palabras duras y veraces señalan a las masas el verdadero camino de la dignidad nacional. "Enemigo del pueblo" fue llamado en un drama de Ibsen el vigilante médico que delató a la colectividad la infección de las aguas que surtían el acueducto público. Enemigo de los pueblos llamaron los inquisidores al abate Viscardo. Su carta fue declarada falsa, temeraria, impía, sediciosa y aún enemiga de la religión. En aquel momento el Trono se decía aliado de la Cruz. Los exégetas no habían explicado aún que los valores cristianos tienen su área de legítima floración entre el pueblo que sufre y no entre los poderosos

que se gozan con el sufrimiento del pueblo. También Bolívar fue llamado impío. Impíos fueron llamados también los hombres que crearon la conciencia libre de la vieja América. Los púlpitos bramaron contra los libertadores. Las pastorales condenaron la libertad y la independencia del pueblo. Sin embargo, el pueblo ganó su pelea porque con él estaba Dios.

Esa voz de Dios que guía la marcha de los pueblos en la búsqueda de su propio destino es el instituto de la Historia. Se buscan los orígenes de esa voz, no para evocarla como anécdota brillante, sino para tenerla más cerca, más con nosotros, más en el timón que guía la marcha de nuestra nave presente. Todo lo que se diga en exterior alabanza de Viscardo, nada vale ante el mérito que tiene renovar, para la inmediata operancia, sus palabras antiguas. Escritas con tinta aún sin secar parecen sus ideas y sus conceptos de ayer. "La conservación de los derechos naturales —escribe el abate—, y sobre todo de la libertad y seguridad de las personas y haciendas, es incontestablemente la piedra fundamental de toda sociedad humana, de cualquier manera que esté combinada. Es, pues, una obligación indiscutible de toda sociedad, o del gobierno que la representa, no solamente respetar, sino aún proteger eficazmente los derechos de cada individuo".

Lo delictivo, lo que adquiere doble ribete de satanismo, es escudar tras la aparente devoción al ejercicio de la Historia una conciencia negadora de los principios que dieron forma a la República. Desgraciadamente, muchos que se muestran por devotos de la hazaña libertadora, sirven de firme amarradero para las naves de los nuevos corsarios que buscan la esclavitud de los hombres y la entrega de la tierra fecunda. Muchos que alaban a los padres de la patria se dedican a justificar las acciones torcidas de quienes se empeñan en destruir la República. A éstos mejor cuadraría la exaltación de Monteverde y de Moxó que el elogio de Bolívar y de Vargas...

LA INTEGRIDAD DE BELLO

Para honrar la memoria de Andrés Bello en este aniversario suyo, que para mí discurre, como la vida del patriarca, tristemente lejos de la patria, mi laboriosa amiga Flora Ligia Jiménez me ha proporcionado rico material. En busca de datos para su tesis doctoral, la señorita Jiménez revisa viejos papeles del Archivo Histórico Nacional. Ella viene persiguiendo noticias referentes a las informaciones sobre el proceso emancipador de América que las agencias diplomáticas de España en Londres, en París y en Washington enviaban a la Corte de Madrid. En su pesquisa, mi diligente amiga ha dado con un papel de Andrés Bello. El papel está fechado en junio de 1813 y viene dirigido desde Londres a la Regencia. En él nuestro grande humanista hace declaraciones que podrían asustar a pacatos patriotas, celosos del hinojo y la mostaza, y que podrían llevar, también, a los enemigos de la memoria del sabio a presentarlo como desertor de la causa de América.

La Historia no es ejercicio para asustadizos ni para escandalosos. La Historia impone reposo y serenidad en sus dictámenes. Quienes quieran juzgar con sentido proporcionado la conducta de Bello, han de recordar que él fue un moderado estudioso más que un entusiasta de la política. Cuando se le invitó a venir a Londres en compañía de los diputados Simón Bolívar y Luis López Méndez, no se tomó en cuenta un pasado de agitación revolucionaria, sino la gravedad de su cultura y el propio conocimiento que había adquirido sobre las cosas de la colonia al lado de Guevara

Vasconcelos, Casas y Emparan. Con sentido de las cosas, Bolívar y López Méndez pidieron la asesoría de la más clara inteligencia de la provincia, así se tratase de quien no era exaltado revolucionario. De otra parte, la Junta revolucionaria se había constituído como cuerpo conservador de los derechos de Fernando VII. Los políticos de la autonomía habían tomado como buena oportunidad seguir la misma conducta de las Juntas de la Península.

Caída la primera República de Venezuela, Andrés Bello se dirigió a la Regencia en los siguientes términos:

"Serenísimo señor: Andrés Bello, natural de la ciudad de Caracas y ahora residente en Londres, tiene el honor de representar a V. A. con el más profundo respeto: que cuando sobrevinieron en Caracas los desgraciados acontecimientos que han terminado en la ruina de aquel país, se hallaba el suplicante empleado en la Secretaría de aquel Gobierno y Capitanía General, donde había desempeñado los deberes anexos a su empleo a satisfacción de los capitanes generales don Manuel de Guevara Vasconcelos, don Juan de Casas y don Vicente Emparan; que verificada la revolución de Caracas, continuó en la expresada Secretaría, que se incorporó entonces con la de la Junta revolucionaria; y que habiendo ésta determinado enviar una comisión a Londres, cerca del Gobierno de S. M. B., fué elegido el suplicante para servir de secretario a las órdenes de los diputados don Simón de Bolívar y don Luis López Méndez.

"La conducta del suplicante durante esta época desgraciada no puede aparecer libre de toda culpa a los ojos de la severa justicia; varias consideraciones podrán con todo disculpar en alguna manera sus yerros.

"El suplicante no tuvo parte alguna en los movimientos y tramas que precedieron a la revolución; ninguna inteligencia con los promovedores de la primera Junta; ningún desliz, ni aun leve, mientras subsistió en Caracas el Gobierno legítimo.

"Las circunstancias en que se estableció en Caracas la segunda Junta (en abril de 1810) eran tales que pidieron fácilmente la opinión

aun de los más fieles. El triste estado en que se hallaba la Metrópoli; el sistema de moderación que parecía distinguir las primeras providencias de la Junta Revolucionaria y declarada adhesión al soberano legítimo de España, si no prestan bastante razón para purificar de toda culpa la conducta de los que continuaron en sus empleos y admitieron nuevos, la prestan a lo menos para considerarla en gran parte como producida por un error del entendimiento.

"El suplicante puede alegar también en su favor la notoria moderación de sus opiniones y conducta, que aun llegaron a hacerle mirar desafecto a la causa de la revolución; y cita en su abono el testimonio de cuantas personas le hayan conocido en Caracas, de las cuales no será difícil se encuentren muchos en Cádiz.

"En último, el suplicante hace presente a V. A. que no ha ejercido empleo ni comisión alguna bajo el Gobierno de Caracas desde la declaración de la independencia.

"El que representa, confiado respetuosamente en la favorable impresión que las razones expuestas hagan en el ánimo benévolo de V. A.; y acogiéndose al beneficio de la amnistía proclamada en Caracas y sancionada plenamente por el supremo Gobierno de España, tiene el honor de suplicar a V. A. se digne por un efecto de su augusta clemencia comprenderlo en la citada amnistía y concederle su permiso para regresar a cualquier parte de los dominios de V. A. o las que V. A. tenga por conducente".

No niego yo que muchos lectores sientan sorpresa ante las palabras de Bello. Es justo pensarlo así. Al patriotismo que se formó sobre el recuerdo de la gran lucha emancipadora, sería grato dar con un Bello entusiasta, fervoroso, dispuesto a toda manera de sacrificios. En cambio, el cuadro es otro. Las capitulaciones de julio de 1812 habían echado al suelo el andamiaje de la República. Cuando Miranda entró en conversaciones con Monteverde, no era su derruída voluntad de conductor el solo motor del drama. Tras de Miranda estaba la voluntad de las mayorías venezolanas. El

terremoto, la crisis económica, la reacción de los mantuanos agazapados, la pérdida de Puerto Cabello, habían promovido una flaccidez moral propensa a la entrega. La República, como lo declaró el anciano dictador, estaba herida en el corazón. La guerra ya no era vista como causa de liberación, sino como oportunidad de ruina. En lógica normal, la emancipación estaba llamada a sufrir una larga pausa. Los ánimos querían quietud, sosiego, trabajo. Una paz honrosa y justiciera habría detenido el curso de la guerra.

La reacción de los patriotas la provocó el monteverdismo. Sin la fiereza de aquel cruel verdugo, sin la deslealtad con que irrespetó las capitulaciones, las cosas de Venezuela hubieran seguido otro curso. Es necesario recordar cómo se comportaron las colectividades donde el proceso de la restauración realista se realizó dentro de los términos previstos por los negociadores del rendimiento. Chacachacare fue el grito echado al mar de los patriotas de Oriente vejados por Cerveriz. Si el Gobierno de Emeterio Umaña hubiese proseguido en Cumaná, los rebeldes habrían sosegado al amor de la paz benéfica. Así lo pensó el regente Heredia y en razón de tal circunstancia se esforzó porque el monteverdismo frenase sus furias.

La oscura traición del 31 de julio en La Guaira excitó los ánimos. La réplica a la ferocidad de Monteverde tenía que ser la guerra a muerte comenzada por el diablo Briceño. Mientras tanto, las cárceles de Venezuela se llenaban de patriotas. En resguardo de la vida de éstos, acudió, sin embargo, la palabra clemente de la Audiencia. La justicia no se había contaminado aún. En medio de aquel sombrío cuadro de asesinatos y de persecuciones, alumbraba la luz de tribunales no vendidos al capricho del déspota. Ante los jueces severos fueron deponiendo los acusados: Miguel José Sanz, Antonio Ignacio Rodríguez Picón, José Ignacio Briceño Pacheco, Juan Escalona, Vicente Salias y todos los que sufrieron carcelería sin piedad. Ninguno de ellos se declaró culpable de deslealtad al rey. Procuraron todos exculparse por medio de disimulos y adecuados argumentos. Sanz no pudo negar su participación en *Semanario de Caracas*. Se concretó a hacer ver que poner en resalto las faltas de la

administración y de la política era una manera de ser leal al rey. No podía pedírseles que se acusaran reos de lesa majestad. Para ellos, en la oscuridad de las mazmorras, la República no era ya sino un entusiasta accidente de libertad y de optimismo, caído dentro del fracaso definitivo. En el dintel de sus calabozos, manos entristecidas habían dibujado el *Delenda est Republica* que les mantenía ensordecidos los oídos para escuchar el lejano galope del caballo de Bolívar.

El cuadro en la brumosa Londres de 1813 tenía que ser aún más frío. La noticia de la capitulación debió llegar como el anuncio de un definitivo retorno al monarquismo. ¿Cuál iba a ser el futuro de Bello?... Más que político, don Andrés era hombre de estudio. Más que empeño en romper cadenas políticas, el suyo era empeño de desbrozar tinieblas por donde abriese caminos seguros el espíritu. Su mundo era el mundo de la meditación y de las letras. Sus confidencias se levantaban sobre el plano de los audaces conspiradores para llevarlo al secreto seguro de las musas. En su conciencia, la aventura republicana de Venezuela era aventura cancelada definitivamente. El mismo no había sido servidor del Gobierno proclamado sobre la declaración de independencia. Al dirigirse a las autoridades realistas, sentía que no realizaba ninguna peripecia que quebrantase su integridad moral. De haber sido simpatizante republicano, tampoco traicionaba una organización que había sido liquidada por los propios hombres que la dieron estructura.

No estaba, tampoco, Andrés Bello vendiendo secretos a España contra América, ni alquilando su inteligencia en pos de bajos beneficios. Menos aún estaba traicionando con la delación a sus amigos. Si para algo positivo sirve la pieza de mérito es para poner en alto la discreción y la honestidad del grande hombre. De su razonamiento se levanta una prueba tácita de la calumnia de Fernández de León y de Urquinaona, cuando lo señalaron como reo de infidencia a los planes del movimiento frustrado el primero de abril de 1810. La súplica a la Regencia habría sido oportunidad propicia para que un vulgar político hubiese invocado méritos de probada lealtad a las autoridades coloniales. Se limitó Bello a

ponderar la moderación de su carácter y la firmeza de su adhesión al monarquismo de la vieja España, puesta a brillar con afecto sin igual en el célebre soneto a la batalla de Bailén. Si, por último, alguna falta hubiese en su conducta, él la reconoce y se acoge a la amnistía confirmada por la Regencia.

Contra la opinión de quienes pueden ver en este papel un hecho que ensombrezca la conducta del patriarca inmortal de nuestras letras, yo miro un abono más de su genial ingenuidad. En medio de la espantosa contradicción que fue la guerra de Independencia en Venezuela, con las sucesivas revoluciones y contrarrevoluciones en que hubo de actuar acomodaticiamente mucha gente, a punto de poner a la propia hermana del Libertador en la lista de quienes servían la causa del rey, en medio de aquel flujo y reflujo de circunstancias, la palabra sosegada de Andrés Bello apenas indica la huella de un espíritu que buscaba el modesto reacomodo de su vida de trabajador de la cultura, alterada en forma funesta por un orden político que lo dejaba abandonado y miserable en tierra extranjera. El no perseguía nada del favor de los señores del Gobierno. Apenas sincera su vida pasada en pos de que se le conceda "permiso para regresar a cualquier parte de los dominios" de España o a los que "tenga por conveniente" la Regencia. En su escrito nada renuncia. Nada reniega. Su republicanismo se formará más tarde. Cuando España lo desatiende y su espíritu comienza a luchar abiertamente con el destino, entonces América empieza, también, a tomar forma descomunal en su conciencia. A medida que la sangre entinta los ríos y el fuego devora la riqueza de las viejas Indias, Andrés Bello va sintiendo en Londres cómo crece su sensibilidad americana. En el Viejo Mundo se sabe representante de la vieja cultura que busca adecuado pulimento para sus símbolos libres. Ya el suyo no es el orden de la sumisión impuesta. El suyo es el orden que parte del mundo interior disciplinado para la libertad y la justicia.

Si España le hubiese permitido regresar a Venezuela, sabe Dios qué hubiera sido de Andrés Bello. El Néstor de las letras americanas no se salvó cuando, en lugar de retornar a Colombia, tomó rumbo hacia la zona austral. Bello se salvó cuando la irreflexión de las

autoridades españolas lo obligó a saborear el hambre en la fría e inhóspita Londres. En la desgracia del destierro llegó a convertirse en la gran luz de América...

Madrid, 29 de noviembre de 1953.

PANDORA

Pandora fue la venganza tomada por Júpiter contra los humanos a quienes Prometeo había hecho el don del fuego divino. En sus manos míticas la hermosa virgen portaba el cofre de las desgracias y de la esperanza. Acercarse a la ciencia del Bien y del Mal acarreó al padre Adán el castigo de la muerte corporal. En la caja de Pandora estaban las desgracias que se echaron sobre el hombre a todo vuelo, mientras en el fondo del cofre permanecía oculta una promesa de abundancia.

"La eterna manada de los corderos de Panurgo maldice, en verdad, harto pronto el don de la rebeldía, fuego sagrado robado del cielo por Prometeo y que no es, en manos de aquellos cuitados, sino el más funesto de los males de Pandora". La libertad trágica que toma cuerpo en Prometeo, asusta, en verdad, a los hombres de menos, que prefieren asirse resignadamente a las tranquilas desgracias que escapan de la caja maldita, en cuyo fondo, sin embargo, permanece la esperanza.

La leyenda del holandés errante concreta una serie de vivencias míticas que arrancan de la idea del eterno peregrinaje. Ulises le da estirpe grecorromana. En Ashavero, el judío condenado a caminar siempre, tiene la leyenda un toque de cristianismo; en la fronda de la mítica medieval se le reúnen reminiscencias de Eros y de Psiquis, para tomar de nuevo la nave de Eneas, cuando surge el delirio marino de los siglos XVI y XVII. Entonces, en las costas bálticas, apareció la leyenda *Der fliegende Hollaender.*

El navegante solitario ha de hallar, para que aquiete su azarosa vida, un alma que se ofrezca en holocausto por su anhelada paz. En el segundo acto del *Buque Fantasma*, Senta, la hija del navegante noruego, canta una balada que evoca la leyenda del holandés errante. Ella se siente atraída de una fuerza que la lleva a salvar al sombrío navegante.

Senta, en el drama wagneriano es la expresión tierna y venerable de la piedad. Nueva Antígona, ella se siente atraída por la tristeza del navegante sin descanso. No lo conoce, pero sueña la hora de redimirlo de su eterna andanza. El destino quiere que sean los labios de su propio prometido los que le trasmitan las más veraces noticias del vagabundo. Eric le dice: "De pronto vi cerca de la costa un navío desconocido, extraño, maravilloso. Dos hombres bajaron de él; a uno lo vi bien, era tu padre". Con los ojos entrecerrados, interroga Senta: "¿Y el otro?". La voz de Eric adquiere un dejo casi trágico cuando responde: "También lo reconocí. Su traje negro, el rostro pálido..." "Y la mirada sombría..." agrega rápida la ilusionada Senta. Así lo conocía ella en la pintura que se había convertido en polo de su angustiada existencia. Sí. Ella tenía que libertarlo del tormento del viaje permanente y solitario.

En la película *Pandora*, pasada en nuestras principales salas de cine, el holandés no navega en buque de altos palos y sombrías velas. La escena del mito se ha convertido en escena contemporánea. El buque tiene velamen, pero es moderno como su capitán y único tripulante, Hendrik Van der Zee, quien, en lugar de negros arreos, viste holgada americana gris. Ava Gadner hace el papel que en el drama wagneriano corresponde a la melancólica Senta. Ava es mujer que ha recibido el sacrificio de vidas extrañas rendidas a su amor. Sin embargo, cuando el anticuario Jofrey le comunica el secreto del navegante solitario llegado a las playas del pueblecito de Esperanza, ella siente que el vértigo la empuja al sacrificio.

Estos dos elementos hacen coincidir los mitos conjugados con la leyenda del holandés errante, en la cual el tema del sacrificio llega a dominar el tema de la condenación, recaída sobre el capitán que

juró, en un momento de desesperado empeño por vencer el Cabo de las Tormentas, que insistiría en su propósito así necesitara una eternidad para lograrlo. Pero lo que en el *Buque Fantasma* se desarrolla con la grandiosidad del genio que interpreta los mitos semi-sagrados, en la cinta de la Metro adquiere caracteres que obligan a una meditación mayor.

Pandora y Senta, realizadas en una misma persona, aparecen como los arcos de un gran círculo inconcluso que buscan su difícil conjunción. Pandora, que regó la desgracia y que tanto en el mito como en el *film* inglés fue causa de varias muertes, ha sacado del fondo de su caja peligrosa la oculta y huidiza esperanza. Era necesario que se sacrificase ella misma, y no dudó en hacerlo. Cualquiera sigue el hilo de la intención creadora que mueve el drama nuevo. Pero la historia la saben los nuevos personajes actuales, cuando las olas arrojan sobre las tibias arenas del pueblecito mediterráneo los cadáveres de Van der Zee y de Ava Gadner. Todo lo explica Jofrey el anticuario, a cuyas manos había llegado la leyenda escrita por el propio navegante maldito. Este mismo, al ser solicitados sus conocimientos de holandés, la leyó tembloroso al anticuario. Pasarán pocos días, los escasos que le son permitidos vivir cada siete años en tierra en unión de sus nuevos amigos. Para animar la temporada se inventan fiestas. Una de ellas se celebra en el jardín donde Jofrey cuida sus viejas y mútilas estatuas. Las mujeres bailan en traje de baño. De los músicos, uno toca el saxofón echado en la arena y reclinada la cabeza sobre un Apolo descendido de su improvisado pedestal. Los instrumentos retumban con *mambos* estridentes. No se ve la caja de Pandora, pero se siente que esta racha de locura no puede salir sino del cofre de las maldiciones.

Para quienes intenten buscar el propósito de la película, esta danza extravagante sobre dioses rotos, al son de una orquesta que dispara diabólicas estridencias, tiene los mejores elementos simbólicos. Es Pandora que no muere. Es la tragedia de una cultura que ha quebrado la tabla de los valores del espíritu y que para sosegar tiene necesidad de buscar aquel vestigio de salvación que permanece sin

alas en el fondo de la caja de los peligros. Tiene que buscar el espíritu. Cuando Pandora fue por primera vez a la nave solitaria, iba empujada por el impulso voraz y destructor de la hembra. Cuando Pandora se desnuda y echa al mar por segunda vez, su carne ya es carne espiritualizada por el sacrificio. No va la hembra, sino la mujer. No es ella misma. Van Antígona y Senta a sacrificar sus vidas para sosiego del navegante.

Mas, Pandora y Van der Zee, el navegante sin nombre y la piadosa Senta, apenas son rostros y nombres que toma para expresarse a sí mismo el alma del hombre. El mar, el barco, el marinero sombrío, la pensativa hilandera, la estatua mútila, la estridencia sonora, rugen y cantan, blasfeman e imprecan en el interior de un mundo que por carecer de disciplina y de numen, se resuelve en el pandemoniun colectivo, que hace dudar a muchos de la posible salvación de nuestro destino social. Como si fuera preciso matar la esperanza para que sobrevenga el reino de la paz. Tú que nada esperas, todo lo tienes ya. "Tú que me buscas, ya me encontraste", dice Cristo por labios de Pascal. Al reverso, Pandora y el giróvago del mar.

Caracas, 1952.

COCTELES AL GUSTO

Después de haber visto en una de las salas de cine de esta capital la película americana *Un tranvía llamado deseo*, he logrado explicación fácil para una serie de fenómenos en cuyo análisis había gastado antes mis buenas horas. Dos o tres semanas lleva de curso el *film* donde Vivian Leigh y Marlon Brando realizan indiscutiblemente una extraordinaria labor como artistas dramáticos.

Desde el punto de vista del trabajo hay necesidad de reconocer que el desesperante drama, cuyo único escenario es un miserable apartamiento del viejo y alegre barrio francés de la semi-latina Nueva Orleáns, está realizado excelentemente. Los artistas cumplen a cabalidad sus papeles.

Pero nadie que tenga un poco de buen gusto y un jerónimo de juicio, podrá negar que la película deja la sensación desagradable que dejaría en la garganta un coctel preparado con gasolina, jugo de piña, pimienta y escasas gotas de ginebra (Recuerden los tomadores de coctel que éste fue creado en un viejo café de Nueva Orleáns). Un par de horas antes el desesperante desarrollo de la historia de una muchacha loca, que se ha ido a reunir con su hermana menor, cuyo brutal y bárbaro marido vive muy a sus anchas en una casa del viejo barrio. La monotonía de un mismo cuadro, donde sólo se presencia el cambio de tono de los gritos, alaridos e improperios que lanzan y emiten los personajes, de sensibilidad afectada por el

alcohol. Entre los alaridos y los lloros, una evanescente filosofía del placer artístico, planteada por la maestra semiloca, deseosa de hallar en finas sentencias de poetas la razón de sus locuras.

Drama sin tesis, cuya finalidad podría decirse que reside en la exhibición de lo anormal que sirve de fondo a una zona social, el *film* que ocupa nuestras salas cae muy bien en la técnica y en los fines de la nueva literatura y prácticas existencialistas. *La náusea* y *La ramera respetuosa*, de Jean Paul Sartre, tienen un inmediato parentesco con la literatura de *Un tranvía llamado deseo*. Expresan un concepto degradado, salvaje, anti-moral de la vida humana (Y que los buenos escritores que tienen devoción por Sartre perdonen esta confesión de primitiva ignorancia). Yo llegaría a más. Esta película corresponde a la técnica fúnebre y disolvente del teatro yanqui, magistralmente estudiado por Carlos Augusto León en su admirable libro *La Muerte en Hollywood*, para el cual nuestra crítica ha tenido un desesperante silencio. Corresponde este *film* a un estado de conciencia muy a tono con la hora atómica del mundo.

Pero mientras esta obra ha sido "aclamada con entusiasmo supremo", según dice la propaganda, *Los árboles mueren de pie*, de Alejandro Casona, no soportó una semana en las pantallas caraqueñas. Después de haber visto en las tablas dicha comedia, jamás creí que la obra pudiera ser tan acabadamente llevada a película. Creo que el cine argentino no haya logrado una realización mejor. Este *film* mantiene todo el encanto del diálogo y toda la maravilla de escena que hacen de la obra una de las mejores creaciones de Casona. Alguien comparó *Los árboles mueren de pie* con *Los Intereses creados* de Benavente. Es una pieza fina, noble, generosa, que mueve los más delicados sentimientos. Deja en el espíritu una sensación semejante a la que deja en el paladar un buen coctel de Oporto, tomado frente a un encendido crepúsculo.

En el orden de la sinestesia, ambos cocteles, el de gasolina y el de Oporto, corresponden al tono sensible que trasmiten las dos cintas. La de Casona no tiene público, porque carece de la violencia y del complejo de insania y de sexualidad que da fuerza a la película de

Vivian Leigh. Cualquiera diría que el gran dramaturgo hispano hizo una comedia de tipo romántico y sentimental, que no convence a la llamada gente moderna. Puede ello caer en una apreciativa de realidad. Para gustar *Un tranvía llamado deseo* se necesita un entrenamiento en un *ring-side* de boxeo. El cine yanqui, con su peculiaridad de barrio bajo, ha desfigurado en tal forma el sentido artístico de nuestro público, que ya no gustan ni la comedia ni el drama de tesis. La desfiguración conceptual que se aprecia en el escogimiento de películas, tiene su contrapartida en temas de mayor rango moral. El menosprecio de una cinta por el aprecio de otra, indica cómo andan los umbrales de nuestra propia conciencia colectiva. Todos esos sorpresivos anti-valores tienen su equivalencia en el mundo de la propia moralidad cívica. Cualquiera intuye la reflexión que puede esperarse de hombres y de mujeres que regustan el placer morboso dejado por *Un tranvía llamado deseo.*

Caracas, 1952.

APOCALIPSIS DEL ODIO

De Asia a América, de Europa hasta el sur de Africa se extiende en estos días una onda estremecida de pánico. Uno tras otro los experimentos de bombas cargadas de energía nuclear han llevado a la conciencia del hombre la idea de un vecino momento apocalíptico, pero sin las grandes visiones que antevió el Evangelista.

En su afán de buscar armas para destruir al enemigo, el hombre cayó en armarse una trampa a sí mismo. Olvidado del problema esencial de la humanidad que transfiere valor continuo a los pueblos, las potencias se dieron a la funesta labor de perfeccionar sus instrumentos de ataque, olvidados de que llegaría la hora en que, caída la máscara enemiga que cubría el rostro de los hombres contrarios, aparecería su propia imagen en la faz hostil.

Desatadas las fuerzas secretas de la Naturaleza, el hombre se ha visto envuelto en la red laberíntica de su propio invento. Lejos de caminar con pie seguro hacia una hora mejor, el género humano siente cómo, en razón del propio poder de su espíritu analítico, camina a grandes pasos la senda de su posible destrucción.

Mil maneras de reflexiones se levantan al considerar la génesis y el fin del atomismo. Ante lo que significa como valor prometeico el dominio del átomo, toda criatura humana debe sentirse orgullosa del poder de la inteligencia. Aunque yo no haya tomado personalmente

parte alguna en las largas experiencias que condujeron a la desarticulación del átomo, estuve, sin embargo, presente en los vigilados laboratorios. Aquella fue obra de unos seres semejantes a mí, como obra de mis hermanos de especie es la extraordinaria edificación del Empire State. Ante estas grandes conquistas, el hombre está obligado a sentir orgullo de sí mismo como ser portador de un espíritu.

Mas cuando las conquistas de la inteligencia creadora se han puesto al mero servicio de los instrumentos de destrucción, pareciera que esa inteligencia cayese en negarse a sí misma. Perfeccionar las armas hasta el punto de que sus propios portadores teman por su misma suerte, es caer en un círculo vicioso donde lejos de exhibirse una reflexión madura se expone el mismo criterio irresponsable de niños traviesos que buscando defenderse tomasen los puñales por la hoja filosa.

Pensar en la licitud de la tesis que el presidente Eisenhower acaba de sostener sobre las relaciones del "mundo libre" con las bombas atómicas, sería tanto como aceptar la validez de un pacto con el Diablo para dar mayor esplendor al culto de la Eucaristía. No pareciera lógico buscar la paz con el contrario por medio de un amontonamiento de fusiles y cañones. A cualquiera ocurre la idea de que sean mejor camino para llegar a la concordia las acciones que muestren un deseo de sosiego. Cuando quiero componer las paces con mi vecino, voy hacia él con modales pacíficos y no armado de un rebenque.

Mas ocurre que hoy la guerra entra en el plan del imperialismo, tanto por lo que representa en sí misma como fuente de utilidades, como por lo que significa el mantenimiento de sistemas coloniales que garantizan grandes mercados extractivos y de consumo. La economía estadounidense, pongamos por caso, sufriría un grave colapso si se apagasen las fraguas que dan temple a los aceros bélicos.

La libertad que necesita vivir al amparo del paraguas de la bomba atómica, lejos de ser libertad, constituye una prolongada zozobra.

Justamente esa zozobra es la que hoy habla en el ancho mundo el lenguaje estremecido de los que se sienten al borde de los precipicios. Sobre la generalización de esa angustia descansan, sin embargo, las esperanzas de los pacifistas. Es saludable confiar en que la psicosis provocada por los últimos experimentos atómicos mueva al mundo a una fecunda reflexión que haga ver a los directores de los pueblos el espantoso rumbo que están dando a la marcha del hombre.

Ante la amenaza aniquiladora, están obligados a deferir sus agresivas posiciones quienes sostienen que sobre el éxito del terror puede cimentar la nueva cristiandad. Al escuchar la palabra grave de aquellos que consideran defendido el cristianismo por las bombas atómicas, pareciera que Cristo hubiera predicado una doctrina cuya firmeza necesitase del seguro de los que no sólo hablan mal del sordo y ponen obstáculos ante los pies del ciego, sino de quienes ponderan como práctica excelente de paz romper el tímpano y nublar la pupila a los que no se conforman con sus planes diabólicos. Esta cristiandad adúltera, bien obra cuando pacta con los dueños de los instrumentos de la muerte. Pero la cristiandad evangélica está, por lo contrario, precisada a manifestar su repudio y su condenación de los sistemas que tienen por fin subordinar la inteligencia a los reclamos del crimen con que se nutre un mundo lleno de vicio y de pecado.

Madrid, abril de 1954.

LA HORA UNDECIMA
(Hacia una teoría de lo venezolano)
(1956)*

(*) Tomado de la 1ª ed. Caracas: Edics. Independencia, 1956. 141 p.

...Finalmente (el padre de familias) salió cerca de la hora undécima, y vió a otros jornaleros que estaban todavía sin hacer nada, y les dijo: "¿Cómo es que estáis aquí ociosos todo el día? Id también vosotros a mi viña... Puesto ya el sol..., los que habían ido cerca de la hora undécima y los primeros, recibieron igualmente un denario.—Mateo, *20, 6-10.*

¿Quién podrá presumir de sentirse instalado en cosa tan fugaz como el presente? ¿Y quién podrá medir las distancias que de él separa al tiempo de cada uno?—José María de Cossío. "*El Gran Teatro del Mundo*".

Concurrir a un debate o tomar parte en él con el propósito de convencer o de dominar al contrincante o de mirar a uno de ellos confundir al otro, demuestra que se ignora lo que se piensa, extrema incapacidad, bajeza y barbarie. Demuestra carencia de cultura. Prueba que se es forastero.—Charles Péguy. "*Note sur H. Bergson*".

El hombre de cultura, cuando está comprometido en su función de comprender, no debe dejarse trastornar por los celosos de la ortodoxia ni por quienes hayan sido tomados de excesos y novedades, puesto que unos y otros estarán siempre prestos a enrostrarle, cuando no escoja la alternativa de la derecha, que traiciona la civilización y cuando no se sume a la alternativa de la izquierda, que se opone al progreso.—Norberto Bobbio, "*Política e Cultura*".

PROPOSITO

En marzo de 1952 las altas autoridades civiles y eclesiásticas de Barquisimeto me invitaron para que inaugurase el ciclo de conferencias con que se abría la conmemoración cuatricentenaria de la vieja Nueva Segovia. Tras de haber exaltado el valor histórico y la función institucional de la ciudad, concluí mi disertación en estos términos: Ser venezolano no es ser alegres vendedores de hierro y de petróleo. Ser venezolano implica un rango histórico de calidad irrenunciable. Después de tres siglos de fragua de la voluntad y de la idea, nos declaramos con derecho a ser libres en el orden de los pueblos. No satisfechos con el espacio de nuestras viejas fronteras coloniales, salimos a los largos caminos de América, en ayuda de los otros hermanos que deseaban, como nosotros, romper el vínculo metropolitano. Hicimos un pacto con la Historia cuando le pedimos sus retortas de maga para cambiar el propio destino de un continente.

La dimensión del rango histórico que representa ser venezolano, –rango oculto y dormido al cual sabe hacer honor el pueblo–, es el motivo central del presente discurso, elaborado sin erudición, ya que no tengo a mi alcance mis cuadernos de apuntes ni mi biblioteca personal; en cambio, meditado con devota pasión durante más de tres años de ausencia de la Patria. Cualquiera diría que es un verdadero discurso anticartesiano, tales son el rumbo meándrico y el aspecto

inconexo de los temas contemplados. Aunque de largo madurada, la idea es difícil para su encaje en líneas esquemáticas.

Entre los factores que caracterizan a los pueblos, juegan papel preponderante una serie de valores imponderables, que evaden la posibilidad de ser definidos. Esos valores sutiles, escurridizos, que hacen el alma de los pueblos, más son para sentidos que para aprehendidos para la investigación inteligente. Los poetas y los artistas tienen, en cambio, intuición para recogerlos y transmitirlos como mensaje imperioso de la tierra. El modo de la voz de los pueblos escapa a toda investigación lingüística. Ese "modo", como recorte de un "modo" más general, está placentariamente unido con la vida emocional, geográfica e histórica de las comunidades. Aflora con riqueza de colorido en el terreno de lo folklórico y dura por tiempos, como testimonio de una actitud cultural. Su discrimen promueve a veces interpretaciones erróneas, por donde muchos investigadores y entusiastas divulgadores de temas demosóficos creen servir a las clases populares manteniéndolas en permanente contacto con estos viejos estratos, que si bien valen todos en el campo de lo ilustrativo, en cambio, muchos no sirven para la función de conducir, implícita en el orden de lo educativo. En nuestro caso nacional, sería recomendable que los altos círculos sociales bailasen con frecuencia "El Carite" y destejiesen periódicamente "El Sebucán". Estas diversiones, tan cercanas al pueblo, a la tierra, a lo primitivo venezolano, les servirían de aire propicio para entonar los desfallecientes pulsos cívicos. A las clases no cultivadas en razón de carencias económicas, debería, en cambio, educárselas en forma de que puedan sentir y entender a Mozart, a Bach, a Ibsen, a Beethoven, a Benavente, a Tchaikowski, a Fabbri.

Tales valores de sociología emocional no entran en el plano del presente esbozo. Apenas he querido apuntar aquí una serie de factores capaces de definir en la zona de las ideas la

"circunstancia" y la "situación" que caracterizarían lo venezolano. Del hondón de la Historia y del propio sentido de la realidad geográfica se pueden extraer datos que ayuden a definir el papel que corresponde al venezolano en el orden de América y en el orden mayor de la comunidad universal de los pueblos. Gracias a este análisis se hace posible conocer la trayectoria del impulso que busca la propia realización de la persona humana como agente de cultura. El pueblo que ayer hizo la libertad de un continente no puede cambiar un título de tanta excelencia por el menguado oficio de sordo tecnócrata, dedicado a la venta de hierro y de petróleo. No es tolerable la sustitución de los sueños alucinados del Quijote por el ronquido satisfecho de Sancho Panza.

El hombre es ante todo y sobre todo Historia. Como ser implantado en la dimensión de lo temporal, el ente humano se mide y se juzga por la proyección de su libertad en el plano de la Historia. Sobre el contorno que define y da unidad al comportamiento de cada grupo social, se fijan los datos que llevan a sociólogos y a historiadores a determinar el carácter de cada pueblo. Tiempo y espacio se acoplan para estructurar la constante por donde las diversas colectividades adquieren rasgos de personalidad nacional. La misión de un pueblo será tanto más clara cuanto más preciso sea el conocimiento que se tenga de sus peculiaridades y del fin que le está atribuido dentro de la contingencia circunstancial en que obran los elementos dinámicos e intrínsecos que definen su situación en el orden de la vida pública. Al examen de estos datos, en una forma metódica y constructiva, llamo yo teoría de un pueblo. Entender en forma simple y precisa las líneas que fijaron determinada actitud histórica y ahondar las posibilidades de perfeccionamiento de los supuestos sobre los cuales se asienta una cultura, es deber fundamental de quienes se preocupan por servir los intereses de su grupo nacional y, a través de él, los grandes intereses de las regiones y los supremos intereses de la comunidad humana.

El problema de nuestra realidad de pueblo ha tropezado en América con dificultades tremendas. ¿Qué somos en el territorio universal del hombre? Responder a esta pregunta constituye por sí solo una labor erizada de peligros. Una es la América española que en 1810 se asomó al panorama de los pueblos libres y otra es la Hispanoamérica de 1955. Pero la de hoy descansa sobre la realidad histórica de principios del Ochocientos, como la América de la independencia tiene por fuerza que buscar para la explicación de las voces que le dilataron la garganta, a la América caótica del Quinientos.

El fenómeno de trasplante realizado en el siglo XVI inicia una época en nuestro Hemisferio que coincide con una extraordinaria variación en el terreno de la Filosofía y de la Historia del hombre. La vieja cultura mediterránea ganó en aquella época dos certezas de trascendencia espantosa: con la experiencia de la esfericidad de la Tierra adquiría un conocimiento preciso del puesto del hombre en el cosmos. Colón y Copérnico presiden la cultura moderna. El hombre dejó de sentirse centro de un sistema planetario, a tiempo que el europeo miraba, como compensación del derrotado geocentrismo, un campo más ancho para la realización de su cultura.

El proceso de europeización de América tiene su correlato negativo en la destrucción de las culturas aborígenes de México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia, y en el sojuzgamiento duro, y frecuentemente bárbaro, de las grandes masas indígenas. Para dar nueva dimensión al problema, los esclavistas trasladron de Africa al Nuevo Mundo densos grupos de población negra, que aún durante el régimen de clases y saltando sobre las trabas de la esclavitud, se unieron con los blancos y los indios para abrir nuevos capítulos a la antropología general.

Así no se hubiera cumplido la total fusión de las culturas, a boca del siglo XIX ya existían en la América española estructuras sociales con derecho a dirigir su propio destino.

El marchamo de dichas estructuras exhibía la tinta indeleble llevada por la gente conquistadora. Lo que se movía, lo que sentía, lo que se pensaba en nuestra América hispánica, tenía como dignidad diferencial el sello trasplantado por el español, sobre el cual había impreso a la vez, y con gran fuerza, sus peculiaridades el nuevo mundo geográfico y democrático de las Indias. Muchos han querido ver en aquel sello apenas la impronta dura de las fraguas donde se herraban los fieros caballos de los conquistadores. En el grueso de las carabelas, junto con los ásperos guerreros, viajaban, también, hombres de pensamiento y corazón bien puestos. Con el hierro, que aseguraba el dominio de la indiada, iba el hilo dorado de un pensamiento de justicia. Los caldos de la vendimia renacentista fueron en buenas cubas, donde adobaron los ricos vinos. Posiblemente en Coro estuvo con Ampíes su yerno Lázaro Bejarano, entusiasta erasmista, con quien tuvo que hacer la Inquisición de Santo Domingo, México admiró la extraordinaria experiencia de Vasco de Quiroga.

El choque, en cambio, entre Metrópoli y provincias ultramarinas produjo un olvido de nuestras propias fuentes nutricias y, como proceso reaccionario, llevó al reniego de los viejos valores. Se confundió lo hispánico con lo colonial. Se desconoció, en consecuencia, el afincadero de nuestra cultura y se produjo una actitud delicuescente en todo el orden formativo de nuestros países. Entre éstos fue México el que mayor densidad había alcanzado durante la edad precolombina y durante el proceso colonizador. Sin embargo, México, como apunté en el ensayo "Patria Arriba", vio quebrada su cultura aborigen a la manera como se quiebra un cántaro de barro al chocar con un caldero, según plástica expresión de Alfonso Reyes. Para unir en vano su hora presente con el pasado de la antigua autonomía destruída por las huestes conquistadoras de España, tendría que abjurar el gran país hermano todos sus extraordinarios valores en el área de la nueva cultura universal. Esa falta de asimilación de la propia

Historia ha hecho más grave y doloroso en México el proceso de desarticulación por donde la técnica y la fuerza del Norte han logrado apoderarse de grandes recursos económicos y morales del maravilloso país de Hidalgo y de Morelos. Empeñados los indigenistas en sostener una lucha artificial y fuera de tiempo entre Hernán Cortés y Guatemoc, no han hecho sino dejar al descubierto las brechas por donde se introduce el enemigo. Embrazados el príncipe aborigen y el conquistador aguerrido, harían su cambio, fácil de defensa de un orden donde por igual crece la prestancia imperiosa de ambos próceres.

Para explicar la emancipación fue invocada la fuerza de meros factores exógenos, violentamente implantados en nuestro mundo. Así no estuviese completamente arrumbada hoy esta tesis, tampoco bastaría por sí sola para negar el sedimento antiguo, ya que la emancipación fue voceada por criollos españoles y no por ingleses o franceses. Si hubo un fuerte grupo dirigente y aún una alerta clase baja que supieron escuchar las consignas revolucionarias, valdría ello por sí propio para avalar la existencia de una solera de formación colonial y la presencia de un pueblo con suficiente cuaja cívica.

Sin embargo, quienes primero "tropezaron" con el pueblo antiguo estaban tomados de una manera de empirismo dialécticos, que les hizo mirar en el proceso causal los traumas racistas y telúricos puestos a la moda por la sociología aristocratizante y clasista que enseñaban los sostenedores de insalvables hiatos entre los grupos humanos (En nombre de esas teorías, las cámaras letales del hitlerismo mataron hasta niños judíos y en nombre de ellas mismas los países de formación anglosajona mantienen a los negros en niveles de vergonzosa inferioridad). No pudieron historiadores y sociólogos negar la existencia del pueblo que fue hasta Ayacucho a sellar la independencia, pero lo tararon y lo condenaron a una capitis diminutio, *por donde ha sido*

fácil el relajamiento de su vertebración moral, a tiempo que se quebrantaron en el campo de la autonomía preciosas conquistas.

Primero se negó la autenticidad del pueblo colonial y se declaró nuestra independencia mero contraeco de la Revolución Francesa, más tarde se fue contra el principismo de los Padres antiguos y se habló del "error de creer que los pueblos se regeneran con discursos elocuentes, con artículos de periódicos o con puros preceptos constitucionales". Los románticos negaron la autenticidad del pueblo e imputaron a la simple influencia de doctrinas extrañas a la realidad de lo hispánico, la obra revolucionaria; el burdo materialismo, que había trocado los endebles supuestos de racionalismo de la Ilustración con un arbitrario empirismo, terminó por destruir los fundamentos históricos y doctrinarios de la República, al dar patente de legitimidad y declarar dogma de "realismo" venezolano, a un sociologismo organicista y pesimista, cuya ambigüedad disuelve la propia fuerza defensiva del pueblo.

Por medio de un vulgar inventario de bodega se ha dado más precio a lo desvalioso que a los factores saturados de gérmenes constructivos (Siempre los bodegueros cuentan como de mayor entidad los bultos destinados a cubicación, así contengan mercancías de escaso peso). Una sociología optimista ha debido mirar preferentemente a la fuerza contenida en los hechos cargados de valor. El sentido empírico de la crítica más vio, en cambio, al volumen de los hechos irracionales, y para insinuarse obrepticiamente en el ánimo de los poderosos, concluyó negando el valor del pueblo. El falso instrumental del materialismo positivista llevó a desoír enseñanzas nutridas de acierto generoso. Antes de leer en "Los Hermanos Karamazov" el apólogo de la cebolleta, ya lo había escuchado en tiernos años y sin su parte negativa, de labios de la cocinera de mi casa. Enraizada la leyenda en el folklore universal, el pueblo sabía por ella

cómo una mala mujer logró escapar de las llamas del infierno asida de la cebolleta que en vida dio a una pordiosera. Fue la sola acción que a la infeliz se la pudo abonar como bondad practicada durante su existencia mundanal. Se salvó la mujer por la única pequeña obra generosa realizada en vida. Apólogo fresco, optimista, cargado de esperanza, que debieran tener presente quienes enjuician el comportamiento de los pueblos. Para juzgar una conducta, más ha de mirarse a lo que es producto de la reflexión creadora que a las reacciones de las fuerzas instintivas. Aún más: el brillo del aparente triunfo da falso relieve a lo que en sí carece de precio, mientras la virtud se escurre en la discreta pesar Manuel Palacio Fajardo, José Vargas, Martín Tovar Ponte, Juan de Dios Picón, Santos Michelena, Fermín Toro, Estanislao Rondón, Ricardo Labastida, Juan Vicente González, J. M. Morales Marcano, Eloy Paredes, Cecilio Acosta, Eusebio Baptista, Manuel María Carrasquero, Agustín Aveledo, Edmundo Chaumer, Leopoldo Torres Abandero, Pedro María Morantes, Mons. Jáuregui Moreno, Luis Ezpelosín, Pedro María Parra, Rafael Arévalo González, Raúl Cuenca, que aquellos que hicieron feria del respeto debido a las instituciones. Sobre lo positivo de los hombres ejemplares se hace fácil edificar una teoría que adoctrine al pueblo para el cumplimiento de sus grandes deberes.

Esta es la lección positiva y esperanzada de quienes confían en la perdurable, aunque tardía, fecundidad del bien; lo contrario es tanto como abrir vías a la desesperación satánica o amoldar la voluntad a la cómoda resignación de "aquellos ciudadanos que se creen en presencia de una fatalidad, de la que ya no serían responsables", a causa de sentirse implantados "frente a la complicidad universal en el mal, en presencia de las innumerables faltas de los ciudadanos, faltas que todas y cada una salen de la libertad de cada uno y de la complicidad de todos los otros en las caídas del pueblo", según agudo decir de Williams James.

Las generaciones que actualmente presencian el cambio extraordinario ocurrido en el orden demográfico y en las posibilidades económicas del país, necesitan mantenerse fuertemente asidas al hilo ariádnico que pueda guiar con éxito feliz los pasos del hombre venezolano a través del peligroso laberinto de un mundo que ha visto el dislocamiento de la realidad. Crisis en el área de fuera –nuevos imperativos y nuevos territorios de acción impuestos y ganados por la técnica, junto con una desviación de los valores en el cuadro de la normatividad de los pueblos– y crisis en el terreno interior de una nación que aún desconoce integralmente los cánones definitorios de su razón histórica de existir.

La presente exposición de temas y motivos carece, como he dicho, de apariencia metódica. Arranca su desarrollo literario de consideraciones suscitadas por la crisis de nuestras Humanidades y se amplía hacia la revisión de delicadas materias enraizadas en el propio cascabullo de la venezolanidad. En ella se plantean situaciones polémicas y desnudas críticas sobre nuestra realidad sociológica y acerca de juicios que sobre ella han sido ya emitidos. Ningún afán de defender posiciones egoístas asoma en el presente ensayo. En él vuelvo una vez más sobre temas tratados durante más de un cuarto de siglo, con la misma pasión venezolana que caracteriza mi obra modesta de escritor. Cuando el país siente sobre su cuerpo geográfico el impacto de la técnica que acondiciona las ciudades y los campos para el venezolano del futuro, y cuando mira acrecer su capital humano por la aportación de nuevos pobladores, precisa que se dejen oír también las voces monótonas que recuerdan la necesidad de diseñar en el espíritu de los hombres nuevos el contorno que les recorte íntegramente cuando se asomen al vano de los portales iluminados por las luces del ofuscante progreso. Apenas un modesto empeño de servir a la cultura del país en la medida de las posibilidades de mi obra. Un transido anhelo de ayudar a la formación de conceptos defensivos de lo nuestro, sírveme de permanente falsilla cada vez que escribo sobre el destino de Venezuela.

Formado en el seno de una colectividad a la cual un agresivo solipsismo ha desvirtuado el sentido social de la intersubjetividad, pongo insistente empeño en hacer presente la responsabilidad pareja que nos toca en todo lo que dice a deficiencias nacionales. Jamás he pretendido escribir con olvido de mis propias fallas. Quizás nada me ha enseñado tanto cuanto me han enseñado mis errores. Con ellos por delante, he mirado a la posibilidad de una actitud que me ayude a convertir la experiencia de mi angustia en alegre enseñanza que beneficie a otros. Algunos, en cambio, por vanidad o por malicia que rompe el más hábil disimulo, olvidan sus faltas y, para minorarlas, incitan a otros a superar las marcas ganadas por los más notorios transgresores.

En roce constante con los grandes valores de la España Eterna, cuyo es el mérito de haber dado el mejor nutrimento para el tuétano de nuestro pueblo, más claramente me he sentido en el deber indeclinable de defender nuestras estructuras nacionales, llamadas a ser unidades valentísimas en el conjunto de pueblos a quienes está reservado la ampliación futura del radio valorativo de lo humano. Entonces habrá sosiego y plenitud, cuando sobre el forcejeo de las diversas unidades políticas, asiente con sus blancas banderas la "civitas pacis", perseguida afanosamente por los hombres desde el puesto modesto de lo cotidiano. No ha pasado aún la hora propicia para ganar la plenitud que nos aboque con su presencia. Muchos han comenzado a trabajar con éxito antes que nosotros. Mientras que otros han labrado entusiastas la viña, nosotros nos hemos mantenido ociosos a la vera del camino. Sin embargo, a los jornaleros que empezaron a trabajar cuando era la hora undécima, les fue pagado su trabajo como si hubieran sido concertados mientras aún estaba el sol sobre la línea de los horizontes. Jamás es tarde para comenzar el buen trabajo. La hora undécima es propicia para ganar la plenitud de la vendimia. Nos urge solamente sabernos acompañados y unidos en el esfuerzo por ganar el buen éxito en nuestras irrenunciables tareas.

Somos muchos, muchísimos los que aguardamos el buen aviso. Somos muchos, muchísimos los que estamos obligados a cumplir el mismo deber. ¿Hasta cuándo vivimos en el indiferente aislamiento que nos lleva a olvidar que nuestras casas, así grandes o pequeñas, forman una misma línea a lo largo del polvoso y duro camino que diariamente transitamos? Recordemos el dolor de la canción de Ts'ui Hao. "–Dime, ¿dónde vives?– Aquí, cerca de la pesquería. –Juntemos nuestras barcas; veamos un poco si somos de la misma ciudad.– Sí, vivo aquí a la ribera del río, y ¡qué de veces lo he navegado!– Ambos somos nacidos en C'ang-Kan, ¿cómo es posible que no nos hubiéramos conocido antes?..."

¿Habremos de esperar nosotros la hora de la desesperación sin remedio, para preguntarnos la razón de nuestra anterior ignorancia sobre la comunidad de nuestro indesviable destino? ¿No es urgente, en cambio, que la hora undécima nos encuentre apercibidos para emprender con alegría y entusiasmo un recio trabajo con el cual podamos alcanzar niveles de eficacia, que haga de nuestro salario un salario de justicia?...

Madrid, 2 de febrero de 1956.

A la persona que me plantea temas acerca de nuestros problemas culturales decimonónicos, he respondido que, en realidad, durante el siglo pasado se produjo en Venezuela una crisis profunda en el plano directivo de la enseñanza universitaria. Cuando el Positivismo ganó cátedra en la vieja casona de Santa Rosa de Santa María, ocurrió un viraje ostentoso en el campo de los estudios superiores. La moda nueva no sólo intentó desalojar de su enmohecida cátedra a la escolástica añosa y al alambicado racionalismo, sino también a la cultura literaria que miraba a los modelos clásicos de nuestro Siglo de Oro castellano. El tema religioso que ocupó a los grandes escritores españoles fue mirado con desdén y se le buscó sustitutivo en los modelos de la libre literatura de Francia. Se creó a la vez una pseudo mística de la heroicidad atea como título de excelencia intelectual.

Los últimos años del siglo XIX, si en el área de las ciencias médicas tienen el mérito de haber inaugurado las investigaciones de laboratorio y en el terreno de las ciencias exactas el de haber metodizado estudios antiguamente dispersos, en el campo del Derecho, de la Filosofía y de las Letras aparece con todo el abigarramiento rococó de tendencias intelectuales mal dirigidas y de doctrinas antojadizamente aplicadas a nuestro medio (Ya comenzaba entonces el sociologismo pesimista que Alfredo Machado Hernández y Laureano Vallenilla Lanz metodizarían más tarde para dar figura al gendarmismo irresponsable como fórmula política venezolana).

A la crisis de nuestro siglo XIX pareciera que la sirviese de símbolo la aventura del Delpinismo. Burla burlando, aun graves varones que representaban el tradicionalismo, no huyeron participar en el juego burlesco con que se hizo mofa del guzmancismo y, más que del guzmancisco, de lo postizo de una cultura importada en forma alegre para sustituir de tajo nuestra modesta y retrasada organización anterior. La forma frívola como se produjo aquel fenómeno de reacción contra un sistema poderoso, cuyas conquistas "revolucionarias" empezaban a ser adversadas por los mismos jóvenes, se compadece, en parte, con la costumbre, aún no superada por nuestro pueblo, de dar evasión por medio del chiste y de la anécdota a profundas angustias nacionales. ¿Humor, alegría, indiferencia? ¿Tímida venganza frente a un sistema que se teme? ¿Ironía constante para castigar a los presuntuosos dominadores de la hora? Sea lo que fuere, la Delpiniada, pese a la frivolidad que le dio carácter, más que una travesura de personas asistidas por la gracia de las gentes, paró en asumir la dimensión de una forma de repudio a la pedantería circundante.

En el plano de la Universidad se produjo, a partir del 865, un dislocamiento de factores. Cuando Bolívar dio carácter republicano a la vieja Universidad caraqueña de Fernández de León y de Oropesa, dejó en ella la lumbre autonómica en que, conforme a la tradición salmantina incorporada a las primeras Constituciones de Felipe V, se habían movido los antiguos Rectores y Cancelarios. En los primeros años de su nueva existencia republicana, la Universidad vio, además, acrecidas y mejoradas sus rentas. Falcón y Guzmán Blanco dieron un trueque profundo a la vida universitaria, y, restándole la autonomía electiva y la libre disposición de sus propiedades (convertidas en títulos de deuda pública, que facilitaron su apropiación por particulares), rebajaron el viejo instituto a la categoría de un gran colegio mayor subordinado a la dirección del oficialismo.

Sin propósito de síntesis alguna, se vio convergir en el orden venezolano una serie de líneas copiadas del curso que seguían la política y la filosofía en Francia. Guzmán Blanco, como cabeza del movimiento liberal antiguo, prohijó, al igual que su padre, algunas

ideas tomadas de la revolución que en el Viejo Mundo había ganado las célebres jornadas de 1848 y que en el campo de las ideas reaccionó, con el Positivismo, contra los supuestos racionalistas y románticos; mientras tanto, en el territorio de los hechos reales asumía la misma actitud de Napoleón III frente a los llamados "intereses del orden". Contradictorio en sus ideas y en su conducta, Guzmán Blanco dejó la impronta de su temperamento y de su talante en el área de la cultura nacional. Política de Segundo Imperio, en lo que a fasto y autoritarismo rezaba; política revolucionaria, cargada de intención anticristiana, en lo que decía a materia religiosa, contra la cual fueron débiles e indigentes las protestas de los católicos. Liberalismo sin libertad frente a un tradicionalismo sin tradición. Puesto entonces a la moda el empeño de laicización de las instituciones, se plegaron a él aún notorios representantes del pensamiento católico, mientras la lucha que el Episcopado planteó contra el autoritarismo quedó a poco asfixiada por razones que no es del caso examinar.

El concepto universitario fue adulterado en sus raíces más profundas. En realidad de verdad, la Universidad modernizada había visto desaparecer el clásico concepto de "universitas", que sirvió de supedáneo a las viejas universidades europeas, sin que se le sustituyera por nuevos ordenamientos de unidad formativa. En la antigua casa de Escalona y Calatayud, trasladada al desahuciado claustro franciscano, ahora revestido de vistosa fachada gótica por obra de Guzmán Blanco, ocurrió un desajuste en la problemática de las Facultades. La Universidad se desvió de la esencial función directriz representada por su Claustro y Rector, para mirar a las variantes suscitadas por la movilidad administrativa. La vieja Universidad, que en los años tormentosos de la primera República había discutido en balde problemas de tal importancia como el de la tolerancia religiosa y que escuchó el admirable razonamiento del insigne Vargas cuando en el debate sobre "La serpiente de Moisés" asumió la defensa de la tolerancia, se veía ahora atada a nuevos dogmas. La declaración sobre la Inmaculada Concepción de María, a que se obligaba a los antiguos graduandos, fue lentamente sustituída por "el aura sagrada" que comunicaban los dogmas del Positivismo.

El diálogo logrado por el triunfo final de la tolerancia puso en planos de identidad la enseñanza tradicional con la enseñanza nueva, mas a luego calló a favor de los iconoclastas. La lógica victoria de la libertad terminó por convertirse en desalojo de los valores viejos. Se llegó a olvidar que la excelencia de la tolerancia filosófica reside en tolerar la misma intolerancia de los demás. La tolerancia, desvestida en su esencia razonadora, pasó a reinar de manera irracional únicamente en el campo de la ética general. De destrucción en destrucción, concluyó por ser eliminada la propia libertad, y la Universidad, que buscó su natural remozamiento, terminó por ver aniquiladas sus más sentidas y determinantes formas.

Poco a poco fue eliminada de las aulas la enseñanza de la Filosofía, cuya ausencia se pretendió llenar con una explosiva antropología, saturada de hegelianismo fenomenológico y antiteológico, en cuya visión negativa terminaron por hallar cómodo afincadero las tesis racistas y los falsos reatos telúricos que orientaron la sociología pesimista, a cuyas equívocas luces fueron negados los propios derechos del pueblo. El debilitamiento de la Filosofía en la Universidad correspondió, a la vez, con el natural enflaquecimiento de los programas filosóficos de los Colegios de menor categoría y con el descuido por las demás ramas humanísticas. El empirismo universitario de los años finiseculares se nutrió de Darwin, de Spencer, de Comte, de Gobineau, de Taine, de Lombroso, de Tarde, de Gumplowich. Cuando las nuevas promociones aprendieron de Spencer que la moral tiene puntos de vista estrechamente relacionados con la zona de lo sensible, ya se consideraron desvinculadas de las normas superiores que habían servido de apoyadura a los escasos principios vigentes, por cuanto una conducta subordinada al fatalismo de los instintos se escurriría lógicamente de toda clase de responsabilidad social.

El auge del Positivismo coincidió con el apogeo de la autocracia y con el relajamiento de las viejas formas. Llevadas sus premisas al campo de lo social, el Positivismo es para la democracia, según apunta Guido de Ruggiero, una ciénaga en la cual se maceran y pudren todos sus principios y todos sus programas. Frente a un

tradicionismo tímido, que a la vez tomaba de los valores antiguos la porción de menor precio, se levantó una racha materialista, que se desdeñó de valorizar lo que había de positivo en los viejos sistemas. Se produjo en el terreno de la política religiosa caso tan extraño como ver a los librepensadores y anticlericales empeñados en la defensa de la Ley de Patronato Eclesiástico, para ellos grata en cuanto admite una ingerencia "canónica" del Estado en la provisión de la Jerarquía. El viejo liberalismo venezolano —con el cual en este caso sólo fue consecuente Gil Fortoul— descuidó toda armazón teorética para sólo mirar a una realidad incongruente, que supedita al querer transitorio de las autoridades del Estado, el sistema de elección de los Obispos. Con frescura hibernal llegó a sustentarse que esta materia de escoger prelados es algo privativo de la soberanía política. Tan flaco ha sido el esmero que los teorizantes han puesto en la explicación de los temas de la libertad en sus relaciones con la materia religiosa, que en los años de curso un alto funcionario del gobierno ha sostenido que los problemas de la libertad religiosa, reconocida y garantizada por el ordenamiento estatal, se reducen a la mera libertad de profesar cada quien en lo interior de la conciencia las ideas que a bien tenga, mientras su exposición y la propaganda exterior quedan sometidas al arbitrio de las autoridades. Para el conspicuo opinante, nuestra libertad religiosa apenas consiste en el derecho de no ser sometidos los ciudadanos a tormento alguno para que declaren la religión que profesan. Sus ojos pareciera que no hubiesen pasado sobre ningún texto filosófico que explique los alcances de la tolerancia. Su estatolatría desconoce la esencia de una libertad que existe en tanto que se realiza en la exterioridad circundante y cuya mejor explicación la acaba de dar el P. Lecler, profesor del Instituto Católico de París, en los siguientes términos: "La persona humana, compuesta de alma y cuerpo, debe normalmente testimoniar sus creencias. Los ritos y ceremonias culturales son la expresión corriente de ese movimiento de exteriorización, por donde se considera como una supresión intolerante para las conciencias toda interferencia sobre las prácticas religiosas". En años de poca lejanía, también vimos cómo funcionarios alardeantes de ideas liberales, sometían a los partidos políticos a la minuciosa investigación de sus

más remotos propósitos y de sus creencias fundamentales, con ferocidad y saña digna del más ciego maccartysmo.

Los partidarios del tradicionalismo, cuando defendieron a su turno la permanencia de los viejos sistemas sobre los cuales se había estructurado la modesta corriente intelectual que produjo a los Vargas, a los Fortique, a los Avila, a los Aranda, a los Michelena, a los Sanojo, a los Espinoza, a los Limardo, a los Dominici, a los Juan Vicente González, a los Morales Marcano, a los Cecilio Acosta, a los Eloy Paredes, a los Eduardo Calcaño, a los Agustín Aveledo, buscaron argumentos febles y de fácil descrédito, que frisaban muchas veces con la intolerancia y el clericalismo.

La pobreza de la enseñanza filosófica no era razón, tampoco, para que se le aboliera, sino motivo poderoso, en cambio, para que se la vivificase; un pesado aprendizaje de las viejas letras más reclamaba aligerarlo y modernizarlo que decretar su desahucio. A un Nebrija triste, que ahuyentaba al alumnado, enfrentarle el latín hacia el cual ha habido profesor que se anuncie con capacidad para conducir a los alumnos por los caminos de la alegría.

Circunstancias económicas, vicios profundos de las oligarquías dominantes, compromisos vergonzosos con el Poder de parte de muchos que debieron asumir actitud rectora ante las nuevas generaciones, desviaron la protesta de los jóvenes hacia un campo de valores colocado más allá de la peligrosidad positiva. Se luchó contra lo superficial de la organización cultural y se atacaron solamente aquellos principios constructivos que no tenían respaldo oficialista. Se destruyeron las bases y, en consecuencia, se debilitó la construcción general. En aquel período confuso pocos eran los que ponían los pies sobre terreno firme. Duraban aún veteranos que habían luchado en los campos de sangre por la emancipación de la República: a sus oídos tenía que sonar a desplante y blasfemia una amañada defensa del pasado colonial, en la cual se llegaba hasta a la apología de la inquisición como método defensivo de las buenas ideas. La lid, cuando la juzgamos desde nuestra perspectiva actual, aparece planteada no sobre ideas reales, sino sobre verdaderos

fantasmas. Ningún acuerdo era posible alcanzar mientras tuvieran vigencia los falsos valores que servían de acicate para la lucha. Frente a una corriente poderosa, empeñada en tirar todo lo anterior en nombre de un vertiginoso progresismo, era forzado que sonasen a delito las voces extremistas que alababan a los viejos Monarcas peninsulares y que aún exaltaban la intolerancia y la inquisición. Como antídoto de un criticismo que llegaba a destruir el valor de la propia razón, se apologizaba el tradicionalismo que Bonald llevó a la extravagancia. No intuían, de su parte, los fanáticos del progreso, como han llegado a comprenderlo aún los mismos revolucionarios soviéticos, que el arraigo de las nuevas estructuras pide firme suelo donde profundicen las raíces del árbol nuevo. La obra quedó, por lo tanto, a flor de tierra, mientras a su vez caía a tierra todo lo valioso que debió mantenerse de la edad antigua. El rococó finisecular es testimonio elocuente de la crisis de acomodamiento que se produjo en el rumbo del progreso de las instituciones nacionales y en el modo de realizarse la propia convivencia del pueblo.

En días pasados un diario de Madrid publicó la fotografía de un deslucido edificio de siete plantas, levantado sobre pilares de cemento, en la barriada La Florida, de la ciudad de Caracas. Carece de primer piso y puede decirse, apunta el titulante, que ha sido montado al aire. Fotografía y comentario constituyen un elocuentísimo resumen simbólico de lo que es nuestro mundo venezolano presente y de lo que ha venido siendo nuestra cultura de última data. Como pueblo y como individuos carecemos de primer piso. Hemos sido alegremente montados al aire.

Adelantándome a presentar mi propia obra de hombre y de escritor como testimonio de dicha realidad dolorosa, he insistido en forma fastidiosa sobre este tema tremendo. Desde "El caballo de Ledesma", aparecido en 1942, hasta mis recientes ensayos "Mensaje sin destino", "La traición de los mejores", "Aviso a los navegantes", "Problemas de la juventud venezolana", " El fariseísmo bolivariano y la anti-América", "Dimensión y urgencia de la idea nacionalista", he venido machaconamente dando sobre esta circunstancia transida de angustia. Varían en nuestra Universidad los programas de

enseñanza, se alteran los "pensa" de las Facultades, se suman nuevas técnicas al proceso difusivo de la cultura, y si bien la horizontalidad algo gana, el rumbo y la profundidad han permanecido en sus niveles de origen. Abunda el vino, pero ayuno de solera.

No tenemos primer piso. Estamos montados al aire. Jamás símil más perfecto de nuestra realidad de pueblo y de nuestra específica realidad cultural. Nuestro País, en el plano de la interioridad, sigue siendo realmente lo que este estilo arquitectónico montado al aire. Carecemos de fondo donde encuentren resistencia defensiva los grandes valores que constituyen lo humano. No tenemos primer piso. Nos hacemos presentes, como la fastuosa arquitectura de la hora, por la agresividad estética de las líneas.

La cultura humanística —hasta ayer abolida de nuestras Universidades, y en grata hora restaurada en Caracas con las enseñanzas de García Bacca, Eugenio Imaz, Rizieri Frondizzi, Casanova, Rosenblat, Picón Salas, Sánchez Trincado, Uslar Pietri, Caldera, Villalba Villalba, Beltrán Guerrero, Crema, Barnola, Fabbiani Ruiz, Acosta Saignes— aporta una serie de elementos que ayudan a la conquista de un saber útil. Lógica, lenguas clásicas, gramática superior, antropología, ontología, pondría yo al principio de cualquier curso que intente proporcionar una formación de primer piso. Por aquí debe empezar toda disciplina superior. Sin estos ingredientes iniciales se hace difícil entender en forma provechosa el Derecho, la Historia, la Política.

La crisis del Humanismo en nuestra Universidad caraqueña culminó, como he dicho, con el Positivismo de Ernst y de Villavicencio. Sin embargo, los estudiantes que aprovecharon directamente el empirismo y la novedad de las recientes ideas, recibieron a la vez el último rescoldo humanístico (Alvarado, Gil Fortoul, Key Ayala, entre otros). Unido este desalojo de las viejas letras y de los sanos principios de la Filosofía perenne, a la descatolización de tipo político promovida por el guzmancismo, se llegó a mirar todo lo clásico como algo ordenado a la vida clerical.

(Cuando comencé a estudiar latín en 1909, la mayoría de mis compañeros y yo celebrábamos nuestra desgana del rosa, rosae como testimonio de una altiva irreligiosidad. ¡Que pusieran empeño en latinizar aquellos compañeros que pensaban entrar a seminaristas!).

El laicismo se hizo signo de la moda. Atacar la enseñanza religiosa y negar el sentido religioso de la vida, se tomó por señal de audaz y elegante distinción. Para pensar bien sólo servían los postulados de la "razón física", por donde el común de los investigadores ancló en el sociologismo materialista, que aún insiste en acabar con todo impulso sano de ascensión popular, y en un psicologismo experimental, cargado del aura demoníaca que en la Salitrería utilizaba Charcot como material para sus originales trabajos.

La Universidad aguardó a que en 1908 Esteban Gil Borges anunciase solemnemente, en su memorable discurso de apertura de cursos, que el Positivismo, perplejo ante lo burdo de sus conclusiones, buscaba una síntesis con el idealismo para explicar los fenómenos histórico-sociales; pudo haber dicho también a sus oyentes el maestro ilustre que había sido herido de muerte el Positivismo desde los años en que Bergson restauró en el plano de la Filosofía secular los valores espirituales. Esperó también la Universidad hasta 1930 para saber de labios de Caracciolo Parra que, pese a los funerales pregonados a todos los vientos por la Escuela Histórica y a la plañidera canción que muchos jóvenes habíamos repetido, el Iusnaturalismo proseguía en lozana vida (Ya por esta última época habían sido felizmente superados los tiempos en que se miró como una manera de mirlo blanco al inefable y sabio doctor José Gregorio Hernández).

Mientras tanto, las buenas prácticas cívicas no contaban. La impiedad ocupó el puesto central en el programa de la cultura de los iconoclastas. Fulano era muy liberal porque atacaba a la Iglesia, mientras practicaba los métodos más reñidos con el sano liberalismo (A un ilustre liberal, de buenas letras y reputada fama, oí por 1932 explicar los métodos con que aseguraba en sus grandes

haciendas la disciplina del "peonaje", como dicen los oligarcas. Entre dichos métodos ocupaba el cepo sitio de excelencia). La libertad fue un mero supuesto para provecho egoísta. Libertad para pensar al antojo, mas no para admitirla como patrimonio del pensamiento ajeno. Libertad sin alteridad, que hizo de los pseudoliberales una manera de teólogos sin Dios, empeñados en defender la intangibilidad de sus dogmas. Este fanatismo demoledor terminó por desvestir de su contenido funcional a la propia idea de libertad y, en consecuencia, a las libertades públicas garantizadas en los instrumentos constitucionales. Cualquiera recuerda el pronunciamiento dogmático de la Academia Nacional de Medicina sobre la legitimidad científica de la teoría evolucionista.

De otra parte, se tomó la religiosidad como talante de beatos y de sacristanes; hasta miróse al hombre que públicamente manifestaba la fe católica como elemento ineficaz y peligroso en el orden social. Hacer notoria la piedad se juzgó cosa pueril y, en consecuencia, tonta. Al mismo tiempo, por un error de apreciación, la religión fue presentada desde el propio ámbito cristiano "como un moralismo, cuyo ideal parecía reducirse, para escribir con palabras de Charles Möeller, a reglas formales, universales, negativas, restrictivas y extrínsecas". La religión se enmarcó en un cuadro inmóvil y timorato, que subyace aún en el criterio asustadizo y cobarde de quienes, por no haber llegado a intuir la luminosa realidad de Cristo, ignora lo que significa la propia doctrina evangélica. A la par de estos timoratos, fueron tomados como representantes del mundo cristiano algunos sujetos de aparente beatería, que se valían y aún se valen del nombre de Cristo para avalar una detestable conducta, mientras se daba apelativo cristiano a una mayoría irresponsable, cuyo cristianismo se reduce a la misa del domingo y a bautizar a la prole. Se produjo, según palabras de Claudel, citadas por Möeller, una "división, que empezó por considerar a la sociedad como si estuviese formada por dos grupos opuestos: de un lado, los sabios, los artistas, los hombres inteligentes, los estadistas, los hombres de negocios, los hombres de mundo, todos los cuales aseguraban la inexistencia de Dios; de otra parte, los gazmoños, las viejas beatas, el arte de los viacrucis, la inepcia sofocante de los

sermones". Esta división ha durado entre nosotros hasta años cercanos, en los cuales, por un fenómeno contrario, se ha visto la perversa simulación de ideas religiosas con que iluminan su feria los detestables "hombres de orden" y con que ponen música a su farsa oportunista las llamadas "fuerzas vivas", que pretenden guardar los secretos del destino nacional y que avanzan hasta motejar de comunismo a todo cristiano que defienda los elementales derechos de la criatura humana frente a la absorción practicada por los poderosos.

Enhebrando de nuevo el tema de las causas del menosprecio en que cayeron los estudios clásicos, apuntaré que muy pocos han parado mientes en la responsabilidad que en el caso tiene don Cecilio Acosta, justamente nuestro último gran humanista del siglo XIX. Junto con su vertebración clásico-católica, don Cecilio gozaba de ideas progresistas. Ambientó don Cecilio su espíritu al rescoldo de ideas liberales tomadas en parte de la España de fines del XVIII, cuando Locke, Diderot y Montesquieu habían modificado la problemática absolutista del pensamiento peninsular, y en parte también de la fogata que universalizó la Revolución Francesa. Don Cecilio —apasionado de los dogmas del progreso— estaba también muy tomado por el fervor de la gran era industrial, abierta a la esperanza creadora del mundo. Miró por 1856 la decadencia en que se había dejado caer la enseñanza filosófica y literaria en la vieja Universidad, y fácil fuele juzgar que el momento reclamaba una orientación más práctica de la enseñanza. El manifiesto "Cosas sabidas y cosas por saberse" tiene su airecillo demoledor. En él aboga razonablemente nuestro amable humanista por la provechosa difusión de la técnica y aconseja, también, la eliminación de las disciplinas sin fines prácticos. Todos estamos con don Cecilio en lo que dice acerca de la imperiosa necesidad de difundir escuelas primarias y escuelas de artes y oficios. El extraordinario valor de éstas no contradice, en cambio la reclama, con una bien orientada cultura superior y media. Sin las aportaciones de ésta no sería posible hacer eficaz la enseñanza primaria. Primero se preparan los maestros. Después se juntan los alumnos. Antes que buscar lectores para los libros, precisa solicitar quienes los escriban e impriman.

Antes que obreros especializados, las grandes industrias reclaman ingenieros, químicos, electricistas de formación universitaria, que integren con los prestadores del trabajo la unidad constructora de la empresa. Las grandes ciudades industriales de Estados Unidos presuponen para su desenvolvimiento los laboratorios y las aulas de las venerables Universidades americanas. En aquellos años el mal latín y la filosofía anquilosada, que razonablemente enfadaban a nuestro admirable humanista, reclamaban una superación de métodos y no su abolición de los cuadros de la cultura y del progreso.

Lamentablemente, ciertos demagogos, que nada hicieron ni trataron de hacer a favor de las clases desasistidas económicamente, han renegado de todo "prius" que se otorgue a la cultura superior. Desarticulando su actitud, puede decirse que para ellos el pueblo no debería tener acceso a las Universidades. En nombre de un pueblo que ni entienden ni sienten, piden un rasero que baje y retenga las legítimas posibilidades de las clases sin fortuna, y de error en error han justificadò la supresión de la gratuidad de la enseñanza superior, por donde se reducen los caminos de nivelar hacia arriba las distintas clases sociales. Mientras más sea la sustancia de cultura que sirvan Universidades y Liceos de verdadera orientación democrática, mayores serán las posibilidades de que el pueblo alcance los niveles que le corresponden en justicia.

En los años que corren del 870 al 900 es necesario fijar la hora de los iconoclastas. De Luis López Méndez es del único que tengo algo en mi raquítica librería de peregrino. El artículo sobre enseñanza laica, publicado por 1887, asienta cosas tan disolventes como la que al azar copio: "La historia de la civilización está ahí para probar que la moralidad no aumenta sino por cambios en el mundo cerebral". En su artículo, López Méndez —ciudadano de honestidad cabal— recomendaba eliminar la moral cristiana para enseñar en lugar suyo una manera de moral estatista. De esos viejos polvos vienen los malos lodos en que se han atascado las instituciones libres. Con descristianizar la cultura y las raíces del Estado, sin haber creado ningún sistema de deberes que sustituyera los valores tradicionales,

prepararon la desoladora avenida que acabó con todo. En cambio, ¿qué nos dieron? Literatura amable y poco ejemplo. César Zumeta, cuya reciente muerte ha sido ocasión para que se le rinda el cálido homenaje debido a sus extraordinarias dotes literarias, nos regaló con un admirable estilo y con una rebeldía abortiva. Sus panfletos de principios de siglo entusiasmaron a los jóvenes. Sus escrituras, tan contorsionadas como de quien pregona semejanzas entre León XIII y Voltaire, fueron aplaudidas por la gracia arquitectónica del estilo. Luis Correa, a la hora de ser recibido Zumeta en la Academia de la Historia, llamóle el Condestable de nuestras Letras. Mas, cuando el condestable Zumeta pudo ayudar al progreso y a la vivificación de las instituciones civiles, contribuyó, por el contrario, a la ruina de la idea constitucional, en postura semejante a la de Gil Fortoul o Laureano Vallenilla Lanz.

¿Cuál fue la contribución práctica a la vida cívica de Venezuela que prestaron los hombres de la generación de Zumeta? Si se examina su obra con ojos serenos, se ve que, a pesar de haber profesado el "absurdo conformismo anticonformista de la juventud", a que alude Cocteau en su reciente discurso académico, dejaron un nivel inferior al nivel que ellos hallaron. Destruyeron sin crear. "Adoptaron, como escribe Pedro Emilio Coll, posiciones de reformadores y de insumisos a las reglas tradicionales", que, sobrepasando la moda literaria, rompieron valores de finalidad constructiva. Criticaron y adversaron el mundo político de su juventud; mas con su propia conducta madura contrahicieron lo que habían condenado. De muchos de ellos podría decirse lo que Joung ha escrito respecto de los iconoclastas ingleses: "Han creado un mundo de conejos hipnotizados por las serpientes y dominado por el sentimiento de la perplejidad". Esto se robustece con una circunstancia simplísima: ¿Puede tomar la juventud a alguno de esos famosos iconoclastas como arquetipo indiscutido? ¿Sirven integralmente sus ideas y su conducta para construir algo perdurable en el orden del pueblo? ¿Dónde está la República que los iconoclastas limpiaron de fantasmas? ¿Por qué nuevo valor sustituyeron el "temor a Dios", que tanto desagradaba a López Méndez como móvil de conducta social? ¡Ah, vano espejismo!

Renegaron la religación con la Divinidad, para fomentar inconscientemente, so color de libertad y de racionalidad, los vergonzosos ligámenes y los temores espantosos que llegaron a destruir la más pura esencia de la República. Llevados por el más grosero empirismo materialista, despoblaron el reino de los valores de todo lo que escapaba a la medición positivista y se aferraron a lo instintivo valorable en hechos. Negaron el respeto a los antiguos dioses y se inclinaron reverentes ante la teología rupestre que dormía en las selvas donde experimentaban los sociólogos. Los caminos de la sana lógica fueron sustituídos por el tabú de la brujería primitiva, y sobre el discurso sereno de la justicia, que se apoya en lo racional, se aconsejó el culto ciego de la fuerza, como expresión de cercanía a la realidad orgánica. En un orden simplista, negaron la cultura y adoptaron el inmovilismo como norma de conducta social. "¡Nada se puede contra la fatalidad!", fue la conclusión desvergonzada de quienes se sintieron satisfechos con una realidad aprovechable y cómoda, que asegura el triunfo del menor esfuerzo.

El examen de nuestra cultura rococó de fines del 800 y principios del siglo XX lo está pidiendo a gritos nuestro país, para fijar en sus debidas proporciones la responsabilidad de un destino, cuyo desvío frecuentemente se imputa a sólo la aventura de los hombres de fuerza, únicos responsables, según un criterio simplista, de la ruina de las instituciones. Si se mira a mejores luces el problema, ¿no han sido los mentores civiles y los presuntuosos personeros de la oligarquía capitalista quienes en cada turno han empujado a los caudillos militares y a la gente de cuartel hasta la peripecia del alzamiento y del golpe de Estado? El movimiento guerrero de mayor contenido principista que recogen los anales de las guerras civiles, ¿no fue provocado por el error continuista de un magistrado civil? Urge ir a fondo en este análisis de valores y contravalores, cuya glosa cabal puede ayudarnos a mirar la razón de gran parte de nuestras dolencias sociales.

Precisa dar un nuevo sentido a la Universidad para que pueda realizar su indesviable quehacer en el marco de una fecunda crítica

constructiva. La cultura de superficie ha sido y sigue siendo nuestro fardo más pesado. La carencia de principios normativos es nuestra falla peor. Como pueblo y como individuos pensamos y obramos sin cuidarnos de consultar nuestro deber. Todos los órdenes de las actividades sociales —artes, ciencias, política, comercio— están presididos por el signo de las albricias, que empuja a la quema de las etapas. A veces pienso si en realidad constituímos una verdadera comunidad. ¿No produce acaso nuestra conducta el efecto sombrío de que no hubiésemos superado aún el individualismo anárquico del yo, del tú, del él, negados, en consecuencia, a la realización fecunda de un nosotros como deber moral cargado de todos los frescos y fecundos valores de lo humano? Nuestra falta de responsabilidad y de solidaridad cívica tiene su razón última en la ausencia de alteridad que acondiciona los juicios sociales y sobre la cual descansa la fuerza de los valores jurídicos. Espanta mirar cómo apenas a la hora de la final desesperación venimos a sentir el reclamo tardío de una solidaridad, que espera el indesviable zarpazo del león, para hacernos reflexionar sobre la necesidad de deponer baldías diferencias, como ocurrió a los caballos tunecinos apologizado por el Conde de Lucanor. Ya Solón hablaba de que el espíritu de justicia sólo existe en comunidades donde los no perjudicados se sienten tan lesionados como las meras víctimas del daño. Mientras en Venezuela no se modifique esta manera de mirar la relación intrasocial, proseguirá impertérrito el reinado de la arbitrariedad y de la angustia, no arbitrariedad en el sentido de una abusiva discrecionalidad del poder público, empero como expresión de un prurito de considerar indiscutible la opinión propia, ya en literatura, ya en política, ya en materia religiosa o científica.

En relación con la enseñanza del Derecho, cuya teoría mira a los problemas filosóficos de la justicia y de la ley, ¿se ha preocupado la Universidad por crear de verdad en sus doctores una conciencia de juristas y de filósofos? ¿Ha mirado la problemática de la Facultad a algo más que a la formación de profesionales y pleitistas? Tan desprovistos de sentido responsable han salido de la cátedra algunos doctores, que para el arbitrario y poco serio escogimiento de padrinos para las promociones se pensó alguna vez en tomar por

nombre el de un abogado alegre que aseguraba por recompensa un fastuoso sarao a los estudiantes. En todo el ancho campo de la deontología profesional se han olvidado los principios de la fundamental normatividad, por donde ha sido fácil ver médicos dedicados a la práctica de la dicotomía y del aborto y a ingenieros que firman cálculos entusiastas para beneficio de amigos interesados, mientras en el territorio de las ciencias jurídicas el problema ha llegado a adquirir resonancia extraordinaria y vergonzosa. Se ha visto a universitarios con título de doctores en Derecho hacer la apología entusiasta y semi-histérica de situaciones de hecho que anulan y destruyen los más puros y nobles principios de la legalidad. En los gabinetes y en el consejo privado, fácil ha sido a los pseudo-juristas dar acomodo "legal" a las más abarrancadas peripecias de la violencia, y cuando se han visto obligados a aconsejar un teórico respecto hacia situaciones cargadas de juridicidad, han rubricado su adhesión al déspota con frases como ésta: "Yo no le veo al caso salida legal, pero cuente conmigo para lo que resuelva". Después de este regüeldo, han regresado felices y estirados al tribunal donde imparten justicia y a la cátedra donde explican el poder de las leyes. En el libro y en el periódico no han tenido, tampoco, escrúpulo alguno para urdir sofismas por donde pudieran aparecer legalizados los hechos más vergonzosos contra las propias leyes cuya defensa juraron al recibir el título.

A los profesionales del Derecho corresponde, por gravedad de disciplina, la orientación de la conciencia jurídica del pueblo. Si en verdad el despotismo interfirió durante largos períodos el pleno desarrollo de las categorías cívicas, en cambio, el recato de la cátedra ha debido permanecer fiel al principismo, tanto por el significado de la enseñanza como por la ejemplaridad del comportamiento profesoral. De la Universidad es forzoso que salgan bien armados los juristas a quien toca dar acento decisorio al diálogo de los ciudadanos con los agentes del Poder. A ellos corresponde una misión semejante a la de los guardagujas que enrumban la marcha de los trenes. Por lo tanto, la Universidad ha de velar porque sus enseñanzas transmitan sentido y capacidad de orientar a la comunidad. Junto al humanismo erudito, está obligada la

Universidad a crear un humanismo vivo y vivificante, es decir, una corriente activa de comprensión, que haga sentir al alumnado la excelencia de los valores intersubjetivos y, por tanto, la necesidad de transportar al mundo de fuera la solidaridad y la mancomunidad que la Universidad promueve como uno de sus quehaceres indeclinables. La naturaleza de sus estudios, al superar en los estudiantes de Derecho la intuición cívica, ábreles, además, la ruta para ser en lo futuro los obligados dilucidadores de las razones normativas de la sociedad. En el debate de la justicia con el error que intenta torcerla, es al jurista a quien corresponden las respuestas decisivas.

Todas estas razones obligarían a la Universidad a producir juristas y filósofos del Derecho más que abogados. Los abogados se truecan con frecuencia en enemigos eficaces del Derecho. Han llegado algunos a convertirse en enemigos del pueblo y de la nación. Los abogados, comúnmente, olvidan la admirable enseñanza que nos legó Gentile al declarar la "identidad de Derecho y Moral en la vida concreta del espíritu". En un mundo formado a la luz de ideas cuya resonancia supere el vulgar interés, sé haría más fácil el escogimiento de las normas que den perfil austero a la conducta social. A eso ha de tender la Universidad. Su fin es juntar y moldear hombres más que fabricar profesionales. Cuando las Universidades tuvieron un carácter clasista, pudo pensarse que su misión estuviese reducida a la formación de sabios que, en actitud señera, pensaran por los pueblos. Manteniendo su tradicional misión de abrir caminos a la sabiduría, las Universidades han alcanzado, también, rango catalizador en el área de la química social. En ellas dialoga y pregunta una juventud pletórica de ensueños, a la vez procedente de los más diversos rangos y de los más opuestos vientos de la geografía social. Frente a jóvenes de estirpe varia, a ella compete la función de estimularles la posibilidad de que conquisten una auténtica dimensión de lo humano, en cuya inteligencia ganen el deseado equilibrio la libertad y el deber. Alcanzadas estas playas de bonancible reposo, las nuevas generaciones se salvarían de caer en la filosofía de la angustia, con sus derivaciones sartrianas a que ha sido empujado el hombre presente. La Universidad debe ayudar a

los jóvenes a construirse una conducta. Si ayer esta labor fue negada y traicionada, precisa hoy llevarla a la más vigorosa autenticidad. Así la hora sea por demás difícil, la Universidad debe dar a la juventud luces que orienten su derrotero en medio de la profunda oscuridad de la hora terrible de un mundo arruinado por la propia inteligencia. Un retorno a las Humanidades —lógica, ontología, letras clásicas, metafísica— pudiera hacer que las venideras generaciones se desvistan un poco la presuntuosa pompa y, con sentido de humildad generosa, miren más hacia la deficiencia colectiva. Con las buenas letras surgiría posiblemente un ansia de sabiduría. La inteligencia no atina muchas veces a diferenciar los caminos de Dios de los caminos de Satán. Los caminos de la verdad de los caminos de la mentira. La inteligencia tiene aún luz mundanal. La sabiduría ha superado, en cambio, todo reclamo sensual. La inteligencia frecuentemente confunde el placer, individualista y embotador, con la alegría, altruista y luminosa.

Tema apropiado para ilustrar la meditación presente, me lo ha proporcionado un hermoso artículo del ilustre dramaturgo y académico Joaquín Calvo Sotelo. "La madurez, escribe, ha desterrado ya de mí las últimas supervivencias juveniles de aquellos tiempos en los que, ingenuamente, abría la boca como un bobo ante el doctor y pasaba, sin parar atención alguna, junto al que era nada más —y nada menos— que un hombre bueno". ¿No puede la Universidad, pregunto yo ahora, formar, junto a hombres doctos, hombres también buenos? ¿Existe, acaso, incompatibilidad entre la inteligencia y la bondad? ¿No será posible añadir algún ingrediente propicio al calificativo bueno que se aplica a los profesionales idóneos? Buen abogado, buen médico, buen ingeniero son conceptos que miran a la capacidad científica y a la habilidad profesional del titulado. Nada predican, en cambio, de la bondad específica que pueda acompañar al ingeniero, al médico o al abogado, por cuanto esta bondad tiene atingencia con una dimensión que sobrepasa el reino de valores de las ciencias. La bondad de los "hombres buenos" no depende de la eficacia de la técnica sino de la manera de repercutir en ellos lo que Schleiermacher llama la "comunidad eterna de los espíritus". Estos hombres que, a pesar de su poco

brillo, son el verdadero soporte de las sociedades, han abrevado en otra clase de vertientes. Han puesto ellos a funcionar lo humano sobre el reclamo concupiscente de la vida diaria. Estos hombres, en fin, se han negado a practicar el divorcio maquiavélico de la Moral y del Derecho. Para ellos, su conducta de afuera mira a las leyes de su mundo de adentro. Son para estos hombres los ordenamientos positivos parcela apenas, con sanción pública, de la ley moral que gobierna todas las acciones humanas. En nombre de esa ley moral, grabada en la propia naturaleza racional del hombre, tienen ellos voz para alzarse contra el proceso que mira en la eficacia de la fuerza el apoyo de todo derecho. Estos hombres buenos no necesitan que se les señale el articulado que sanciona en el orden externo una acción incorrecta, para, ante el temor, dejar de realizarla. Estos hombres cumplen su deber sin pensar ni en penas ni en premios.

Cuando un falso rigor racionalista dividió en dos el área de las acciones humanas y atribuyó a la moral una simple sanción en el ámbito de la interioridad, entonces se asestó un golpe tremendo al orden de la sociedad. ¿Qué pena es esa que funciona apenas en el fuero interno? En el campo de lo religioso, único donde tiene posibilidad, se confundiría con el reato que en la conciencia deja el pecado; mas en el territorio de los hechos sociales, ¿qué sanción corresponde a las violaciones de la ley moral no tomadas en cuenta por los ordenamientos positivos? ¿Bastaríales con el problemático remordimiento de una supuesta conciencia sin contenido de humanidad? ¿Dónde se sancionan las transgresiones al grupo de normas amables que hacen la hombría de bien, la amistad, la consecuencia familiar, la circunspección en la palabra dada? Rota la vieja armonía entre las "dos hermanas inmortales" —la moral religiosa y la moral filosófica—, ¿cómo lograr que el imperativo de la ética laica se haga sentir en el orden de la vida práctica? Quizás en este campo huidizo e inasible radica la inconsistencia de toda nuestra conducta social. Donde no funcionan por sí solos los valores sin trascendido positivo en el orden de la pena, ahí impera un caos, al cual se intenta en vano poner freno por medio de sistemas tan cargados de peligrosidad para la vida del espíritu, como los de "la higiene mental" y "la moral social", propugnadas por el profesor

Hesnard, con aparente afinco en viejas normas de moralidad, pero, en cambio, conducentes a la disolución de toda verdadera moral.

En el territorio de la realidad, cuando ciertos hechos cargados de inmoralidad no alcanzan categoría delictiva dentro del lineamiento de las leyes penales, se convierten en comportamiento desprovisto de sanción condigna. En el caso del traidor, pongamos de ejemplo, a quien sufre la traición quédale apenas como recurso defensivo y como testimonio de reacción ante la ofensa recibida, el dar por deshecho el vínculo que uníale con el antiguo amigo; en cambio, la colectividad de que forman parte ambos, es decir, los amigos comunes de víctima y traidor, proseguirán rindiendo a este último las mismas consideraciones de antaño, por si no las suben, en razón de los posibles "méritos" que haya podido derivar de su pésima conducta. He tomado el ejemplo del traidor, no porque tenga la memoria poblada de figura de traidores, sino por ser el más común de los casos que ofrece la vida diaria. Citar todas las fallas en que pueda caer la conducta impune de los hombres, sería como reconstruir un trozo del Infierno dantesco. La indiferencia para sancionar el comportamiento de quienes destrozan las elementales normas éticas, que son sal y gracia de la diaria relación social, ha terminado por crear un clima de tolerancia para el transgresor, que anula a la postre los valores prácticos de la misma justicia legal. Una colectividad que no reacciona por sí sola en el terreno general de lo privado, ante la pública conducta incorrecta —mas no culposa en el radio de la penalidad— que observen sus componentes, acaba por destruir las defensas que la ayudarían a conservar la integridad sustancial. Colectividad e individuos caminan hacia su propio suicidio, como los alegres sibaritas que lentamente van aumentando la dosis de los estupefactivos por donde suben al deleite de sus paraísos artificiales. Tampoco juega en el presente caso la idea farisaica de una moral rubriquista y de ciego alcance, frecuentemente proclamada por los simuladores de conducta, y cuya aparente sombra protectora arruina al final toda moralidad. La flexibilidad, en cambio, de ciertas normas ayuda, como dice Peguy, a dar más exactitud y mayor severidad a los principios morales.

En el examen de la crisis que padece nuestro pueblo pocos dan la debida importancia a la abolición casi absoluta de las reacciones de tipo moral. Los principios éticos fueron arrinconados con los muebles inútiles de las abuelas escrupulosas. A escobazos fue echada la moral de entre los ingredientes esenciales para la vida de la nación. En el orden de los valores, se la miró como simple patrimonio de la retórica. Se llegó sobre esas bases al extremo de reducir las artes a un mero valor en sí, por donde la norma del "arte por el arte" justificó los más graves desvíos. Vuelto, en cambio, el problema sobre la interioridad personal, tropezó con el funesto dilema que magistralmente planteó Kierkegaard cuando dijo que el hombre que vive estéticamente es el hombre accidental, que se imagina a sí mismo perfecto, mientras el hombre que vive éticamente, obra para "el hombre" en sentido de totalidad y de creación.

Hubo tiempos en que las escuelas de Venezuela enseñaron normas de moral. Todavía en la enseñanza primaria se piden temas de "educación moral y cívica", cuya difícil explicación hace que profesores y alumnos pasen sobre ellos como por encima de ascuas. ¿Qué puede, en realidad, predicarse de civismo en un país sin conciencia de altruísmo? ¿Qué moral podrán explicar maestros dedicados a adiestrar a sus discípulos en el secreto eficaz de la prudencia y en la eficacia del orden impuesto? Buen sistema para crear "niños quietos y naciones infecundas", empero no para formar ciudadanos. "Hay veces —escribe un avisado educador— en que precisamente el régimen escolar erige una imponente barrera que evita el que los jóvenes sean educados". Salen, pues, de las escuelas desprovistos nuestros jóvenes en todo lo que dice a educación moral y, en casos frecuentes, con la moral distorsionada. ¿No se ha hecho práctica aconsejable para granjear seguridad y méritos, que los alumnos delaten al maestro la conducta de sus compañeros? En el edificio iniciado por estos falsos educadores, nada hallarán de positivo la Universidad y el Liceo; encontrarán, por el contrario, un conjunto de vivencias anárquicas y egoístas, que contribuirán con lamentable eficacia a hacer nula la obra encomendada a los nuevos centros educativos.

Tras las diversas peripecias sufridas por la Universidad en Venezuela, el observador imparcial se ve colocado ante un panorama de perplejidad. ¿Puede la Universidad ayudar a moldear al hombre venezolano, según el sentido positivo que reclama el porvenir inmediato del país y que impone la nueva visión del mundo? Si el problema se plantea desde el punto de vista material, cualquiera concluye por aceptar las posibilidades en que sobreabunda nuestra Universidad para la formación de científicos y de técnicos. El material requerido para aguzar las investigaciones y adiestrar ojos y manos en la problemática, pongamos por caso, del mundo electrónico y cuantístico, está al alcance de las disponibilidades del Estado. Pero si el cálculo infinitesimal, digamos, gana posibilidades extraordinarias con la ayuda del instrumental cibernético, el espíritu, en cambio, deriva poca cosa de un adelanto técnico, cuya interpretación materialista lleve a destruir las conexiones lógicas entre la naturaleza y el reino de los valores. Ese hombre bueno, ese abogado bueno, ¿es capaz de formarlos una Universidad privada de las luces de una antropología que mire a la totalidad de los valores del hombre? ¿Hay en ella sedimentación deontológica suficiente para crear en los profesionales una conciencia que apunte más allá del buen éxito del pleito o del brillo de la investigación microscopica? ¿Se vive en nuestra Universidad un clima ético que le permita cumplir su clásica misión de unir y de levantar la función humana? ¿Suministra, acaso, nuestra Universidad una actitud moral donde puedan cobrar fuerza, según el requerimiento de Fichte, el deber y el mandato que suplan la obra de perfeccionamiento confiada a los factores religiosos, ya que a éstos se les niega participación en el orden formativo superior? ¿Poseen nuestras aulas ímpetu para ayudar a la creación de los nuevos contenidos que han de animar a nuestra cultura en transformación? ¿Tiene nuestra Universidad reservorios propicios para servir a la causa de la unidad espiritual de un pueblo destrozado en su conjunto y en sus partes por la mayor crudeza a que pueda llegar la aventura pública? ¿Servirá el andamiaje de sus cátedras para construir un espíritu nacional, no en el sentido de la huera agresividad con que muchos quieren dar falso contenido a las palabras patriotismo, nación, integridad, sino en la plenitud

creadora de valores enderezados a la comprensión final de la universalidad? "No desde abajo —enseña Scheler—, de la materia y los instintos; sólo desde arriba, del espíritu, del amor y de Dios puede proceder la unidad".

Baldío se haría el discurso del catedrático si el estudiante no se prestase a ganar y a acrecer la fuerza de la palabra recibida. La vieja Universidad del medioevo colocó a maestros y a escolares en un plano de intercambio convivente, por donde se hacían fácil la "universitas", la "humanitas" y la "pietas", que informaban el sentido profundo de la relación social. Es de suyo fácil diagnosticar las carencias que afectan a un cuerpo docente influído en su mayor parte por el oficialismo. Para el estudiante de conciencia independiente, la mayoría de las cátedras actuales de la Universidad venezolana constituyen una suerte de estrado, en el cual contradice la timidez y la lentitud de la palabra del catedrático con la rapidez de pensamiento de jóvenes anhelantes de hallar los juicios verdaderos que debieran llenar el vacío de la envoltura lingüística de las proposiciones presentadas. En la penumbra de la actual Universidad se desarrolla un duelo perenne y silencioso entre el pensamiento de un estudiantado anhelante de riego para sus ideas autonómicas y la reticencia de programas inspirados por una concepción inerte de la normatividad social.

En la lucha del momento, el joven venezolano se siente desasistido dentro de su propia Universidad. Desasistido y contradicho, a punto de que llega a cifras alarmantes el número de estudiantes que han buscado en Universidades extranjeras las garantías que les niega nuestra Alma Mater. En las Universidades nacionales apenas halla el estudiante en actitudes semi-furtivas el grumo capaz de aglutinar su esfuerzo hacia la creación del sentido comunitario que por gravitación social buscan los hombres que pertenecen a una misma generación o que sufren una idéntica distorsión en su destino. Como excepción que salva el sentido magistral de lo universitario, se cuentan discretos profesores que insisten en explicar rectas razones y que se empeñan en repetir palabras de auténtica orientación espiritual. Recia, empeñosa, abnegada labor, de quienes defienden débiles luces en medio del azote de implacable tormenta.

A pesar de que no lo indiquen los propios programas, la juventud comprende la urgencia de agregar algo de distinto alcance a la técnica y a la experiencia científica. A la cultura adquirida en la cátedra, ha de sumar, valida en su generosa intuición, la humanidad vivida en lucha silenciosa. Sabe nuestro estudiante que su vida ha de ser lucha constante contra el vicio mostrenco. A la lógica, a la antropología, a la ontología, a la preceptiva del curso oficial, precisa añadir el indispensable aliño de su reflexión sobre el humano destino que le corresponde cumplir. Se le ha aconsejado más de una vez la conveniencia de vivir la política en forma de actividad dominadora. Otros, a su modo, le recomiendan la inhibición ante problemas que entrañan la propia vida de la sociedad. La política, en cambio, ha de vivirla como disciplina humana que le prepare para el cabal desarrollo de la personalidad. Más que fórmulas y medios de ganar la carrera de la influencia, los jóvenes necesitan instrumentos espirituales que les ayuden a resistir el mal Poder. Tanto como ejercitados para la lucha por los derechos, han de sentirse duros, recios, acerados en lo que dice a la inteligencia del deber.

En el marco universitario los jóvenes han de capacitarse para asumir mañana la rectoría de un país, cada vez en trance de mayor crecimiento físico —diez millones será nuestra población en 1970— y cada vez más amenazado en su interioridad moral. Buena escuela es el dolor para el pulimento de la personalidad. Tanto para el hombre en función personal como para la comunidad en función pública, los reveses sirven de escuela y de contraste. Lo que la Universidad no les dé espontáneamente, los estudiantes responsables deben lograrlo por medio de una terca insistencia. Si es pobre y flaco el ejemplo inmediato, con buscarlos sabrán hallar modelos a los cuales referir la conducta, y cuando no aparezca en la inmediatez social el arquetipo deseado, basta entonces con desarticular el contratipo y examinar *contrario sensu* el sistema de valores. Experiencia difícil y penosa, pero de efectividad indiscutible. Valorizar la virtud por medio de una reducción que vaya hasta la intuición de la esencia humana oculta en los propios portadores del vicio, para de nuevo ver cómo trascienden libremente los valores positivos. Tal vez el resultado de esta crítica esté aún más

cargado de posibilidades, por cuanto con ella se plantean ecuaciones que ponen en resalto la fuerza corrosiva de los contravalores.

Una fecunda reflexión sobre la vacuidad del éxito fácil y concupiscente, sirve en estos menesteres de buena aguja de marear. Al desvestir a los afortunados del momento el oropel que les ofrecen las circunstancias, irían apareciendo las endebles estructuras internas y se conocerían los caminos tortuosos por donde les llegaron fortuna, honores, influencias. Al éxito bastardo, que en su precipitación quebranta los más delicados nexos, los más respetables compromisos, las obligaciones y los deberes más sagrados, la juventud debe oponer el éxito legítimo que reclama moderación, estudio, paciencia, humildad y respeto. El éxito severo, como corona de una conducta honorable, y no el éxito festivo, como fruto de una aventura realizada sin reflexión.

Al joven venezolano, como ya lo apunté en anterior ensayo, corresponde realizar un esfuerzo ciclópeo para poder instalarse en el plano de responsabilidad que le incumbe en el orden de la cultura. Así se mueva en un ambiente de aparente sosiego, su momento es de lucha y desacomodo. Desacomodo y lucha que por nada aconsejan el cultivo del odio y el ejercicio de la venganza. Los altos fines de la cultura imponen un acondicionamiento social que dista descomunalmente de la realidad que le circunda. Contra el odio pide comprensión, contra la venganza aconseja el perdón, contra la violencia recomienda la serena meditación. Con nuevas palabras de Fichte, apuntaré los supuestos requeridos para la conquista de los niveles éticos. "Ante todo, dice el maestro alemán, han de estar sólidamente cimentados el estado pacífico de legalidad y la paz interior y exterior; ha de haber empezado el imperio de las buenas costumbres".

Al estudiante venezolano tócale un peligroso desdoblamiento, que llega a impedirle su propia concentración en las aulas. ¿Puede pedirse a jóvenes fogosos, idealistas, sin contaminación pecaminosa alguna, que se conviertan en rígidas estatuas salobres, ante el drama secreto y sombrío que se desarrolla más allá de la aparente paz? La

politización de la juventud es producto espontáneo de una inquietud, que tanto es problema cívico como problema de biología; empero, la orientación de esa inquietud debe mirar más a la unidad de los factores positivos que al parcelamiento de la acción dentro de las colectividades que libran a su modo la batalla de la política. Unidos bajo el signo de una responsabilidad que emana de saberse los inmediatos portadores de la cultura nacional, su obra se hace más recta y promisoria. Como escribí en el ensayo "Problemas de la juventud venezolana", al estímulo de la vocación de Poder urge anteponer el estímulo de una vocación de resistir los males del Poder. La fácil palabrería del ataque inútil, dentro del esfuerzo endeble de la venenosa demagogia, reclama ser sustituída por una metódica meditación sobre los alcances creadores y unitivos de lo humano.

Cabe preguntar cuál sea la naturaleza de ese deber llamado a fijar perfiles determinantes a la conducta del joven venezolano. Junto al alcance valorativo de los supuestos morales y culturales que informan y guían la vida de todo hombre y de toda colectividad organizada, precisa, también, una manera de teoría que valorice lo venezolano. Para el caso, es obligatorio fijar el significado de nuestra propia Historia y de nuestra misma posibilidad geográfica.

Ya he asentado que ser venezolano no es ser alegre vendedor de hierro y de petróleo. Menos aún, ser comprador de cuantos automóviles perfecciona la industria de Detroit. Ser venezolano implica un rango histórico de calidad irrenunciable. ¿Cuál es ese rango? ¿Hacia dónde apunta la intencionalidad creadora de lo venezolano?... En el orden de la Historia sería necesario descombrar las capas que se han venido sucediendo desde los comienzos de nuestra vida civil.

Como comunidad humana nos fijamos en el Nuevo Mundo en razón de un recio proceso de trasplante y de confluencia. De España, de Africa, y de la propia geografía americana proceden los ancestros que dieron forma y sustancia a la sociedad pre-republicana. Nuestro mundo —lleno de sol y rico en posibilidades

creadoras— transformó los elementos antiguos, hasta hacer del viejo venezolano un tipo social de marcadas características. "No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos", dijo Bolívar a los diputados de Angostura. Y para ampliar un concepto, en el cual se mira a la legitimidad de los derechos históricos y geográficos de la colectividad americana, luego agrega, en el orden de la antropología física: "Nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte; más bien es un compuesto de Africa y de América que una emanación de Europa, pues que hasta la España misma deja de ser europea".

No somos europeos, no somos indios, tampoco somos negros. En la alquimia de la sangre y del espíritu americano se han juntado razas y estirpes diversas, por donde nació el mestizaje que forma el substrato antiguo del pueblo venezolano. Sobre ese viejo substrato —alterado durante la República, y posiblemente mejorado, en gracias de cruces con nuevas sangres acudidas del Viejo Mundo—, gravitaba a la hora de la emancipación un conjunto de valores de la cultura, en cuyo nombre nuestros Padres realizaron la extraordinaria proeza republicana. Del mismo modo como la unidad geográfica había sido fijada durante el dominio colonial, los demás soportes sobre los cuales gana consistencia y fisonomía continua el mínimum determinante de la nacionalidad, venían, también, del hondón de la Historia. Por lo tanto, es de imperio comenzar a buscar en aquella realidad los elementos que ayuden a fijar los perfiles esquemáticos de una posible teoría de lo venezolano. Los anti-historicistas, que todo lo dejan a la festiva peripecia del momento que corre, con negar la validez fundamental del ámbito temporal como elemento constitutivo de la nación, destruyen la fuerza que da mayor colorido y vida más intensa a los demás supuestos del Estado. Mi posición es totalmente contraria a aquel alegre sistema de juzgar la problemática nacional. Creo en el significado profundo de los valores que arrancan de la Historia su razón de ser. No creo en la Historia nacional como fuente de romántica complacencia; juzgo, en cambio, con sentido jaspersiano, que sus datos, como espejo del hombre, nos ayudan a conocernos a nosotros mismos en la riqueza de "lo

posible". Cuando Bergson explica que el paso de la creación por el presente representa un cambio de ser, no llega a negar la esencia que cambia, por cuanto el pasado fue un antiguo futuro y el futuro apenas es un pasado para después. En el orden de esa incesante creación, hay un supuesto esencial que correlaciona las oportunidades y las subordina, aun para definir la forma del "ser" que asumen las cosas en cada "presente". En el campo de la Historia de los pueblos es imposible futurizar sin juzgar el alcance y la dimensión de los futuros que ya fueron.

Tomando, pues, desde atrás el aire histórico, fácil es comprender que la revolución separatista carece de los rasgos catastróficos que algunos románticos le atribuyeron; después de un cabal análisis histórico, se ha llegado a verla, en cambio, como el clímax de un proceso cuyos hilos arrancan de madejas ubicadas en planos con profunda perspectiva de tiempo. Algunos causalistas remontan hasta la propia aventura de Lope de Aguirre la explicación del germen separatista americano. En un orden filosófico puede llegarse aún hasta a decir, como yo lo he sostenido, que la tesis anticolonista comenzó a trabajar a boca del siglo XVI, en el mero discurso de quienes expresaron ideas de justicia y de equidad frente a la rapacidad de algunos conquistadores. La tremenda y, a la vez, esperanzada coexistencia del bien y del mal en el proceso de la vida del hombre, obliga a tomar por buenas las reflexiones de quienes se detienen a dar tanta profundidad en la jornada antigua a la huella melífera de Martín Tinajero cuanta se da al caminar enérgico y destructor de Diego de Ordaz y de Juan de Carvajal. También ha sido colocada "ad limina" de la rebeldía nacional la jerigonza del Rey Miguel, tomada al efecto como testimonio de un ímpetu encaminado a romper el yugo de la autoridad. Del primero, es decir, del gesto de Aguirre, han hecho cata y cala todos los historiadores. Se le ha fichado como expresión del arranque agónico del hombre español, echado a la aventura de las Indias con un sentido de superioridad de pueblo más que de personero de la lejana soberanía aposentada en el Monarca. También se le ha considerado como testimonio de la distorsión psíquica que caracterizó al aventurero del siglo XVI. La peripecia del Rey Miguel cae en otro tipo de

apreciativa. Aguirre quiere enseñorear con menosprecio de la autoridad metropolitana; Miguel se rebela contra el orden doméstico que le somete a esclavitud y busca, en consecuencia, la formación de un gobierno que garantice a él y a los otros negros la libertad gozada en el Africa remota. Hecho a mejores luces el estudio de las masas esclavas transportadas a América, se ha dado con reyes destronados por la voracidad esclavista de portugueses y de ingleses. ¿Fue Miguel alguno de ellos? No sería aventurado suponerlo; mas, rey o no de origen, su aventura mira al cuadro de la libertad personal más que a la persecución de un sistema con densidad política.

Pese a estas manifestaciones iniciales, a las muchas señales de rebeldía y a los continuos empeños autodeterminativos que se abultan durante los siglos XVI y XVII y a principios del XVIII, yo miro de mayor lógica fijar una zona más inmediata a la República como campo explicativo de los hechos culminantes del proceso que desembocó en la independencia.

Conforme a la terminología usada por Karl Jaspers, me atrevería a llamar tiempo-eje de la Historia nacional el espacio corrido entre 1777 y 1830, con énfasis profundo en las ocurrencias de 1820. En el decurso que separa la fecha de concesión de la Cédula de 8 de septiembre de 1777 y la aceptación por España del hecho de nuestra separación y de nuestra constitución en república soberana (noviembre de 1820), se desarrollan acontecimientos de trascendencia y densidad permanentes en el radio de la nacionalidad, a los cuales han de volver la mirada todos los que estudien nuestra formación de pueblo. En la década siguiente —tiempos heroicos de Carabobo, de Junín y de Ayacucho— la libertad llega a su ápice, se desarticula a la vez la unidad de Colombia y vuelve Venezuela a sus viejos contornos territoriales pre-republicanos.

Venezuela torna en 1830 a la geografía humana que había cuajado durante el viejo régimen. La criatura rechaza la forma nueva, por muchos acusada de artificio, y rebusca los signos de la primitiva vida en la matriz colonial. Con la aparición de Colombia pareció dominada la vieja tendencia cantonalista, de prosapia aún peninsu-

lar, y la cual se había hecho presente en las disputas jurisdiccionales de 1811, en Caracas y Valencia, y de 1821, en el Rosario de Cúcuta, y cuya reaparición adquirió caracteres funestos en las ocurrencias de abril y de mayo de 1826, en Valencia y en Caracas. Con estos hechos se inició el proceso desintegrador de Colombia, mirada y creada por Bolívar como baluarte y garantía de la independencia del continente y como estación de un proceso integralista, encaminado a hacer más robustos los lazos de la soñada confederación de naciones hispanoamericanas (la "Colombeia", de Miranda). Adulterado en su práctica actual este noble pensamiento de nuestro Libertador, se presenta a Bolívar como patrono del panamericanismo monroista, que defiende y sustenta el Departamento de Estado norteamericano.

Desde 1777 en el territorio actual de Venezuela existe una unidad social, con contenidos políticos uniformes. La desarticulación antigua había cedido a favor de un poder unificador, personificado en las autoridades de Caracas. Dicha unificación coincidió con la centralización de las Cajas reales de las diversas provincias y con el inmediato desahucio del monopolio de los guipuzcoanos y la consiguiente concesión de libertad de comercio.

El desarrollo económico de la provincia había contribuído a la formación de una burguesía poderosa, en cuyos planes de natural expansión figuraba un deseo de participar en los problemas de gobierno. En los inicios del movimiento, esta clase más pensó en autonomía que en emancipación, y, a causa de esta posición restringida, se mantuvo indiferente y reacia ante las actividades de José María España, en 1797, y de Miranda, en 1806. Para echar a la luz las actividades que la llevaron a abrazar la causa de la independencia, esperó a que los sucesos de 1808 ofreciéranle oportunidad de discutir sobre planos de legalidad el problema de sus derechos autodeterminativos.

Huelga volver aquí sobre el manoseado tema de la expansión de las ideas liberales del siglo XVIII, tanto llegadas a América a través de voceros españoles, cuanto en gracia de la divulgación entusiasta de los principios de la revolución de las colonias inglesas de

Norteamérica y de la propia revolución de Francia. Largo duró la insistencia de quienes dieron a nuestra revolución hispanoamericana el carácter de mero contraeco de la Revolución Francesa. Negados a reconocer el valor previo de la conciencia forjada en los tres siglos de gestación colonial, cayeron en el simplismo albricial de quienes para explicar las causas de la reforma religiosa del siglo XVI sólo miraron al talante personal de Lutero y echaron en olvido un movimiento que acuciaba a las más celosas conciencias de mundo cristiano y que aprovecharon para la disidencia espíritus en quienes jugaban disímiles y contradictorios intereses. No se trate así en el presente ensayo de indagar los factores inmediatos de la explosión revolucionaria, juzgo del caso insistir, por cuanto ha sido fuente tomada en menor precio, acerca de la aportación activísima que ofrecieron las clases de pardos y mulatos para la propaganda de las ideas revolucionarias. Las clases de color se constituyeron en tornavoz natural de las ideas subversivas de La Española. A ellas llegaron, como recado eficacísimo, las noticias del ímpetu rebelde de sus congéneres antillanos, y con entusiasmo y fe se dedicaron a difundir los propios discursos de los convencionales de París. La peligrosidad de la gente de color llegó a ser objeto de ordenanzas que impedían la entrada a las provincias de Tierra Firme de esclavos que no fueran bozales (procedentes directos de Africa), y Guevara y Vasconcelos, en su bando de buen gobierno de 1806, prohibió la "junta de muchos negros", por cuanto en sus conventículos se discutían los problemas de la igualdad y de la libertad.

La coincidencia de una actitud rebelde y autonómica, tanto en la gente baja como en la burguesía poderosa, fue causa de que el movimiento iniciado en 1810 y 1811 presentara el fenómeno de clases opuestas y convergentes, que caracteriza nuestro proceso inicial de república. La saludable frescura y la hermosa dimensión social que adquirió el curso de nuestra independencia, arranca de la nivelación de disímiles propósitos, que empujaron alegremente a las clases humildes a apoyar a las clases del privilegio. "Coincidentia oppositorum" habría dicho, con fresco sentido renacentista, el inquietante Nicolás de Cusa. Pese a las reservas expresadas por los

propios constituyentes de 1811, los pardos entendieron que, en realidad, se abría un proceso llamado a culminar en la igualdad social.

El fenómeno de la igualdad tropezó, sin embargo, con estorbos más poderosos que los alegatos meticulosos de los godos de 1811. Al temor de la licencia se agregó la consideración del desquiciamiento de una economía afincada en el trabajo de los hombres esclavizados. Afloraba en nuestra realidad la vieja oposición que Francia, Inglaterra y España vieron surgir entre los propietarios feudales y los campesinos que buscaban el justo provecho de su trabajo. El neo-feudalismo criollo tenía que oponerse forzosamente a la liberación de la mano "legalmente" esclavizada. Despues se opuso, como aún sigue oponiéndose, a una justa distribución de la tierra. Aún más, llegó, al amparo de leyes cargadas de pseudo-liberalismo, a despojar a las comunidades rurales de procedencia indiana. En aquellos tiempos sin sombra de industrialismo, la economía miraba fundamentalmente al ámbito agrícola. No fue, pues, suficiente que el Libertador emancipara a los suyos y que proclamase en la Villa del Norte, el año 1816, que en Venezuela no habría otros siervos que aquellos que quisieran serlo. El interés agresivo de los dueños de esclavitudes ganó la partida e impidió que la Constitución de Cúcuta reconociera la libertad absoluta de los antiguos siervos.

Cuando a la luz de la crítica general se observa y analiza la declinación posterior de una serie de principios revolucionarios, apunta, empero, como la más positiva de nuestras conquistas en el campo de los derechos humanos, la realización de la igualdad social. No en vano nuestra conciencia fue formada al amor de ideas cristianas divulgadas por españoles, en quienes es preciso reconocer una fuerza extraordinaria para "blanquear el carbón y para dorar el cobre". En cambio, el cristianismo de los "liberales" ingleses ha formado la agresiva conciencia racista que perdura en grandes democracias como Estados Unidos y que apunta en el ordenamiento legal de la Commonwealth.

En muchas otras de las normas proclamadas por los Padres de la República, y que fueron incorporadas en la primera Constitución

Federal como reivindicaciones del momento, precisa ver ideas con carácter germinal en el orden ascendente del derecho positivo, declaradas más como testimonio de un propósito encaminado a conquistar categorías espirituales, que como realidades de inmediata ejecución. La de la igualdad interesa mirarla como expresión avanzada de un principio cargado de humanidad que, pese a todo su valor positivo, ha servido de reato al propio progreso del pueblo. Las clases desasistidas en el plano económico —la mayoría formadas por gente de color—, pareciera que se hubiesen sentido satisfechas por la sola absolución de los distingos de rango y de categoría, sin cuidarse de los graves problemas de la supervivencia de la desigualdad frente a otros aspectos de la ley: propiedad, reclutamiento, asistencia judicial, etc. Las demás declaraciones, como ya he dicho, urge cribarlas a través de la relatividad histórica de los enunciados de la ley positiva. Los Padres de la Patria, a la cabeza de ellos el Libertador, lucharon por una república independiente de toda tutela extranjera, donde pudiera discurrir la vida de relación de una comunidad de hombres pacíficos. Buscaron para la nación, cuya independencia conquistaron tenazmente, un orden fecundo que, dentro de la autarquía de lo económico, garantizase a todos "la gloria de vivir el movimiento de la Libertad", como decía Bolívar. Suele, en cambio, decirse malévolamente que Bolívar renegó de su devoción a la libertad y que ante el cuadro de la anarquía de Colombia, configuró sus ideas a un patrón despótico, que invocan, como paliativo y justificación de su conducta, los opresores de la libertad en el Nuevo Mundo. La conducta del Libertador se limitó a emplear la fuerza de un modo racional e inducido a salvaguardar la libertad, jamás a imponer un comportamiento para beneficio personal o de grupo.

La extraordinaria grandeza de Bolívar consiste en haber aceptado la carga terrífica de un poder discrecional, cuando juzgó que la anarquía estaba en camino de desquiciar la obra de la emancipación de Colombia. Bolívar jamás negó los derechos del hombre a la libertad doméstica; en cambio, buscó defenderlos del riesgo de la anarquía. Cuando creyó que el marco político dentro del cual debían de hacerse efectivos dichos derechos reclamaba una absoluta

seguridad exterior, Bolívar sacrificó lo de dentro en beneficio de la robustez del cuerpo institucional. Cuando se vistió de poderes extraordinarios sabía, con palabras de Ossorio y Gallardo, que "la dictadura es una herramienta que también sirve a la democracia". Jamás pensó Bolívar que su tragedia secular iba a radicar en la confusión que las futuras generaciones intentarían hacer entre la pureza de sus intenciones democráticas y el afán de injusticia con que muchos adoban las ansias de Poder.

Sin que signifique fetichismo bolivariano alguno, considero que una verdadera teoría de lo venezolano reclama como paso previo una teoría de Bolívar. Tan profunda ha sido y sigue siendo la influencia de Bolívar en el orden constructivo —y aún en el orden destructivo— de la nación, que la salud de la República impone una explicación cabal del pensamiento y de la intención del Libertador. Demás de esto, Bolívar ha llegado a adquirir un sentido mítico en las categorías de lo venezolano. En Bolívar se ha visto polarizada la propia acción anónima del pueblo. Bolívar, para la valorización argumental de nuestra historia, resumió la heroicidad del pueblo. Fue el signo del Pueblo. Bolívar se sublimó hasta funcionar como un auténtico y solitario valor de venezolanidad. Como Ledesma, como Juan Francisco de León, como José María España, como José Vargas, Bolívar vive en el reino de lo imponderable. Necesita, por tanto, que se le asignen perfiles inequívocos que permitan distinguir la poderosa esencia creadora de sus ideas.

Más de una vez he avanzado a censurar la utilización que se hace de un falso Bolívar como coyuntura propicia para sanear las raíces de las más descalificadas causas públicas. El Bolívar fresco, permanente e incansable, el Bolívar que sacrificó vida y fortuna para asegurar la independencia de la América española, ha llegado a ser presentado como patrono de quienes ejercitan el poder o la influencia para arruinar la libertad de sus conciudadanos o para entregar a la voraz explotación del extranjero la independencia y la dignidad de América.

Un simple esquema, visto a la inversa, de lo que hacen los presuntos seguidores del ideario del Libertador, servirá, por efectos del

contraste, para fijar líneas a una teoría de Bolívar. Nació Bolívar rico, en medio de un cuadro familiar cargado de extraordinarias influencias en el orden colonial, y murió sin segunda camisa, en casa ajena, con las minas que constituían su único peculio, caídas en juicio ordinario, en cuyo curso no le era permitido influir. Su fin frente al Estado fue el servicio. "Todo empleado —decía—, sea militar o político, lo será para servir y no para presentarse con pomposas decoraciones y para obtener sueldos extraordinarios" (Proclama de 13 de agosto de 1813). ¿Qué dirán frente a estas normas de conducta pública los desarrapados, que a vuelta de tres o de cuatro almanaques, despilfarran fortunas sustraídas del Erario y coleccionan, no ya lujosos carros de carrera y de paseo, pero aún suntuosos palacios y ubérrimos predios? Así a Madariaga haya ocurrido idea tan peregrina como mirar dos Bolívares superpuestos en el momento del juramento en el Monte Sacro, no tuvo el auténtico Bolívar otra pasión que la libertad. El de adentro y el de afuera eran el mismo Bolívar que para hacer bueno su juramento, recorrió la América a caballo, durante cosa de veinte años, y libró batallas brillantes que aseguraban la autodeterminación de las nuevas naciones, enteras en su dominio y, por consiguiente, ausentes de toda manera de tutela colonialista. ¿Hacen algún sacrificio en su vida, en sus bienes, en su fama, los vanidosos corifeos del amañado bolivarianismo? Bolívar ordenó castigos ejemplares, aun contra sus propios compañeros de armas, cuando éstos se erigieron en peligro para la causa de la libertad y en riesgo para la seguridad de las instituciones; en cambio, jamás asumió la actitud insolente del déspota que ordena crímenes para saciar instintos de crueldad o para vengar supuestas ofensas, ni menos se valió de su autoridad indiscutida para irrespetar la libre decisión de sus amigos en todo aquello que no significase el cumplimiento de una orden militar. ¡Cuántas veces dio excusas y se introdujo con palabras de respetuoso afecto en el ánimo de sus compañeros! "Olvide usted todo lo pasado, o a lo menos obre como si lo hubiera olvidado; pues sin este heroico desprendimiento no se puede conseguir ni vida, ni patria, ni honor", aconsejaba a Justo Briceño, en carta de noviembre de 1830. Estimó entrañablemente Bolívar su fama de repúblico y recibió con alborozo y gratitud las honras que le

ofrecían los pueblos; en cambio, no titubeó en exponerse a la diatriba y aún al menosprecio de los más calificados defensores de la libertad, cuando creyó necesario sacrificar su propio honor democrático a la causa de la integridad y de la seguridad de las estructuras defensivas de Colombia. Forjada su recia personalidad de Caudillo en la continua acción guerrera, miró los inconvenientes que para las instituciones públicas representan los "desiderata" de la fuerza, y condenó enérgicamente el sistema militar como método de gobierno. Su actividad de hombre de armas miraba al campo peligroso de las batallas, donde el sacrificio da temple a la conducta; en el cuartel vio, en cambio, escondrijos propicios para las conspiraciones y fácil escuela para la intriga contra las leyes. El ministerio de las armas declarólo el solo oficio del militar. Sabía que la fuerza no es gobierno, sino ultraje a la libertad civil, cuando no se la somete a lo que pautan los encargados de interpretar los alcances del Derecho. ¿Puede Bolívar ser tomado por patrono de regímenes que destruyen la dignidad cívica en beneficio del mando irrestricto de grupos o de castas?

Cuando se busca disolver por medio del análisis sereno las antinomias naturales que afloran en el pensamiento vulcánico de quien como Bolívar impulsó, se vio arrastrado y terminó por querer frenar los excesos de una revolución, fácil es fijar los puntos cardinales de su ideario. Para el explorador del pensamiento de Bolívar nada tiene tanta densidad como la antítesis que presentan sus ideas. Se contradicen al bulto, pero se complementan en el sistema personal de Bolívar. Se contradicen, como los disímiles elementos que coinciden en las solemnes catedrales medievales, como la luz y la sombra que hacen la armonía poderosa de la pintura de Caravaggio, como lo diverso que forma la unidad en las propias estructuras sociales. En la interioridad de Bolívar holgaría el Goethe que declaró deambular con preferencia ahí donde abundan las antinomias. Como las de Temístocles y de César, ejemplificados por Ortega y Gasset, fueron claras sus ideas. En medio del caos, Bolívar, con sentido de náufrago, sabía hallar "el perfil de la realidad sustantiva". Quien siga su ideario desde el célebre Manifiesto de Cartagena hasta los últimos documentos de 1830,

hallará una constante ideológica, sobre la cual se mueven conceptos, expresiones, juicios, apreciativas y opiniones marcados con el sello de la circunstancia temporal que los produjo, pero que, en cambio, no llegan a desarticular el mínimum fundamental que sirve de esencia a lo bolivariano: el espíritu de indesviable sacrificio y el propósito permanente de servir a la causa del hombre libre.

Devoto de la libertad, Bolívar la quiso dentro de los marcos del orden y de la justicia; amante del pueblo, buscó su perfeccionamiento por medio de una educación capaz de solventar todo reato que contradijera la igualdad política; supersticioso del valor de la moral pública, concibió un extraordinario sistema de orientar las costumbres, por medio del sometimiento de la conducta del pueblo a la vigilancia del Poder Moral; fervoroso de la instrucción popular, cuidó su esparcimiento a través de los pueblos que libertaba; fiel guardián de la hacienda pública, organizó sistemas que la fomentasen y la defendiesen de la rapiña de inescrupulosos funcionarios. Frente al egoísmo de quienes se acercan al Poder sólo con el propósito de hacer fortuna, Bolívar erigió el ejemplo admirable de su desprendimiento personal; ni por afanes de oficio militar, ni por imperativos hueros de ganar dignidad en el orden del merecimiento público, Bolívar abrazó la causa de la libertad de América. Creyó cumplir un deber de justicia al constituirse paladín de los derechos del hombre y se dio por entero y sin descanso a su labor nobilísima.

Mirar su conducta y juzgar el alcance de sus actos desde los cuadros actuales de la filosofía democrática, tal y como han intentado hacerlo muchos extremistas de la libertad, es craso error de método. A las posibilidades interpretativas de la Filosofía de la Historia no repugna, empero, plantear una revisión potencial de la conducta de los hombres y una revalorización de sus pensamientos, frente a las nuevas realidades sociales. Toda situación personal supone un marco exterior de desplazamiento. En la circunstancia actual, ¿cómo habría reaccionado el pensamiento de Bolívar? ¿Sería hoy, acaso, uno de esos "hombres de orden", cuya viscosidad Sartre ha tenido el acierto de definir, o estaría con el grupo de quienes

defienden la libertad, la justicia y la dignidad de los contenidos humanos? Estructuralmente Bolívar no era un licencioso de la libertad; por el contrario, su constitución anímica lo encuadraba dentro de las líneas de un severo autoritarismo, templado por el sentimiento de la justicia y por el respeto debido a sus semejantes. Jamás usó Bolívar la violencia del déspota, ni frente a sus subalternos, ni ante los cuerpos a cuyo examen sometía sus proyectos de gobierno y de administración. Sus ideas, tomadas del principismo revolucionario del siglo XVIII, supo acomodarlas a los propios reclamos de su temperamento y a los intereses vitales de la comunidad, cuyos destinos dirigía hacia la vida democrática. Así en sus últimos años haya podido tomar algunas medidas enderezadas a frenar actividades que, por el momento, podían conducir al atomismo anárquico de la sociedad, no asiste razón alguna a quienes pretenden encasillar a Bolívar en el viscoso estrado de aquellos que huelgan con el "orden muerto", ante cuya peligrosidad Peguy llegó a preferir el "fárrago viviente".

Jacques Maritain, filósofo que representa una de las más puras realizaciones del pensamiento político contemporáneo, al esbozar en su libro "Les droits de l'Homme et la loi naturelle" su filosofía humanista o humanismo político, llega a esta noble conclusión: "Las tres formas clásicas de gobierno no realizan igual y unívocamente las exigencias de la filosofía política humanista. Ellas la realizan analógicamente y de una manera más o menos perfecta. La importancia central reconocida por esta filosofía a la persona humana y a la conquista progresiva de la libertad, conduce a pensar que el régimen monárquico y el régimen aristocrático sean normalmente etapas hacia un régimen mixto, fundamentalmente republicano (o sea, democrático), que mantenga en su forma y asimile a sus propios determinantes (que son la libertad de expansión de las personas y la liberación progresiva del ser humano), las cualidades de vigor y de unidad y de diferenciación de valores que son determinantes propios del régimen monárquico y del régimen aristocrático ya sobrepujados". A esta conclusión llega Maritain después de una larga experiencia democrática europea, después de haber asistido a la bancarrota transitoria de los ideales

del hombre libre y después de un profundo examen de la filosofía política, desde Aristóteles hasta las más puras formas del pensamiento jurídico coetáneo, no sin haberse detenido cuanto es del caso en la obra de Santo Tomás de Aquino, quien ya recomendaba en el siglo XIII no elegir por mejor ningún sistema político, sino combinar los distintos regímenes para hallar un satisfactorio equilibrio.

A las márgenes del caudaloso Orinoco, teniendo de consulta libros de Filosofía y de Política, que seguramente distaban en sus conclusiones, como era moda, de la esencia filosófica del Estagirita y del Aquinatense, Bolívar logró las mismas conclusiones a que hoy llega Maritain. Superando el romanticismo revolucionario que tiene sus raíces primitivas en el Contrato Social y mejor afianzado en el realismo de Diderot y de Montesquieu, Bolívar fue a una mezcla de principios y de instituciones, donde se intuye la fuerza del genio que en él se ponía ya en resalto. Y mientras nuestro filósofo humanista de hoy se limita a teorizar sobre la necesidad de un régimen mixto que tienda al vigor y a la unidad, como en la monarquía; que logre la depuración y producción de los más altos valores, como en los regímenes aristocráticos; y que conduzca definitivamente, ante todo y sobre todo, a la realización de la libertad y de la justicia, como en el sistema democrático, Bolívar presentó a los legisladores de Venezuela reunidos en Angostura un plan de República capaz de realizar a su modo la libertad y la justicia, por medio de una unidad de mando y a través de un proceso de selección, que garantizase al frente del Estado la permanencia de valores dirigentes. De ahí, y acaso en forma un tanto ingenua y soñadora, su Senado hereditario, su Poder Moral y su Areópago, hijos legítimos los dos últimos de la exaltación de las virtudes sencillas, que en Bernardino de Saint Pierre y en Mercier tuvieron generosos apóstoles. De allí, también, esa mezcla de instituciones, que mal examinadas por quienes se dejan guiar, ora de ensueños demagógicos, ora de pesadillas monocráticas, ora del rigorismo de la crítica de laboratorio, ha prestado ocasión para exhibir a nuestro Libertador como patrocinante de la autoridad deslimitada, es decir, como enemigo de la democracia y prototipo del "gendarme necesario", o como simple

iluso de "mente afectada de romanticismo y no ceñida, por ende, a las posibilidades de la dinámica política de las naciones", según enseña el eminente sociólogo colombiano Luis López de Mesa.

Bolívar procuró juntar a su modo, para adaptarlas a nuestro medio, de tradición monárquica y aristocratizante, y de efectiva vocación igualitaria, las instituciones vigentes en aquel momento histórico del mundo, y como se había dado cuenta antes de Barker de que "Inglaterra es una democracia por ser una aristocracia", copió para nuestra República su Cámara rígida y aceptó, como lo había establecido el Constituyente de 1811, una diferenciación política fundamentada en la posesión de bienes o en el disfrute de una renta, según el uso del liberalismo burgués, abrevado en las propias máximas del Padre de la Enciclopedia, para quien era "quimera" la igualdad absoluta; y con buen apoyo, también, en el pensamiento de Condorcet, cuya duda se detuvo a considerar si el ciudadano que carece de bienes es sujeto de los derechos del hombre. Hoy, nadie lo niega, esta limitación y el carácter hereditario pedido para la senaduría, son la única coyuntura repugnante que hallamos en el régimen propuesto, y repugnan dichas instituciones porque nos hemos acostumbrado a través del incesante progreso de las ideas, a desechar a ultranza todo sistema en que se declare políticamente con más derechos a los hombres y a las familias que detentan los instrumentos de la producción o las regalías de la política. Pero, ¿cuántas luchas no ha sostenido el hombre desde 1819 hasta el presente, para lograr la fresca sensibilidad que le lleva a rechazar todo enunciado que constituya minoración de sus derechos naturales?...

El Libertador, si fuera consultado hoy sobre la mejor estructura gubernamental de las naciones, no escogería para su Estado el tipo corporativo, como erróneamente insinúa Estrada Monsalve en sus estudios sobre la política de Bolívar y las doctrinas tomistas. Otra, ágil y libre de toda superstición totalitaria, sería la fórmula estatista que recomendaría a la América el Padre de la Patria. Coincidiría, como es lógico, con la técnica de derechos que Maritain deriva "del reconocimiento y la victoria de todas las libertades: libertades

espirituales, libertades políticas y libertades obreras", que habrán de afirmarse cada vez más, cuando se proceda a la reconstrucción de la humanidad, después de la prueba leviatánica que aún sufre actualmente; y recomendaría con énfasis nuestro Libertador que sólo la cultura puede marcar diferencias en la vida y en las actividades de los hombres. Pediría él, como lo pidió Ortega y Gasset, que sobre el sustentáculo de la cultura se formase una "minoría egregia", que tuviera la responsabilidad de dirigir y orientar el incesante movimiento de la libertad. "En una democracia que no respete la vida superior del espíritu y no se deje orientar por ella, donde la demagogia tenga la mano libre, la vida nacional se encontrará fácilmente rebajada al nivel de lo mediocre, pues la demagogia porfía en bajar la cultura al nivel de las masas, en lugar de levantar las masas a un plano superior por medio de la educación". ¿Quién, Bolívar o Thomas Mann, formuló esta sentencia? De haberla hallado entre los borradores del Discurso de Angostura, Briceño Méndez la habría incorporado al texto definitivo como cosecha de Bolívar.

Se enredan y confunden frecuentemente los críticos del pensamiento bolivariano ante el esfuerzo incansable que movió al grande hombre en pos de una fórmula que absolviese la aparente antinomia entre libertad y autoridad, entre la plenitud de derechos del ciudadano y la necesidad de fortaleza del sistema llamado a garantizarlos. Olvidan, también, muchos que en dicho esfuerzo Bolívar se sentía animado por un indesviable propósito de servicio. Por demócrata o por monárquico, por dictatorialista o por demagogo pueden tomarlo los investigadores de su compleja existencia; mas en todo momento y en cada caso descubrirán en su voluntad poderosa el empeño ciego de servir a la causa de la libertad y de la dignidad del hombre. Eso. Bolívar nació para servir. En aras de los otros sacrificó su fortuna, su paz, su salud y su propio prestigio de gobernante democrático.

Hasta el final de su vida gloriosa y aún cuando soportaba el duro ejercicio de la dictadura, Bolívar se mostró devoto de las instituciones civiles y enemigo del espíritu militar (Carta a O'Leary,

septiembre de 1829). En realidad, él no era militar. Bolívar era guerrero. Militares eran San Martín y Sucre. Conductor de tropas a la victoria, jamás cultivó el ocio del cuartel. De vivir hoy, Bolívar sería civilista y amigo del pueblo. Cerrado el paréntesis de años que distancian su sombra augusta del panorama de la actual República, sería partidario del sufragio universal y jamás patrocinador de gobiernos afincados en la violencia de las armas. Para ganar el Poder, no se asomaría cautelosamente a las garitas de los cuarteles; en cambio, se acercaría al pueblo, para marcarle con su acento iluminado las vías del civismo y para pedirle su adhesión decisoria en el orden de la estructura de la autoridad. Colocado al frente de las relaciones públicas de Venezuela o de Colombia, tendría presente, como escribió en 1829 a Patricio Campbell, que "los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miseria a nombre de la Libertad" y, en consecuencia, no amarraría ciegamente la República al carro imperial de potencia alguna. Fue hombre de tierras y de esclavos, pero hoy no haría la apología de los latifundistas, menos aprobaría el discurso de quienes regatean los derechos del hombre de trabajo. Reconocería Bolívar el pleno derecho del hombre a la propiedad, pero mantendría ésta prendida al garfio del derecho social. "Libertador o muerto" fue su consigna de lucha; y muerto en el tiempo, mas vivo en la permanencia elocuente de la ejemplaridad, Bolívar ha de seguir librando, como el Campeador, la batalla sin término del derecho y de la justicia.

Para la inteligencia de Venezuela como fin y meta de un esfuerzo constructivo, nada ayuda tanto como la comprensión exacta del ideario de Bolívar, ya que en Bolívar, como he apuntado, el pueblo se acostumbró a mirar un simbólico valor aglutinante, cuya evocación entona la acción cívica tanto como los alegres acordes del *Gloria al bravo pueblo* o como los vívidos colores y severos emblemas del pabellón y del escudo. Esa actitud sencilla del pueblo ante Bolívar ha sido, sin embargo, aprovechada arteramente por un fariseísmo bolivariano, desgraciadamente con solera histórica, que ha buscado servirse de Bolívar como de ingrediente que legitime las causas más tortuosas. Bolívar, como *de cujus* de rica herencia, ha tenido siempre pretensos sucesores. En torno a su nombre se ha

creado, ayer tanto como hoy, lo mismo en Venezuela que en otras regiones del mundo bolivariano, una corriente interesada y egoísta, a la cual ha sido fácil una interpretación acomodaticia de los altísimos valores de su filosofía política. Muchos no han atinado a librarse de los riesgos de tan funesta conducta y han caído en la actitud sumisa de aceptar como válida una hermenéutica cargada de falsedades. Las voces que pregonan la aparente vigencia del entuerto, han alcanzado frecuentemente alturas respetables. Luzca así pespuntes de autoridad este bolivarianismo quebrantado, tócale al pueblo, y en especial a la juventud, desoírle y enmendarle. "No podemos impedir, decía Lutero, que los pájaros vuelen encima de nosotros; pero podemos impedir que coloquen sus nidos sobre nuestras cabezas". Contra estos peligrosos pájaros urge promover una vocación comprensiva de los valores positivos de Bolívar y una comprensión, a la vez, de la ayuda que un recto bolivarianismo puede prestar a la causa de la libertad y del decoro de América.

Ciento veinte y tantos años después de su ocaso en Santa Marta, Bolívar sigue siendo víctima de su descomunal dimensión. Nuestras deficiencias, nuestros pecados contra la República, nuestras traiciones a la libertad, convalecen y, en apariencia curan, con la evocación de Bolívar o con la glosa mendaz de algún desarticulado pensamiento suyo. Los gobernantes han olvidado por completo a Bolívar cuando fulminaron órdenes funestas contra la dignidad de los ciudadanos; se olvidaron, también, de Bolívar cuando insinuaron a jueces venales el contexto de sentencias destructoras del poder de las leyes; desoyeron el consejo de Bolívar cuando desconocieron la fuerza decisoria del pueblo y abrieron compuertas a la arbitrariedad cuartelera; ignoraron por completo a Bolívar, cuando negociaron con el extranjero las riquezas de la tierra y humillaron la soberanía del pueblo, para beneficio de intereses bastardos, en vano confundidos con los intereses del mundo libre. Sin embargo, sobre las cenizas venerandas del Héroe se hacen periódicas protestas de lealtad a sus principios y se colocan burlescas coronas de vistosas flores, como si este culto de beatería compensase la diaria herejía en que incurren los que destruyen con su discurso o su conducta la autenticidad de la misión arquetípica de Bolívar en el cuadro de los valores de

América. Se exalta y se hace mérito de una celosa fe bolivariana, que debería orientarse, de ser franca, hacia fines de mayor objetividad y rendimiento en orden a la propia obra realizada por el Libertador. La lealtad de nuestro pensamiento contemporáneo hacia la persona histórica de Bolívar no reside en defenderle de reales o de supuestas injurias que en el campo de la crítica le infieran los Boussingault, los Mitre, los Sañudo o los Madariaga. La lealtad a Bolívar pide, ante todo y sobre todo, respeto y consecuencia actual para sus grandes ideas acerca de la libertad y del decoro del pueblo y acerca de la libertad y de la independencia de nuestra América. Con alabar y defender en el plano literario la obra histórica de Bolívar, muchos han pretendido ganar bula que les exonere del pecado que representa entregar al extranjero la riqueza de nuestras naciones y el delito gravísimo de buscar vestiduras de legitimidad para sistemas opuestos a la dignidad del hombre.

Para la praxis del falso bolivarianismo nada cuenta la autenticidad del pensamiento perdurable del Libertador. Entre la "gente de orden" Bolívar funciona como cosa estática. En el área de la juridicidad, cosa, dice Carnelutti, "es una *no persona*". Para el amañado bolivarianismo de coronas y discursos, el Libertador se reduce a una cosidad inerte y mobiliaria. Tan opuesto fue Bolívar al sedentarismo enfermizo, que un examen atento de su grafía, como anoté en un viejo apunte sobre su personalidad, muestra que el héroe extraordinario solía firmar de pies los documentos que le presentaban sus amanuenses. Sin embargo, de ese Bolívar caminador, activo, andarieguísimo, se ha pretendido hacer un Bolívar sentado, un Bolívar acostado, un Bolívar con romadizo, envuelto en las mantas untuosas del amañamiento oportunista. ¡El, que habiendo nacido hidalgo y burgués, renunció la hidalguía heredada y los haberes que le dejó la estirpe, para hacerse, por su esfuerzo y su perenne sacrificio, una hidalguía y una fortuna que crecen a medida que los tiempos corren!...

Se rinden homenajes a las imperturbables cenizas que reserva el bronce. Se consagran a Bolívar estatuas que rigidizan su vocación de caminante; se le saca, sobre el lomo de airosos caballos, para que

adorne plazas y avenidas de grandes ciudades del mundo. En cambio, la persona de Bolívar es negada en la genuina vertiente donde abrevan las altas ideas que hacen las repúblicas. A quien inició sus grandes arengas con la tremenda sentencia de "Venceremos a la Naturaleza si se opone a nuestros propósitos", se le reduce a una quietud semi-hagiográfica, contra la cual ha de rebotar toda palabra dirigida a servir de testimonio de la potencialidad permanente de la prístina ideología bolivariana.

La duplicidad farisaica de utilizar la "cosa" Bolívar como revestidura de actitudes que niegan y destruyen la perennidad fecunda de la imagen intemporal y ubicua del grande hombre, es una de las formas más sutiles y peligrosas que ha adoptado el maquiavelismo entre nosotros. En cambio, cuando se tiene la intuición de Bolívar como conjunto de valores enderezados a la defensa de la integridad y de la soberanía de la nación y a su armónica relación con los demás países que comparten con nosotros la vocación agónica trascendida de la vieja raíz hispánica, y al mismo tiempo se persigue en su nombre una realidad interior que haga prácticos los postulados de igualdad, dignidad, respeto y justicia en que se inspiraron los creadores de la República, entonces es ya fácil comprender cómo una teoría de Bolívar conduce fácilmente a echar firmes cimientos para una teoría política de lo venezolano.

Sobre el campo de una y otra, y dominando el particularismo que pareciera detener el ímpetu creador, abriría su gran parábola el pensamiento universalista de quien, dando vigor a las estructuras regionales, intentó levantar sobre ellas el seguro edificio de la unidad de los pueblos. El patriotismo de Bolívar superó el aldeanismo de quienes querían reducirlo al ámbito estrecho de un nacionalismo restricto. Sin negar jamás sus nexos infrangibles con Caracas y con Venezuela, Bolívar se sintió ciudadano de Colombia y ciudadano de América. Su actitud ante esta unión crecedora de latitudes, sirve para enseñarnos cómo, sobre el valor propio y neto de lo nuestro inmediato, se construye con firmeza inquebrantable la obra de lo general y de lo universal. "Por Caracas he servido al

Nuevo Mundo y a la libertad, pues debía destruir a todos sus enemigos para que pudiera ser dichosa", escribía a Páez por noviembre de 1826. Para hacer libre a su ciudad nativa, Bolívar libertó la América. Para servir sus afectos particulares, dilató su obra hasta convertirse en ciudadano universal. Empezó por la casa, por la región estrecha de sus primeras andanzas, por el panorama de dimensión recortada de la patria original, y de logro en logro, llegó a concebir la integridad de lo americano. Intuyó Bolívar con claridad admirable cómo la libertad y la independencia de cada una de las viejas provincias del dislocado imperio español, reclamaban categóricamente la ayuda de la independencia y de la libertad de la porción vecina. Al municipalismo disgregativo, opuso un concepto de mayor radio estructural: sobre Caracas y Venezuela, miró a Colombia; sobre Colombia y Río de la Plata, miró una confederación que hiciera posible el debido temple de voz para tratar con los poderosos vecinos de la América inglesa. El cuadro doloroso de los Estados Desunidos del Sur, expuestos a todo género de desgracias internas y externas, frente a la robustez imperiosa de los Estados Unidos del Norte, es hoy el testimonio más exacto de la burla y el destrozo que se ha hecho del pensamiento de integridad hispanoamericana suscitado por el Libertador.

Tanta fue la pasión de libertad que inflamó el ánimo de Bolívar, que de haberle sido posible, habría hecho al revés la rota de los conquistadores del siglo XVI y habría remontado el Atlántico, ya desvestido de las "tinieblas" antiguas, para proseguir en suelo español —suyo por la estirpe y la cultura— la batalla que diera vigencia e las ideas de libertad que bullían en la mente de los altivos e indomables descendientes de Viriato y de Pelayo. De ensueño en ensueño, miró en el Istmo centroamericano una posible capitalidad para la anfictionía de los pueblos libres, y cuando al final de tanto esfuerzo vio lamentablemente abatidos sus grandes proyectos, buscó consuelo para su fracaso en el parangón de sus sueños con los sueños inasibles, crecederos y perennes de Nuestro Señor Don Quijote. En el desvelo de sus largas noches de moribundo, tal vez, al evocar al maravilloso y cuerdo loco de la Mancha, oyó dialogar, con voces de sarcasmo, a los hijos de Sancho acerca de la mejor manera de aprovechar la herencia de su gloria.

La comprensión de Bolívar como esfuerzo angustiado hacia la realización del orden democrático, ilumina el sentido de autenticidad de lo venezolano. Bolívar se desvistió los arreos señoriales para bajar al pueblo. Bolívar deshizo la enorme fortuna material que le legaron sus mayores, por dedicar su tiempo al servicio del pueblo. Bolívar desoyó el viejo consejo familiar que buscaba títulos nobiliarios, para ganar el título de ciudadano, con que érale más fácil servir al pueblo. Bolívar se expuso a la diatriba y a la calumnia para asegurar libertad y dignidad al pueblo. Bolívar olvidó la soledad del señorío y se hundió en el pueblo para ser todo el Pueblo. Si hubiera creído que el fin del hombre es lucrar con honores y dinero, habríase mantenido en el cuadro de su clase y habría utilizado los medios que tenía a su alcance para acrecentar los motivos placenteros. La historia, en cambio, de Bolívar es la prosecución de su sacrificio en aras del sentido altruista que ha de tener toda vida que quiera realizarse fecundamente en el orden de lo humano. Contra el mundo del antiguo régimen, fue por actitud de convencido y no por saciar oscuros resentimientos o por ganar situaciones ventajosas. Servir fue su consigna. Jamás intuyó que de su nombre se servirían las futuras generaciones para aparentar virtudes y para lucrar ventajas.

Alguien habló de explicar formalmente a Bolívar en nuestras Universidades. Enseñanza útil, si se la encomendase a quienes no estén comprometidos con la "cosa" Bolívar que interesa desgraciadamente a muchos. Indagación provechosa, si con ella se tratase de buscar la raíz y el destino del pensamiento del hombre extraordinario, para implantarlo, en toda su plenitud creadora, entre los valores llamados a fijar el rumbo práctico de lo venezolano. El núcleo de las ideas fundamentales de Bolívar se acoplaría de manera fecunda con la problemática educativa del pueblo, y fácil sería a éste distinguir el pespunte de sus pasos creadores en el campo de la realidad política. Deseable, en efecto, sería que se llegase a explicar en forma magistral en nuestras Universidades y Liceos la filosofía política y la aventura humana de Bolívar. Al igual del Cid y del Quijote en España, Bolívar es símbolo y legado que del tiempo nos viene, como expresión de nuestra capacidad y de nuestra suficiencia social. No

es cierto que el parto de Bolívar extenuase a la Patria que lo dio a la luz. Bolívar es, en cambio, un testimonio de fe en las posibilidades de América y un reto continuo a nuestra desgana de sacrificio.

Sobre los módulos creadores del pensamiento bolivariano cabalgaría con éxito una tentativa, como he dicho, de teorizar lo venezolano. En las citadas palabras que abren el discurso permanente de Bolívar —Bolívar no ha dejado de hablar, así se le oiga poco—, hay ya toda una doctrina y todo un presupuesto de cultura. ¿No es acaso la lucha constante contra la Naturaleza lo que distingue a través de la Historia el vario proceso de la civilización? ¿No dejó Bolívar en dicha frase su mejor programa de acción político-moral? Contra la agresividad del mundo colocado frente a nosotros, y en el cual estamos a la vez objetivamente implantados, y contra el mundo de instintos y voliciones que llevamos instalado al mismo tiempo en nuestra interioridad, nos toca librar la batalla perenne de la superación y de la creación, por donde tanto se hacen grandes los pueblos, como ganan egregia eminencia los individuos. Frente a la Geografía y a la Historia, que configuran el mundo de la actividad exterior, está situado nuestro propio mundo personal, inmenso y libre en la jerarquía de su soledad, precario y reducido en lo que dice a la necesaria intersubjetividad que lo relaciona con los demás hombres. En lo exterior, la circunstancia que hace las relaciones vitales; en lo interior, la situación que define el diálogo de la voluntad y la inteligencia que persiguen un mismo camino. En dominar la diferencia alzada entre unos y otros individuos, entre nuestra autonomía y la poderosa resistencia que nos opone la exterioridad, entre nuestra situación personal y la rebeldía del mundo de las cosas y de los fenómenos, allí está el diario quehacer de la cultura. El mayor logro y el sentido más cabal de la técnica radica en desnaturalizar el orden físico hasta ganar instrumentos que nos ayuden a modificar, en beneficio del espíritu, el propio mundo exterior. A la par, en el territorio de la ética, el fin del hombre es alcanzar niveles de superación que le hagan sentir como una categoría propia para la realización de su destino, el "con" implícito en el desnudo, simple, elemental concepto de existencia. Toda existencia es coexistencia, explica agudamente Zubiri. Para

realizar con buen éxito esta obra maravillosa de dominar la naturaleza de fuera y la naturaleza de dentro, tenemos a mano la experiencia de las generaciones anteriores. No sólo recibimos de nuestros antepasados instrumentos egoístas para el provecho ordinario. Con mirar el mundo de fuera y examinar el mundo de los propios valores, encontramos a nuestra disposición el legado precioso que fabricaron aquellos que nos antecedieron en el orden de la Historia y cuya superación es imperativo que orienta nuestro destino social.

Las Universidades, como centros creadores de cultura, y los pueblos en sí mismos, como sólidas estructuras morales, edifican a través de las edades los cánones expresivos de su acción, positiva y diferencial, en el campo diverso de las actividades humanas. El movimiento incesante del progreso reclama e impone estabilidad en el eje que fija y acondiciona el giro de las venideras estructuras. Del mismo modo, el esfuerzo de los educadores y de los estadistas necesita apoyarse sobre un grupo de ideas, de temas, de conceptos, que aseguren la continuidad fecunda del movimiento superador de la cultura.

En el proceso histórico venezolano ha ocurrido continuamente un delictuoso intento de segmentar la acción de los hombres. La ley creadora del esfuerzo continuo ha sido sustituída por un vano empeño de improvisar y de comenzar, a fin de que puedan aparecer los personajes actuantes como demiurgos investidos del secreto de las cosas. La inseguridad y el carácter fragmentario de este tipo de trabajo ha terminado por crear en el pueblo una conciencia de fracaso y de dolor, cuyo mejor símbolo sería la constancia sin fruto del esfuerzo de Sísifo. En el terreno de la acción pública se ha carecido de interés por exaltar y dar esqueleto unitivo a los datos fundamentales sobre los cuales estriba tanto la acción presente como la acción futura de los ciudadanos. Al hombre de la calle no se ha dicho, en realidad, qué cosa representa ser venezolano. Con una burda intención agresiva, se le ha enfrentado, pongamos por caso, ora con unos, ora con otros pueblos de América, ya en lo que dice a signos históricos, ya en lo que se refiere a la realidad geográfica. En

cambio, a ese venezolano en quien se suscitan inútiles reacciones, no se ha explicado cuanto es debido el deber que le compete frente al suelo que nos reconocen los tratados públicos. Se le engaña con la ficción de un celo tardío por cosas ya sin ámbito real, mientras se ha enajenado al extranjero la riqueza y el decoro de la nación. A ese venezolano no se le ha dotado de instrumentos idóneos para el pleno desarrollo de su personalidad humana —libertad, igualdad, justicia, decoro, seguridad, ilustración— ni se le han asegurado los medios precisos para que crezca y mejore independientemente en lo que dice a la suficiencia material.

Tampoco la Universidad ha dispuesto de elementos con que dar líneas netas al rostro moral del venezolano que acude a ella en búsqueda de luces y conocimientos útiles. Sea así duro el hecho de decirlo, obligado es reconocer que la crisis de nuestra cultura tiene sus causas más dolorosas y profundas en la presencia sobre el estrado social de más de una generación formada sin la palabra orientadora del maestro. Se ha llamado maestro al escritor afortunado o al generoso divulgador de enseñanzas en los centros educativos; pero el Maestro con mayúscula, el Maestro en la amplitud y constancia de su eficacia creadora, ha faltado notoriamente en nuestro proceso cultural. Extraordinarios personajes de las letras y del saber han enseñado en nuestras sufridas cátedras, y han divulgado ideas en libros y en papeles; algunos de ellos lograron, sobre la labor didáctica, una verdadera trascendencia social. De quererlo o de haber tenido posibilidades para realizarlo en el cuadro del tiempo, habrían, en realidad, podido hacer escuela perdurable y hubieran podido asumir en la Universidad la función de maestros perennes; pero la Universidad, desgraciadamente carente de autonomía, no ha tenido medios para asegurar la continuidad de la obra de muchos de sus mejores catedráticos. En 1943, en la revista "Bitácora", yo escribía que sin formación de equipos de trabajadores, guiados por un mismo ideal, sin mezquindades ni exclusivismos, nuestra Escuela Médica, como nuestras Escuelas de Derecho y de Matemáticas continuarían siendo lo que son: entidades que existen de nombre, integradas por eminentes personalidades, cuyo aislamiento, así pueda a ellos

favorecer, retarda la marcha de la cultura integral de la Patria. Sometida la Universidad a los caprichosos vaivenes circunstanciales, el escogimiento de profesores ha estado, además, supeditado muchas veces a requerimientos distantes de la idoneidad que garantiza el buen éxito de la misión docente. La firmeza de la autonomía donde afinca lo perdurable, ha sido sustituída por una mera autarquía que, dejándola en lo fundamental sometida al gobierno, da al piso universitario la característica de los suelos erodados.

Ni por lo que dice a la realidad de las oposiciones ni en lo que mira a la continuidad directiva, ha podido la Universidad cumplir la alta obra formativa que le está asignada en el plano general de la cultura. Sin embargo, quienes juzgan el proceso universitario a la lumbre de intereses de clase, todo lo inculpan a deficiencia y a indisciplina del estudiante, sin parar mientes en que al pisar los jóvenes las aulas reciben en su mal formada conciencia el impacto tremendo de un sistema carente de argumentos idóneos para levantar el nivel de conducta de los recién llegados. Cierto es que durante sus peores crisis, la Universidad ha contado con la aportación de profesores austeros y abastados en la ciencia profesada; los hubo ayer y los hay hoy; pero no han sido ellos, a causa de su condición minoritaria, quienes han fijado la línea de acción de las Facultades.

Retomando las ideas relativas a la carencia de módulos por donde el proceso de nuestra cultura haya podido adquirir verdadero sentido y nos haya sido fácil definir dentro del concepto ecuménico de humanidad qué cosa significa ser venezolano, hemos de tornar, también, a la consideración de la escasa consistencia metódica de nuestro proceso educativo general. Se implica este examen por cuanto al bulto pareciera —y así hay quienes lo dan a entender— que lo particular de ser venezolano colida con los postulados que han de guiar la formación del pueblo como unidad enmarcada en las grandes líneas dél mundo humanístico-cristiano. Un examen profundo llevaría a la necesidad de disipar las sombras que oscurecen el propio sentido de cristiandad, justamente en momentos

en que los grandes valores cristianos, en su anhelo de ganar la realidad de "un mundo mejor", se empeñan por ser correctamente incluidos dentro de los cuadros del mundo de la técnica despersonalizada de la época moderna. Busca también dicho sentido de rectitud cristiana que se mire a la Iglesia desligada de burdos compromisos con sistemas contradictorios, que han solicitado el amparo de una fingida espiritualidad, para mantener en vigencia un régimen de iniquidad que, desgraciadamente, es la absoluta negación de lo cristiano. Con el admirable Georges Bernanos, creo firmemente y "de buena gana que la civilización capitalista es una civilización fracasada o —para recordar una frase feliz de Chesterton— una civilización cristiana enloquecida, cuya locura es locura furiosa; en realidad, el *delirium tremens*".

Dentro de las líneas de esos procesos se advierte, como he dicho, la carencia de directrices enderezadas a definir el sentido que dé personalidad a lo venezolano en la zona conjugante de los signos humanos. ¿Cuál nuestra aportación singular al cuadro de la cultura y del esfuerzo de los hombres? ¿Qué somos en el orden del mundo? ¿Qué aspiramos a realizar como pueblo?

La autenticidad de lo venezolano raizal mira al antiguo proceso de implantación de los valores que se expresaron como forma y alma de la comunidad que desde 1810 vistió arreos republicanos. Esa comunidad antigua estaba integrada por la confluencia de una serie de ideas, propósitos, principios, enunciados, hábitos y creencias que le daban una razón de ser individual. Sobre tales argumentos se definía la personalidad diferencial de la nueva unidad que buscaba ser incorporada a las grandes superestructuras políticas del momento. Al lado de la vocación agónica implantada por los Padres colonizadores, se produjeron en nuestro suelo nuevos valores y se aguzaron nuevos propósitos, que tanto fueron condicionados por las modalidades del medio físico y por la naturaleza del mestizaje, como fueron producidos por el brote palingenésico de temas espirituales, desmejorados en la propia Metrópoli. Si en España, por ejemplo, se esperó a la cátedra de Derecho natural, civil y de gentes, creada por Carlos III, para reemprender las severas y fecundas meditaciones

sobre el bien común, ya llevadas a su ápice por los teólogos del siglo XVI, en América hubo una tradición soterraña que alegó con las autoridades regias, lo mismo en México que en Venezuela y en Paraguay, sobre altivos argumentos de primaveral frescura iusnaturalista, a valorización exacta de ese primer contenido cultural del pueblo ha de ser presupuesto indesviable de toda obra hoy encaminada a dar forma, valor y sentido a la realidad nacional. Hacia ella hay que ir con un claro "sentido de tiempo", que tanto permita captar el ámbito pretérito de aquellos contenidos como el alcance de su desarrollo posterior. No huelga al efecto insistir sobre el significado creador de esta rebusca de anterioridad para hacer la fijación de la fuerza presente del pueblo. La vida no debe limitarse, escribe el profesor Pietro Silva Rivetta, a la dirección que arranca del nacimiento y se endereza al porvenir. La vida está acondicionada por otras direcciones, con data anterior a nuestro nacimiento. El ciudadano de un pueblo sin historia, agrega, es como hijo de padres desconocidos, puesto que viene del mundo de las sombras y de la oscuridad.

El viejo acervo de lengua, religión y costumbres, como marca de la cultura histórica que España llevó a nuestro continente, sirvió de grumo positivo y fecundo a la sociedad antigua. A dicho acervo se agregaron, junto con los contenidos de origen autóctono y las peculiaridades de los pobladores negros, las características y actitudes producidas por la implantación de ideas llegadas de otra parte y por comportamientos surgidos como consecuencia de nuevos hechos valiosos. Desde la alta Colonia, por ejemplo, se configuró en Venezuela una tendencia crítica del orden civil frente al autoritarismo eclesiástico, que si no llegó a ninguna escisión catastrófica y aun pasó en el orden de la obediencia, sobre reto tan agudo como la actitud del Pontífice Romano contra la idea independiente, sirvió, en cambio, para elaborar soluciones que aligeraron el reconocimiento de la libertad religiosa y que avocaron tempranamente el desafuero de los eclesiásticos.

Cuando se quiere definir la línea de una saludable tradición, presta mayor ayuda llegar hasta la prístina fuente emanadora de hechos

verdaderamente cargados de republicanismo y de comprensión democrática, que admitir sin un examen riguroso las torticeras explicaciones que interesados sociólogos han querido dar sobre actitudes disvaliosas. ¿Que entre nosotros no existe una tradición civilista? Más que negarla, debiera ser empeño de una sana sociología histórica indagar por qué razones fue desfigurado en tiempos aún vecinos el régimen de desafuero de los militares, impuesto en el propio año de la instalación de la Tercera República. ¿Por qué no tomar el ejemplo tónico de los hombres civiles que avanzaron a contrariar a Páez, y armarse de él, como de seguro escapulario, contra el desplante de los negadores de nuestras posibilidades cívicas? Demás de esto, en el orden de las naciones no es suficiente mirar a la actitud de grupos o personas que, sobre circunstancias afincadas en la fuerza, pareciera que determinasen la conducta del pueblo. La tradición es algo que crean los pueblos por medio de iniciativas espontáneas, uniformes y constantes. Al lado de las desviaciones institucionales promovidas por la violencia, es preciso mirar el hilo de la protesta silenciosa o explosiva, que constituye la parte valiosa de la tradicionalidad. A la visible conducta mendaz, que parece anular la recta intención y los justos derechos del pueblo, urge oponer la invisible conducta resistente y altiva de quienes mantienen la comunidad del presente nublado con el luminoso pretérito que dió figura a las instituciones republicanas.

Sobre el examen entonatorio de los hechos antiguos, fácil sería la determinación de una conducta de dignidad que dé rumbo y sentido al deber del venezolano actual. No pido que se mire hacia el campo de la Historia en actitud de pecadora suficiencia. Creo en el valor de la "recordación histórica" como antídoto de crisis. "El radicalismo de la crisis de nuestra época, declara Jaspers, palidece ante la sustancia eterna en cuyo ser adquiere participación el recuerdo, como en lo inmortal que en todo momento puede aparecer". Es preciso aprender a desarticular el pasado, para lograr nuestra coetaneidad creadora con los arquetipos que sirven de numen a nuestros actos. Ser Historia hasta abolir, para la nueva creación, los eslabones que nos separan de los hombres cargados de función ejemplar. Con el ideario de Bolívar —bien depurado de las escorias

que pretenden sumarle los que miran en el Padre de la Patria un alcahuete de malandrines y de farsantes—, y con una revisión de los principios de justicia, dignidad, responsabilidad y tolerancia que cristalizaron en la obra de los viejos patricios, sería factible un esquema dentro del cual pudieran encajar los contenidos de un programa de educación cívico-moral, capaz de asegurar al venezolano de hoy el derecho a llamarse sin sonrojo sucesor del venezolano que luchó tenazmente durante veinte años para hacer la libertad de la América española. Y junto con dicho derecho, garantizarle la fuerza necesaria para que la Patria no se disuelva melancólicamente al realizarse la conjunción universalista que impone la común finalidad del destino humano. Más que figurar en los lujosos catálogos de las grandes innovaciones arquitectónicas, en razón de la audacia y de la riqueza de la nueva técnica, debemos empeñarnos en poblar los anaqueles de las librerías con biografías ejemplares de hombres crecidos y formados al calor de la cultura venezolana y con libros que den testimonio fehaciente del progreso moral y espiritual alcanzado por el pueblo. Para caldear la fragua donde gane temple ese hombre nuevo, la Universidad está obligada a suministrar contornos precisos a la conciencia de los jóvenes.

"Yo no pretendo, dice Walter Lippmann en sus recientes "Essays in the public philosophy", que la caída de la sociedad occidental sea detenida si los maestros de nuestras escuelas y de nuestras universidades regresan a la gran tradición de la filosofía política; pero yo pretendo que esta caída, en realidad muy avanzada, no podría ser impedida si los filósofos se oponen a tal restauración y a tal revitalización". Elementos para realizarlas y sostenerlas sólo se alcanzan por medio del cultivo de las virtudes que sirven de apoyatura al civismo y al decoro de hombres y de pueblos, virtudes sencillas, modestas, de fácil cultivo, cuando con visión copernicana sacamos el centro de nuestro mundo fuera de nosotros mismos, y lo colocamos en la coincidencia de la proyección de nuestro yo con la proyección del yo de los otros hombres, sobre el ancho, generoso, fecundo plano de una realidad social saturada de amor, de libertad y de justicia.

Cuando con sentido de responsabilidad se mira hacia el porvenir del hombre venezolano, el asombro y la perplejidad se hacen de inmediato presentes como terríficos fantasmas. A estas alturas de tiempo en todos los ángulos del país se siente la tremenda conmoción que sacude la conciencia nacional. Producto, si bien, dicha conmoción del desquiciamiento que sufre en su carrera evolutiva el orden del mundo, en el marco nuestro tienen, empero, acento aún más agudo las palabras de Sorokin: "La familia se halla en estado de ruina parcial al frustrarse sus mejores esperanzas y aspiraciones; la tragedia de sus vidas es completa. Pocos períodos de la historia humana presentan una tragedia tan grande como la del hombre normal presente".

Tras la extraordinaria riqueza terrígena han acudido a Venezuela ansiosas masas humanas, de diverso signo étnico y político, a tiempo que un vértigo de enriquecimiento hace presa tanto en la voluntad de las altas clases como en el ánimo endeble del más tímido hombre de la calle. El deber austero que precisaría consultar para no errar en la apreciativa de los rumbos, ha sido sustituído alegremente por la aventura de la ganancia inmediata. Como si hubiera habido la intención de realizar una investigación de tipo Gallup, recientemente una publicación caraqueña pidió a un grupo de personas que hicieran públicos sus deseos para el año que está entrando. Con euforia de circo, casi la totalidad de los consultandos expresaron sus anhelos por que siga la prosperidad de los negocios. La prueba resultó, sin buscarlo, un baremo de dimensiones morales. En Caracas, en Maracaibo, en Valencia, en Barquisimeto, en Ciudad Bolívar, en San Cristóbal, nada tiene actualmente tanta resonancia como las voces que invitan al negocio. Al exterior salen los venezolanos a tirar el dinero en forma que mueve la risa burlona de gente acostumbrada a la austeridad y al ahorro. La marcha del hombre venezolano ha desembocado en ciega carrera hacia el provecho material. Vértigo de inmediata explicación en un país sin resistencias morales, que ha recibido el don peligroso de una riqueza descomunal y a cuyo llamado el mundo, con todos sus vicios y con muy pocas virtudes, se vuelca sobre nuestra indefensa nación. De fuera, con el esperanzado emigrante, acuden empresarios movidos

por la voracidad de los negocios materiales, a cuyo lado poco significan los escasos divulgadores científicos que van a ayudarnos en nuestro proceso cultural. ¿Por qué del Norte, junto con los mercaderes del aceite, del hierro, del automóvil, del cine, de la televisión, del tabaco, no viajan los sabios que son honra y prez de sus extraordinarias Universidades y monjes que, como los trapenses de Kentucky, son documentos vivos y claras fuentes de espiritualidad? ¿Por qué de West Point, junto con los oficiales destinados a nuestros países para la enseñanza del manejo de las nuevas armas de guerra, no van también los doctos oficiales que tienen a su cargo las cátedras donde se explica el papel que incumbe a los militares frente al orden de las instituciones civiles? ¿Por qué a la par de los comerciantes empeñados en competir deslealmente con el comercio criollo, no van a dictar conferencias en nuestros Colegios de Abogados esos altivos, claros, perspicaces jueces que en el Norte han hecho del poder jurisdiccional un campo de seguridad para los ciudadanos?

Si antaño se resquebrajaba la moral, a la hora presente el daño llega a escombros. Al mercantilismo antiguo, modoso y revestido de apariencia honorable, se ha sumado la desapropiada aventura del extranjero —hombres y empresas— que buscan el inmediato enriquecimiento, para retornar, hinchados de dólares, a los lares de origen. En otro tiempo hubo reposo y espera para amasar las fortunas. Este reposo y esta espera estuvieron acondicionados por el sedentarismo de quienes se sabían señores de la tierra o se sentían obligados a una obra de impasible aguante.

Durante el siglo pasado, las luchas políticas de Europa volcaron sobre América valiosos grupos humanos, que iban en pos de paz y de reposo. Fueron también hombres ansiosos de fortuna, que sumaron, para la permanencia, sangre, ideas y trabajo al capital demográfico de la nación. El forastero de hoy llega por lo general en plan de quemar etapas. Esta prontitud aventurera ha tenido imitadores y fáciles socios entre los criollos, unos y otros a la vez tomados por la inseguridad y la premura del momento milenarista que vive el mundo angustiado de la técnica atómica y de la "guerra

fría". Ante el estímulo del fácil enriquecimiento del extranjero, el nacional ha aumentado sus ansias y ha desatado las válvulas secretas del lucro. Se olvidó de sí mismo y se convirtió en fiero cazador de fortunas. Al lado del negocio de correcta y lenta prosperidad, apareció la operación basada en la influencia, en la participación y en el porcentaje. Ya no fue la modesta y usada comisión de rutina sobre las compras del Estado. Surgieron los grandes negocios con cruce de millones. Las concesiones petroleras, la compra de aviones, la edificación de barrios y de carreteras, la adquisición de naves de guerra, los embalses, los canales, los puentes y demás obras de empuje que realiza la administración pública. Muchas de éstas en su proyección asombran y son prenda de tiempos prósperos para la nación; algunas, por si no la mayoría, han sido calculadas al amor del lucro, que favorece al grupo de los privilegiados, y al empuje del vértigo momentáneo que explica las más abarrancadas actitudes.

Sobre el plano inclinado de esta alegre y febril laboriosidad se desliza y desgarra la genuina voluntad nacional. Extraordinario es el progreso que amplía avenidas, embalsa ríos, divulga hospitales, intensifica industrias. Todo esto conduce a levantar el nivel material de vida del hombre venezolano. En cambio, con la carrera inmediata hacia la engañosa prosperidad y el circunstancial progreso, se destruye el más fino, el más noble, el más cierto de los ingredientes que hacen grandes y felices a los pueblos. En esa carrera festiva de riqueza se relaja y anula la fuerza moral donde afinca el vigor de los hombres.

Para acabalar la obra positiva de engrandecer a un pueblo no basta acondicionar el suelo para la cosecha abundante, ni son suficientes las ventajas sanitarias de los huecos donde habrá de vivir mañana la nueva y creciente población. Cuando la sociedad sustituye la conquista de bienes ubicados en el reino supremo de los valores morales, por la mera búsqueda de bienes materiales, termina por enmarcar la dignidad positiva del hombre en el cuadro de lo simplemente objetivo y sensual. Esa sociedad, al variar la perspectiva de sus fines, altera el orden de sus estructuras. Traslada

a lo material todo lo que significa belleza y placer. Trueca fácilmente los nobles, elevados ideales que hinchen permanentemente el espíritu, por la concupiscencia de lo momentáneo. Lo que antaño se buscó como meta decorosa, hogaño se reemplaza por el vano hartazgo y la vulgar ostentación de bienes materiales. Lejos, entonces, de exhibir los hombres comportamiento, dignidad y luces, se consideran satisfechos por poseer caballerizas con finos caballos de carrera o costosas colecciones de arte, así éstas estén representadas por pinturas y esculturas que, so pretexto de reaccionar contra el academicismo, el romanticismo y el impresionismo, han caído en el abigarrado contorsionismo y el esotérico linealismo, en que cubistas y abstraccionistas documentan, con precisión admirable, el estado crítico de las clases obligadas a dirigir la conciencia colectiva. En las galerías de estos representantes de las nuevas "élites" sociales, bien lucen, empero, esculturas y pinturas correspondientes al auténtico proceso de deshumanización que ha hecho del arte nuevo, como tinosamente dice Ortega y Gasset, un arte antipopular por esencia y finalidad. Así caballeros engreídos, con cara de Viernes Santo, pregonen austeridad y respeto social porque no frecuentan las botillerías ni publican licencias, que en otros sirven para el farisaico asombro, suya es también la responsabilidad de una feria que les ha llevado a abrir caminos a la penetración extranjera y que les permite en cada caso adquirir guantes de repuesto para ocultar la mancha de sus manos.

Vieja y demasiado usada es la máxima de Epícteto: "Harás grande a tu pueblo, no levantando el tejado de sus casas, sino alzando el alma de sus habitantes". Sin la valoración del espíritu, los pueblos son meros rebaños, más o menos felices. Sin la integridad moral de sus hombres, las naciones no pasarán de ser mercados recomendables o vistosos espacios para el turismo y el deleite efímero. Sin el sentido de la crítica humilde, que descubra nuestra insistente y reparable deficiencia, los pueblos repetirán la conducta de ciegos festivos que por las calles luminosas cantan himnos de júbilo, mientras lucen atuendo abigarrado y discordante, vestido al azar, sin el consejo del ausente guardián. Sin que los hombres tomen conciencia de sí mismos, no llegarán al cumplimiento de su destino. "Los filósofos

(Hegel en particular, después de San Agustín) dicen que la facultad de tomar conciencia es un privilegio del espíritu, y que los grandes progresos de la humanidad no son sino progresos de ese tomar conciencia de sí", anota Jacques Maritain. Entendido en toda su amplitud generosa, este tomar conciencia de sí no queda anclado en una mera actitud de introspección y de suficiencia individualista. El "sí" de la auténtica personalidad mira a su realización en el área de una exterioridad que da posibilidad existencial a la vida humana. No es un "en sí" que justifique y explique las actitudes ariscas, egoístas, indiferentes, huidizas de quienes toman la satisfacción particular como norma de conducta. Como los ciegos disfrazados, cada uno viviría entonces en sí y para sí mismo el mundo de las tinieblas permanentes.

¿Puede ayudar la Universidad a conjurar el tremendo peligro de disolución que se cierne sobre el futuro hombre venezolano? Difícil la afirmativa, por cuanto ella misma es testimonio sufrido de una larga crisis. Sin embargo, a la trémula luz sostenida por idóneos profesores perdura una callada tradición, empeñosa de guardar la autenticidad de nuestros valores. Vuelto sobre su propio interior, el hombre nuevo que aposenta en el alegre estudiante puede ganar al amor de aquella lumbre, resistencia que le permita mirar en cabal función perseica al rostro funesto de Medusa. Con resistir la mirada que petrifica y destruye la voluntad, tendrá ganada ya la batalla de su destino. No se debe tampoco imputar al medio nacional o a sólo las deficiencias de la Universidad presente el sufrido aspecto que ofrece nuestra realidad. Vienen, como he dicho, de muy atrás las causas del resquebrajamiento y convergen, a la vez, desde distintos sitios sobre nuestro ámbito nacional. La crisis, para expresarlo con palabras de mi ilustre amigo el profesor López Ibor, "está en el aire", y si se quiere más pedantesca y exactamente, "en el *espíritu del tiempo*".

Así flaquee el ejemplo, el sitio es adecuado para la cita y el compromiso. Del Sur y de Occidente, del Centro y de Oriente, al viejo recinto de Santa Rosa de Santa María, al apacible claustro de San Buenaventura, a la alegre y moderna casona zuliana, a las aulas entusiastas y libres de Andrés Bello y de Santa María, acuden

avisados liceístas que solicitan tono propicio con que poder vocear mañana la responsabilidad del destino de Venezuela. Palabras mendaces, sacrílegamente salidas de labios de universitarios, la han dado por propalar la absoluta insuficiencia rectora del hombre formado en la Universidad. Contra semejante *ex abrupto* precisa un mentís rotundo. Para deshacer el prejuicio de color neo-arriano, los jóvenes están en la obligación de superar su empeño de cultura y de asegurar para su comportamiento social una ejemplar severidad. A la ciencia fecunda que les dará clara mirada frente al hombre enfermo, fuerza convincente ante el juez que administra la justicia, idoneidad austera para el cálculo de la airosa construcción o de la fecunda presa, ha de agregar, con humildad y con reflexión, un sentido de deber cargado de valor humano. "Necesitamos convencernos, escribe un grave abogado italiano, que no se llega a altos vértices, salvo casos de excepción, sino sabiéndolos merecer, y que la simplicidad es la suprema conquista de una ignorada fatiga". También en este plano de actividades dejó Bolívar una sentencia digna de Marco Aurelio. Percatado de las desviaciones en que incurre la inteligencia, declaró que "el talento sin probidad es un azote". Bien sabía Bolívar que "no hay sabiduría vital que no sea al mismo tiempo una forma de vida, es decir, que no tenga soporte ético", según magistralmente enseña López Ibor.

La moralidad, la justicia y la verdad son valores de ámbito universal. No hay, consiguientemente, una moralidad nacional, ni una justicia nacional, ni una verdad nacional. La Universidad —así enseñe la realidad de la historia, de la sociología y de la vocación nacional— no podrá jamás adecuar con sentido divisionista a nuestros intereses privativos el funcionamiento de aquellos valores, menos puede hacerlos a un lado, para servir teorías e intereses de grupos o de castas. No es moral, ni es justo, ni es verdadero erigir como sistema un cuerpo de ideas que mire a la sola satisfacción del bienestar de los poderosos y que en sus alcances finales anule las exigencias ontológicas de la persona humana. Tampoco es moral, ni justa, ni verdaderamente humana la paciente actitud de quienes al convertirse en testigos inútiles de la injusticia y del dolor, se constituyen en última instancia cómplices de primer grado en la

futura definitiva quiebra de los más caros intereses sociales. Tiene, en cambio, derecho el pueblo para reclamar de sus sectores dirigentes —que hoy se forman, tanto en las Universidades sostenidas por el Estado como en los centros de iniciativa particular— una actitud de discreta, noble, elevada dirección, capaz de ayudarle a conjurar la traición de las clases que ayer se dijeron encargadas de orientarle y que sólo tuvieron por norte el provecho de los individuos sobre los intereses de la propia comunidad. No el nexo interesado entre profesional y cliente pide el verdadero servicio. Algo más reclama el pueblo. La antigua relación aposentada en el dominio de lo privado, quiere verla sustituída por la función ductora y protectora que sirva de raíz y meta a nuevas estructuras, que se orienten, a través de una normatividad cargada de sentido de justicia social, es decir, de justicia humana.

La vieja conducta que miraba a ganar el Poder para hacer, al tenerlo, caso omiso de las ideas pregonadas en la oposición y convertir en cada caso al país en retablo de venganzas, quiérela ver sustituída por una actitud comprensiva, que conduzca la responsabilidad a sus auténticas vertientes y evite los cuadros funestos que truecan los ideales de las revoluciones en vulgar proceso de atropellos y de injusticias, tal vez realizados con una finalidad correcta, pero que, en cambio, es quebrantada en sus propias bases de ejecución. Velar deben los pueblos por que la claridad y el vigor de que permanentemente ha de estar acompañada la justicia no sean enceguecidos por el fulgor transitorio que transmiten a sus actos los procedimientos implantados por los hombres de la victoria. No ya los juicios de Nuremberg y el proceso de Petain han sido mirados con repugnancia por la actual conciencia del mundo; el propio juicio de Laval comienza a ser revisado por los críticos y aún la sombra de Antígona dialogando con Creón, ha sido citada como asperges que absuelva la actitud ambigua del execrado colaboracionista. En dichos casos, autores de delitos que llegaron al genocidio, han terminado por lucrar piedad con el excedido rigor de precipitados verdugos, que desoyeron la piedad para consultar sus entrañas de piedra. Fácil les fue olvidar la realidad del hombre y su

constante propensión a dejarse llevar, ora por el miedo y la soberbia, ora por la crueldad y el temor. Como consecuencia de este olvido, no tuvieron presente que aquellos factores obran como polos opuestos que definen las conductas desprovistas de filosófica reflexión.

Si lo viejo está tomado de la carcoma y lo poco que ha respetado el naufragio, vive en infecundo apartamiento de la realidad; si las generaciones con mayoridad política tienen —tenemos concuerda más con la verdad— mayor o menor complicidad en las fallas del país, justificado está que se mire hacia la juventud que colma Universidades y Liceos, con la angustiada y heroica esperanza de quien anhela entrañablemente la pervivencia de la República. La noche hace más densas las tinieblas cuando el amanecer se acerca. A la hora en que parece que la desesperación ha llegado a los límites del temblor pavorizante, también aquellos que han tenido fe en los valores del espíritu y en la eficacia final de la virtud, sienten la cercanía de la gracia. "No siempre es seguro, dice Claudel, la frecuencia y la fortaleza de lo peor". Tras la noche sombría en que se ven triunfar los subalternos valores de la biología, llegará con toda certeza, la luz del sosiego y el ímpetu saludable de la plenitud. Maestro y yunque de voluntades, el dolor abre sentidos extraordinarios al hombre, cuando se lo recibe con la intención creadora de quien más allá del carbón busca la chispa luminosa del diamente. "Beethoven no habría compuesto las "Sinfonías", escribe André Maurois, si no hubiera sufrido; nadie comprende a su vez las "Sinfonías" si no ha conocido sufrimientos de la misma naturaleza". En cambio, a qué satánicas simas no descienden quienes del dolor apenas toman las tinieblas en que duerme como en áspero capullo la "angélica farfalla", y con ellas visten de resentimiento y de venganza su conducta permanente. Cuánto mejor aplicar al sufrimiento el símbolo optimista que ofrece el P. Raymond: "Para extender sus raíces en la ancha oscuridad subterránea y alzar su ramaje hasta los cielos, el roble debe soportar los inviernos glaciales y los abrasadores estíos". A la sombra benéfica de estos grandes árboles se hace claro y profético el sueño de los hombres. Aun cuando las fuerzas declinen, de su fronda saldrán voces elocuentes

para advertir la necesidad y el tiempo del trabajo, certeras y claras voces como aquellas que entre sueños escuchó el profeta Elías bajo la sombra del enebro.

No será la vendimia de los odios el último quehacer del hombre que se afana por cumplir su destino. Tampoco serán la confusión y el dolor la página postrera de nuestra vida social. Con ganar nuestra batalla personal ayudaremos, también, a ganar la batalla en que está comprometido el destino del mundo. Humildemente, sin pretender ser dioses, podemos conquistar instrumentos que nos aseguren el éxito de los valores que dan dimensión cabal a nuestro humano destino. El pueblo que distrae su tiempo ante las pantallas convulsivas de la televisión, que grita y aplaude con frenesí selvático ante el ring de boxeo, que nutre las multitudes enloquecidas frente a los jugadores de fútbol y de beisbol, que delira y bota el dinero del diario mantenimiento en las pistas donde los caballos distribuyen con las patas fantásticas fortunas formadas con el trabajo de los incautos, ese pueblo que se divierte y olvida de sí mismo, reclama un tipo de educación que lo acerque a planos donde germinen valores a tono con su propia dignidad.

El porvenir del hombre venezolano impone la necesidad de mirar hacia zonas donde la reflexión tenga oportunidad de realizarse. El futuro material no depende de nosotros, dice Arnold Toynbee; en cambio, agrega, sí hemos solicitado la divina iluminación para nuestras mentes, "las piedras rodarán por el suelo, pero jamás agonizará la luz que nos da la vida". Alumbrados por esa benéfica luz, hemos de sentirnos bajo el signo optimista de quienes confían en la generosa posibilidad de una hora capaz de absolver o de borrar el pretendido divorcio o escisión que algunos ven, como dice Gómez Rebolledo, entre la vida teorética y la vida práctica, entre la inteligencia y la prudencia, entre arte y moralidad, entre ciencia y virtud, entre filosofía y justicia y en todo lo demás que de ahí se siga. ¿Por qué no pensar que la hora undécima corresponde en el cuadrante de las posibilidades, al tiempo propicio para que un "aire de primavera" asegure nuestra cabal realización en el plano de la inteligencia, de la libertad y de la gracia?...

CODA

Releído y ya este ensayo en camino de las cajas de imprenta, he juzgado conveniente insistir acerca de su finalidad. Mi esfuerzo crítico no espera rendir el juicio de quienes benévolamente presten atención a los problemas aquí suscitados. Con sinceridad desgarrada planteo en estas páginas el caso de nuestra cultura universitaria, relacionada con el propio valor de la venezolanidad en su dimensión de postura humana. Me asomo, también, a ciertos territorios culturales, aún no estudiados en toda su amplitud y profundidad y expongo, además, mi posición personal frente a situaciones y hechos pasados.

Bien sé que el análisis cabal corresponde hacerlo a otros compatriotas mejor abastados para el caso, a los cuales, tal vez, no haya ocurrido enfocar dichos problemas desde el ángulo en que me he colocado. No pretendo, tampoco, asumir una actitud albricial ni menos presentarme como poseedor de recursos de que carezco. En lo que dice al juicio sobre Bolívar y su filosofía política, ilustres y eruditos investigadores, como Santiago Key Ayala, Caracciolo Parra Pérez, Augusto Mijares, José L. Salcedo Bastardo, han explorado con tino y profundidad el poliedro anímico del Padre de la Patria, sin dejarse llevar del asombro que el grandor de Bolívar ha impedido a muchos "distinguir entre el principio y el fin de su vida", como ocurrió al ilustre Lecuna; menos intento acomodar el pensamiento de Bolívar a manera de pespunte brillante para mi obra literaria o mis ideas políticas. Mi juicio en nada se divierte del juicio fornido

que aquellos compatriotas han calzado con sus autorizados nombres. En Bolívar no he intentado jamás mirar una figura de contornos hagiográficos, destinada a la mera edificación de los lectores, sino un hombre de carne y hueso, que caminó, con pie susceptible de extravío, sobre el mismo pedazo de tierra donde discurre nuestra existencia presente y cuya mente poderosa dejó en nuestra vida cívica una impronta que aún puede ayudarnos a realizar nuestro destino de pueblo. Mi empeño apunta a fijar líneas para una concepción integral del valor y del deber de hombre venezolano. La vastedad del propósito obliga a que el presente ensayo sea sometido a una futura revisión y a que sea aclarado por medio de una serie de escolios de carácter realístico.

Si lo dije antes, no sobra el repetirlo. Conozco mejor que nadie hasta dónde llegan mis recursos críticos. No me presento en plan de abatir presuntos contendores. Con justo sentido del límite, me sé muy de la casa, para dejarme arrastrar del forasterismo que censura Peguy. En el plano de la realidad, tampoco intento presentarme protegido por el celofán esotérico con que algunos compatriotas buscan resguardar su personalidad de posibles juicios realistas. Soy un venezolano del siglo XX, cargado de las responsabilidades de mi tiempo, salpicado por las burbujas de las aguas negras de la política, marcado con el signo de épocas contradictorias, transido de la angustia de quien ha deseado ver por siempre superados los reatos que impiden el pleno desarrollo de nuestra obra de cultura. Soy un venezolano con espíritu de desollado, según me pintó en 1921 Rafael Cabrera Malo, que, sintiendo sobre su débil conciencia el peso de un compromiso con el tiempo, no puede permanecer como testigo inútil en un momento crucial, en que la nación, sin caer en ninguna manera de bizantinismo, busca respuesta para su propio destino de pueblo.

Largos años llevo trabajando sobre la problemática de nuestro país. Alguna vez he atinado en expresar conceptos que promovieron debates fructíferos en orden a estudiar algunas de las causas de nuestra crisis nacional. Sobre ese mismo anchísimo campo inciden las líneas del presente ensayo, madurado y escrito con la

preocupación de ayudar al pueblo de Venezuela y empeñoso, también, por promover entre nuestra gente joven una actitud congruente con el ritmo que André Siegfrid anota como signo de la obra de Edouard Le Roy: primero, dice, se interesó por el "homo faber", después por el "homo sapiens", y por último, sobrepuso a uno y otro el "homo spiritualis". Trabajar, pensar y soñar como finalidades escalonadas de un proceso cargado de autenticidad humana. Dominar la técnica para que el hombre crezca y no destruir al hombre para que luzca la burda obra material, así háganla imponente la destreza y la audacia de la ejecución o hágala así plausible el fin práctico a que se la haya destinado.

Para realizar la plenitud de la existencia precisa poner como tema principal de todo empeño de cultura, la búsqueda de medios que aseguren la realización de la persona como un todo integrado por valores de categoría económica, intelectual y espiritual, y cuya armonía mira fundamentalmente al gobierno por el espíritu y para el espíritu de todos los recursos conquistados por el paciente trabajo de la inteligencia. Ante la voracidad telúrica de los Pontífices medievales, Santa Catalina de Siena lanzó la extraordinaria consigna: "Almas, no ciudades". Almas, espíritus, inteligencias en pleno goce de su dimensión humana, pide, también, la ciudad terrestre como fin de toda organización social. Sobrarían los majestuosos edificios, las rebosantes presas, los canales fáciles, los caminos suaves, si los hombres a cuyo servicio están destinados no gozan la plenitud de facultades que hacen a la persona. En el plan de dar vigencia permanente al consejo de la sienense maravillosa, jamás abundan las palabras ni se hace jamás inútil la tediosa espera. Cumple, en cambio, al hombre hacer ésta alegre, festiva y generosa, por medio de una permanente reflexión sobre el triunfo de la bondad, de la justicia y de la gracia.

LAUS DEO

HISTORIAL BIBLIOGRAFICO DE LOS TEXTOS INCLUIDOS EN EL VOLUMEN 9

"Palabras liminares", **Centenario del Colegio Federal de Trujillo (1834–1934).** Caracas: Edit. Sur-América, 1935 (51 p.) pp. 5–7.

El hijo de Agar. Caracas: Edics. Edime, 1954. 182 p.

La hora undécima (Hacia una teoría de lo venezolano). Caracas: Edics. Independencia, 1956. 141 p.

También en: – **La historia como elemento creador de la cultura.** Presentación de Guillermo Morón. Prólogos de Ramón J. Velásquez y Joaquín Gabaldón Márquez. Caracas: Academia Nacional de la Historia (Col. Estudios, monografías y ensayos, 67), 1985 (387 p.) pp. 295–371.

– **Mensaje sin destino y otros ensayos.** Selección de Oscar Sambrano Urdaneta. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1988 (574 p.) pp. 181–239.

INDICES DEL VOLUMEN 9

INDICE ONOMASTICO Y TOPONIMICO

Abel: 119.
Academia Nacional de Medicina: 214.
Academia West Point: 261.
Acosta, Cecilio: 106, 200, 210, 215.
Acosta Saignes, Miguel: 212.
Adan: 177.
Africa: 17, 145, 147, 185, 196, 230, 231, 233.
Aga Khan ?: 23.
Agar: 11.
Aguirre, Lope de: 232, 233.
Ajuria de Vitoria (España): 86.
Alá: 158.
Alcalá de Henares: 95.
Alejandría: 63.
Alfonso IX: 57, 64.
Alejandro VI: 146.
Alemania: 82, 107.
Alvarado, [Lisandro]: 212.
Alvares, ? (Sacerdote): 6.
América: 13, 33, 34, 38, 60, 64, 66, 96, 133, 141, 142, 145, 146, 147, 150, 152, 154, 165, 168, 169, 173, 174, 185, 196, 231, 233.
América Central: 155.
América Latina: 145.
Ampíes, [Juan de]: 197.
Anglo Iranian Oil Company: 129.
Andueza, Benito: 6.
Antequera, José de: 165, 167.
Antígona: 97, 178, 266.
Apolo: 179.
Arabia Saudita: 147.
Aranda, [Francisco]: 210.
Araujo, Antonio Martín: 33.
Archivo General de Caracas: 41.
Arévalo González, Rafael: 200.
Argentina: 154.
Aristóteles: 243.
Ashavero: 177.
Asia: 17, 139, 145, 147, 185.
Atlanta: 159.
Atlántico (océano): 250.
Aveledo, Agustín: 200, 210.
Avila, Juan de: 34, 210.
Aviso a los Navegantes de M.B.I.: 211.
Ayacucho: 198.
Baco: 101, 103.
Bach, [Juan Sebastián]: 194.
Balmaceda, ?: 72.
Balmain, Pierre: 23.
Báñez, [Domingo]: 34.
Baptista, Eusebio: 200.
Barker, [Ernest, Sir]: 244.
Barnola [Duxans, Pedro Pablo]: 212.
Barquisimeto: 193, 260.
Barrabás: 28.

Batalla de Ayacucho: 233.
Batalla de Carabobo: 233.
Batalla de Junín: 233.
Battlori, Miguel: 165.
Balzac, Honorato de: 101.
Beatriz: 55.
Beethoven, [Ludwing van]: 194, 267.
Bejarano, Lázaro: 197.
Belice: 141.
Beltrán Guerrero, [Luis]: 212.
Bello, Andrés: 169, 170, 171, 173, 174.
Bello Monte (Caracas): 113.
Benavente, [Jacinto]: 122, 182, 194.
Bergson, [Henri]: 191, 213, 232.
Bermejo, María Teresa: 41.
Bernanos, George: 256.
Berruguete, [Alonso de ? Pedro ?]: 34.
Biarritz [Francia]: 23.
Bibliotéca Nacional de Madrid: 17.
Blanca Nieves: 60.
Blanco, Andrés Eloy: 83.
Bobbio, Norberto: 191.
El Bobo de Coria (retrato) de [Diego] Velázquez [de Silva]: 102, 103.
Bogotá: 141.
Bolivia: 154, 196.
Bolívar, Simón: 7, 45, 46, 47, 49, 51, 52, 53, 60, 70, 128, 143, 167, 168, 169, 170, 173, 206, 231, 234, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 258, 265, 269, 270.
Bolívar (pintura) de [Arturo] Michelena: 106.
Bonald, [Louis Gabriel Ambroise]: 211.
Bond and Share: 146.
Los Borrachos (cuadro) de [Diego] Velázquez [de Silva]: 101.
Bossuet, [Jacques Bénigne]: 46.
Boussingault, [Jean-Baptiste]: 248.
Boves, [José Tomás]: 70.
Brando, Marlon: 181.
Bravo, [Juan]: 33.
Bretón de los Herreros, [Manuel]: 72.
Briceño, [Antonio Nicolás] (El Diablo): 46, 172.
Briceño Méndez, [Pedro]: 245.
Briceño Pacheco, José Ignacio: 172.
Briceño, Ramón: 6.
Briceño, Sancho: 33.
El Brocense. Véase: Sánchez de las Brozas, Francisco
Brooklyn [Nueva York]: 137.
Los Buddenbrooks de Thomas Mann: 69.
El Bufón don Sebastián (cuadro) de [Diego] Velázquez [de Silva]: 102.
Byron, [George Gordon] Lord: 51.
Caifás: 18.
Caín: 119.
Cabot, John Moors: 150.
Cabré, Manuel: 106.
Cabrera Malo, Rafael: 270.
Calcaño, Eduardo: 210.
Caldera, [Rafael A.]: 212.
Calixto: 60.
Calvo Sotelo, Joaquín: 222.
Calle de Atocha (Madrid): 72.
Campbell, Patricio: 246.
C'ang-Kan: 203.
Cano, Melchor: 65.
Caracas: 82, 107, 151, 170, 171, 234, 249, 250, 260.
Carrasquero, Manuel María: 200.

Caravaggio, [Michelangelo]: 240.
Carlos I: 32, 33, 97.
Carlos V: 256.
Carlos III: 99.
Caribe (mar): 141, 142, 143, 158.
Carmania: 45, 48, 49.
Carrillo, Antonio José: 6.
Carrillo, Pedro Emilio: 5.
Carrillo Guerra, Juan B.: 7.
Carnelutti, ?: 248.
Carnevalli, ? (Banquero): 68.
Carney, ? (Almirante Norteamericano): 137, 139.
Casa, Nicolás de: 235.
Casas, Juan de: 170.
Casanova, ?: 212.
Cascajo, Teresa: 56.
Casona, Alejandro: 182.
Castilla: 33.
Castilla, Reino de: 33.
Castro, [Cipriano]: 70.
Carvajal, Juan de: 232.
Cefalonia (Grecia): 51.
Celestino V: 119.
La Cena (pintura) de Leonardo [Da Vinci]: 106.
Cervantes y Saavedra, Miguel de: 59, 60, 81, 82, 84, 131.
Cervériz, [Francisco Javier]: 172.
César (Cayo Julio): 240.
Chacachacare, (Islote Inglés): 172.
Charcot, [Jean Marten]: 213.
Chaumer, Edmundo: 200.
Chaumer, Enrique: 79.
Chesterton, [Gilbert Keith]: 21, 256.
Chile: 129.
Chilean Cooper Company: 146.
Churchill, Winston: 121, 122.
Cladoncha, Marqués de: 23.
Cide Hamete Benengeli: 131.
Ciro: 129.
Ciudad Bolívar: 260.
La ciudad de los muchachos: 42.
Claudel, Paul: 214, 267.
Claustro de San Antonio de Padua: 5.
Claustro de San Buenaventura: 264.
Clitemnestra: 97.
Coca-Cola: 158, 159.
Cocteau, [Jean]: 217.
Colegio Federal de Trujillo: 5, 7.
Coll, Pedro Emilio: 217.
Colombia: 174.
Colón, [Cristóbal]: 96, 196.
Colonia Hogar Carmania: 45.
Commonwealth: 141, 236.
Comillas, Marqués de: 76.
Comte, [Auguste]: 208.
Condorcet, [Jean Antoine] Marqués de: 244.
Congreso de Angostura: 231.
Congreso de Panamá: 130.
Copérnico, [Nicolás]: 196.
Córdoba: 92, 94, 95.
Coro: 197.
Correa, Luis: 217.
Cossio, José María de: 191.
Costa Rica: 129, 155.
Cortés, Hernán: 198.
Cortés de Madariaga, José: 239, 248.
Coty, René: 117, 118, 119.
Country Club (Caracas): 113.
Crema, [Edoardo]: 212.
Creón: 266.
Cristo de San Plácido (pintura) de [Diego] Velázquez [de Silva]: 101.
Cuba: 121, 146.
Cuenca, Raúl: 200.
Cuevas, Marqués de: 23, 24.
Cumaná: 172.
Cuyamel Fruit Company: 153,154.

Dante, [Alighieri]: 55.
Darío (Rey de Persia): 129.
Darwin, [Charles]: 208.
Daudet, León: 71.
[Da Vinci], Leonardo: 106.
Dávila, José A.: 113, 114.
Daxifanes: 84.
De Gaulle, [Charles]: 118.
D'Eluyar, [Luciano]: 82.
Detroit: 230.
Díaz, José Domingo: 51, 163.
Díaz Rodríguez, [Manuel]: 106.
Diderot, [Denis]: 215, 243.
Diez de Tudana, ?: 34.
Dimas [buen ladrón]: 22, 28, 29.
"Dimensión y urgencia de la idea nacionalista" de M.B.I.: 211.
Dominici, [Pedro César]: 210.
Don Juan: 60.
Don Juan (Príncipe) [hijo de Isabel la Católica]: 98.
Don Quijote: 55, 56, 57, 60, 61, 250, 251.
Doña Inés: 60.
Duero (río): 33.
Dulles, Foster: 145, 147.
Echegaray, [José]: 122.
Ecuador: 196.
Eisenhower, [Dwigth]: 123, 186.
Electra: 97.
El Caballo de Ledesma de M.B.I.: 211.
El [Cid] Campeador: 246, 251.
El Cairo: 147.
Elías [el Profeta]: 268.
El Salvador: 141, 142.
Eneas: 177.
Epicteto: 263.
Epitoma rei militaris de Flavio Renato Vegecio: 134.
Ermitaños de San Pablo: 92.
Ernst, [Adolfo]: 212.
Eros: 177.
Escalona, Juan: 172.
Escalona y Calatayud, [Juan J.]: 207.
Escosura, [Patricio de la]: 72.
Escuela Hogar Monte Carmelo: 42.
Escuque: 47.
Esfialtes: 147.
España: 31, 32, 55, 56, 57, 59, 60, 63, 64, 65, 69, 74, 81, 85, 86, 89, 90, 91, 94, 95, 99, 121, 142, 146, 157, 166, 169, 171, 174, 197, 202, 230, 231, 236, 251, 257.
España, José María: 234, 238.
Espinoza: 210.
Esopo (cuadro) de [Diego] Velázquez [de Silva]: 101.
Espronceda [y Delgado, José]: 72.
Estados Unidos (EE.UU.): 107, 139, 145, 146, 147, 154, 157, 216, 236, 246, 250.
Estrada Monsalve, ?: 244.
Europa: 94, 107, 121, 127, 128, 148, 185, 231.
Ezpelosín, Luis: 200.
Fabbiani Ruiz, [José]: 212.
Fabbri, ?: 194.
Falcón, [Juan Crisóstomo]: 206.
Fanegas, Miguel: 77.
"El fariseísmo bolivariano y la anti-América" de M.B.I.: 211.
Fausto de J. W. von Goethe: 60.
Felipe IV: 101, 103.
Felipe I (El Hermoso): 97, 98, 99.
Felipe II: 32, 65, 86.
Fernández de León, Esteban: 69, 70, 163, 173, 206.
Fernández, Edmundo: 33.
Fernández, Gregorio: 32, 34.
Fernando V: 95.
Fernando VII: 69, 97, 98, 155, 163, 170.
Fichte, Johann G.: 229.

Figueres, [José]: 155.
Filipinas: 130.
Flavio Renato Vegecio: 134.
Fortique, [Alejo]: 210.
Fouché, [José]: 15.
Francia: 15, 17, 18, 39, 87, 117, 118, 121, 142, 146, 157, 205, 206, 235, 236.
La Fragua (cuadro) de [Diego] Velázquez [de Silva]: 101.
Gadner, Ava: 178, 179.
Galindo, Beatriz: 93, 95, 96.
Gallegos, [Rómulo]: 70, 122.
Gallup: 260.
Gandhi, [Mahatma]: 133.
García Bacca, [Juan David]: 212.
Gedelp, ?: 87.
Gibraltar, [Peñón de]: 130.
Gil Borges, [Esteban]: 106, 213.
Gil Fortoul, [José]: 209, 212, 217.
Gobineau, [Joseph Arthur. Conde de]: 208.
Goethe, [Wolfgang]: 240.
Gólgota: 20.
Gómez, [Juan Vicente]: 49, 70.
Gómez Rebolledo, ?: 268.
González, Juan Vicente: 200, 210.
Gunplowich, ?: 208.
Grace Line: 146.
Gran Bretaña: 148.
[Gran] Colombia: 233, 246, 250.
Granada: 94, 99.
Grecia: 63.
Guatemala: 141, 142, 155, 196.
Guatemoc: 198.
Guerrero, Luis Beltrán: 212.
Guevara y Vasconcelos, [Luis]: 170, 235.
Guitry, Sacha: 23.
Guzmán Blanco, Antonio: 68, 206, 207.
Haití: 142.
Hamlet: 60.
Hegel, [Federico]: 162, 264.
Heibery, Hans: 121.
Heredia [José Francisco]: 172.
Los Hermanos Karamazov de Fedor Dostoievsky: 199.
Hernández, José Gregorio: 213.
Herodes: 18.
Herrera Mendoza, Lorenzo: 83.
Hesnard, ?: 223.
Hidalgo [y Costilla, Miguel]: 167, 198.
Hidayat, Muhammad: 127, 129, 130, 131.
Las Hilanderas (cuadro) de [Diego] Velázquez [da Silva]: 102.
Hitler, [Adolfo]: 28.
Hiroshima: 52.
Holanda: 82.
"El Holandés errante": 177.
Holzner, José: 37, 39.
Homero: 51.
Hurtado de Mendoza, Cristóbal: 46.
Iberia: 33.
Ibsen, [Henrik]: 194.
Ifigenia: 97.
Imaz, Eugenio: 212.
India: 147.
Inglaterra: 121, 141, 146, 236, 243.
Indochina: 139.
Instituto Católico de París: 209.
Instituto Panamericano de Geografía e Historia: 165.
Irán: 147.
Isabel la Católica: 81, 93, 94, 97, 98.
Isaac: 11.
Islas Jónicas: 51, 52.
Ismael: 11, 13.
Itaca (Grecia): 51.
Izquierdo, José: 83.

James, William: 200.
Jasper, Karl: 233, 258.
Jaúregui Moreno, [Jesús Manuel]: 200.
Jefferson, [Thomas]: 138.
Jesucristo: 16, 18, 27, 28, 29, 39, 128, 180, 187, 214.
Jiménez, Flora Ligia: 169.
Jofrey: 179.
Jordania: 147.
Jorge de Dinamarca: 23.
Joung, ?: 217.
Juan II: 93, 94.
Juana la Loca: 33, 97, 99.
Juicio de Nurenberg: 206.
Juní, Juan de: 32, 34.
Júpiter: 177.
Kandinsky, [Vassily]: 111.
Kant, Manuel: 135.
Kentucky: 261.
Key Ayala, Santiago: 269.
Key Ayala, [Francisco]: 212.
Kierkegaard, Sören: 73, 225.
Labastida, Ricardo: 200.
La Española, [Santo Domingo]: 235.
La Florida (Caracas): 211.
Lago de Sanabria: 55, 57.
La Guaira: 172.
Laínez, [Diego]: 34.
La Mosquita: 146.
Larrazábal, [Felipe]: 106.
Las Lanzas (pintura) de [Diego] Velázquez [de Silva]: 101.
Laval, [Pierre]: 226.
Lazarillo de Tormes: 60.
Lazo de la Vega, Rafael: 7.
Lecler, ?: 209.
Lecuna, [Vicente]: 269.
Ledesma, [Alonso Andrea de]: 238.
L'Havre (Francia): 117.
Leigh, Vivian: 181, 183
León XIII: 139, 217.
Liceo Artístico y Literario Español: 72.
León, Carlos Augusto: 182.
León, Juan Francisco de: 238.

León, Fray Luis de: 64, 65.
León, Reino de: 33.
Le Roy, Edward: 271.
Líbano: 147.
Limardo, [José de la Cruz]: 210.
Lincoln, [Abraham]: 138.
Lippman, Walter: 259.
Lisboa: 142.
Locke, [John]: 215.
Lombardi, ? (Sacerdote): 19, 20, 21, 22.
Lombroso, [Cesare]: 208.
Londres: 127, 169, 173.
López de Meza, Luis: 244.
López-Ibor, [Juan José]: 264, 265.
López Méndez, Luis: 169, 170, 216, 217.
Lucanor, Conde de: 219.
Luna, Alvaro de: 93.
Lutero, [Martín]. 235.
Lyon (Francia): 15, 17.

Machado Antonio: 33.
Machado Hernández, Alfredo: 205.
Madisson, [James]: 138.
Madrid: 23, 55, 60, 64, 74, 77, 78, 79, 85, 86, 89, 91, 169, 211.
Malaparte, Curzio: 27, 29.
Maldonado, [Francisco]: 33.
Margarita: 60.
"Manifiesto del Humorismo" de Botín Polanco: 57.
Mann, Thomas: 69, 245.
Maracaibo: 260.
Marco Aurelio: 265.
Maritain, Jacques: 242, 243, 244, 264.

Marshall, George Callet: 133, 134.
Marte (retrato) de [Diego] Velázquez [da Silva]: 103, 104.
Martí, José: 142.
Martínez, Francisco de P.: 6.
Marruecos: 157, 158.
Maurois, André: 267.
Maximiliano (Emperador): 97.
Mayalde, Conde de: 78.
Maza, Francisco de la: 34.
Medina, [Angarita Isaías]: 70.
Medusa: 264.
Melibea: 60.
Mena, Juan de: 93.
Mendoza, Cristóbal L.: 142.
Menéndez Pidal, [Ramón]: 122.
Las Meninas (cuadro) de [Diego] Velázquez [de Silva]: 101.
Menipo (retrato) de [Diego] Velázquez [da Silva]: 101, 103.
Mensaje sin destino de M.B.I.: 211.
Mercier, [Desiré]: 243.
Mercurio]: 103.
Mérida: 46.
México: 146, 165, 196, 197, 198, 257.
Michelena, Arturo: 106, 210.
Michelena, Santos: 200.
Mijares, Augusto: 269.
Miranda, [Francisco de]: 234.
Miranda, [Francisco]: 167, 171.
Mistral, Gabriela: 122.
Mitre, [Bartolomé]: 248.
Moeller, Charles: 214.
Mondrian, [Piet]: 111.
Monte de la Visión: 20.
Monte Oreb: 20.
Monte Sinaí: 20.
Monte Sacro: 239.
Montesquieu, [Charles Louis]: 215, 243.
Monteverde, [Domingo]: 46, 70, 168, 171, 172.
Morales Marcano, J. M.: 200, 210.
Morantes, Pedro María: 200.
Morelos [y Pavón, José María]: 198.
Mosquera, José: 81.
Mosaadeq, Mohamed. Véase: Hidayat, Muhammad.
Motagua (río): 153.
Moxó, [Salvador]: 168.
Moya, Marquesa de: 95.
Mozart, [Wolfgang Amadeus]: 194.
Multiplicación [de los Panes] (pintura) de Arturo Michelena: 110.
Museo de Manolete (Córdova): 92.
Museo del Prado (Madrid): 101.
Nagasaki: 52.
Napoleón III: 207.
Nariño, [Antonio]: 47.
Nebrija, Antonio de: 65, 210.
Nehrú, Jawaharald: 133, 134.
El niño de Vallecas (retrato) de [Diego] Velázquez [de Silva]: 102.
"La Noche Serena" de Fray Luis de León: 57.
Norteamérica: 128, 141.
Nuestra Señora de la Paz de Trujillo: 46.
Nueva Segovia: 193.
Nueva Orleans: 181.
Nueva York: 137.
Núñez Lozada, ? (pintor): 55.
Núñez, Enrique Bernardo: 77, 82, 142.
Odriozola, Martín de: 115.
Ofelia: 60.
O'Leary, [José Florencio]: 245.

Olivares, Conde-Duque de: 219.
Ordaz, Diego de: 232.
Ordóñez, Bartolomé: 99.
Orinoco [río]: 243.
Oropesa, [José Manuel]: 206.
Oropeza, Pastor: 114.
Ossorio y Gallardo, ?: 238.
Ortega y Gasset, José: 101, 103, 122, 240, 245, 263.
Pabillos de Valladolid (retrato) de [Diego] Velázquez [de Silva]: 102.
Pacheco Maldonado, Juan: 65.
Pacheco y Mexía, Lucas: 65.
Padilla, Juan de: 33, 39.
Páez, [José Antonio]: 250, 258.
Palacio Fajardo, Manuel: 200.
Panamá: 129, 146.
Pandora: 177, 179, 180.
Panurgo: 177.
Panza, Teresa: 79.
El Paraíso (Caracas): 113.
Paredes, Eloy: 200, 210.
París (Francia): 23, 78, 105, 133, 169.
Parra, Pedro María: 200
Parra, Caracciolo: 213.
Parra Pérez, Caracciolo: 269.
Pascal, Blaise: 180.
Patrullo, Gerardo: 70.
Pedro I (El Cruel-Rey de Castilla y León): 33.
Peguy, Charles: 191, 224, 242, 270.
Pelayo [Rey de Asturias ?]: 250.
Pérez de Guzmán, Fernán: 93.
Perú: 196.
Picón, Juan de Dios: 200.
Picón Salas, [Mariano]: 83, 212.
Pilatos, [Poncio]: 18.
Pío XI: 16, 150.
Plaza de la Cibeles (Madrid): 60.
Plinio: 94.
Plutarco: 94.
Polanco, Botín ?: 57.
Portugal: 146.
Prawdin, Michael: 97.
Prieto, Luis Beltrán: 70.
Príncipe Baltasar Carlos (cuadro) de [Diego] Velázquez [de Silva]: 103.
"Problemas de la Juventud Venezolana" de M.B.I.: 211.
Prometeo: 125, 177.
Puerto Cabello: 172.
Puerto Rico: 130, 142.
El Purgatorio (cuadro) de [Cristóbal] Rojas: 106.
El Quijote: 130, 131, 195.
Quinta de San Pedro Alejandrino: 47, 49.
Quintero, Isidoro: 70.
Quiroga, Antonio: 69.
Quiroga, Vasco de: 197.
Quijano, Alonso: 56, 79, 131.
Ramírez, Francisco: 93.
Ramón de San Pedro, José María: 67, 68, 72.
Raymond, ?: 267.
Rembrandt, [Hermanszoon Von Rhyn]: 112.
Remisa y Miarrus, Gaspar Marqués de: 67, 68, 69, 70, 71.
La Rendición de Breda (cuadro) de [Diego] Velázquez [de Silva]: 103.
Rey Miguel (Personaje de la Historia de Venezuela): 232, 233.
Reyes, Alfonso: 122, 197.
Riego [y Núñez, Rafael]: 69.
Río de Janeiro: 150.
Río de la Plata: 250.
Rodríguez Picón, Antonio Ignacio: 172.
Rojas, Cristóbal: 106.
Roma: 165.
Rondón, Estanislao. 200.
Ronquillo, Rodrigo: 33.

El Rosario de Cúcuta: 234.
Rosario, Francisco Antonio: 45, 46, 47, 49.
Rosenblat, [Angel]: 212.
Ruggiero, Guido de: 208.
Rusia Soviética: 150.
Sabana de Mendoza: 45, 47.
Saboya, Humberto de: 23.
Salamanca (España): 55, 63, 64, 65, 122.
Salcedo Bastardo, José Luis: 269.
Salias, Vicente: 172.
Sánchez Trincado, [José Luis]: 212.
Sancho [Panza]: 55, 56.
San Agustín: 94, 264.
San Cristóbal: 260.
Sánchez de las Brozas, Francisco: 65.
San Hipólito de Voltegrá (España): 68.
San Ignacio de Loyola: 34.
San Juan de la Cruz: 73.
Saint Pierre, Bernardino de: 243.
San Mateo (Apóstol): 191.
San Martín: 167, 246.
San Pablo: 27, 42.
Sanojo, [Luis]: 210.
Santa Catalina de Siena: 271.
Santa Marta (Colombia): 78, 247.
Santa Rosa de Santa María [Casona de]: 264.
Santillana, Marqués de: 93.
Santo Domingo: 146, 197.
San Francisco de Asís: 19.
Santo Tomás: 19.
Santo Tomás de Aquino: 243.
Sañudo, ?: 248.
Sartre, Jean Paul: 182, 241.
Sanz, Miguel José: 172.
Scelba, ? [Premier italiano]: 149.
Scheler, [Max]: 227.
Schliermacher, Friedrich Ernst D.: 222.
Schumam, Robert: 23.
Séneca: 94, 96.
Senta: 178, 179, 180.
Servia, Pedro de: 23.
Sevilla, Isidoro de: 87.
Sevilla: 31, 95.
Shaw, Bernard: 73.
Siegfrid, André: 271.
Silva Rivolta, Pietro: 257.
Solano, José: 82.
Solón: 219.
Sorokin, [Pitirim]: 260.
Sóstrato: 84.
Soto, Domingo: 65.
Spencer, [Herbert]: 208.
Standard Oil [Company]: 146.
Sucre, [Antonio José de]: 246.
Taine, [Hypolite]: 208.
Tanger: 159.
Tarde, [Gabriel de]: 208.
Tchaikowski, [Peter]: 194.
Teheran: 127, 129.
Tel Aviv: 147.
Temístocles: 240.
Thule: 94.
Tiberíades, Lago de: 20.
Tierney, Gene: 23.
Tierra Firme: 235.
Tinajero, Martín: 232.
Tito Livio: 94.
Toledo (España): 81, 84.
Tordesillas (España): 33, 98, 99.
Tormes (río): 57.
Toro, Fermín: 68, 200.
Torres Abandero, Leopoldo: 200.
Torres Heredia, Antonio: 31.
Tovar Ponte, Martín: 200.
Tovar y Tovar, Martín: 106.
Toynbee, Arnold: 268.
Transvaal (Sudáfrica): 121.
Trinidad: 142.
Troconis, Mateo: 6.

Trujillo (Estado): 45.
Tsui Hao: 203.
Ugarte Pelayo, Alirio: 33.
Umaña, Emeterio: 172.
Un tranvía llamado deseo de Tenesse Williams: 181, 183.
Unamuno, Miguel de: 65, 73.
United Fruit Company: 146, 155.
United States Steel: 146.
[Universidad Católica] Andrés Bello: 264.
Universidad de Salamanca: 55, 57, 63.
[Universidad] Santa María: 264.
Urdaneta, Juan N.: 6.
Urdaneta Maya, Enrique: 6.
Urdaneta, Rafael: 78, 79.
Urquinaona [y Pardo, Pedro]: 173.
Urrecheaga, Rafael María: 6.
Uslar Pietri, [Arturo]: 212.
Valencia: 234, 260.
Valladolid (España): 31, 32, 34, 60.
Vallenilla Lanz, Laureano: 205, 217.
Vargas, José María: 168, 200, 210, 238.
Vásquez, Francisco de P.: 6.
Van der Zee, Hendrick: 178, 179, 189.
Vaz, Alfonso Alfonso: 41, 42.
Velázquez, Diego: 101, 103, 104, 112.
Venezuela: 33, 70, 107, 129, 172, 173, 174, 201, 205, 219, 225, 226, 233, 234, 236, 243, 246, 247, 249, 250, 257, 271.
Versalles (Francia): 117.
Victoria y Soto, ? (religioso): 34.
Villa del Norte: 236.
Villalba, Bartolomé de: 65.
Villalba Villalba, [Luis]: 212.
Villanueva de Alcardete (España): 81, 82, 84.
Villavicencio, [Rafael]: 212.
Villena, Enrique de: 93.
Virgilio: 94.
Viriato [Caudillo Lusitano]: 250.
Viscardo, Juan Pablo: 165, 167, 168.
Vitoria, [Francisco]: 63, 65.
Voltaire, [François-Marie Arovet de]: 217.
Vulcano: 101, 103.
Walker (?): 146.
Washington (D.C. Estados Unidos): 145, 147, 148, 150, 169.
Washington, [George]: 138.
Zamora (España): 55.
Zante (Grecia): 51.
Zorrilla, [Juan de]: 72.
Zubirí, ?: 252.
Zumeta, César: 217.

INDICE DE MATERIAS

ABSOLUTISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, Ideologías y Sistemas – Absolutismo.**

ACULTURACION. Véase: **CULTURA – Aculturación, Transculturación.**

AMERICANISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Americanismo.**

ANARQUISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias – Anarquismo.**

ANTICOMUNISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, Ideologías y Sistemas – Comunismo.**

ARMAMENTISMO: 53, 135, **137–9**, 150, 185–7.

ARTE
– **Pintura: 101–4, 105–7, 109–12, 113–5.**

ASPECTOS AUTOBIOGRAFICOS: 202, 269–71.

AUTONOMIA (POLITICA). Véase: **POLITICA – Autonomía.**

BELLISMO: 169–175. Véase además: Bello, Andrés (Indice Onomástico).

BOLIVARIANISMO: 52, 237–252, 259, 270. Véase además: Bolívar, Simón (Indice Onomástico).

BOMBEROS [Actividad bomberil]: 125–6.

BONDAD. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos – Bondad.**

CAMALEONISMO. Véase: **POLITICA - Tendencias y Movimientos - Casaleonismo, Camaleonismo.**

CAPITALISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas, Ideologías y Sistemas - Capitalismo.**

CARIDAD. Véase: **FILOSOFIA - Conceptos - Caridad.**

CEREMONIAS (RELIGIOSAS). Véase: **RELIGION - Doctrinas - Catolicismo - Ceremonias.**

CINE: 27-30, 177-80, 181-3.

CIVILISMO. Véase: **POLITICA - Tendencias - Civilismo.**

CIVILIZACION: 134. Véase además: **CULTURA.**

COLONIALISMO. Véase: **POLITICA - Tendencias y Movimientos - Colonialismo.**

COMUNISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas, Ideologías y Sistemas - Comunismo.**

CONQUISTA Y POBLAMIENTO. Véase: **HISTORIA - Períodos - Conquista y poblamiento.**

CREACION (Concepto): 87.

CRISIS
- **Cultural:** 201, 203, **207-272.**
- **Educativa: 205-72.**
- **Moral:** 137, 182-3, **185-7,** 225, **261-3.**
- **Política: 247-8.**
- **Social:** 219, **259-61.**

CRISTIANISMO. Véase: **RELIGION - Doctrinas - Cristianismo.**

CULTURA
- **Aculturación, Transculturación:** 145-6, **196-8,** 260.
- **Culturología:** 134, **194-5, 205-71.**
- **Folklore**
  - **Diversiones:** 194.
- **Historia: 205-72.**
- **Instituciones:** 214.

- **Nacional**
  - **España: 31-5, 59-61, 89-92, 202.**
- **Períodos**
  - **Renacentista:** 63.
- **Tendencias**
  - **Americanismo:** 155.
  - **Hispanismo: 55-7, 63-6,** 81, 197, 202.
  - **Laicismo:** 213, 214, 216, 218.
    Materialismo: 226.
  - **Nacionalismo:** 83, 91, 108, 109, 142, 147, 148, 155, 158-9, 102, 226.
  - **Positivismo:** 199, 205, 207-8, 212-8, 243-4.
  - **Romanticismo:** 199, 243.
- **Valores culturales:** 179-80.

CULTUROLOGIA. Véase: **CULTURA - Culturología.**

DEMOCRACIA. Véase: **POLITICA - Doctrinas, Ideologías y Sistemas - Democracia.**

DEPENDENCIA. Véase: **ECONOMIA - Dependencia.**

DERECHO
- **Enseñanza: 219-21.**
- **Pensamiento Jurídico: 161-4, 219-21.**

DROGAS. Véase: **MEDICINA - Drogas.**

ECONOMIA
- **Agrícola: 153.**
- **Dependencia:** 153, 155.
- **Nacional**
  - **España: 85-6,** 90.
- **Minera:** 153.
- **Plan Marshall:** 133.
- **Períodos**
  - **Colonial:** 145-6, 234, 236.

EDUCACION
- **Autonomía Universitaria:** 206.
- **Historia: 205-22,** 225, 227, 254.
- **Instituciones: 5-8, 45-50,** 207, 264.
- **Pensamiento Educativo: 220-2, 225-9,** 251, 259, **264-8,** 271.
  Politización: 230.
- **Universitaria: 253-5.**

ENSEÑANZA. Véanse: – **DERECHO – Enseñanza**
– **EDUCACION**
– **FILOSOFIA – Enseñanza**
– **RELIGION – Enseñanza**

ESCLAVITUD. Véase: **ETNOLOGIA – Esclavitud.**

ESPAÑA. Véanse: – **CULTURA – Nacional – España**
– **ECONOMIA – Nacional – España**
– **HISTORIA – Nacional – España**
– **POLITICA – Nacional – España**

ESTADOS UNIDOS (EE.UU.). Véanse: – **HISTORIA – Nacional – EE.UU.**
– **FUERZAS ARMADAS (EE.UU.)**

ETICA. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos – Etica.**

ETNOCIDIO. Véase: **ETNOLOGIA – Etnocidio.**

ETNOLOGIA
- **Esclavitud:** 196, 235–6.
- **Etnocidio:** 196.

EXISTENCIALISMO. Véase: **FILOSOFIA – Tendencias – Existencialismo.**

FILOSOFIA
- **Conceptos**
  - **Caridad:** 41.
  - **Bondad:** 222–3.
  - **Etica:** 208, 222–4, 228–30, 252, 265–6.
  - **Libertad:** 162, 168.
  - **Moral:** 222–5.
  - **Tolerancia:** 108–9.
- **Enseñanza:** 208–10.
- **Historia:** 212.
- **Ideologizaciones**
  - **Odio:** 185–7.
  - **Olvido:** 41–4, 197.
- **Tendencias**
  - **Existencialismo:** 182.
  - **Hegelianismo:** 208.
  - **Materialismo:** 199, 209.

FOLKLORE. Véase: **CULTURA – Folklore.**

FRANCIA. Véanse: – **HISTORIA – Nacional – Francia.**
– **POLITICA – Nacional – Francia.**

FUERZAS ARMADAS (EE.UU.): 137–9.

GENERACIONES: 201, 229, 265, 267.

GENDARMISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, Ideologías y Sistemas – Gendarmismo.**

GUERRA MUNDIAL (II): 133–5.

GUZMANCISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias – Guzmancismo.**

HEGELIANISMO. Véase: **FILOSOFIA – Tendencias – Hegelianismo.**

HEROE (CULTO). Véase: **HISTORIA – Culto al héroe.**

HISPANISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Hispanismo.**

HISTORIA
- **Culto al héroe:** 249.
- **Nacional**
  - **España:** 93–6, 97–100.
  - **EE.UU.:** 137–9.
  - **Francia:** 15–8, 117–9.
- **Pensamiento historiográfico:** 166–8, 169, 195, 198, 231–3, 241–2, 253, 258.
- **Períodos**
  - **Conquista y Poblamiento:** 145, 146, 197–8.
  - **Independentista:** 169–75, 198, 232–8.
  - **Pre–independentista:** 165, 233, 235.
  - **Republicano:** 233.
- **Tendencias**
  - **Positivismo:** 217–8, **243–4.**

IDENTIDAD: 195–6, 230, 231.

IGUALDAD. Véase: **SOCIOLOGIA – Igualdad social.**

IMPERIALISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, Ideologías y Sistemas – Imperialismo.**

INDEPENDENCIA. Véase: **HISTORIA – Períodos – Independentista.**

INSTITUCIONES. Véase: **CULTURA – Instituciones.**

INVESTIGACIONES (MEDICINA). Véase: **MEDICINA – Investigaciones.**

IRAN. Véase: **POLITICA – Nacional – Irán.**

LAICISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Laicismo.**

LEGISLACION
- **Garantías Constitucionales:** 214.

LIBERTAD. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos – Libertad.**

LIBERTAD DE CULTOS. Véase: **RELIGION – Libertad de cultos.**

LIBERTAD DE EXPRESION. Véase: **PERIODISMO – Libertad de expresión.**

LIBERALISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, Ideologías y Sistemas – Liberalismo.**

LITERATURA: 121–3, 217.

MATERIALISMO. Véanse: – **CULTURA – Tendencias – Materialismo.**
– **FILOSOFIA – Tendencias – Materialismo.**

MEDICINA
- **Drogas: 162–3.**
- **Investigaciones:** 205.

MILITARISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias – Militarismo.**

MITOLOGIA: 125–6, 177–80.

MORAL. Véanse: – **FILOSOFIA – Conceptos – Moral**
– **SOCIOLOGIA – Moral social.**

MUNICIPALISMO: 250.

NACIONALIDAD: 167, 195, 231, 234. Véase Además: **CULTURA – Tendencias – Nacionalismo.**

NACIONALISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Nacionalismo.**

ODIO. Véase: **FILOSOFIA– Ideologizaciones – Odio.**

OLVIDO. Véase: **FILOSOFIA – Ideologizaciones – Olvido.**

PATRIOTISMO: 167, 171, 226, 249.

PENSAMIENTO CATOLICO. Véase: **RELIGION – Doctrinas – Catolicismo– Pensamiento católico.**

PENSAMIENTO HISTORIOGRAFICO. Véase: **HISTORIA – Pensamiento historiográfico.**

PENSAMIENTO JURIDICO. Véase: **DERECHO – Pensamiento jurídico.**

PENSAMIENTO SOCIOLOGICO. Véase: **SOCIOLOGIA – Pensamiento sociológico.**

PERIODICOS. Véase: **PERIODISMO – Diarios.**

PERIODISMO
- **Diarios: 11–3.** Véase también: INDICE ONOMASTICO.
- **Libertad de expresión: 12–3.**

PINTURA. Véase: **ARTE – Pintura.**

POLEMICAS. Véase: **RELIGION – Polémicas.**

POLITICA
- **Autonomía:** 142, 166.
- **Doctrinas, Ideologías y Sistemas**
  - **Absolutismo:** 163–4.
  - **Capitalismo:** 15–7, 138.
  - **Comunismo:** 39, 138, **149–51,** 155.
  - **Democracia:** 151, 208, 242–3.
  - **Gendarmismo:** 205.
  - **Imperialismo:** 16, 141–3, 145–8, 153–6, 157–9, 186.
  - **Liberalismo:** 215.
- **Historia:** 242, 244–5.
- **Nacional:**
  - **España:** 98.
  - **Francia:** 117–9.
  - **Irán: 127–31.**
- **Tendencias y Movimientos**

- **Anarquismo:** 23-5.
- **Casaleonismo, Camaleonismo:** 70, 168.
- **Civilismo:** 258.
- **Colonialismo:** **141-3**, 145-8.
- **Guzmancismo:** 206, 207.
- **Militarismo:** 218, 258.

POLITICA RELIGIOSA. Véase: **RELIGION - Política religiosa.**

POSITIVISMO. Véanse: - **CULTURA - Tendencias - Positivismo.**
- **HISTORIA - Tendencias - Positivismo.**

PRE-HISPANICO. Véase: **SOCIOLOGIA - Períodos - Pre-hispánico.**

PRE-INDEPENDENCIA. Véase: **HISTORIA - Períodos - Pre-independentista.**

PROTESTANTISMO. Véase: **RELIGION - Doctrinas - Protestantismo.**

RACISMO. Véase: **SOCIOLOGIA - Racismo.**

RELIGION
- **Doctrinas**
  - **Catolicismo**
    - **Ceremonias y festividades:** 31-5.
    - **Pensamiento católico:** 156.
  - **Cristianismo:** 15-8, 19-22, 27-30, 37-9, 41-2, 187, 214, 216, 236, 255-6.
  - **Protestantismo:** 235.
- **Enseñanza:** 213.
- **Libertad de cultos:** 207-8, 209.
- **Polémicas:** 257.
- **Política religiosa:** 207, 209.

RENACIMIENTO. Véase: **CULTURA - Períodos - Renacentista.**

REPUBLICA. Véase: HISTORIA - Períodos - Republicano.

ROMANTICISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias - Romanticismo.**

SOCIOLOGIA
- **Igualdad social: 236-7.**
- **Moral social:** 162.
- **Pensamiento sociológico: 48-50, 77-9, 199-200,** 223.

- **Períodos**
  - **Pre-Independentista:** 196.
- **Racismo:** 198, 208.

TEOLOGIA: 51-2.

TOLERANCIA. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos – Tolerancia.**

TRADICION – TRADICIONISMO – TRADICIONALISMO: 82, 108, 109, 209, 210-11, 216, 258.

TRANSCULTURACION. Véase: **CULTURA – Aculturación – Transculturación.**

TRANSITO AUTOMOTOR: 73-6, 89-92.

VALORES CULTURALES. Véase: CULTURA – Valores culturales.

VENEZOLANIDAD: 107, 193-5, 199, 201, 205-72.

XENOFILIA
- **Francofilia:** 206.

Impresión realizada para el Congreso de la República
en los Talleres Gráficos de AVILA ARTE, S.A.,
Avenida Augusto C. Sandino, Caracas, Venezuela
en el mes de octubre de 1990

En 1976 el Congreso de la República, por iniciativa del Diputado Dr. José Rodríguez Iturbe acordó editar las **Obras Completas** de Mario Briceño Iragorry. El texto del Acuerdo apareció publicado en la Gaceta Oficial Nº 30.996, el 4 de junio de aquel año. De esa manera se rendía homenaje al ilustre escritor y pensador trujillano, quien fuera Presidente del Poder Legislativo en 1945 y cuya trayectoria pública se distinguió por su amplitud ideológica.

La figura de don Mario Briceño Iragorry se erigió como símbolo de dignidad por su honesta e infatigable lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, conducta valerosa que lo condujo al exilio desde diciembre de 1952 hasta abril de 1958 después del derrocamiento del régimen represivo. Su obra es en conjunto un breviario de nacionalismo latinoamericano, entendido como denuncia permanente de las mediatizaciones económicas y políticas a que ha estado sometida cíclicamente la Historia de nuestras Repúblicas y a cuyo proceso alienante opone la defensa permanente de nuestros valores de la tradición y la cultura.

Briceño Iragorry fue también exponente luminoso de un pensamiento católico de gran modernidad y vigencia por su contenido social.

Estas **Obras Completas,** que abarcarán aproximadamente 20 volúmenes, recogen desde los primeros textos publicados por el ensayista, hasta la obra dispersa en publicaciones periódicas y valiosos materiales que integran su archivo personal.

La Comisión Editora deja constancia expresa de gratitud a los miembros de la Fundación "Mario Briceño Iragorry" por el respaldo y colaboración que han hecho posible la localización, ordenamiento y publicación de los textos.

Caracas, diciembre de 1988